



*Anne*  
**RICE**

con el pseudónimo de  
A.N. ROQUELAURE

*El castigo de la  
Bella Durmiente*

— biblioteca —  
**ANNE RICE**



5839627

«Durante todo el año, los lugareños ahorraban cuanto podían para el día en que, por unas cuantas monedas, podían adquirir un esclavo altivo, un príncipe elegido para servir, adiestrado y preparado para la corte, que entonces durante todo el verano debía obedecer a cualquier humilde sirvienta o mozo de cuadra que pujara lo suficiente en la subasta pública. El jefe de patrulla no podía evitar anticiparse al final del verano e imaginar a estos mismos jóvenes ahora quejosos y forcejeantes, en el momento de ser devueltos, tras concienzudos castigos, con las cabezas inclinadas y las bocas selladas, en la más completa sumisión.»

A. N. Roquelaure es el pseudónimo bajo el cual Anne Rice explora el campo de la literatura erótica en su sentido más puro. *El castigo de la Bella Durmiente* es la segunda parte de la serie que se inicia con *El despertar de la Bella Durmiente* y que acaba con *La liberación de la Bella Durmiente*.

ISBN 84-406-6591-1



9 788440 665911

80300031

EDICIONES

B

GRUPO

**Anne  
RICE**

*con el pseudónimo de  
A.N. ROQUELAURE*

**El castigo de la  
Bella Durmiente**

biblioteca

**ANNE RICE**

## RESUMEN DE LO ACONTECIDO

Tras cien años de sueño profundo, la Bella Durmiente abrió los ojos al recibir el beso del príncipe. Se despertó completamente desnuda y sometida en cuerpo y alma a la voluntad de su libertador, el príncipe, quien la reclamó de inmediato como esclava y la llevó a su reino.

De este modo, con el consentimiento de sus agradecidos padres y ofuscada por el deseo que le inspiraba el joven heredero, Bella fue llevada a la corte de la reina Eleanor, la madre del príncipe, para prestar vasallaje como una más entre los cientos de princesas y príncipes desnudos que servían de juguetes en la corte hasta el momento en que eran premiados con el regreso a sus reinos de origen.

Deslumbrada por los rigores de las salas de adiestramiento y de castigos, la severa prueba del sendero para caballos y también gracias a su creciente voluntad de complacer, Bella se convirtió en la favorita del príncipe y, ocasionalmente, también servía a su ama, lady Juliana.

No obstante, no podía cerrar los ojos al deseo secreto y prohibido que le suscitaba el exquisito esclavo de la reina, el príncipe Alexi, y más tarde el esclavo desobediente, el príncipe Tristán.

Tras vislumbrar por un instante al príncipe Tristán entre los proscritos del castillo, Bella, en un momento de sublevación aparentemente inexplicable, se condenó al mismo castigo destinado para Tristán: la expulsión de la voluptuosa corte y la humillación de los arduos trabajos en el pueblo cercano.

En el momento de retomar nuestra historia, acaban de subir a Bella en el mismo carretón donde van a trasladar al príncipe Tristán y a los otros esclavos condenados por el largo camino hasta la tarima de subastas del mercado del pueblo.

## LOS PENADOS

El lucero del alba se desvanecía en el cielo violeta cuando la gran carreta de madera, abarrotada de esclavos desnudos, cruzaba lentamente el puente levadizo del castillo. Los blancos caballos de tiro avanzaron pesadamente hasta tomar la serpenteante calzada que conducía al pueblo, mientras los soldados mantenían sus monturas muy cerca de las altas ruedas de madera, para así

alcanzar más fácilmente con sus correas las piernas y nalgas desnudas de los sollozantes príncipes y princesas.

El grupo de cautivos se apiñaba frenéticamente sobre las ásperas maderas de la carreta, con las manos atadas detrás de la nuca, las bocas amordazadas y estiradas por las pequeñas embocaduras de cuero y las enrojecidas nalgas y generosos pechos temblorosos por el movimiento.

Algunos de ellos, movidos por la desesperación, dirigían sus miradas hacia las altas torres del castillo ensombrecido. Pero al parecer no había nadie despierto que pudiera oír su llanto. En el interior de los muros permanecía un millar de esclavos obedientes que dormían sobre los cómodos lechos de la sala de esclavos o en las suntuosas alcobas de sus amos y señoras, indiferentes a la suerte de sus díscolos compañeros que en aquel mismo instante se alejaban en la carreta bamboleante, de altas barandas, en dirección a la subasta del pueblo.

El jefe de la patrulla sonrió para sus adentros cuando vio que la princesa Bella, la esclava más querida del príncipe de la Corona, se arrimaba a la alta y musculosa figura del príncipe Tristán. Bella había sido la última incorporación a la carreta, y qué preciosidad, se dijo él al observar aquel largo y liso cabello dorado y suelto sobre la espalda, y la boquita que se esforzaba por besar a Tristán pese a la embocadura de cuero que la amordazaba. Se preguntaba cómo podría consolarla el desobediente Tristán, que tenía las manos atadas a la nuca tan firmemente como todos los demás esclavos penados.

El jefe no sabía si impedir este contacto ilícito. Bastaría simplemente con apartar a Bella del grupo, doblarla con las piernas separadas sobre la valla de la carreta y azotar su mórbido y desobediente sexo con el cinto. Quizá debiera hacer bajar a Tristán y Bella de la carreta y azotarlos con el látigo mientras andaban detrás del carro. Sería una buena lección para castigar aquella insolencia. Pero lo cierto era que el jefe sentía cierta compasión por los esclavos condenados, incluso por los traviosos Bella y Tristán, pese a lo consentidos que eran. Además, al mediodía todos habrían sido vendidos en la subasta del mercado. Tendrían tiempo de sobra para aprender a someterse durante los largos meses de verano en los que prestarían vasallaje en el pueblo.

El jefe de patrulla, que cabalgaba en ese momento a la altura del carretón, alcanzó con su cinto a otra apetecible princesita castigando los rosados labios púbicos que asomaban entre el nido de satinados rizos negros. A continuación empleó la correa lanzándola con toda su fuerza contra un príncipe de largas extremidades que, galantemente, intentó cubrirla.

Nobleza incluso en la adversidad, se rió el jefe de la patrulla para sus adentros y, con la correa, le dio al príncipe esclavo justo lo que se merecía, disfrutando aún más al descubrir el miembro endurecido del príncipe que se contorsionaba de dolor.

Tuvo que admitir que se trataba de un grupo bien adiestrado. Las encantadoras princesas mostraban sus pezones erectos y rostros sonrojados, y los príncipes se esforzaban por cubrir sus penes tumefactos. Por mucha lástima

que le inspiraran, no pudo evitar pensar en cuánto iban a disfrutar los del pueblo.

Durante todo el año, los lugareños ahorran cuanto podían para el día en que, por unas cuantas monedas, podían adquirir un esclavo altivo, un príncipe elegido para servir, adiestrado y preparado para la corte, que entonces durante todo el verano debía obedecer a cualquier humilde sirvienta o mozo de cuadra que pujara lo suficiente en la subasta pública y esta vez formaban un grupo realmente tentador. Sus cuerpos bien formados aún exudaban fragancias de exquisitos perfumes, el vello púbico aún peinado e impregnado de aceites, como si fueran a ser presentados a la propia reina en vez de ante un millar de aldeanos impacientes que los devorarían con sus miradas lascivas. En el mercado les esperaban remendones, posaderos y comerciantes que a cambio de su dinero estaban decididos a exigir trabajos forzados además de atractivo físico y la humildad más abyecta.

El carromato sacudía su carga de esclavos sollozantes, que se desplomaban unos sobre otros.

El distante castillo ya no era más que una gran sombra gris recortada contra el cielo cada vez más claro, y los vastos jardines de placer quedaban ocultos tras las altas murallas.

El jefe de patrulla acercó un poco más su caballo a la espesura de pantorrillas bien formadas y pies de alto empuje que contenía el carro y sonrió al comprobar que media docena de desdichados estaban estrujados contra la barandilla delantera, sin posibilidad de escapar a los embates de los soldados, a causa de la presión que ejercían sus compañeros. No podían hacer otra cosa que retorcerse bajo la mordedura de las correas. Sus caderas, traseros y vientres quedaban expuestos una y otra vez a la agresión de las correas mientras intentaban ocultar sus rostros surcados de lágrimas.

Era una imagen sensual, que quizá resultaba aún más interesante por el hecho de que los esclavos ignoraban por completo lo que les aguardaba a su llegada. Por mucho que les previnieran en la corte sobre el pueblo, los esclavos nunca estaban preparados para la conmoción que les esperaba. Si de verdad lo hubieran sabido, jamás se habrían arriesgado a contrariar a la reina.

El jefe de patrulla no podía evitar anticiparse al final del verano e imaginar a estos mismos jóvenes ahora quejosos y forcejeantes, en el momento de ser devueltos, tras concienzudos castigos, con las cabezas inclinadas y las bocas selladas, en la más completa sumisión. ¡Qué privilegio sería azotarlos uno por uno para que posaran sus labios sobre la pantufla de la reina!

Pues que protesten mientras puedan, se dijo el jefe reflexivamente. Dejemos que se retuerzan y que gimoteen, pensó mientras el sol se alzaba sobre las verdes colinas ondulantes y la carreta avanzaba cada vez más rápida y estruendosa por la carretera del pueblo. Permitamos que la preciosa Bella y el majestuoso joven Tristán fundan sus cuerpos en el mismo centro del tumulto, pues no tardarán en descubrir lo que se han buscado.

Esta vez puede que hasta decidiera quedarse a la venta, pensó, o como mínimo permanecería el tiempo suficiente para ver cómo separaban a Bella de Tristán y los subían a la tarima como se merecían, para ser subastados uno y otro sus nuevos propietarios.

## BELLA Y TRISTÁN

—Pero, Bella, ¿por qué lo hicisteis? —susurró el príncipe Tristán—. ¿Por qué desobedecisteis deliberadamente? ¿Acaso queríais que os enviaran al pueblo?

Alrededor de ellos, en el oscilante carro, los príncipes y princesas cautivos lloraban a gritos y gemían desesperados.

Pero Tristán había conseguido soltarse la cruel embocadura de cuero que lo amordazaba y la dejó caer al suelo. Bella hizo lo mismo al instante. Se liberó del mezquino mecanismo con ayuda de la lengua y lo escupió con un delicioso y claro gesto de desafío.

Al fin y al cabo, eran esclavos condenados, ¿o no? Así pues, ¿qué más daba? Sus padres les habían entregado para prestar vasallaje a la reina y les habían ordenado que obedecieran siempre durante los años de servicio. Pero ellos habían fracasado, y ahora estaban condenados a trabajos forzados y a ser utilizados cruelmente por el pueblo llano.

—¿Por qué, Bella? insistió Tristán, aunque nada más pronunciar estas palabras cubrió la boca abierta de la joven con la suya de tal manera que la princesa no tuvo más remedio que recibir, de puntillas, su beso al mismo tiempo que el miembro erecto del príncipe penetraba en la húmeda y ávida vagina de ella. ¡Ojalá no tuvieran las manos atadas! ¡Ojalá pudieran abrazarse!

De repente, los pies de Bella dejaron de tocar el suelo de la carreta y su cuerpo cayó contra el pecho de Tristán. La princesa se quedó apoyada sobre él, con aquella violenta palpitación en su interior que borraba los gritos y los azotes de las correas, mientras sentía cómo hasta su propio aliento era succionado y obligado a abandonar su bello cuerpo.

Bella creyó flotar durante toda una eternidad, alejada del mundo real, del inmenso y rechinante carro de madera de altas ruedas, los guardias insolentes, el cielo que palidecía formando un elevado arco sobre las onduladas y oscuras colinas, y la sombría perspectiva del pueblo que se extendía a lo lejos, bajo una bruma azulada. El sol naciente, el ruido de los cascos de los caballos y los blandos miembros de los demás esclavos forcejeantes que se aplastaban contra las nalgas irritadas de Bella dejaron de existir. Para ella sólo existía este órgano que la hendía, la levantaba y luego la llevaba sin piedad hasta una explosión de placer, silenciosa y ensordecedora a la vez. Su espalda se arqueaba con las piernas estiradas, y los pezones palpitaban contra la cálida carne del príncipe mientras la lengua de Tristán le llenaba la boca.



En la confusión del éxtasis, Bella percibió el irresistible ritmo final que adoptaron las caderas de Tristán. La princesa apenas lograba contenerse pero aun así, el placer se fragmentaba, se multiplicaba y la inundaba implacable. En algún reino, más allá del pensamiento, sentía que no era humana. El placer disolvía la humanidad que había conocido hasta entonces. Ya no era la princesa Bella, la esclava que tenía que servir en el castillo del príncipe de la Corona. No obstante, seguía en este mismo lugar, donde había conocido el más fulminante de los placeres.

En este éxtasis, lo único que reconocía era la húmeda pulsación de su propio sexo y el miembro que la levantaba y la mantenía sujeta. Los besos de Tristán eran cada vez más tiernos, dulces y prolongados. Un esclavo lloroso apretaba su carne caliente contra la espalda de Bella, mientras otro cálido cuerpo se aplastaba contra su costado derecho y le rozaba el hombro con una sedosa melena.

—Pero ¿por qué, Bella? —le susurró de nuevo Tristán, con los labios aún pegados a los de la joven—. Lo habéis tenido que hacer a propósito para escaparos del príncipe de la Corona. Os admiraban demasiado, erais demasiado perfecta.

—Sus ojos azul oscuro, de un tono casi violeta, parecían reflexivos, meditativos, aunque reacios a manifestarse por completo.

Su rostro era un poco más grande que el de la mayoría de hombres, de osamenta fuerte y perfectamente simétrica, aunque los rasgos casi eran delicados, y tenía una voz más baja y autoritaria que los príncipes que fueron los amos de Bella. Pero en aquella voz sólo había calor, y eso, junto con sus largas pestañas que cobraban un reflejo dorado bajo la luz del sol, le daban un aire de ensueño.

Hablaba a Bella como si siempre hubieran sido compañeros de esclavitud.

—No sé por qué lo hice —susurró Bella—.

No puedo explicarlo pero, sí, debe de haber sido a propósito.

—Besó el pecho de Tristán y rápidamente encontró sus pezones, que también besó, y a continuación los succionó con intensidad, sintiendo cómo el príncipe volvía a latir con fuerza contra ella, pese a sus leves ruegos que pedían clemencia.

Evidentemente, los castigos de palacio habían sido sumamente obscenos, y servir de juguete para la suntuosa corte, ser el objeto de una atención implacable, había sido realmente excitante.

Sí, halagador y a la vez confuso: las palas de cuero exquisitamente repujado, las correas y las marcas que provocaban, la implacable disciplina que la había dejado llorosa y jadeante en tantas ocasiones y los calientes baños perfumados que venían a continuación, los masajes con aceites fragantes, las horas que pasaba medio dormida en las que no se atrevía a considerar las tareas y pruebas que le aguardaban.

Sí, había sido embriagador y cautivador, incluso aterrador.

Naturalmente había amado al alto y moreno príncipe de la Corona con sus misteriosos y súbitos arrebatos, así como a la encantadora y dulce lady Juliana con sus preciosas trenzas rubias. Ambos habían sido unos eficaces verdugos.

Entonces, ¿por qué lo había echado todo a perder? ¿Por qué al ver a Tristán en el cercado, entre el grupo de príncipes y princesas desobedientes condenados a ser subastados en el pueblo, se había rebelado deliberadamente para ser castigada junto con ellos?

Todavía recordaba la breve descripción que hizo lady Juliana de lo que les deparaba el destino a aquellos desdichados:

—Es un vasallaje horrible. La subasta empieza en cuanto llegan los esclavos, y ya os imaginaréis que hasta los mendigos y patanes más abyectos de la ciudad están allí para presenciarla. Cómo no, la ciudad entera festeja la jornada.

Luego, aquel extraño comentario expresado por el señor de Bella, el príncipe de la Corona, que no podía imaginarse en aquel momento que su esclava favorita acabaría condenándose a sí misma:

—Ah, pero, pese a toda la brutalidad y crueldad —había dicho—, es un castigo sublime.

¿Acaso eran estas las palabras que la habían trastornado?

¿Acaso anhelaba que la expulsaran de la ilustre corte, de los sofisticados e inteligentes rituales que le imponían, para acabar sometida a una implacable severidad, donde las humillaciones y azotes se producirían con la misma fuerza y rapidez, pero con un desbordamiento aún mayor y más salvaje?

Los límites serían, por supuesto, los mismos.

Ni tan siquiera en el pueblo estaba permitido desgarrar la carne de un esclavo; en ningún caso se podían provocar quemaduras ni lesiones graves.

No, todos los castigos contribuirían a su mejora.

Pero Bella ya sabía a estas alturas cuánto se podía lograr con la correa de cuero negro, de inocente apariencia, y con la pala, tan engañosamente decorada, pero de cuero al fin y al cabo.

La diferencia era que en el pueblo no sería una princesa. Ni Tristán un príncipe. Además, los rudos hombres y mujeres que los obligarían a trabajar y los castigarían sabrían que, con cada uno de aquellos golpes injustificados, estaban acatando la voluntad de la reina.

De repente, Bella fue incapaz de pensar. Sí, lo había hecho deliberadamente, pero ¿cómo había cometido tan tremendo error?

—Y vos, Tristán —dijo de pronto, intentando ocultar un desgarró en la voz—. ¿No fue también intencionado lo vuestro? ¿No fue una provocación deliberada a vuestro amo?

Sí, Bella, en mi caso existe una larga historia contestó Tristán. Bella detectó la aprensión en sus ojos, el temor que tanto le costaba admitir.

Como sabéis, yo servía a lord Stefan, pero lo que ignoráis es que un año antes, en otra tierra y como iguales, lord Stefan y yo fuimos amantes. —Los grandes ojos azules cobraron una expresión más franca y los labios sonrieron un poco más cálidos, casi con tristeza.

Bella sofocó un grito al oír estas palabras.

El sol dominaba el cielo pero la carreta, tras doblar una pronunciada curva, descendía con más lentitud sobre un terreno irregular, sacudiendo a los esclavos que se caían unos sobre otros aún con más brusquedad.

—Podéis imaginaros nuestra sorpresa —continuó Tristán— cuando nos encontramos como amo y esclavo en el castillo y cuando la reina, que percibió el rubor en el rostro de lord Stefan, me entregó inmediatamente a él con instrucciones estrictas para que me adiestrara personalmente hasta convertirme en un esclavo perfecto.

—¡Qué horror! —comentó Bella—. Habiéndolo conocido antes, caminando a su lado y hablando con él de igual a igual. ¿Cómo pudisteis someteros a aquello?

En el caso de Bella, todos sus amos habían sido completos desconocidos y los reconoció perfectamente como sus señores en cuanto comprendió su indefensión y vulnerabilidad. Había conocido el color y la textura de sus espléndidas pantuflas y botas, los tonos estridentes de sus voces, antes de saber sus nombres o incluso de verles el rostro. Pero Tristán esbozó la misma sonrisa misteriosa de antes.

—Creo que fue mucho peor para Stefan que para mí —le susurró al oído—. Mirad, nos habíamos conocido en un gran torneo, donde nos enfrentamos, y yo lo derroté en todas las pruebas. Cuando cazábamos juntos, yo disparaba mejor y era mejor jinete. Me admiraba y a la vez me apreciaba, y yo le quería por ello porque conocía el alcance de su orgullo y de su amor. Como pareja, yo era quien tomaba la iniciativa.

»Luego, nuestras obligaciones nos forzaron a regresar a nuestros respectivos reinos. Gozamos de tres noches furtivas de amor, quizás alguna más, en las que él se entregó tanto como un muchacho puede entregarse a un hombre. Luego vinieron las cartas, que finalmente resultaron demasiado dolorosas de escribir. Después, la guerra. El silencio. El reino de Stefan se alió con el de la reina. Posteriormente, los ejércitos de su majestad llegaron a nuestras puertas... Y se produjo este extraño encuentro en el castillo de la reina: yo de rodillas a la espera de ser entregado a un amo respetable, y Stefan, el joven deudo de la reina, sentado en silencio a su derecha en la mesa de banquetes. —Tristán sonrió una vez más—. No, para él fue peor. Me abochorna admitir que mi corazón brincó al verle. He sido yo quien, por despecho, he obtenido la victoria al abandonarlo.

—Sí. —Bella lo entendía porque sabía que había hecho lo mismo con el príncipe de la Corona y con lady Juliana—. Pero, el pueblo, ¿no sentíais miedo? —Su voz se volvió a quebrar. ¿Estarían muy lejos del pueblo, mientras hablaban de él?—. ¿O es que era la única manera? preguntó quedamente.

—No lo sé. Seguro que hubo más cosas aparte de esto —respondió Tristán en un susurro, pero se detuvo algo confuso—. Por si os interesa —confesó—, estoy aterrorizado. Pero lo cierto es que lo dijo con tal calma, con una voz tan rebosante de seguridad y serenidad, que Bella no pudo creerlo.

La crujiente carreta había tomado otra curva y los guardias se habían adelantado a caballo para recibir órdenes del jefe. Los esclavos aprovecharon la ocasión para murmurar entre ellos, aunque seguían demasiado temerosos y obedientes como para deshacerse de las pequeñas embocaduras de cuero. No obstante, aún eran capaces de consultarse ansiosamente sobre el destino que les esperaba, mientras el carro continuaba oscilando en su lento avance.

—Bella —dijo Tristán—. Nos separarán cuando lleguemos al pueblo. Nadie sabe qué nos va a pasar. Sed buena, obedeced. En el fondo, no puede ser... —De nuevo la inseguridad lo obligó a interrumpirse—. No puede ser peor que en el castillo.

Bella pensó que había detectado un tenue matiz de perturbación en su voz aunque, al alzar la mirada hacia él, vio un rostro casi severo, sólo los hermosos ojos se habían ablandado un poco. Bella apreció un leve atisbo de barba dorada en su mandíbula y deseó besarla.

—¿Os preocuparéis por mí cuando nos separen, intentaréis encontrarme, aunque sólo sea para hablar un poco conmigo? —preguntó Bella—. Oh, sólo saber que estaréis allí... Pero, no, no creo que vaya a ser buena. No veo por qué debo seguir intentado ser buena. Somos malos esclavos, Tristán. ¿Por qué íbamos a obedecer ahora?

—No digáis eso. Me preocupáis.

A lo lejos se oía un débil fragor de voces, el rugido de una numerosa multitud. Por encima de las suaves colinas, llegaba el bullicio de una feria de pueblo y de cientos de personas que hablaban, gritaban y se arremolinaban.

Bella se apretujó un poco más contra el pecho de Tristán. Sintió una punzada de excitación entre las piernas y la fuerza con que latía su corazón. El miembro de Tristán volvía a endurecerse pero no estaba dentro de ella y de nuevo fue una agonía tener las manos ligadas, no poder tocarlo. De repente, la pregunta de Bella carecía de significado, no obstante la repitió, entre el estruendo cada vez mayor de aquel rugido distante.

—¿Por qué debemos obedecer si ya hemos sido castigados?

Tristán también oía los crecientes sonidos lejanos. El carretón cobraba velocidad.

—En el castillo nos dijeron que debíamos obedecer siempre —dijo Bella—. Era lo que deseaban nuestros padres cuando nos enviaron para prestar vasallaje a la reina y al príncipe. Pero ahora somos esclavos malos...

—Si desobedecemos, lo único que lograremos será un castigo aún peor —contestó Tristán, aunque un extraño brillo en su mirada traicionaba sus palabras. Sonaban falsas, como si repitiera algo que debía decir por el bien de ella—. Debemos esperar y ver qué sucede —continuó—. Recordad, Bella, al final conquistarán nuestra voluntad.

—Pero ¿cómo, Tristán? —preguntó—. ¿Queréis decir que os condenasteis a esto y aun así obedeceréis? —De nuevo sentía la misma agitación que experimentó en el castillo, cuando dejó al príncipe y a lady Juliana llorando tras ella. «Soy una muchacha tan mala», pensó. Sin embargo...

—Bella, sus deseos prevalecerán. Recordad que un esclavo díscolo y desobediente les proporciona la misma diversión. Entonces, ¿por qué resistirnos? —preguntó Tristán.

—¿Por qué esforzarse en obedecer? —replicó Bella.

—¿Tenéis fuerzas para ser tan mala en todo momento? —inquirió él. Hablaba en voz baja pero apremiante, con su cálido aliento en el cuello de la muchacha, a quien empezó a besar otra vez. Bella intentaba impedir que el rugido de la multitud penetrara en su mente; era un sonido horrendo, como el de una gran bestia en el momento de salir de su cubil. Estaba temblando.

—Bella, no sé qué he hecho —dijo Tristán, que lanzó una ansiosa ojeada en dirección a aquel fragor pavoroso y amenazador: gritos, aclamaciones, la confusión de un día de feria. Incluso en el castillo... —empezó, y entonces los ojos azules se encendieron de algo que podía ser miedo en un arrogante príncipe que no podía mostrarlo—. Incluso en el castillo, pensaba que era más fácil correr cuando nos mandaban correr, arrodillarse cuando nos la ordenaban; era una especie de triunfo hacerlo a la perfección.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí, Tristán? —preguntó Bella, que se puso de puntillas para poder besarle los labios—. ¿Por qué somos ambos unos esclavos tan malos?

Sin embargo, aunque intentaba parecer rebelde y valiente, se apretó contra Tristán llena de desesperación.

## LA SUBASTA EN EL MERCADO

La carreta se había detenido y Bella alcanzó a ver, entre la maraña de brazos blancos y cabellos desgreñados, las murallas del pueblo que se extendía más abajo, por cuyas puertas abiertas salía una multitud variopinta que se lanzaba corriendo a los prados.

Rápidamente, los soldados obligaron a bajar del carretón a los esclavos, a quienes apremiaban a agruparse sobre la hierba a golpe de correa. Bella quedó inmediatamente separada de Tristán, a quien apartaron bruscamente sin ningún otro motivo aparente que el capricho de uno de los guardias.

A los demás cautivos les estaban retirando las embocaduras de cuero.

—¡Silencio! —resonó el vozarrón del jefe de patrulla—. ¡En el pueblo, los esclavos no hablan! ¡El que abra la boca volverá a ser amordazado con mucha más crueldad que antes! Rodeó con su caballo el pequeño grupo de penados, obligándolos a apretarse más, y ordenó que se les desataran las manos; ¡Y pobre del esclavo que retirara las manos de la nuca!

—¡En el pueblo, vuestras voces descaradas no hacen ninguna falta! —continuó—. ¡Ahora sois bestias de carga, tanto si esa carga es el trabajo como el placer de los amos! ¡Mantendréis en todo momento las manos en la nuca, de

lo contrario, os enyugarán y os llevarán por los campos para que tiréis del arado!

Bella temblaba frenéticamente. La obligaron a ponerse en marcha, pero no encontraba a Tristán por ningún lado. A su alrededor no veía más que largas cabelleras movidas por el viento, cabezas inclinadas y lágrimas. Al parecer, una vez desamordazados, los esclavos lloraban más suavemente y se esforzaban por guardar silencio; pero los guardias seguían impartiendo las órdenes a gritos.

– ¡Moveos! ¡Levantad las cabezas! – ordenaban con voz ronca e impaciente. Al oír aquellas voces enfurecidas Bella sentía los escalofríos que ascendían por sus brazos y piernas. Tristán estaba en algún lugar tras ella. Si al menos pudiera acercarse un poco...

Se preguntaba por qué les habían dejado allí, tan lejos del pueblo, y por qué el carretón daba media vuelta.

De repente lo comprendió. Iban a hacerlos marchar a pie, como cuando se lleva un rebaño de ovejas al mercado. Casi con la misma rapidez con que lo pensaba, los guardias montados a caballo arremetieron contra el pequeño grupo y los obligaron a emprender la marcha con una lluvia de golpes.

«Esto es demasiado cruel», pensó Bella. Se puso a correr sin dejar de temblar. Como siempre, el golpe sonoro de la pala la alcanzaba cuando menos lo esperaba y la impulsaba por los aires hacia delante, sobre la tierra blanda recién revuelta.

– ¡Al trote, levantad la cabeza! – gritó el guardia –. ¡Arriba también esas rodillas!

Bella veía los cascos de las monturas que pisaban con fuerza a su lado, como antes los había visto en el castillo, en el sendero para caballos. Sintió la misma agitación incontrolable cuando la pala le golpeó sonoramente los muslos e incluso las pantorrillas. Los pechos le dolían y un continuo tormento de lava ardiente recorría las irritadas piernas desnudas.

Aunque no podía ver a la muchedumbre con claridad, sabía que estaba allí. Cientos de lugareños, tal vez incluso miles, salían a raudales por las puertas del pueblo para ver a sus esclavos. «Y nos van a llevar justo hacia ellos; es terrible», pensó.

De repente, la determinación que en el carro la animaba a desobedecer, a rebelarse, la abandonó. Simplemente estaba demasiado asustada. Corría cuanto podía por el camino en dirección al pueblo, pero la pala seguía alcanzándola por mucho que ella se apresurara. Corría tanto que finalmente se dio cuenta de que se había abierto paso hasta la primera fila de esclavos y que estaba galopando con ellos, sin nadie delante que la ocultara de la enorme multitud.

Los estandartes ondeaban en las almenas de las murallas. A medida que los esclavos se aproximaban, se oían ovaciones, se veían brazos agitándose y, en medio de la excitación, se percibían también carcajadas burlonas. El corazón de Bella palpitaba con fuerza mientras intentaba no mirar al frente, aunque era imposible apartar la vista. «Ninguna protección, ningún sitio donde esconderse – pensó –. ¿Y dónde está Tristán? ¿Por qué no consigo retrasarme en el

grupo?» Cuando lo intentó la pala la golpeó sonoramente, una vez más, y el guardia le gritó que continuara adelante.

Los golpes no cesaban de castigar a los esclavos que la rodeaban y una princesa pelirroja que corría a su derecha rompió a llorar desconsoladamente.

—Oh, ¿qué nos va a suceder? ¿Por qué desobedecemos? —gemía la princesita entre sollozos.

El príncipe moreno que corría al otro lado de Bella le dirigió una mirada de advertencia:

—¡Silencio, o será peor!

Bella no pudo evitar recordar su larga marcha hasta el reino del príncipe y cómo éste la había conducido a través de pueblos en los que la habían reverenciado y admirado como esclava escogida.

Esto era completamente distinto.

La multitud se había dividido y se repartía a ambos lados del camino a medida que los esclavos se acercaban a las puertas del pueblo. Bella avistó brevemente a las mujeres con sus blancos mandiles de fiesta y calzado de madera, y a los hombres con sus botas de cuero sin curtir y los coletos de piel. Por todas partes aparecían rostros lozanos animados por un evidente regocijo, lo que obligó a Bella a jadear y dirigir su mirada hacia la tierra del camino que tenía enfrente.

Estaban cruzando la entrada. Sonó una trompeta y aparecieron por doquier manos que querían tocarlos, empujarlos, tirarlos del pelo. Bella sintió unos dedos que le manoseaban el rostro con brusquedad y palmotadas en los muslos. Soltó un grito desesperado y se esforzó por escapar de las manos que la empujaban con violencia mientras a su alrededor se oían sonoras y profundas risas de escarnio, gritos, exclamaciones y, de vez en cuando, algún chillido.

El rostro de Bella estaba surcado de lágrimas, aunque ni se había dado cuenta, y sus pechos palpitaban con la misma pulsación violenta que sentía en las sienes. Vio a su alrededor las casas altas y estrechas del pueblo, con muros de entramado, que se abrían ampliamente alrededor del gran mercado.

En la plaza sobresalía una elevada tarima de madera con un patíbulo, y cientos de personas se agolpaban en las ventanas y balcones desde donde agitaban pañuelos blancos y aclamaban mientras una enorme muchedumbre obstruía las estrechas callejuelas de acceso a la plaza en un intento vano por acercarse a los desgraciados esclavos.

Los cautivos eran obligados a meterse en un redil situado tras la tarima. Bella vio un tramo de escalones destartalados que conducían al entablado superior y una larga cadena de cuero que colgaba por encima del patíbulo. A un lado se hallaba un hombre con los brazos cruzados, esperando, mientras otro volvía a hacer sonar la trompeta cuando la puerta del redil quedó cerrada. La multitud rodeaba a los esclavos, pero no había más que una delgada franja vallada para protegerlos.

Las manos volvían a tenderse para tocarlos, y los príncipes y princesas se apelonaban. Bella notó que le pellizcaban las nalgas y le levantaban el pelo fuertemente.

Empujó con fuerza hacia el centro buscando desesperadamente a Tristán, y lo atisbó un instante en el momento en que tiraban con rudeza de él para acercarlo al pie de las escaleras.

«¡No, deben venderme con él!» —se dijo Bella. Decidió empujar con violencia hacia delante, pero uno de los guardias la hizo volver con el pequeño grupo mientras la muchedumbre gritaba, rugía y se reía.

La princesa pelirroja que había llorado en el camino parecía inconsolable en estos momentos, y Bella se apretujó contra ella intentando animarla y al mismo tiempo esconderse. La pelirroja tenía unos preciosos pechos altos con pezones rosados muy grandes y una melena que se derramaba formando bucles sobre el rostro surcado de lágrimas.

La multitud vitoreó y gritó otra vez cuando el heraldo concluyó.

—No tengáis miedo —le susurró Bella—. Recordad que a fin de cuentas será muy parecido al castillo. Nos castigarán, nos harán obedecer.

—¡No, no va a ser así! —respondió la princesa con un cuchicheo, intentando que no se notara el movimiento de sus labios al hablar—. Yo que pensaba que era tan rebelde, que era tan traviesa.

El pregonero hizo sonar con fuerza la tercera llamada de trompeta, una aguda serie de notas que reverberaron en la plaza, y en el silencio inmediato que se hizo en el mercado resonó una voz:

—¡La subasta de primavera va a comenzar!

Se oyó un estruendo general, un coro poco menos que ensordecedor, tan intenso que conmocionó a Bella dejándola casi sin aliento. La visión de sus pechos temblorosos la sobresaltó y, al echar una rápida ojeada a su alrededor, descubrió cientos de ojos que devoraban, examinaban y evaluaban sus atributos desnudos, y un centenar de labios susurrantes y sonrientes.

Entretanto, los guardias atormentaban a los príncipes fustigándoles levemente los penes con los cintos de cuero. Luego, con las manos, les sostenían y les dejaban caer pesadamente los testículos oscilantes al tiempo que les ordenaban que se mantuvieran firmes y les castigaban con varios golpes de pala en las nalgas si no obedecían. Tristán se encontraba de espaldas a Bella, que veía cómo temblaban los duros y perfectos músculos de las piernas y nalgas del príncipe mientras el guardia lo importunaba, pasándole la mano con brusquedad entre las piernas. En ese instante, Bella lamentó terriblemente haber hecho el amor furtivamente con él. Si no conseguía una erección, como le ordenaba el guardia, ella sería la culpable.

Volvió a oírse la retumbante voz:

—Todos los presentes conocéis las normas de la subasta. Los esclavos desobedientes que nuestra graciosa majestad ofrece para realizar trabajos forzados serán vendidos al mejor postor por un período que sus nuevos señores y amos decidirán, y que nunca será inferior a tres meses de vasallaje.



Estos esclavos desobedientes deberán comportarse como criados silenciosos y, cada vez que lo permitan sus señores y señoras, serán traídos al lugar de castigo público para sufrir aquí su escarmiento, para disfrute de la multitud así como para su propia mejora.

El guardia se había apartado de Tristán. Antes le había propinado un golpe de pala casi juguetón tras sonreír susurrándole algo al oído.

— A los nuevos amos se os encomienda solemnemente que hagáis trabajar a estos esclavos —continuó la voz del heraldo sobre la tarima—, que los disciplinéis y que no toleréis ninguna desobediencia ni palabra insolente. Todo amo o señora puede vender a su esclavo dentro del pueblo en cualquier momento y por la suma que considere conveniente.

La princesa de rojos cabellos apretaba los pechos desnudos contra Bella, que se adelantó para besarle el cuello. Al hacerlo sintió el tupido vello rizado del pubis de la muchacha contra la pierna, y la humedad y el calor que desprendía.

— No lloréis — le susurró.

— Cuando regresemos, seré perfecta, seré perfecta — le confió la princesa, que estalló de nuevo en sollozos.

— Pero ¿qué os hizo desobedecer? — le susurró Bella rápidamente al oído.

— No sé — gimió la muchacha, abriendo completamente sus azules ojos—. ¡Quería ver qué pasaba! — De nuevo empezó a llorar lastimosamente.

— Cada vez que castigáis a uno de estos esclavos indignos — continuaba el heraldo—, estaréis cumpliendo el mandato de su majestad real.

Es la mano de su majestad la que los golpea y son los labios reales los que les reprenden. Una vez por semana, los esclavos serán enviados al edificio central de cuidados. Habrá que alimentarlos adecuadamente, y deberán disponer de tiempo suficiente para dormir. En todo momento, los esclavos deberán mostrar evidencias de severos azotes; y toda insolencia o rebeldía será tajante mente reprimida.

El pregonero volvió a hacer sonar la trompeta. Había pañuelos blancos agitándose por doquier y cientos de personas que aplaudían con entusiasmo. La princesa pelirroja soltó un grito al sentir que un joven que se había doblado sobre la valla del redil tiraba de su muslo.

El guardia lo detuvo con una reprimenda benevolente, pero el muchacho ya había conseguido deslizar la mano en el húmedo sexo de la princesa.

En esos instantes obligaban a Tristán a subir al entarimado. Como antes, el príncipe cautivo mantenía la cabeza erguida, las manos enlazadas en la nuca y una actitud de total dignidad a pesar de que la pala golpeaba sonoramente sobre su torneado y apretado trasero mientras él ascendía por los escalones de madera.

Bella advirtió por primera vez, bajo el alto patíbulo y los eslabones de cuero de la cadena colgante, una plataforma giratoria baja y redonda sobre la que un hombre alto y demacrado con un colete de terciopelo verde obligaba a subirse a Tristán.

El hombre separó las piernas del príncipe de una patada, como si no pudiera dirigirle ni la orden más simple.

«Le tratan como a un animal», pensó Bella, que se esforzaba por ver lo que sucedía.

El alto subastador se incorporó y accionó la plataforma giratoria con un pedal, para que Tristán girara con facilidad y rapidez.

Bella alcanzó a vislumbrar el rostro enrojecido del príncipe, su pelo dorado y los ojos azules casi cerrados. El pecho y el vientre endurecidos relucían por el sudor, el pene aparecía enorme y grueso, tal y como querían los guardias, y las piernas le temblaban ligeramente por la presión que las obligaba a mantenerse tan separadas.

El deseo se apoderó de Bella que, pese al miedo y a la lástima que le inspiraba Tristán en aquel momento, percibía que sus propios órganos se hinchaban y volvían a latir. «No pueden dejarme ahí sola ante todo el mundo. ¡No pueden vender me de este modo! ¡No puede ser!», se decía.

Pero, cuántas veces había dicho estas mismas palabras en el castillo.

Unas sonoras carcajadas provenientes de un balcón próximo la cogieron desprevenida. Por todas partes se alzaban conversaciones y discusiones a viva voz mientras la plataforma giraba sin cesar y los rizos rubios de Tristán mantenían despejada la nuca a causa del movimiento, lo que le hacía parecer más desnudo y vulnerable.

—Un príncipe de fuerza excepcional —gritó el subastador con voz aún más fuerte y grave que la del heraldo, lo que le permitía hacerse oír entre el estruendo de las conversaciones—, de largas extremidades pero de constitución robusta. Muy adecuado, desde luego, para los trabajos de la casa, indiscutiblemente para el trabajo en el campo y, sin duda, para el de las cuadras.

Bella dio un respingo.

El subastador sostenía en la mano una larga, estrecha y flexible pala de cuero, que más parecía una correa rígida. Golpeó con ella la verga de Tristán, otra vez de cara al redil de esclavos, mientras anunciaba a todo el mundo:

—Con un miembro fuerte, bien dispuesto, de gran resistencia, capaz de ofrecer servicios inmejorables. —El estallido de risas resonó por toda la plaza.

El subastador extendió el brazo, aferró a Tristán por el pelo y lo dobló bruscamente por la cintura, mientras accionaba de nuevo el pedal para que la plataforma girara mientras Tristán continuaba inclinado.

—Excelentes nalgas —retumbó la profunda voz; luego se oyó el inevitable chasquido de la pala que dejaba erupciones rojas sobre la piel de Tristán—. ¡Elásticas y suaves! —gritó el subastador, quien ahora presionaba la carne con los dedos. Luego acercó la mano al rostro de Tristán y lo levantó—. ¡Y es recatado, de temperamento tranquilo, deseoso de obedecer! ¡Más le vale! —De nuevo, resonó un estallido y se oyeron risas por todas partes.

«¿Qué estará pensando? —se dijo Bella—. ¡Me resulta insoportable!»

El subastador había cogido otra vez a Tristán por la cabeza y Bella vio que el hombre esgrimía un falo de cuero negro que colgaba de una cadena atada al cinturón de su colete de terciopelo verde.

Antes de que Bella alcanzara a comprender qué pretendía hacer, el subastador ya había introducido el falo en el ano de Tristán, lo que suscitó nuevos vítores y gritos que surgieron de la multitud que llenaba todos los rincones del mercado, mientras el príncipe seguía doblado por la cintura, con el rostro imperturbable.

—¿Hace falta que diga más? —gritó el subastador—. Pues entonces... ¡que empiece la subasta!

Las pujas comenzaron de inmediato, superadas nada más escucharse por cantidades que se gritaban desde todas las esquinas, como la de una mujer que estaba en un balcón próximo, probablemente la esposa de un tendero, con su soberbio corpiño de terciopelo y su blusa de lino blanco, quien se levantó para pujar por encima de las cabezas de los otros.

«Encima, todos son sumamente ricos —pensó Bella—. Son tejedores, tintoreros y plateros de la propia reina, así que cualquiera tiene dinero para comprarnos.» Incluso una mujer de aspecto vulgar, con las manazas enrojecidas y el delantal manchado, pujó desde la puerta de la carnicería, aunque enseguida quedó fuera de juego.

La pequeña plataforma giratoria continuaba dando vueltas lentamente. A medida que las cantidades eran más elevadas, el subastador intentaba persuadir a la multitud para hacer la puja final.

Con una vara delgada forrada de cuero, que desenfundó de una vaina como si se tratara de una espada, presionó la carne de las nalgas de Tristán, aquí y allá, y le frotó el ano, mientras el príncipe cautivo permanecía callado, con aspecto humilde, demostrando su padecimiento únicamente por el rubor ardoroso del rostro.

Pero, de súbito, alguien alzó la voz desde el fondo de la plaza y superó todas las pujas con un amplio margen, provocando un murmullo entre la muchedumbre. Bella permanecía de puntillas, intentando ver qué sucedía. Un hombre se había adelantado para situarse ante la tarima y la princesa lo vislumbró a través del andamiaje que sostenía la plataforma. Era un hombre de pelo blanco, aunque no tan viejo como para lucir un pelo tan cano, que se distribuía sobre su cabeza con un encanto inusual y que enmarcaba un rostro cuadrado y bastante pacífico.

—De modo que el cronista de la reina está interesado en esta joven montura tan robusta —gritó el subastador—. ¿No hay nadie que ofrezca más? ¿Alguien da más por este magnífico príncipe? Vamos, seguro que... Otra puja. Pero al instante, el cronista la superó, con una voz tan suave que incluso Bella se asombró de haberla oído. En esta ocasión, la apuesta era tan alta que cerraba las puertas a cualquier oposición.

— ¡Vendido! — declaró finalmente el subastador a viva voz —. ¡A Nicolás, el cronista de la reina e historiador jefe del pueblo de su majestad, por la cuantiosa suma de veinticinco piezas de oro!

Bella contempló entre lágrimas cómo se llevaban a Tristán de la tarima y lo empujaban precipitadamente escaleras abajo en dirección al hombre cano. Su nuevo amo esperaba sereno, con los brazos cruzados, ataviado con un colete gris oscuro de exquisito corte que le confería un aire principesco, mientras inspeccionaba en silencio su reciente adquisición. Con un chasqueo de dedos, ordenó a Tristán que lo precediera al trote para salir de la plaza.

La muchedumbre se apartó de mala gana para dejar marchar al príncipe, no sin antes empujarlo y burlarse de él. Bella intentaba a duras penas ver la escena cuando se dio cuenta de que la estaban separando del grupo de esclavos quejumbrosos; gritó y vio cómo se la llevaban a rastras en dirección a los escalones de madera.

## LA SUBASTA DE BELLA

«¡No, no puede ser verdad!», se dijo Bella, que sentía que las piernas no respondían mientras la pala la golpeaba. Las lágrimas la cegaban cuando la llevaron casi en volandas hasta la tarima y la colocaron sobre la plataforma giratoria. Poco importaba que no hubiera caminado obedientemente.

¡Allí estaba! La multitud se extendía ante ella en todas direcciones, rostros contraídos y manos que se agitaban, muchachas y muchachos de poca estatura que saltaban para poder atisbar el espectáculo, mientras los que estaban en los balcones estiraban el cuello para no perderse ningún detalle.

Bella temió sufrir un desmayo, pero inconcebiblemente continuaba en pie. Cuando la bota de blando cuero sin curtir del subastador le separó las piernas de una patada, la princesa se esforzó por mantener el equilibrio mientras sus pechos tremulaban con los sollozos contenidos.

— ¡Una princesita preciosa! — gritó el subastador. Cuando la plataforma empezó a girar súbitamente, Bella estuvo a punto de perder pie. Ante ella vio a cientos de personas que se apiñaban hasta llegar a las puertas del pueblo, en los balcones y ventanas, y a los soldados repantigados sobre las almenas—. ¡Con un cabello como hilo de oro y tiernos pechos!

El brazo del subastador se movió alrededor del cuerpo de la princesa, le apretó con fuerza los senos y le pellizcó los pezones. Bella soltó un grito contenido por sus labios sellados, pero no pudo evitar sentir el ardor que de inmediato le invadió la entrepierna y si la cogía del pelo como había hecho con Tristán...

Todavía estaba pensando esto cuando se sintió forzada a doblarse por la cintura y adoptar la misma postura que su compañero de esclavitud. Sus pechos parecieron hincharse con su propio peso al quedar colgando bajo su

torso, y la pala le volvió a golpear las nalgas para deleite de la multitud, que no cesaba de expresar su regocijo. Se oyeron aplausos, risas y gritos mientras el subastador le levantaba el rostro con el falo de cuero negro, aunque mantenía a Bella inclinada sin dejar de hacer girar la plataforma cada vez más deprisa.

—Preciosos atributos, idóneos sin duda para las labores caseras más delicadas. ¿Quién malgastaría este delicioso bocado en los campos?

—¡Que la lleven a los campos! —gritó alguien, y se oyeron más vítores y risas. Cuando la pala la azotó de nuevo, Bella soltó un gemido humillante.

El subastador atenazó la boca de Bella con la mano y la obligó a levantar la barbilla, lo que la hizo incorporarse con la espalda arqueada. «Voy a desmayarme, voy a desfallecer», se decía la princesa, cuyo corazón latía con fuerza; pero seguía allí, soportando la situación incluso cuando sintió entre los labios púbicos el repentino hormigueo de la vara forrada de cuero. «Oh, eso no, no puede...» pensó, pero su húmedo sexo se hinchaba, hambriento del burdo contacto de la vara. Se retorció en un intento de escapar a aquel tormento y la multitud rugió de entusiasmo.

Bella se dio cuenta de que estaba torciendo los labios de un modo terriblemente vulgar para escapar al penetrante y punzante examen.

Nuevos aplausos y gritos aclamaron cuando el subastador empujó la vara hacia las profundidades del caliente y húmedo vientre de la princesa sin dejar de gritar:

—¡Una muchachita exquisita, elegante, adecuada como doncella para la dama más refinada o para diversión de cualquier caballero! —Bella sabía que estaba como la grana. En el castillo nunca había sufrido tal vejación. Sintió que sus piernas perdían el contacto con el suelo mientras las manos firmes del subastador la levantaban por las muñecas hasta dejarla colgada por encima de la plataforma, al tiempo que la pala alcanzaba sus pantorrillas indefensas y las plantas de sus pies.

Sin pretenderlo, Bella pataleó en vano. Había perdido todo control. Gritaba con los dientes apretados y mientras el hombre la asía, ella forcejeaba como una loca. Un extraño y desesperado arrebato la invadió cuando la pala le azuzó el sexo, azotándolo y toqueteándolo. Los gritos y rugidos de la multitud la ensordecían. Bella no sabía si en realidad anhelaba aquel tormento o si prefería huir de él.

Sus oídos se llenaron de su propia respiración y de sus descontrolados sollozos. Entonces se dio cuenta, de repente, de que estaba dando a la concurrencia precisamente el tipo de espectáculo que todos deseaban. Estaban consiguiendo de ella mucho más de lo que les había dado Tristán, aunque no sabía si aquello le importaba. Tristán ya se había ido, y ella estaba completamente desamparada.

Las punzadas de la pala la castigaban haciéndole adelantar las caderas en un arco provocativo. Luego volvían para rozarle otra vez el vello púbico, inundándola de oleadas de placer y dolor al mismo tiempo.

En un gesto absolutamente desafiante, meneó el cuerpo con todas sus fuerzas y casi consiguió desprenderse del subastador, que soltó una fuerte risotada de perplejidad. La multitud no paraba de chillar mientras el hombre intentaba mantenerla quieta presionando con los fuertes dedos las muñecas de Bella para izarla aún más. Por el rabillo del ojo, la princesa vio que dos lacayos con vestimentas vulgares se apresuraban a acercarse en dirección a la tarima.

Inmediatamente la cogieron por las muñecas y la ataron a la tira de cuero que pendía del patíbulo, que estaba sobre la cabeza de la princesa. Ésta se quedó entonces balanceándose en el aire, y la pala del subastador empezó a golpearla, obligándola a girar, mientras Bella no podía hacer otra cosa que sollozar e intentar ocultar el rostro entre los brazos estirados.

—No tenemos todo el día para divertirnos con esta princesita —gritó el subastador, aunque la muchedumbre lo provocaba gritándole «Azótala, castígala».

—Así que exigís mano firme y disciplina severa para la encantadora damita, ¿es esto lo que me ordenáis? —preguntó mientras Bella se retorció con los azotes de la pala que le propinaba en las plantas de los pies desnudos. Luego le levantó la cabeza y la colocó entre los brazos para que no pudiera ocultar su rostro.

—¡Unos pechos preciosos, brazos tiernos, nalgas deliciosas y una pequeña cavidad del placer digna de los dioses!

Empezaban a oírse las ofertas, superadas con tal rapidez que el subastador apenas alcanzaba a repetirlas en voz alta. Bella vio a través de los ojos arrasados en lágrimas cientos de rostros que la observaban fijamente: hombres jóvenes que se apiñaban hasta el mismísimo borde de la tarima, un par de jovencitas que murmuraban y la señalaban y, más atrás, una anciana apoyada en un bastón que estudiaba a Bella y levantaba un dedo sarmentoso para ofrecer su postura.

De nuevo, una sensación de desenfreno se apoderó de ella. Sintió, una vez más, aquel despecho, y pataleó y gimió con los labios cerrados, aunque no dejaba de intrigarla el hecho de que no gritara en voz alta. ¿Era más humillante admitir que podía hablar? ¿Se sonrojaría aún más si la obligaban a demostrar que era una criatura con intelecto y sentimientos, y no una esclava estúpida?

La única respuesta que obtenía eran sus propios sollozos. La subasta continuaba. Le separaron las piernas cuanto pudieron y el subastador le pasó la vara de cuero por las nalgas como había hecho con Tristán. Le toqueteó el ano obligándola a protestar, a apretar los dientes, a debatirse, e incluso a intentar alcanzar a su torturador con una patada inútil.

Pero en aquel instante el subastador confirmaba la oferta más elevada, luego otra, y con sus comentarios intentaba que la multitud pujara más alto, hasta que Bella lo oyó anunciar con su característica y profunda voz:

—¡Vendida a la mesonera, la señora Jennifer Lockley, de la posada el Signo del León por la cuantiosa suma de veintisiete piezas de oro! Esta fogosa y divertida princesita será azotada para ganarse el pan.

## LAS LECCIONES DE LA SEÑORA LOCKLEY

La multitud continuaba aplaudiendo mientras desencadenaban a Bella y la empujaban escaleras abajo con las manos enlazadas tras la nuca, lo que realizaba aún más sus pechos. No le sorprendió sentir que le colocaban una tira de cuero en la boca y se la sujetaban firmemente a una hebilla, en la parte posterior de la cabeza, a la que a su vez le ataron las muñecas. No le sorprendía después de la resistencia con la que había forcejeado sobre la plataforma.

«¡Pues que hagan lo que quieran!», se dijo llena de desesperación y cuando sujetaron unas riendas a la misma hebilla y se las dieron a la alta dama de pelo negro situada de pie ante la tarima, Bella se dijo: «Muy bien pensado. Me hará seguirla como si fuera una bestia.»

La mujer estudiaba a Bella del mismo modo como lo hizo antes el cronista con Tristán. Tenía un rostro vagamente triangular, casi hermoso, y una negra cabellera suelta que le caía por la espalda, excepto una delgada trenza recogida sobre la frente que mantenía el rostro despejado de los espesos bucles oscuros. Llevaba un magnífico corpiño con falda de terciopelo rojo y una blusa de lino de mangas abombadas.

«Una rica mesonera», concluyó Bella. La alta mujer tiraba con tanta fuerza de las riendas que casi hizo caer a Bella. Luego se echó las riendas por encima del hombro y obligó a la joven a adoptar un trote rápido tras sus pasos.

Los lugareños se abalanzaban sobre la princesa, la empujaban, la pellizcaban, palmoteaban sus irritadas nalgas y le decían que era una chica muy mala; luego, le preguntaban si disfrutaba con sus cachetes y confesaban lo mucho que les gustaría disponer de una hora a solas con ella para enseñarle buenos modales. Pero Bella tenía los ojos clavados en la mujer, temblaba de pies a cabeza y sentía un curioso vacío mental, como si hubiera dejado por completo de pensar.

No obstante, lo hacía. Como antes, se preguntaba: «¿Por qué no voy a ser tan mala como me plazca?» Pero súbitamente rompió a llorar una vez más, sin saber por qué. La mujer caminaba tan rápido que Bella se veía obligada a trotar; así que obedecía, aunque fuese a regañadientes, con los ojos irritados por las lágrimas lo cual hacía que en su visión los colores de la plaza se fundieran en una única nube de frenético movimiento.

Entraron rápidamente en una pequeña calle donde se cruzaron con personas rezagadas que apenas les dirigían un vistazo, impacientes por llegar a la plaza. Enseguida, Bella se encontró trotando sobre los adoquines de una callejuela silenciosa y vacía que torcía y daba vueltas bajo las oscuras casas con entramados, ventanas con paneles romboides y contraventanas y puertas pintadas de vivos colores.

Había rótulos de madera por doquier que anunciaban los negocios del pueblo: aquí colgaba una bota de zapatero, allí el guante de cuero de un

guantero, y una copa de oro toscamente pintada indicaba la presencia del tratante en cuberterías de plata y oro.

Un extraño silencio envolvió a las mujeres, y entonces Bella sintió que todos los leves dolores de su cuerpo parecían avivarse. Notaba su cabeza lastrada con fuerza hacia delante por las riendas de cuero que rozaban sus mejillas. Respiraba ansiosamente contra la tira de cuero que la amordazaba y, por un momento, la sorprendió algo de la escena general, de la callejuela serpenteante, las pequeñas tiendas desiertas, la alta mujer con el corpiño y la amplia falda de terciopelo rojo caminando ante ella, la larga cabellera negra que caía en rizos sobre la estrecha espalda. Tuvo la impresión de que todo aquello había sucedido antes o, más bien, de que era algo bastante corriente.

Aunque era del todo imposible, Bella se sintió como si, de alguna manera peculiar, perteneciera a aquello, y poco a poco el terror paralizador que sintió en el mercado se fue disipando. Estaba desnuda, sí, y le ardían los muslos por los hematomas, igual que las nalgas; no quería ni pensar en el aspecto que tendrían. Los pechos, como siempre, enviaban aquella perceptible palpitación por todo su cuerpo y, cómo no, sentía la terrible pulsación secreta entre las piernas. Sí, su sexo, importunado con tanta crueldad por las rozaduras de aquella lisa pala, aún la enloquecía.

Pero en ese instante, todas estas cosas resultaban casi dulces. Incluso resultaba casi agradable el sonoro contacto de los pies desnudos sobre los adoquines calentados por el sol. Además, la alta mujer le inspiraba una vaga curiosidad. Bella se preguntaba cuál sería su cometido a partir de aquel momento.

En el castillo nunca se planteó en serio este tipo de cosas. Le asustaba lo que pudieran obligarla a hacer pero, en cambio, en estos instantes no estaba segura ni de si tendría que hacer algo. No lo sabía.

De nuevo volvió a ella la sensación de total normalidad ante el hecho de estar desnuda, de ser una esclava maniatada, penada, arrastrada con crueldad por esta callejuela. Se le ocurrió pensar que la alta mujer sabía con precisión cómo manejarla, por la manera apresurada en que la llevaba, controlando toda posibilidad de rebelión. Todo esto fascinaba a la princesa.

Dejó que su mirada discurriera errante por los muros y se percató de que, aquí y allí, había gente que la observaba desde las ventanas. Por delante descubrió a una mujer que la observaba con los brazos cruzados desde el balcón. Continuando el camino, un muchacho sentado en el alféizar de la ventana le sonrió y le lanzó un besito. Luego apareció un hombre de piernas torcidas y burda vestimenta que se quitó el sombrero ante la señora Lockley y se inclinó a su paso. Aunque apenas se detuvo a mirar a Bella, le dio una palmadita en las nalgas al cruzarse con ella. Aquella extraña sensación de familiaridad con todo aquello empezó a confundir a Bella pero sin dejar de deleitarla al mismo tiempo. Entretanto, llegaron rápidamente a otra gran plaza adoquinada, en cuyo centro había un pozo público, y que estaba rodeada de mesones con sus letreros distintivos colgados a la entrada.



Allí estaban el Signo del Oso, el Signo del Ancla y el Signo de las Espadas Cruzadas, pero el más destacado era, con mucho, el dorado Signo del León, que colgaba muy elevado sobre una vasta calzada, bajo tres pisos de ventanas emplomadas.

Sin embargo, el detalle más impactante era el cuerpo de una princesa desnuda que se balanceaba por debajo del letrero, con las muñecas y tobillos atados a una tira de cuero, de la que colgaba como una fruta madura, con el rojo sexo dolorosamente expuesto.

Era exactamente la postura en la que maniataban a los príncipes y princesas de la sala de castigos del castillo, una postura que Bella aún no había sufrido en sus propias carnes pero que temía más que ninguna otra. La princesa tenía el rostro entre las piernas, con los ojos casi cerrados, tan sólo unos centímetros por encima de su sexo hinchado, despiadadamente descubierto. Cuando vio a la señora Lockley, la muchacha gimió retorciéndose bajo las ligaduras y, con gran esfuerzo, intentó adelantarse en un gesto de súplica, como hacían los príncipes y princesas torturados en la sala de castigos del castillo.

A Bella se le detuvo el corazón al ver a la muchacha. Pero la señora Lockley la hizo pasar justo a su lado, aunque fue incapaz de volver la cabeza para ver mejor a la desgraciada, y a continuación tuvo que entrar trotando en la estancia principal de la posada.

Pese al calor del día, el ambiente de la enorme sala era fresco. En la enorme chimenea ardía un fuego, donde había una humeante marmita de hierro. Docenas de mesas y bancos concienzudamente pulidos estaban repartidos por el vasto suelo embaldosado, y varios barriles gigantescos se alineaban a lo largo de las paredes. En uno de los lados sobresalía una larga repisa que partía desde el hogar y, en el muro más alejado, había algo así como un pequeño y tosco escenario. Un mostrador, largo y rectangular, se extendía hacia la puerta desde el hogar y, tras él, un hombre con una jarra en la mano y el codo apoyado en la madera parecía estar listo para servir cerveza a cualquiera que se lo pidiera. Alzó la desgredada cabeza, descubrió a Bella con sus oscuros ojos pequeños y hundidos y, con una sonrisa, le dijo a la señora Lockley:

— Ya veo que os ha ido bien.

Los ojos de Bella tardaron un momento en acostumbrarse a la penumbra, pero pronto se percató de que había otros muchos esclavos desnudos en la sala. En un rincón, un príncipe de precioso cabello negro, desnudo y de rodillas, restregaba el suelo con un gran cepillo cuyo mango de madera sostenía con los dientes. Una princesa de cabello rubio oscuro se dedicaba a la misma tarea, más allá de la puerta. Otra joven de pelo castaño recogido sobre la cabeza estaba de rodillas sacando brillo a un banco, aunque en su caso se beneficiaba de la clemencia de poder emplear las manos. Otros dos jóvenes, príncipe y princesa, con el cabello suelto, se arrodillaban en el extremo más alejado del hogar, iluminados por el destello de la luz del sol que entraba por la puerta trasera, y bruñían vigorosamente diversas fuentes de peltre.

Ninguno de estos esclavos se atrevió a echar una sola ojeada a Bella. Su actitud era de completa obediencia. Cuando la joven princesita avanzó apresuradamente con el cepillo de fregar suelos para limpiar las baldosas próximas a los pies de Bella, ésta se percató de que no hacía mucho que sus piernas y nalgas habían recibido el último castigo.

«Pero ¿quiénes son estos esclavos?», se preguntó Bella. Estaba casi segura de que Tristán y ella formaban parte del primer grupo sentenciado a trabajos forzados. ¿Serían éstos los incorregibles que por su mal comportamiento eran consignados al pueblo durante un año?

—Coged la pala de madera —dijo la señora Lockley al hombre que estaba en la barra. Luego tiró de Bella hacia delante y la arrojó a toda prisa sobre el mostrador.

La princesa no pudo contener un quejido y de pronto se encontró con las piernas colgando por encima del suelo. Aún no había decidido si iba a obedecer o no a esta mujer cuando sintió que le soltaba la mordaza y la hebilla y luego le llevaba las manos a la nuca con suma violencia.

Con la otra mano, la mesonera le tocó entre las piernas y sus dedos indagadores encontraron el sexo húmedo de Bella, los labios hinchados e incluso la ardiente pepita del clítoris, lo que obligó a Bella a apretar los dientes para contener un gemido de súplica.

La mano de la mujer la dejó padeciendo un tormento extremo.

Por un instante, Bella respiró sin impedimentos pero a continuación sintió la lisa superficie de la pala de madera que apretaba suavemente sus nalgas, con lo cual las ronchas parecieron arder otra vez.

Roja de vergüenza tras el rápido examen, Bella se puso en tensión, a la espera de los inevitables azotes que, sin embargo, no llegaron. La señora Lockley le torció la cara para que pudiera ver a través de la puerta abierta

—¿Veis a esa guapa princesa que cuelga del letrero? —preguntó la dueña de la posada y, agarrando a Bella por el pelo, tiró y empujó de su cabeza para que hiciera un gesto afirmativo. Bella comprendió que no debía hablar y, por el momento, decidió obedecer. Asintió espontáneamente.

El cuerpo de la princesa colgada giró un poco bajo las ligaduras. Bella no se había percatado si su desgraciado sexo estaba húmedo o aletargado bajo el ineficaz velo de vello púbico.

—¿Queréis ocupar su lugar? —preguntó la señora Lockley. Hablaba en tono categórico y seguro. ¿Queréis colgar ahí hora tras hora, día tras día, con esa hambrienta boquita vuestra muriéndose de ganas, abierta ante todo el mundo?

Bella sacudió la cabeza con toda sinceridad.

—¡Entonces dejaréis la insolencia y la rebeldía que mostrasteis en la subasta y obedeceréis cada orden que recibáis, besaréis los pies de vuestros amos y lloriquearéis de agradecimiento cuando os den el plato de comida, que relameréis hasta dejar bien limpio!

Volvió a empujar la cabeza de Bella para que asintiera, mientras la princesa experimentaba una excitación sumamente peculiar. Asintió una vez más, espontáneamente, mientras su sexo latía contra la madera de la barra del bar.

La mujer metió la mano bajo el cuerpo de la muchacha y le agarró los pechos, juntándolos como si fueran dos blandos melocotones cogidos de un árbol. Bella tenía los pezones ardiendo.

—¿Verdad que nos entendemos? —preguntó la mesonera. Bella, tras un extraño momento de vacilación, asintió con la cabeza.

—Y ahora escuchad bien esto —continuó la mujer con la misma voz pragmática—. Voy a azotaros hasta que la piel os quede en carne viva y no será para deleite de ninguna dama o rico noble, ni para disfrute de ningún soldado ni caballero; estaremos sólo las dos, preparándonos para abrir el local una jornada más, haciendo lo que hay que hacer y os trataré así para dejaros tan escocida que el contacto de mi uña con vuestra carne os hará dar alaridos y precipitaros a obedecer mis órdenes. Estaréis así de despellejada cada uno de los días de este verano que vais a ser mi esclava, y corretearéis a besar mis pantuflas después de los azotes porque, de lo contrario, os colgaré de ese letrero. Hora tras hora, día tras día, estaréis colgada y sólo os bajarán para comer y dormir, con las piernas atadas y separadas, las manos ligadas a la espalda y las nalgas azotadas como ahora vais a ver y volverán a colgaros de ahí, para que los brutos del pueblo puedan reírse de vos y de vuestro hambriento sexo. ¿Lo entendéis?

Mientras esperaba la respuesta, la mujer continuaba balanceando los pechos de Bella y tirándole del pelo con la otra mano.

Bella asintió muy lentamente.

—Muy bien —dijo la mesonera en voz baja. Dio la vuelta a Bella y la estiró a lo largo del mostrador, con la cabeza vuelta hacia la puerta. Le tomó la barbilla con la mano para obligarla a mirar por la puerta abierta en dirección a la pobre princesa que estaba colgada, y seguidamente la pala de madera se apoyó en su trasero y apretó suavemente las erupciones. Bella sintió sus nalgas enormes y calientes.

—Y bien, escuchad también esto —continuó la señora Lockley—. Cada vez que alce esta pala, os pondréis a trabajar para mí, princesa. Vais a retorceros y gemir. No forcejearéis para escaparos de mí; oh, no, no haréis eso, no. Ni tampoco retiraréis las manos de la nuca. Ni os atreveréis a abrir la boca. Vais a retorceros y gemir. De hecho, botaréis bajo la pala. Porque tendréis que demostrarme qué sentís con cada golpe, cómo lo apreciáis, lo agradecida que estáis por el castigo que recibís y lo mucho que sabéis que lo tenéis merecido. Si no sucede exactamente así, os colgaré antes de que acabe la subasta y el local se llene de gente y de soldados ávidos por tomar la primera jarra de cerveza.

Bella estaba perpleja.

Nadie en el castillo le había hablado de este modo, con tal frialdad y simplicidad, y no obstante parecía que detrás de todo aquello había un impresionante sentido práctico que casi hizo sonreír a Bella. Era esto

precisamente lo que la mujer tenía que hacer, reflexionó la princesa. ¿Por qué no? Si fuera ella quien regentara el mesón y hubiera pagado veintisiete piezas de oro por una díscola y orgullosa esclava, posiblemente haría lo mismo. Y, por supuesto, exigiría que la esclava se retorciera y gimiera para demostrar que entendía que la estaban humillando, ejercitaría completamente el espíritu del esclavo en vez de liarse a golpes.

Bella volvió a experimentar aquella peculiar sensación de normalidad.

Entendía cómo funcionaba aquel fresco y umbrío mesón en cuya puerta la luz del sol se derramaba sobre los adoquines, y comprendía perfectamente las órdenes de la extraña voz que le hablaba con tono superior de mando. El sofisticado lenguaje del castillo resultaba empalagoso en comparación y, sí, razonó Bella, al menos por el momento, obedecería, se retorcería y gemiría.

Al fin y al cabo, le iba a doler, ¿no? Lo comprobó súbitamente.

La pala la golpeó y, sin esfuerzo, extrajo de ella el primer y fuerte gemido. Era una gran pala delgada de madera que produjo un sonido claro y pavoroso cuando volvió a golpearla. Bajo la lluvia de azotes que le pinchaban las nalgas escocidas, Bella se encontró de pronto, sin haberlo decidido conscientemente, retorciéndose y llorando con nuevas lágrimas que le saltaban de los ojos. La pala parecía hacerle dar vueltas y retorcerse, la arrojaba de un lado a otro del tosco mostrador, golpeándole las nalgas que brincaban una y otra vez. Sintió que la barra del bar crujía bajo su peso cada vez que subía y bajaba las caderas. Notó el roce de los pezones contra la madera. No obstante, continuó con los ojos llorosos fijos en la puerta abierta y, pese a estar absorta en el sonido de los azotes de la pala y los sonoros gritos que intentaba amortiguar con sus labios sellados, no pudo evitar intentar imaginarse a Sí misma preguntándose si la señora Lockley estaría complacida, si le parecería suficiente.

Bella oía sus propios gemidos guturales. Notaba las lágrimas resbalándole por las mejillas hasta caer sobre la madera del mostrador. Le dolía la mandíbula cada vez que se debatía bajo la pala y sentía su largo pelo caldo alrededor de los hombros y cubriéndole el rostro.

La pala le hacía daño de verdad, el dolor era insoportable. La princesa se arqueaba sobre las maderas como si quisiera preguntar con todo su cuerpo: «¿No es suficiente, señora, no es suficiente?» De todas las pruebas a las que la habían sometido en el castillo, en ninguna había demostrado tal padecimiento.

La pala se detuvo. Un suave torrente de sollozos llenó el repentino silencio y Bella se apretó apresuradamente contra el mostrador, llena de humildad, como si implorara a la señora Lockley. Algo le rozó levemente las irritadas nalgas y, con los dientes apretados, Bella soltó un gruñido.

—Muy bien —decía la voz—. Ahora levantaos y manteneos así delante de mí, con las piernas separadas. ¡Ahora!

Bella se apresuró a acatar la orden. Descendió del mostrador y permaneció con las piernas tan separadas como pudo, sin dejar de estremecerse a causa de los sollozos y lloriqueos. Sin levantar la vista, veía la figura de la señora Lockley

con los brazos cruzados, el blanco de las mangas abombadas relucía entre las sombras y la grande y ovalada pala de madera continuaba en sus manos.

—¡De rodillas! —La orden sonó tajante, acompañada de un chasquido de dedos—. Y, con las manos en la nuca, apoyad la cara en el suelo y arrastraos hasta la pared. Luego volved en la misma posición, ¡rápido!

Bella obedeció a toda prisa. Era una calamidad intentar gatear de esta forma, con los codos y la barbilla pegados al suelo. Sólo la idea de lo desmañada y miserable que resultaría le pareció insoportable, pero llegó al muro y regresó hasta la señora Lockley rápidamente, sin pensárselo dos veces. Movida por un impulso irrefrenable le besó las botas. La palpitación que percibía entre sus piernas se intensificó como si le hubieran apretado con un puño, obligándola a jadear. Si al menos pudiera juntar las piernas con fuerza... pero la señora Lockley la vería y no se lo perdonaría.

—¡Incorporaos, pero continuad de rodillas! —ordenó la mesonera.

Agarró a Bella por el pelo y recogió los mechones en un rodete en la parte posterior de la cabeza. Se sacó unas horquillas de los bolsillos y se lo sujetó.

A continuación chasqueó los dedos:

—Príncipe Roger —llamó—, traed aquí el cubo y el cepillo.

El príncipe de pelo negro obedeció al instante, moviéndose con serena elegancia pese a estar a cuatro patas, y Bella comprobó que tenía las nalgas rojas, en carne viva, como si poco antes él también se hubiera visto sometido a la disciplina de la pala. Besó las botas de su señora, con los oscuros ojos abiertos y directos, y luego se retiró por la puerta trasera hacia el patio para atender la indicación de la mujer. El vello negro se espesaba alrededor del ojete rosáceo del ano del príncipe, las pequeñas nalgas eran de una redondez exquisita para pertenecer a un hombre.

—Ahora, tomad el cepillo entre los dientes y restregad el suelo, empezando por aquí, hasta allá —ordenó fríamente la señora Lockley—. Hacedlo bien, que quede bien limpio, y mantened las piernas bien separadas mientras fregáis. Si os veo con las piernas juntas, o si os frotáis esa boquita hambrienta contra el suelo, o si veo que os la tocáis, acabaréis colgada, ¿queda claro? Inmediatamente, Bella besó otra vez las botas de su ama.

—Muy bien —asintió la mesonera—. Esta noche, los soldados pagarán mucho dinero por ese pequeño sexo. Lo alimentarán muy bien. Pero por ahora, pasaréis hambre, con obediencia y humildad, y haréis lo que os diga.

Bella se puso a trabajar al instante con el cepillo, fregando con fuerza el suelo de baldosas, moviendo la cabeza adelante y atrás. El sexo le dolía casi tanto como las nalgas pero, mientras trabajaba, el dolor se mitigó y Bella sintió que su cabeza se despejaba de un modo sumamente extraño.

¿Qué sucedería —se preguntó—, si los soldados la adoraban, pagaban con creces por ella, alimentaban generosamente su sexo, por así decirlo, y luego Bella era desobediente? ¿Podría permitirse la señora Lockley colgarla a las puertas del mesón?

«¡Qué mala me estoy volviendo!», se dijo.

Pero lo más extraño de todo aquello era que su corazón latía velozmente al pensar en la señora Lockley. Le gustaba su frialdad y severidad, de una manera que no había experimentado antes en su adúladora ama del castillo, lady Juliana. No podía evitar preguntarse si la señora Lockley sentiría algún placer cuando la azotaba con la pala. Al fin y al cabo, lo hacía muy bien.

Bella continuaba fregando mientras pensaba. Intentaba dejar las baldosas marrones del suelo tan relucientes y limpias como podía, cuando de repente se percató de que sobre ella se cernía una sombra. Pertenecía a alguien que se hallaba en el umbral de la puerta abierta. Entonces oyó la voz de la señora Lockley que decía con suavidad:

– Ah, capitán.

Bella levanto la vista con prudencia pero no sin cierto atrevimiento, ya que era consciente de que posiblemente incurría en una insolencia. De pie, ante ella, descubrió a un hombre rubio que calzaba botas de cuero cuya caña subía por encima de las rodillas y que llevaba una daga enjorada sujeta al grueso cinturón de cuero, del que también colgaban un espadón y una larga pala de cuero. A Bella le pareció más grande que los demás hombres que había conocido en este reino, a pesar de que era de constitución delgada, excepto por la anchura de los hombros. El cabello rubio le cubría profusamente la nuca y se rizaba y espesaba en las puntas. Sus brillantes ojos verdes se estrecharon con las líneas de una sonrisa cuando la miro.

La princesa sintió una punzada de consternación; sin saber por qué, experimentó un repentino derretimiento de la frialdad y la dureza que la afectaba. Con calculada indiferencia, continuó fregando.

Pero el hombre se situó justo delante de ella.

– No os esperaba tan pronto – dijo la señora Lockley –. Contaba con que traerais esta noche a toda la guarnición.

– Decididamente, señora – contestó. Su voz se alzaba con un sonido casi brillante. Bella sintió una peculiar tensión en la garganta y continuó restregando, intentando no prestar atención a las botas de becerro finamente arrugadas que tenía delante –. Presenció la subasta de esta tortolita – prosiguió el capitán, y Bella se sonrojó mientras el hombre caminaba orgullosamente formando un círculo en torno a ella –. Qué rebelde – comentó –. Me sorprendió que pagarais tanto dinero por ella.

– Sé cómo tratar a las rebeldes, capitán – dijo la señora Lockley con voz fría como el acero, pero sin delatar orgullo ni ironía –. Sin embargo, es una tortolita excepcionalmente succulenta. Pensé que os gustaría disfrutar de ella esta noche.

– Lavadla bien y enviádmela a mi habitación, ahora mismo – ordenó el capitán –. Creo que no quiero esperar hasta la noche.

Bella volvió la cabeza y deliberadamente lanzó una severa mirada al capitán. Le pareció descaradamente guapo, con una rubia y áspera barba, como si le hubieran frotado el rostro con polvo de oro. El sol había dejado su marca en él; el intenso bronceado de su piel hacía brillar aún más las cejas doradas y los dientes blancos. Apoyaba la mano enguantada en la cadera y, cuando la señora Lockley ordenó gélidamente a Bella que bajara la vista, él se limitó a sonreír ante la insolencia de la princesa.

## LA EXTRAÑA HISTORIA DEL PRÍNCIPE ROGER

La señora Lockley levantó a Bella con brusquedad, le retorció las muñecas para colocárselas en la nuca y seguidamente la obligó a salir por la puerta trasera a un gran patio cubierto de hierba y frondosos árboles frutales.

Allí, en un tinglado descubierto, sobre unos bancos de madera, media docena de esclavos desnudos dormían, al parecer tan profunda y confortablemente como si estuvieran en la suntuosa sala de esclavos del castillo. También había una mujer del pueblo con las mangas remangadas que tenía a otro esclavo metido de pie en un gran barreño de agua jabonosa. Él estaba atado por las manos a una rama que sobresalía del árbol mientras la mujer le restregaba las carnes con la misma rudeza con que se desala la carne para la cena.

Sin darle tiempo a comprender lo que sucedía, Bella se vio metida en aquel barreño, con el agua jabonosa remolineando a la altura de las rodillas.

Mientras le ataban las manos a la rama de la higuera que colgaba sobre su cabeza, oyó que la señora Lockley llamaba al príncipe Roger.

El esclavo apareció de inmediato, esta vez de pie, con el cepillo de fregar en la mano, y al instante se ocupó de Bella. La mojó de arriba abajo con agua caliente, le frotó codos y rodillas con más fuerza, y a continuación la cabeza, que volvió a uno y otro lado con gran rapidez.

En este lugar el lavado se reducía a lo indispensable, sin lujos superfluos. Bella dio un respingo cuando el cepillo le restregó entre las piernas y gimió al notar las ásperas cerdas sobre las ronchas y magulladuras.

La señora Lockley se había ido. La corpulenta posadera había enviado a la cama al pobre esclavo quejumbroso, recién restregado, guiándolo con azotes, y a continuación había desaparecido hacia el interior de la posada. En el patio sólo quedaban los esclavos que descansaban.

—¿Me responderéis si hablo? —preguntó Bella en un susurro. La piel oscura del príncipe le pareció de una suavidad cérea en contraste con la suya. Éste le echaba la cabeza ligeramente hacia atrás para verterle el jarro de agua caliente por encima. Ahora que estaban a solas, los ojos del príncipe tenían un brillo alegre.

—Sí, pero tened mucho cuidado. Si nos pillan, nos mandarán a recibir el castigo público. Me asquea sobremanera servir de diversión en la plataforma giratoria para los patanes del pueblo.

—Pero, decidme, ¿por qué estáis aquí? —preguntó Bella—. Yo creía que había llegado con los primeros esclavos que enviaron desde el castillo.

—Llevo años en el pueblo —dijo—. Casi no recuerdo el castillo. Me sentenciaron por escabullirme con una princesa. ¡Estuvimos dos días enteros escondidos antes de que nos encontraran! —explicó con una sonrisa—. Pero nunca volverán a llamarme.

Bella se quedó conmocionada. Recordó la noche furtiva que pasó con Alexi muy cerca de la alcoba de la mismísima reina.

—¿Y qué le sucedió a ella? preguntó Bella.

—Oh, estuvo un tiempo en el pueblo y luego regresó al castillo. Se convirtió en una de las favoritas de la reina y cuando llegó el momento de regresar a su reino, prefirió quedarse a vivir aquí y ser una dama de la corte.

—¡No hablaréis en serio! —exclamó Bella llena de asombro.

—Pues así es. Se convirtió en miembro de la corte. En una ocasión incluso bajó a caballo hasta el pueblo con sus nuevos ropajes para verme y preguntarme si me gustaría regresar y ser su esclavo. La reina estaba dispuesta a permitirlo, dijo, porque ella había prometido castigarme con toda contundencia y fustigarme sin descanso. Sería la ama más perversa que jamás hubiera tenido esclavo alguno, afirmó. Como podéis imaginaros, yo me quedé absolutamente pasmado. Cuando la había visto por última vez estaba desnuda, en las rodillas de su señor. En cambio, ahora cabalgaba sobre un caballo blanco, llevaba un fantástico vestido de terciopelo negro con ribetes dorados y el pelo trenzado con oro. Venía dispuesta a cargarme desnudo sobre su silla. Yo me escapé corriendo pero hizo que el capitán de la guardia me trajera de vuelta, y desde su montura me azotó con la pala en el centro mismo de la plaza ante una muchedumbre de lugareños. Disfrutó como una loca.

—¿Cómo pudo hacer una cosa así? —Bella estaba indignada—. ¿Habéis dicho que llevaba el cabello peinado en trenzas?

—Sí —respondió—. He oído decir que nunca lo lleva suelto. Le recuerda demasiado sus tiempos de esclava.

—¿No será lady Juliana?

—Sí, precisamente de ella se trata. ¿Cómo lo habéis sabido?

—Fue mi torturadora en el castillo; era mi ama, y el príncipe de la Corona, mi señor —explicó Bella. Recordaba perfectamente el encantador rostro de lady Juliana y esas espesas trenzas. ¿Cuántas veces había tenido que escapar de su pala en el sendero para caballos?—. ¡Oh, qué horror! balbució. Pero ¿qué sucedió después?

—¿Cómo conseguisteis huir de ella?

—Ya os he dicho que eché a correr y el capitán de la guardia me trajo de vuelta. Estaba claro que aún no estaba preparado para regresar al castillo —se rió—. Por lo que me contaron, lady Juliana suplicó y rogó para que me entregaran, y prometió domesticarme sin ayuda de nadie.

—¡Vaya monstruo! —exclamó Bella.

El príncipe le secó los brazos y la cara. —Salid del barreño y callaos. Creo que la señora Lockley está en la cocina. —Luego susurró—: La señora Lockley no estaba dispuesta a dejarme marchar. Pero Juliana no es la primera esclava que se queda en el castillo y acaba convirtiéndose en un terror para los demás cautivos.

—Quizás algún día os encontréis ante esta disyuntiva. De repente descubriréis que tenéis una pala en las manos y todos esos traseros desnudos a vuestra merced. Pensad en ello —dijo Roger, sonriendo con naturalidad.

—¡Jamás! —respondió Bella con voz entrecortada.

—Bueno, démonos prisa. El capitán está esperando.



La imagen de lady Juliana desnuda junto a Roger fulguró brillante en la mente de Bella. ¡Cómo le gustaría colocar a lady Juliana sobre sus rodillas, aunque sólo fuera por una vez! Sintió una intensa agitación entre las piernas. Pero ¿qué estaba pensando? La simple mención del capitán le provocó una debilidad instantánea. Bella no tenía ninguna pala en las manos, ni nadie a su merced. Era una esclava desnuda y dócil, a punto de ser enviada ante un soldado bregado que sentía una evidente debilidad por los rebeldes. Al imaginarse el apuesto rostro bronceado por el sol y los profundos ojos centelleantes del oficial, pensó: «Si de verdad soy una muchacha tan mala, entonces actuaré como tal.»

## EL CAPITÁN DE LA GUARDIA

La señora Lockley había salido por la puerta.

Desató las manos de Bella y le secó el pelo con rudeza. Después de atarle las muñecas detrás de la espalda, la obligó a entrar en la posada y subir por una estrecha y curva escalera de madera que ascendía desde detrás del hogar. Bella hubiera sentido el calor de la chimenea a través del muro mientras subía al piso de arriba si no la hubieran obligado a marchar con tanta rapidez.

La señora Lockley abrió una pequeña puerta de roble y forzó a Bella a arrodillarse al entrar en la habitación. La empujó con tal ímpetu que la princesa tuvo que estirar los brazos para no caer de bruces.

—Aquí está, mi apuesto capitán — anunció la mujer.

Bella oyó el sonido de la puerta que se cerraba a su espalda. Se había arrodillado sin estar aún segura de lo que la mesonera quería de ella. Su corazón se aceleró al ver las familiares botas de piel de becerro, el resplandor del pequeño fuego encendido en el hogar y la gran cama artesonada de madera bajo un techo inclinado. El capitán estaba sentado en un pesado sillón, junto a una larga mesa de madera oscura.

Pero, aunque Bella esperaba, él no le dio ninguna orden sino que se limitó a recoger su larga melena con la mano y a levantarla por el pelo, lo que la obligó a gatear un poco hacia delante y arrodillarse luego ante él. Se quedó mirándolo asombrada. Volvió a contemplar el rostro descaradamente apuesto, el abundante cabello rubio del que con toda seguridad él se vanagloriaba, y los ojos verdes hundidos en la bronceada piel, que respondieron a la mirada de la princesa con igual intensidad.

Una terrible debilidad se apoderó de Bella.

Algo en su interior, una mansedumbre que parecía crecer, que infectaba todo su corazón y espíritu, se ablandó completamente. La joven se opuso de inmediato a aquella extraña reacción, pero parecía que empezaba a entender algo...

El capitán puso a Bella de pie sujetándola por la melena que aún tenía enrollada en la mano izquierda. Elevándose sobre ella, le separó las piernas de una patada.

– Ahora vais a mostraros a mí – dijo sin el menor atisbo de sonrisa. Antes de que Bella tuviera tiempo de pensar qué iba a pasar, el capitán le soltó la cabellera y la princesa se encontró en medio de la habitación, desatada y humillada.

El capitán se hundió de nuevo en la silla, totalmente confiado en que la joven obedecería sus órdenes. El corazón de Bella palpitaba con tal fuerza que se preguntó si su captor alcanzaría a oír los latidos.

– Bajad las manos y abrid los labios del sexo. Quiero comprobar vuestros atributos.

Un intenso rubor quemó el rostro de Bella, que se quedó mirando al oficial sin moverse. En aquellos instantes su corazón latía a toda velocidad. Al momento el capitán se puso en pie, cogió a Bella por las muñecas y la levantó brutalmente para dejarla sentada sobre la mesa de madera. Dobló a la princesa hacia atrás apretándole las muñecas contra la columna vertebral y la obligó a separar de nuevo las piernas, esta vez con la rodilla, mientras la observaba fijamente.

Bella no se acobardó y en vez de apartar la vista se quedó mirándolo directamente a la cara. Al mismo tiempo sintió que los dedos enguantados ejecutaban la orden que había recibido momentos antes y separaban ampliamente los labios vaginales. A continuación el capitán procedió a estudiarla.

La princesa forcejeó, se retorció e intentó zafarse desesperadamente, pero los dedos la abrían como si fueran una palanca que se clavaba con fuerza en su clítoris.

Sintió el rubor que le abrasaba el rostro y sacudió las caderas resistiéndose abiertamente. Sin embargo, bajo la envoltura de cuero de los guantes, su clítoris se endureció y aumentó de tamaño. Estaba a punto de reventar bajo la presión del índice y el pulgar del capitán.

Bella jadeaba y tuvo que apartar la cara. Cuando oyó que él se desabrochaba los pantalones y sintió la dura punta de su verga que le rozaba el muslo, gimió y levantó las caderas en un gesto de ofrecimiento.

Seguidamente, el enorme miembro empezó a penetrar su sexo. La llenaba tan plenamente que sentía el caliente y húmedo vello púbico del capitán tapando herméticamente su vagina, mientras la izaba cogiéndola por las doloridas nalgas.

Cuando él la levantó de la mesa, Bella le rodeó el cuello con los brazos, se apoyó en su cintura con las piernas. El capitán se ayudaba de las manos para desplazarla por su órgano desgarrador, levantándola y bajándola siguiendo toda la longitud de su miembro mientras la princesa emitía unos gritos sofocados. La manejaba cada vez con más vigor aunque ella no se daba cuenta de que le mecía la cabeza con la mano derecha, le había vuelto la cara hacia

arriba y le había metido la lengua en la boca. Bella sentía únicamente las estremecedoras explosiones de placer que la inundaban y luego su propia boca que se atenazaba a la de su agresor, su cuerpo tenso e ingrátido que él levantaba y volvía a bajar, levantaba y volvía a bajar, hasta que experimentó con un fuerte grito, un grito desmesurado, el demoledor orgasmo final.

Pero aquello no cesaba. La boca del capitán le succionó el grito, sin soltarla, y cuando la princesa pensó que la agonía llegaba a su fin, él vertió su propio clímax en su interior. Bella oyó el gruñido que surgió desde lo profundo de la garganta de su captor cuando paralizó las caderas para adoptar luego un frenético ritmo de movimientos rápidos y bruscos.

La habitación se sumió en un repentino silencio mientras el capitán la acunaba. Su miembro continuaba en el interior de ella, produciéndole espasmos ocasionales que la obligaban a gemir quedamente.

Luego sintió que se quedaba vacía por dentro.

Intentó protestar de algún modo silencioso pero él continuó besándola.

Se encontró otra vez de pie. El capitán le había vuelto a colocar las manos en la nuca y le había se parado las piernas con un suave empujón de la bota. Pese a todo aquel dulce agotamiento, Bella siguió de pie. Miraba fijamente hacia delante, pero no veía más que un borrón de luz.

—Y bien, ahora tendremos una pequeña demostración, como había solicitado —dijo él, que volvió a besar la boca de Bella, la abrió y recorrió el interior del labio con la lengua. La joven lo miró directamente a los ojos, no veía nada aparte de aquellos ojos que la observaban. «Capitán», pensó aquella palabra. Luego vio la maraña de pelo rubio sobre la frente bronceada y marcada por profundas líneas. Pero él había retrocedido y la había dejado allí en medio, de pie.

—Os pondréis las manos entre las piernas —le indicó suavemente y se acomodó en el sillón de roble, con los pantalones pulcramente abrochados— y me mostraréis el sexo ahora mismo. Bella se estremeció. Miró hacia su propio cuerpo, caliente y que rezumaba humedad, y sintió aquella debilidad que se había extendido a todos sus músculos. Para su propia sorpresa, dejó que sus manos se deslizaran entre las piernas y palpó los resbaladizos labios que aún ardían y palpitaban debido a las contundentes embestidas. Se tocó la vagina con la punta de los dedos.

—Abridlo para que lo pueda ver —ordenó él, recostándose en el sillón, con el codo apoyado en el brazo y la mano bajo la barbilla—. Así. Más abierto, ¡más abierto!

La princesa estiró la estrecha abertura, aunque no se creía que ella, la chica mala, estuviera haciendo aquello. Una sutil y lánguida sensación de placer, un eco del éxtasis alcanzado, la amansó aún más y la tranquilizó. Se había separado tanto los labios que casi le dolían.

—Y el clítoris —dijo—, levantadlo. La pequeña protuberancia le quemó contra el dedo al obedecer.

—Moved el dedo aun lado para que pueda ver —ordenó.

Y así lo hizo, con toda la gracia que pudo.

– Ahora estirad otra vez la entrada y adelantad las caderas.

La princesa obedeció, pero aquel movimiento de caderas la inundó de otra oleada de placer. Era consciente del rubor en su cara, garganta y pechos. Oía sus propios gemidos. Las caderas se elevaban cada vez más, se movían más y más deprisa.

Veía los pezones de sus pechos que se contraían formando pequeños fragmentos de piedra rosada y percibía su propio quejido cada vez más intenso y suplicante.

Aquel deseo que la debilitaba con tal dulzura comenzaría en cualquier momento. En aquel instante notaba cómo sus labios se congestionaban al contacto de los dedos, los fuertes latidos de su clítoris, como si de un pequeño corazón se tratara, y el hormigueo de la carne rosada que lo rodeaba.

El deseo era casi insoportable. Entonces sintió la mano derecha del capitán en su cuello. La atrajo hacia sí, le dio media vuelta y la sentó sobre su regazo, con la cabeza apoyada en el pliegue de su codo, mientras con la mano izquierda apartaba cuanto podía la pierna derecha de la muchacha.

Ella sentía el suave colete de becerro contra su costado desnudo, la piel de las altas botas bajo las caderas, y veía la cara de él por encima. Aquellos ojos la perforaban. El capitán besó lentamente a Bella, que volvió a agitar las caderas involuntariamente. Se estremeció. Luego él sostuvo algo deslumbrante y hermoso a la luz, obligando a Bella a parpadear. Era la gruesa empuñadura de su daga, con incrustaciones de oro, esmeraldas y rubíes. El objeto desapareció pero Bella no tardó en sentir el frío metal contra la vagina.

– Ooooooh, sí... – gimió al percibir que la empuñadura se deslizaba hacia dentro, mil veces más dura y cruel que el miembro del capitán, de mayor tamaño, al menos eso parecía, y la levantaba presionando su ardiente clítoris.

Casi gritó de deseo, con la cabeza desmayada y la mirada ciega a otra cosa que no fueran los atentos y escrutadores ojos del capitán. Las caderas de Bella ondularon salvajemente contra el regazo de él, mientras el mango de la daga entraba y salía, entraba y salía, hasta que no pudo soportarlo más y el éxtasis volvió a paralizarla y silenciar su boca abierta, desvaneciendo la visión del capitán en un momento de liberación total.

Cuando recuperó la conciencia, sus caderas aún experimentaban aquel temblor salvaje, la vagina profería jadeos silenciosos, pero ahora estaba sentada y el capitán le sostenía la cara entre las manos para besarle los párpados.

– Sois mi esclava – dijo.

Bella asintió.

– Cada vez que venga a la posada, seréis mía. Desde donde os encontréis en ese momento, os acercaréis a mí y besaréis mis botas.

Bella asintió una vez más.

El capitán la puso en pie y, antes de que pudiera darse cuenta, la habían obligado a salir del cuarto con las manos detrás de la nuca, y se encontró bajando por la misma escalera de caracol por la que había subido. La cabeza le

daba vueltas. Él iba a dejarla. No podía soportar la idea. «Oh, no, no, por favor, no os marchéis», se decía llena de desesperación. El capitán le propinó unos azotes fervorosos en el trasero con su gran mano enguantada en fino cuero y la obligó a entrar otra vez en la fresca oscuridad de la posada, donde ya había seis o siete hombres bebiendo.

Bella captó las risas, las charlas, el sonido de la pala que golpeaba en algún rincón del local y de un esclavo que gemía y sollozaba.

Pero no se quedaron allí sino que la obligaron a salir a la plaza que había fuera de la posada.

—Doblad los brazos a la espalda —dijo el capitán—. Marcharéis ante mí levantando las rodillas, con la cabeza erguida.

## EL LUGAR DE CASTIGO PÚBLICO

Por un momento, la luz del sol resultó demasiado brillante. Aunque Bella ya tenía bastante con doblar los brazos tras la nuca y marchar levantando las piernas cuanto podía, finalmente vislumbró la plaza cuando empezaron a andar por ella. Distinguió los grupillos de holgazanes y charlatanes que iban de acá para allá, varios jóvenes sentados sobre el amplio reborde del pozo, caballos amarrados a las entradas de las posadas y también esclavos desnudos desperdigados aquí y allá, algunos postrados de rodillas, otros marchando como ella.

El capitán la obligó a girar con otro de sus azotes de amplia trayectoria, no muy fuerte, al tiempo que le estrujaba un poco la nalga derecha para indicarle la dirección a seguir.

Medio dormida, Bella se encontró en una amplia calle llena de tiendas, muy parecida a la callejuela por la que había venido pero, a diferencia de aquélla, ésta estaba repleta de gente muy atareada que compraba, regateaba y discutía.

Volvió a experimentar aquella terrible sensación de normalidad, de que todo esto había sucedido con anterioridad; o como mínimo, le resultaba tan familiar que podría haber ocurrido hacía tiempo. Ver a un esclavo desnudo limpiando un escaparate a cuatro patas le parecía bastante habitual, y otro esclavo con un cesto atado a la espalda, marchando como ella ante una mujer que le arreaba con un bastón, pues sí, eso también le parecía normal. Incluso los esclavos amarrados desnudos a las paredes, con las piernas separadas y los rostros medio adormecidos, parecían lo más natural ¿Por qué no iban a mofarse de ellos los jóvenes del pueblo al pasar por delante, por qué iban a dejar de dar una palmotada a un pene erecto por aquí o pellizcar un pobre pubis languidecido por allí? Sí, definitivamente era lo más natural.

Incluso la incómoda palpitación de sus senos, los brazos doblados en la nuca obligándola a sacar pecho, todo eso parecía bastante lógico, una forma

muy adecuada de marchar, pensó Bella. Cuando recibió otro azote cariñoso, marchó con más brío e intentó levantar las rodillas más garbosamente.

Estaban llegando al otro lado del pueblo, al mercado al aire libre donde se arremolinaban cientos de personas alrededor de la elevada plataforma de subastas. De los pequeños establecimientos de comida llegaban aromas deliciosos.

Podía oler incluso los vasos de vino que los jóvenes vendían en los puestos ambulantes, veía los ropajes de la tienda de tejidos que volaban formando largas ondulaciones, las pilas de cestos y cuerdas a la venta, y también los esclavos desnudos que, ocupados en mil tareas, estaban diseminados por toda la plaza.

En una callejuela, un esclavo arrodillado barría vigorosamente el suelo con una pequeña escoba. Otros dos cautivos a cuatro patas, con unos cestos llenos de fruta atados a sus espaldas se apresuraban a salir al trote por una puerta. Una delgada princesa estaba colgada cabeza abajo contra la pared, con el vello púbico reluciente al sol, el rostro enrojecido y bañado en lágrimas y los pies diestramente sujetos a la pared con unas anchas ajorcas bien apretadas.

Pero ya habían llegado a otra plaza, que era una prolongación de la primera, un extraño lugar sin pavimentar, con tierra blanda y revuelta, igual que el sendero para caballos del castillo. El capitán permitió a Bella detenerse y se quedó de pie a su lado con los pulgares sostenidos en el cinturón, echando un vistazo general.

Bella descubrió otra alta plataforma giratoria, como la de la subasta, y sobre ella un esclavo atado al que un hombre estaba dando un cruel castigo mientras hacía girar la plataforma accionando un pedal, igual que el subastador. Cada vez que el esclavo llegaba a la posición adecuada, el hombre alcanzaba con el látigo su trasero desnudo. La pobre víctima era un príncipe de fantástica musculatura, con las manos atadas fuertemente a su espalda y la mandíbula levantada sobre un corto y burdo pilar de madera, lo que permitía que todo el mundo le viera la cara mientras recibía su castigo.

«¿Cómo puede mantener los ojos abiertos? — se preguntó Bella—. ¿Cómo puede soportar mirar al público?» La multitud que rodeaba la tarima chillaba y gritaba como lo había hecho en la subasta celebrada horas antes.

Cuando el torturador alzó su látigo de cuero para indicar a los presentes que el castigo había concluido, el pobre príncipe, con el cuerpo convulsionado, la cara contraída y empapada, recibió una granizada de fruta madura y desperdicios.

El ambiente del lugar era de feria, como en la otra plaza, con los mismos puestos de comida y vendedores de vino. Desde lo alto, cientos de personas miraban, cruzadas de brazos, apoyadas sobre alféizares de ventanas y barandas de balcones.

Pero los azotes en la plataforma giratoria no eran el único castigo. Un poco más lejos, hacia la derecha, de una alta estaca de madera en cuyo extremo superior había una anilla de hierro, colgaban una gran cantidad de largas cintas

de cuero que bajaban casi hasta el suelo. Al final de cada cinta había un esclavo amarrado a ella por un ancho collar de cuero que le obligaba a mantener la cabeza muy erguida. Todos ellos marchaban en círculo y, aunque avanzaban lentamente, brincaban haciendo cabriolas alrededor de la estaca, siguiendo los golpes constantes de cuatro asistentes encargados de las palas, que estaban situados en cuatro puntos del círculo como si indicaran los cuatro puntos cardinales. Los pies desnudos de los cautivos habían surcado el suelo dejando un rastro circular. Algunos de ellos tenían las manos atadas a la espalda, otros estaban sujetos a las cintas sin otra ligadura que el collar.

Un grupo disperso de lugareños observaba la marcha y hacía comentarios esporádicos. Bella, perpleja y en silencio, observó cómo desataban a una joven princesa de largo y rizado pelo castaño para devolverla a su amo, que la esperaba y la azotó en los tobillos con una escoba de paja, instándola a ponerse en movimiento.

—Por allí —dijo el capitán, y Bella marchó obedientemente a su lado en dirección al alto mayo del que colgaban las cintas giratorias.

Atadla dijo al guardia, quien se llevó rápidamente a Bella y le abrochó el collar, obligándola a levantar la mandíbula por encima de la ancha argolla de cuero.

A duras penas distinguió Bella al capitán, que la observaba. Cerca de él había dos mujeres del pueblo que le estaban hablando y a las que les contestó algo con gesto indiferente.

La larga tira de cuero que descendía desde lo alto de la estaca hasta su cuello era pesada y se movía por el impulso de los otros esclavos, formando un círculo cuyo eje era la anilla de hierro. Bella tuvo que acelerar un poco la marcha para evitar ser arrastrada hacia delante por el collar, pero entonces éste tiró de ella hacia atrás, hasta que finalmente la princesa encontró el paso adecuado. En ese instante sintió el primer y sonoro azote de uno de los guardias que esperaba con bastante indiferencia el momento de castigarla. Bella se percató de que eran tantos los esclavos que trotaban en el círculo que los guardias blandían en todo momento sus brillantes óvalos de cuero negro. Pero ella sólo disfrutó de unos pocos segundos pausados entre golpe y golpe, mientras el polvo y la luz del sol le irritaban los ojos al mirar el pelo enmarañado del esclavo que marchaba delante.

«Castigo público.» Recordó las palabras del subastador cuando explicaba a todos los nuevos dueños y señoras que lo prescribieran cada vez que fuera necesario. Sabía que al capitán nunca se le ocurriría explicarle la razón del castigo, a diferencia de los señores y damas de buenos modales y pico de oro del castillo. Pero ¿qué importaba?

Bastaba con que estuviera aburrido o que sintiera curiosidad para que ordenara unos azotes. Cada vez que daba una vuelta completa le veía con claridad por unos breves instantes, con los brazos en jarras, las piernas firmemente separadas y los ojos verdes fijos en ella. Buscar motivos era una ridiculez, reflexionó. Mientras se preparaba para recibir otro golpe mortificante,

que le hizo perder momentáneamente el equilibrio y todo donaire sobre la tierra polvorienta mientras la pala impulsaba sus caderas hacia delante, sintió una singular satisfacción que nunca había experimentado en el castillo.

No sentía tensión alguna. El consabido dolor de vagina, el anhelo por el pene del capitán, el estallido de la pala, todo ello estaba presente en la marcha alrededor del mayo. El collar de cuero rebotaba cruelmente contra su barbilla erguida, las yemas de sus pies producían un ruido sordo al pisar la tierra apretada, pero aquella sensación no tenía nada que ver con el terror espeluznante que había experimentado anteriormente. Sin embargo, un fuerte grito de la multitud que estaba en las proximidades puso fin a su arrobamiento. Por encima de las cabezas de los lugareños que la observaban a ella y a los demás esclavos, vio que bajaban al príncipe de la plataforma giratoria, donde tanto rato había permanecido para escarnio público. No tardaron en subir a una princesa de pelo rubio como el de Bella, que ocupó su puesto con la espalda arqueada, el trasero bien levantado y la mandíbula apoyada en el pilar.

Al dar una nueva vuelta alrededor del pequeño círculo, Bella alcanzó a ver cómo la princesa se retorció mientras le ataban las manos a la espalda y le ajustaban la altura del apoyo de la barbilla con una manivela, para que no pudiera volver la cabeza. Cuando le ataron las rodillas a la plataforma giratoria ella pataleó furiosamente. La multitud, tan entusiasmada con su actuación como lo estuvo anteriormente con la demostración de Bella en la plataforma de subastas, expresó su regocijo con grandes vítores.

Bella atisbó entre el gentío al príncipe que acababan de retirar de la plataforma mientras se lo llevaban a toda prisa a una picota cercana. De hecho, en un pequeño espacio aparte había varias picotas que formaban una hilera. Una vez allí, doblaron al príncipe por la cintura, separaron sus piernas de una patada, sujetaron su cara y manos con abrazaderas y la madera bajó con un fuerte ruido sordo para sostenerlo mirando hacia delante, lo que eliminaba toda posibilidad de esconder la cara, ni de hacer nada.

La muchedumbre se apiñó alrededor de la figura desvalida. Bella, tras dar otra vuelta y soltar un súbito quejido a causa de un palazo inusualmente fuerte, vio al resto de esclavos, todos ellos princesas, que estaban siendo ridiculizadas del mismo modo en las picotas, atormentadas por la gente que las manoseaba, toqueteaba y pellizcaba a placer, aunque también había un lugareño que ofrecía agua a una de ellas.

La princesa tenía que lamerla, naturalmente.

Bella vio el rápido movimiento de su lengua rosada que se introducía en la corta copa, pero aun así parecía que realizaba un gesto de misericordia.

Entretanto, la princesa que estaba en la plataforma giratoria pataleaba, daba botes y ofrecía un gran espectáculo, con los ojos cerrados y retorciendo la boca en una mueca, mientras la gente jaleaba y contaba cada golpe que ella recibía con un ritmo que resultaba extrañamente pavoroso.

El tiempo de mortificación de Bella en el mayo estaba llegando a su fin. Le soltaron el collar con gran destreza y la sacaron jadeante del círculo. Las nalgas,



que parecían hincharse como si esperaran el siguiente azote, le escocían. Cuando le doblaron los brazos detrás de la espalda sintió un fuerte dolor, pero permaneció firme de pie esperando a su amo.

El capitán le dio media vuelta con su manaza. Parecía encumbrarse sobre ella, con el pelo centelleante y dorado por la luz del sol que le iluminaba alrededor de la sombra oscura de su rostro. Se inclinó para besarla. Meció la cabeza de Bella entre sus manos y luego tomó sus labios, que abrió atravesándolos con su lengua, para después dejarla marchar.

Bella suspiró al sentir que los labios de él se apartaban pues el beso se había afianzado en lo más profundo de sus caderas. Rozó sus pezones contra la gruesa lazada del colete y sintió que la fría hebilla del cinturón le abrasaba la piel. Vio que el rostro moreno se contraía hasta formar una lenta sonrisa y notó la rodilla del capitán apretada contra su doliente sexo, mortificando su hambre. De repente creyó sentir una debilidad absoluta, aunque no tenía nada que ver con los temblores de sus piernas o el agotamiento.

—En marcha —ordenó el capitán, y dándole media vuelta la envió hacia el lado más alejado de la plaza con un suave apretón en la escocida nalga.

Pasaron cerca de los esclavos humillados en las picotas, que culebreaban y se retorcían mientras soportaban las mofas y palmotadas de la multitud ociosa que se arremolinaba a su alrededor y detrás de ellos. Bella distinguió por primera vez, un poco más allá de una hilera de árboles, una larga serie de tiendas de brillantes colores, cada una de las cuales mostraba la entrada endoselada y abierta. En cada carpa había un joven vistosamente ataviado y, pese a que Bella no llegó a vislumbrar los sombríos interiores, oyó las voces de los hombres que incitaban uno tras otro a la multitud:

«Un hermoso príncipe en el interior, señor, por sólo diez peniques.» O, «una princesita encantadora, señor, para vuestro disfrute, por quince peniques.» y más invitaciones como éstas.

«¿No puede permitirse su propio esclavo? Goce de lo mejor por tan sólo diez peniques.» «Una princesita que necesita un buen castigo, señora. Cumpla el mandato de la reina por quince peniques.» Bella se percató del movimiento de hombres y mujeres que iban y venían de las tiendas, unos solos y otros en grupo.

«Así incluso los más humildes aldeanos pueden disfrutar del placer», se dijo Bella. Más adelante, al final de la hilera de tiendas, vio a un grupo de esclavos polvorientos y desnudos, con las cabezas bajas y las manos atadas a la rama del árbol que colgaba sobre ellos, situados detrás de un hombre que gritaba: «Alquilad por horas o por días a estas preciosidades para los servicios más humillantes.» Al lado del hombre, sobre una mesa con caballetes, había una selección de tiras y palas.

Bella continuó marchando, absorbió estos espectáculos como si las imágenes y sonidos la acariciaran, mientras la mano grande y firme del capitán la castigaba de vez en cuando con suavidad.

Cuando llegaron por fin a la posada y Bella se encontró de nuevo en la alcoba del capitán, con las piernas separadas y las manos tras la nuca, pensó sumida en un sopor: «Sois mi amo y señor.»

Tenía la impresión de que, en alguna otra encarnación, había pasado toda su vida en el pueblo sirviendo a un soldado. El bullicio que llegaba desde la plaza constituía una música reconfortante.

Era la esclava del capitán, sí, enteramente suya, y estaba dispuesta a correr por las calles, recibir castigos y someterse por completo.

Él la tumbó sobre la cama, y le manoseó los pechos y, cuando la poseyó otra vez con violencia, Bella meneó la cabeza a uno y otro lado, susurrando:

– Señor, siempre mi señor.

En algún lugar recóndito de su mente sabía que tenía prohibido hablar, pero sus palabras no le parecieron más que un gemido o un grito. Tenía la boca abierta y sollozaba cuando alcanzó el orgasmo. Levantó los brazos y rodeó el cuello del capitán. Los ojos de él parpadearon y luego llamearon a través de la penumbra y entonces llegaron las embestidas finales, que dejaron a Bella al borde del delirio.

Durante un largo rato, la princesa permaneció quieta con la cabeza acurrucada contra la almohada. Sintió que la larga cinta de cuero del mayo la instaba a trotar como si aún estuviera perdida en la plaza de castigo público.

Pensaba que sus pechos iban a reventar a causa de la palpitación de los golpes. Pero se dio cuenta de que el oficial se estaba desnudando y se metía en la cama junto a ella.

El capitán posó su cálida mano en el sexo empapado y le separó los labios con suma delicadeza.

Bella se arrimó aún más a su desnudo señor, a aquellos brazos y piernas poderosos cubiertos por un dorado, suave y rizado vello, a su liso pecho que se apretaba contra el brazo y la cadera de ella. El mentón a medio afeitar le raspaba la mejilla. Luego la besó.

Cerró los ojos a la luz de la tarde que se filtraba a través de la pequeña ventana. Los ruidos indistintos del pueblo, las débiles voces que llegaban de la calle, las risotadas impersonales que se oían abajo en el mesón, todo ello se fundía en un suave zumbido que la arrullaba. La luz se tornó más brillante antes de desvanecerse. El pequeño fuego subió repentinamente en el hogar, el capitán cubrió a Bella con sus extremidades y respiró profundamente dormido contra ella.

## TRISTAN EN CASA DE NICOLÁS, EL CRONISTA DE LA REINA

*Tristán:*

Casi aturdido, pensé en las palabras de Bella, al mismo tiempo que el subastador animaba a pujar y la multitud profería alaridos formando una

corriente que se arremolinaba a mi alrededor. Recordé con los ojos entrecerrados: «¿Por qué debemos obedecer? Si somos malos, si nos han sentenciado a este lugar como castigo, ¿por qué debemos acatar más órdenes?»

Las preguntas de Bella se repetían una y otra vez ahogando los gritos y las mofas, aquel gran clamor inarticulado que era la auténtica voz de la muchedumbre, absolutamente brutal, y que renovaba incesantemente su propio vigor. Me aferré al recuerdo plateado de la exquisita cara ovalada de la princesa, sus ojos centelleantes, con aquella independencia irreprimible, mientras entretanto me atizaban, azotaban, abofeteaban, volteaban y examinaban.

Tal vez me refugié en aquel extraño diálogo interior porque la tremenda realidad de la subasta era demasiado difícil de soportar. Me encontraba sobre la plataforma, como me habían amenazado que sucedería y desde todas partes pujaban por mí.

Creía verlo todo y nada. En un confuso momento de compunción extrema, me apiadé del necio esclavo que había sido en los jardines del castillo, cuando soñaba con actos de insubordinación y con el pueblo.

– Vendido a Nicolás, el cronista de la reina.

A continuación me vi bruscamente arrastrado escaleras abajo, donde se hallaba el hombre que me había comprado. Parecía una llama silenciosa en medio del tumulto, de las rudas manos que palmoteaban mi pene erecto, que me pellizcaban y me tiraban del pelo. Con aquella serenidad perfecta que envolvía toda su persona, me alzó la barbilla. Nuestras miradas se encontraron y, con intenso sobresalto, pensé, ¡sí, éste es mi amo!

Exquisito.

Si no el hombre, bastante robusto pese a la alta y esbelta constitución, sí su porte.

La pregunta de Bella me aporreaba los oídos.

Creo que por un momento cerré los ojos.

Me empujaron y me arrojaron a través del gentío, un centenar de supervisores exigentes que me daban indicaciones sobre cómo marchar, levantando las rodillas y la barbilla, con el pene erecto, mientras el fuerte ladrido del subastador llamaba al siguiente esclavo que tendría que subir a la plataforma. El clamor ensordecedor me envolvía por completo.

Apenas había vislumbrado a mi amo pero aquella visión fugaz sirvió para que todos los detalles de su ser se grabaran a la perfección en mi mente. Era más alto que yo, quizá me sacara un par de centímetros, tenía el rostro cuadrado pero delgado y un abundante y espeso cabello blanco que se rizaba sobre sus hombros. Era demasiado joven para tener el pelo blanco; sus rasgos eran casi aniñados a pesar de su gran altura; su mirada, puro hielo, y los ojos azules cargados de oscuridad en el centro. Su vestimenta resultaba demasiado elegante para los habitantes del pueblo, aunque había otros ataviados como él en los balcones que daban a la plaza, mirando sentados en sillas con altos respaldos colocadas ante los ventanales abiertos. Debían de ser prósperos comerciantes y sus esposas, sin duda, pero a él le habían llamado Nicolás, el

cronista de la reina. Sus manos eran largas; unas manos hermosas que, con un ademán casi lánguido, me indicaron que le precediera.

Por fin llegué al extremo de la plaza y sentí las últimas y rudas palmadas y pellizcos. Me encontré marchando con la respiración entrecortada por una calle vacía, entre pequeñas tabernas, puestos y puertas empernadas. Comprobé con gran alivio que todo el mundo estaba en la subasta.

Aquí se estaba tranquilo. No oía otra cosa que el sonido de mis pies sobre los adoquines y el ligero chasquido de las botas de mi amo a mi espalda. Caminaba muy cerca de mí, tanto que casi notaba su roce contra las nalgas y luego, con un sobresalto, noté el fuerte impacto de una gruesa correa y su voz baja cerca de mi oído:

—Levantad esas rodillas y mantened la cabeza bien alta y echada hacia atrás.

Me estiré inmediatamente, alarmado ante la posibilidad de haber perdido parte de mi dignidad. Mi miembro se irguió, pese a la fatiga que sentía en las pantorrillas. Incomprensiblemente, volví a representarlo en mi mente, aquel joven rostro lampiño, con el reluciente cabello blanco y la túnica de terciopelo de exquisita hechura.

La calle torcía, se estrechaba, se hacía un poco más oscura a medida que los encumbrados tejados se proyectaban sobre nuestras cabezas. Me sonrojé al ver a un joven con una mujer que venían hacia nosotros, resplandecientes, con sus ropas limpias y almidonadas, y que me miraron de arriba abajo. Oí el eco de mi respiración fatigada reverberando en los muros. Un hombre sentado en una banqueta a la puerta de una casa levantó la vista. El cinto me golpeó de nuevo justo cuando la pareja pasaba a nuestra altura y oí reírse al hombre para sus adentros y murmurar:

—Un esclavo hermoso y fuerte, señor.

Pero, ¿por qué intentaba marchar deprisa y mantener la cabeza alta? ¿Por qué me encontraba otra vez atrapado en la misma angustia de siempre? Bella parecía tan rebelde cuando me hacía aquellas preguntas. Pensé en su sexo ardiente aferrándose a mi verga con audacia. Aquellas imágenes y la voz de mi amo instándome de nuevo a seguir adelante me estaban haciendo enloquecer.

—Alto —dijo de pronto y me agarró bruscamente del brazo para que me volviera y le viera de cara. Contemplé de nuevo aquellos grandes y lóbregos ojos azules con las pupilas negras, la larga y delicada boca sin señal alguna de burla o severidad. Calle arriba aparecieron varias formas indefinidas y sentí una pavorosa sensación punzante al darme cuenta de que se detenían para observarnos detenidamente.

—No os habían enseñado a marchar anterior mente, ¿verdad? —me preguntó levantándose tanto la barbilla que gemí y tuve que aplicar toda mi voluntad para no forcejear. No me atrevía a responder—. Pues vais a aprender a marchar ante mí —dijo y me obligó a ponerme de rodillas delante de él en medio de la calle. Tomó mi cara entre ambas manos, aunque continuaba sosteniendo el cinto con la derecha, y luego la empujó hacia arriba.

Me sentí impotente y lleno de vergüenza al verme obligado a levantar la vista. Muy cerca, oí los cuchicheos y risas de unos jóvenes. Mi amo me obligó a adelantarme hasta tocar el bulto de su pene encerrado dentro de los pantalones. Entonces mi boca se abrió y ofrecí mis besos con fervor.

El miembro cobró vida bajo mis labios. Me daba cuenta de que mis propias caderas se movían, aunque intentaba mantenerlas quietas. Todo mi cuerpo temblaba y su verga palpitaba como un corazón latente contra la prenda de seda. Entretanto, los tres observadores se acercaban cada vez más. ¿Por qué obedecemos? ¿No es más fácil obedecer? Estas preguntas me atormentaban.

—Y ahora, arriba, y avanzad deprisa cuando os lo ordene. Levantad esas rodillas —exigió. Yo me levanté y me di la vuelta, al tiempo que el cinturón estallaba contra mis muslos. Los tres jóvenes se apartaron a un lado en cuanto me puse en marcha pero su atención era evidente y me percaté de que eran ordinarios porque llevaban burdas vestimentas. El cinto me alcanzó con golpes sordos. Yo era un príncipe desobediente humillado ante los patanes del pueblo, alguien a quien podían castigar y divertirse.

Estaba empapado por el calor y la confusión, pero aun así dediqué todas mis fuerzas a hacer lo que se me ordenaba, mientras la correa alcanzaba mis pantorrillas y la parte posterior de mis rodillas antes de pasar a zurrar con fuerza la curva inferior de mi trasero.

¿Qué le había dicho a Bella? ¿Que no había venido al pueblo a oponer resistencia? Pero ¿qué pretendía decirle? Era más fácil obedecer. En esos instantes ya sentía la angustia de no haber complacido, y era consciente de que podían recriminarme una vez más delante de estos muchachos vulgares; puede que oyera otra vez aquella voz férrea, en esta ocasión llena de furia.

¿Qué podía calmarme, una palabra amable de aprobación? Había oído tantas de lord Stefan, mi señor en el castillo, y no obstante le había provocado intencionadamente y le había desobedecido.

A primera hora de la mañana, me había levantado y había salido temerariamente de la alcoba de lord Stefan, echando a correr hasta el extremo más alejado del jardín, donde los pajes acabaron por descubrirme. Les había proporcionado una divertida persecución a través de la espesura de árboles y maleza y cuando me atraparon, peleé y pataleé hasta que, amordazado y maniatado, me llevaron ante la reina y frente a un Stefan afligido y decepcionado.

Me había condenado a propósito. Sin embargo, en medio de aquel lugar aterrador, con sus correhuelas brutales y juguetonas, me estaba esforzando por permanecer en mi lugar delante de la correa de un nuevo amo. El pelo me cubría la vista. Tenía los ojos desbordados de lágrimas que aún no habían empezado a derramarse, y la serpenteante callejuela con incontables letreros y escaparates resplandecientes se empañaba ante mí.

—Alto dijo mi amo. Obedecí con gratitud y noté que me rodeaba el brazo con extraña ternura.

Detrás de mí distinguí el sonido de varios pares de pies y un leve estallido de risa masculina. ¡Así que aquellos miserables jovencitos nos habían seguido!

Oí a mi señor que preguntaba:

—¿Por qué observáis con tal interés? —se dirigía a ellos—. ¿No queréis ver la subasta?

Aún queda mucho por ver, señor dijo uno de los jóvenes. Simplemente estábamos admirando a éste, señor, las piernas y la verga de éste.

—¿Pensáis comprar hoy? —les preguntó mi amo.

—No tenemos dinero para comprar, señor.

—Tendremos que contentarnos con las tiendas —añadió una segunda voz.

Bien, venid aquí les dijo mi amo. Para horror mío, continuó—: Podéis echar un vistazo a éste antes de que lo haga entrar en casa; es una verdadera belleza. Me quedé petrificado cuando me obligó a darme media vuelta y mirar de cara al trío. Estaba contento de poder mantener la vista baja, pues así sólo veía sus vulgares botas de cuero amarillento sin curtir y los gastados pantalones grises. Los jóvenes se acercaron aún más.

—Podéis tocarlo si queréis —dijo mi amo, y levantando de nuevo mi rostro me dijo—: Estiraos y agarraos bien al puntal de hierro que hay encima, en el muro.

Sentí el contacto del puntal que sobresalía antes incluso de verlo. Era lo bastante alto como para obligarme a ponerme de puntillas.

Mi amo retrocedió unos pasos y se cruzó de brazos, con el cinto reluciente colgando a un lado.

Vi las manos de los jóvenes que se acercaban rodeándome, noté el inevitable apretón en mis nalgas inflamadas antes de que levantaran mis testículos y los apretaran ligeramente. La carne colgante cobró vida, con sensaciones, hormigueos y estremecimientos. Me retorcí casi incapaz de permanecer quieto, ofendido por las inmediatas risas que resonaron en la calle. Uno de los jóvenes golpeó mi órgano para que se agitara bruscamente.

—¡Mirad eso, duro como la piedra! —dijo dándome un nuevo golpe mientras su compañero sopesaba mis testículos, manipulándolos ligeramente.

Hice un esfuerzo para tragarme el enorme nudo que tenía en la garganta y dejar de temblar. Sentí que me vaciaba de toda razón. Recordaba aquellas salas espléndidas del castillo dedicadas exclusivamente al placer, con los esclavos acicalados tan primorosamente como esculturas. Naturalmente, allí también me habían manoseado. Meses atrás también lo hicieron los soldados del campamento cuando me llevaban al castillo. Pero ésta era una ordinaria calle empedrada, como las de cientos de ciudades que conocía, y yo había dejado de ser un príncipe que la recorría sobre una preciosa montura; ahora era un esclavo desnudo e indefenso al que examinaban tres jóvenes justo delante de las tiendas y las casas de huéspedes.

El pequeño grupo se adelantaba y retrocedía, uno de los jóvenes me apretaba las nalgas mientras preguntaba si podía ver mi ano.

—Por supuesto —dijo el amo.

Sentí que se me iban las fuerzas. Inmediatamente me separaron las nalgas de una patada, como en la plataforma de subastas, y noté un duro pulgar que se metía dentro de mí. Intenté ahogar un quejido y casi solté el puntal.

—Zurradle con la correa si os apetece —dijo el señor. Vi cómo se la tendía justo antes de sentir que me torcían a un lado para golpearme fieramente. Dos de los jóvenes todavía jugueteaban con mi pene y mis testículos, tiraban del vello y de la piel del escroto y lo meneaban con rudeza. Pero yo me estremecía con cada azote doloroso que marcaba mi espalda. No pude evitar volver a gemir en voz alta, ya que la punzante correa en manos de aquel joven me azuzaba más fuerte que cuando la manejaba mi amo. Cuando los entrometidos dedos tocaron la punta de mi miembro erecto, me estiré desesperadamente hacia atrás intentando contenerme. ¿Qué sucedería si eyaculaba en las manos de estos jóvenes zoquetes? No soportaba la idea. Aun así, mi verga continuaba púrpura y durísima como el hierro a causa del tormento.

—¿Qué os han parecido estos azotes? —preguntó el que estaba a mi espalda, que me cogió la cara desde atrás y tiró de mi barbilla hacia él con violencia. ¿Son tan buenos como los propinados por vuestro amo?

—Ya habéis tenido bastante entretenimiento —dijo el señor. Se adelantó para coger la correa de cuero y aceptó los agradecimientos con un ademán, mientras yo seguía temblando. Aquello no había hecho más que empezar. ¿Qué vendría a continuación? ¿Y qué le había sucedido a Bella?

Por la calle pasaba más gente. Me pareció oír el clamor distante de una muchedumbre, con un débil toque inconfundible de trompeta. Mi amo me observaba atentamente y yo bajé la mirada al sentir los espasmos de pasión de mi pene, mientras mis nalgas se apretaban y se aflojaban involuntariamente.

Mi señor alzó la mano hasta mi cara. Me pasó los dedos por la mejilla y apartó varios mechones de cabello. Vi cómo caía la luz polvorienta del sol sobre la gran hebilla de bronce del cinturón y el anillo de la mano izquierda con la que sostenía la gruesa correa. Al sentir el tacto sedoso de sus dedos, mi miembro se irguió con sacudidas incontrolables e ignominiosas.

—Entrad en la casa, a cuatro patas —dijo con suavidad. Abrió la puerta que quedaba a mi izquierda—. Siempre entraréis de este modo, sin necesidad de que nadie os lo ordene.

Me encontré sobre un suelo cuidadosamente pulido, moviéndome en silencio entre pequeñas habitaciones comprimidas; por lo visto se trataba de una mansión a pequeña escala, una espléndida casa particular del pueblo, para ser exactos, con una inmaculada escalera de pequeñas dimensiones y espadas cruzadas encima de la pequeña chimenea.

Aunque el lugar estaba sombrío, no tardé en distinguir los soberbios cuadros que decoraban las paredes, que reflejaban a nobles y damas en sus pasatiempos cortesanos, con cientos de esclavos desnudos forzados a realizar miles de tareas y adoptar distintas posiciones. Pasamos junto a un pequeño guardarropa profusamente tallado y sillas de alto respaldo. Luego el pasillo se estrechó y las paredes se cerraron en torno a mí.

En este lugar me sentía enorme y vulgar, más animal que humano, andando a rastras por este pequeño mundo de rico ciudadano; desde luego no me sentía príncipe, más bien una primitiva bestia domesticada. Mi figura reflejada en un

delicado espejo del corredor me provocó una repentina inquietud que tuve que soportar en silencio.

—Al fondo, por esa puerta —me ordenó mi amo, y entré a una alcoba posterior en la que había una pulcra mujercita del pueblo con una escoba en la mano, obviamente una doncella, que se hizo a un lado cuando pasé junto a ella.

Era consciente de que mi rostro estaba desfigurado por el esfuerzo y, de repente, comprendí cuál era en realidad el terror del pueblo.

Consistía en que aquí éramos auténticos esclavos. Nada de juguetes en un palacio del placer, como los cautivos de los cuadros de las paredes, sino verdaderos esclavos desnudos en un mundo real, que íbamos a sufrir a cada paso, víctimas de gente ordinaria en sus momentos de ocio o en sus faenas. Sentí que la agitación crecía en mi interior a la par que el sonido de mi respiración fatigada.

Pero estábamos en otra habitación. Avanzaba sobre la suave alfombra de esta nueva sala iluminada por lámparas de aceite cuando recibí la orden de detenerme, lo cual hice sin tan siquiera cambiar de postura por miedo a ser censurado.

Al principio, lo único que vi fueron libros relucientes bajo el brillo de las lámparas. Paredes enteras de libros; al parecer, todos encuadernados en delicado cuero y decorados en oro; el tesoro de un rey en libros, sin duda. Había lámparas de aceite distribuidas por toda la habitación, dispuestas sobre elevados pies y también en un gran escritorio de roble en el que estaban esparcidas varias hojas de pergamino. Las plumas de escribir descansaban en un mismo soporte de bronce. También había tinteros y por encima de las estanterías, distinguí el destello de más cuadros colgados en lo alto.

Luego, por el rabillo del ojo divisé una cama instalada en un extremo de la habitación.

Pero lo más sorprendente, aparte de la incalculable riqueza bibliográfica, era la figura imprecisa de una mujer que lentamente se materializó en mi visión. Estaba escribiendo sentada a la mesa.

No conocía muchas mujeres que leyeran y escribieran, sólo unas pocas grandes damas de la corte. En el castillo, eran muchos los príncipes y princesas que ni tan siquiera eran capaces de leer los rótulos de castigo que les colgaban al cuello cuando eran desobedientes. Pero esta dama estaba escribiendo bastante deprisa. Alzó la vista y me atrapó mirándola, sin darme tiempo a bajar los ojos servilmente. Entonces se levantó y vi que sus faldones en movimiento se plantaban ante mí. Parecía una mujer menuda, con muñecas delicadas y largas manos graciosas parecidas a las del amo. Aunque no me aventuré a levantar la vista, me había percatado de que tenía el pelo castaño oscuro, peinado con raya en medio y suelto sobre la espalda formando ondas. Llevaba un vestido color borgoña oscuro, tan suntuoso como el del hombre, pero se había puesto un mandil azul oscuro para protegerse y además tenía los dedos manchados de tinta, lo que le daba un aspecto interesante. Me inspiró temor. Tenía miedo de ella y del hombre que continuaba callado a mi espalda, de la pequeña y silenciosa habitación y de mi propia desnudez.



—Permitid que le eche una ojeada —dijo la mujer. Su agradable voz, modulada como la de mi amo, resultaba débilmente resonante. Puso sus manos bajo mi barbilla y me instó a incorporarme sobre las rodillas. Rozó mi mejilla humedecida con su pulgar, lo que provocó un intenso sonrojo por mi parte. Bajé la vista, naturalmente, pero me había dado tiempo a ver sus altos y prominentes pechos, la fina garganta y un rostro que recordaba en cierta forma al de un hombre, no en los rasgos físicos sino en su serenidad e impenetrabilidad.

Me llevé las manos a la nuca con la esperanza inútil de que no me atormentara el pene, pero me ordenó ponerme en pie, sin apartar los ojos de mi miembro.

—Separad las piernas; ahora ya debéis de conocer posturas más convincentes —dijo con severidad, aunque hablaba lentamente—. No, más separadas añadió hasta que lo sientan vuestros exquisitos y apretados músculos. Eso está mejor.

—Ésta es la postura que adoptaréis siempre que os encontréis en mi presencia, con las piernas completamente separadas, casi agachado, aunque no tanto. No lo volveré a repetir. No se consiente repetir órdenes a los esclavos del pueblo. Al primer error, seréis azotado en la plataforma pública.

Estas palabras me provocaron un estremecimiento que recorrió todo mi cuerpo, con una extraña sensación de fatalidad. Sus pálidas manos casi parecían brillar a la luz de las lámparas cuando se acercaron a mi pene. Seguidamente apretó la punta, lo que provocó la aparición de una gota de fluido. Jadeé, sentí el orgasmo apunto de explotar desde mi interior, dispuesto a avanzar por mi órgano hasta salir afuera. Pero, por suerte, soltó el pene para sopesar mis testículos como habían hecho anteriormente los jóvenes. Sus pequeñas manos los palparon, los masajearon cuidadosamente, moviéndolos adelante y atrás dentro de su bolsa. El parpadeo de las lámparas de aceite parecía dilatarse y empañar mi visión.

—Impecable —dijo a mi señor. Hermoso.

—Sí, fue lo que pensé yo también —confirmó el amo—. Probablemente lo más escogido del grupo, y el coste no fue tan exageradamente elevado, pues era el primero de la subasta. Creo que si hubiera sido el último el precio se habría doblado. Observad las piernas, su fuerza, y esos hombros.

La mujer levantó ambas manos y me alisó el pelo hacia atrás:

—Oía a la multitud desde aquí —comentó ella—. Estaban como locos. ¿Lo habéis examinado completamente?

Yo intentaba aquietar el pánico que se apoderaba de mí. Al fin y al cabo, había pasado seis meses en el castillo. ¿Por qué me causaban tanto terror esta pequeña habitación y estos dos fríos ciudadanos?

—No, y habría que hacerlo ahora. Habría que medir su ano —dijo el señor.

Me pregunté si percibirían el efecto que estas palabras tenían sobre mí. En aquellos instantes deseé haber poseído otras tantas veces a Bella en el carretón de esclavos, de este modo mi pene sería más controlable, pero la simple idea hizo que mi miembro se congestionara aún más. Paralizado en esta postura vergonzante, con las piernas tan estiradas, observé impotente que mi amo se

dirigía a una de las estanterías y alcanzaba un estuche forrado de piel, que luego dispuso sobre la mesa.

La mujer me dio media vuelta para que me quedara mirando a la mesa de roble. Me bajó las manos y las colocó sobre el borde del escritorio; yo permanecía doblado por la cintura, haciendo un esfuerzo enorme por separar las piernas cuanto podía para que no tuvieran que reprenderme. —Y sus nalgas apenas están enrojecidas, eso es bueno —dijo la mujer. Noté que sus dedos jugueteaban con mis erupciones y escoceduras. Un dolor desmesurado se desató en mi carne, y un aluvión de luces en mi mente; entonces vi que abrían ante mis ojos el estuche de cuero y sacaban de él dos falos forrados de cuero. Uno era del tamaño del pene de un hombre, diría yo, y el otro algo más grande. El más grande estaba decorado en su base con una larga masa tupida de pelo negro, una cola de caballo, y los dos llevaban incorporada una anilla, una especie de manilla. Intenté prepararme. Pero mi mente se rebelaba al contemplar aquel espeso y reluciente pelo.

No podían obligarme a llevar una cosa así, que en vez de un esclavo ¡me haría parecer un animal!

La mano de la mujer abrió un frasco de vidrio rojo que había sobre el escritorio, el cual pareció iluminarse por primera vez en el mismo momento en que yo advertí el objeto. Los largos dedos de la dama recogieron una buena cantidad de crema del frasco y seguidamente la mujer desapareció detrás de mí.

Sentí la frialdad de la masa de crema en contacto con mi ano y experimenté la sobrecogedora indefensión que siempre me invadía cuando me tocaban y abrían aquella parte. Con suavidad, no exenta de rapidez y destreza, me aplicó la húmeda sustancia que extendió concienzudamente en el interior de la hendidura, y luego por el interior del ano mientras yo hacía un gran esfuerzo por permanecer en silencio. Sentía la fría mirada observadora de mi señor sobre mí; notaba las faldas de la señora contra mi piel.

La mujer cogió el más pequeño de los dos falos del escritorio y lo deslizó con brusquedad y firmeza dentro de mi cavidad. Yo me estremecí lleno de inquietud.

—Chist... no os pongáis tan tenso —me dijo—. Haced fuerza hacia fuera con las caderas y abríos a mí cuanto podáis. Sí, mucho mejor. No me digáis que nunca os midieron ni os montaron sobre un falo en el castillo

Me saltaron las lágrimas. Unos violentos temblores se apoderaron de mis piernas al sentir cómo se deslizaba el falo hacia dentro, con un tamaño y fuerza insoportables, y mi ano se contraía con espasmos. Era como si para mí no hubiera existido otro tiempo, no obstante cada época anterior había sido tan extenuante y mortificadora como ésta.

—Es casi virginal dijo, —casi un niño—. A ver qué os parece esto y con la mano izquierda me levantó el pecho hasta que me quedé otra vez de pie con las manos en la nuca, las piernas temblorosas y el falo impelido hacia arriba dentro de mi ano, con su mano sujetándolo.

Mi señor fue a colocarse detrás de mí y percibí cómo meneaba el falo hacia delante y atrás. Sentí cómo se agitaba en mí aun cuando él ya lo había dejado.

Me sentía atiborrado, empalado, y mi ano parecía una temblorosa boca excitada alrededor de aquel artilugio.

—¿A qué vienen todas estas dulces lágrimas? —la señora se acercó más a mi cara y la levantó con su mano izquierda—. ¿Nunca antes os habían tomado las medidas? —preguntó—. Hoy mismo encargaremos toda una colección para vos, con gran variedad de adornos y arneses. Serán raras las ocasiones en las que dejemos vuestro ano destaponado. Y ahora, mantened las piernas separadas.

—Y a mi amo le dijo—: Nicolás, pasadme el otro.

Con un repentino grito sofocado protesté lo mejor que podía en aquella situación. No soportaba la visión de aquella espesa masa negra de la cola de caballo. No obstante, la miré fijamente mientras la levantaban. La mujer se limitó a reírse suavemente y acariciarme otra vez la cara.

—Calma, calma —dijo con sinceridad. El falo más pequeño salió suavemente y con una rapidez asombrosa, dejando mi ano sin nada a lo que aferrarse, con una peculiar sensación que me provocó nuevos escalofríos.

La señora me estaba aplicando más cantidad de aquella crema estremecedora, la extendía frotándola, esta vez más profundamente, obligándome con sus dedos a abrirme, mientras con la mano izquierda seguía manteniendo mi cara levantada.

En mi visión, la habitación se reducía a una combinación de luz y color. No distinguía a mi amo, que estaba a mi espalda. Y entonces sentí el falo de mayor tamaño que me abría a la fuerza provocando un quejido. Pero, una vez más, ella me dijo:

—Empujad hacia atrás las caderas, abríos más. Abríos...

Quería gritar «no puedo», pero sentí cómo manipulaban hacia delante y atrás aquel instrumento que me estiraba y, finalmente, se deslizaba hacia dentro, haciendo que mi ano pareciera enorme y palpitante alrededor de este objeto descomunal que entonces se me antojaba tres veces más grande que lo que había visto antes con mis propios ojos en el estuche.

Pero no se trataba de un dolor agudo; era la intensidad de la sensibilidad lo que se expandía y me dejaba indefenso. El grueso y hormigueante pelo que al parecer levantaban y dejaban caer en contacto con mis nalgas me rozaba con una suavidad casi enloquecedora. No podía ni imaginármelo. Al parecer, la mujer sostenía la anilla y movía aquella verga gigante, empujándola hacia arriba para que yo me pusiera de puntillas con dificultad, mientras ella decía:

—Sí, excelente.

Ésas eran las suaves palabras de aprobación.

Noté que el nudo que bloqueaba mi garganta cedía, y que el calor se expandía por mi rostro y mi pecho. Tenía las nalgas hinchadas. Me sentí impelido hacia delante por aquella cosa, aunque yo seguía quieto, con el suave contacto hormigueante de la cola de caballo que me mortificaba de forma absoluta.

—Ambos tamaños —dijo. Emplearemos los menores con más frecuencia como avíos habituales y los de mayor tamaño cuando lo consideremos necesario.

– Muy bien – dijo mi amo –. Los encargaré esta misma tarde. Pero la mujer no retiraba el instrumento mayor y me examinaba el rostro con suma atención.

Observé la luz parpadeante reflejada en sus ojos y me tragué en silencio un sollozo contenido en mi garganta.

– Ahora ya es hora de que nos traslademos a la granja – dijo mi amo, con palabras que parecían dirigirse a mí. Ya he ordenado que traigan el coche con un arnés libre para éste. Dejaremos metido el falo grande por el momento, será bueno para nuestro joven príncipe que se adapte convenientemente a las guarniciones.

No me dieron más que un par de segundos para reflexionar sobre todo esto. Inmediatamente, el amo había cogido la anilla del falo con su firme mano y me empujaba hacia delante ordenándome:

– Marchad.

El pelo de la cola de caballo me rozaba e importunaba la parte posterior de mis rodillas. El falo parecía moverse en mí como si tuviera vida propia, perforándome y empujándome hacia delante.

## UN ESPLÉNDIDO CARRUAJE

*Tristán:*

«No – pensé –. No pueden sacarme a la calle disfrazado con estos adornos propios de una bestia. Por favor...» Pero de cualquier modo me apresuraron a recorrer un pequeño pasillo que daba a una puerta trasera por la que salí a una amplia calzada pavimentada, limitada al otro lado por las altas murallas de piedra del pueblo.

Era una vía mucho más grande y transitada que la que habíamos seguido para llegar hasta la casa, bordeada por altos árboles, por encima de los cuales vi a los guardias que caminaban ociosamente sobre las almenas. Inmediatamente pude observar ante mí la imagen escalofriante de los carruajes y carretas del mercado que circulaban matraqueantes tirados por esclavos, no por caballos. Los carruajes grandes llevaban hasta ocho o diez cautivos enjaezados, y de tanto en tanto pasaba una pequeña carroza impelida únicamente por dos parejas de esclavos, e incluso pequeñas carretas del mercado sin conductor que eran tiradas por un solitario cautivo, con el amo caminando a su lado.

Pero antes de que pudiera sobreponerme a la impresión, e incluso antes de que percibiera cómo maltrataban a los esclavos, vi el coche de cuero de mi señor ante mí, y cinco esclavos, cuatro de ellos emparejados, con botas ajustadas, bien enjaezados, con embocaduras que tiraban de sus cabezas hacia atrás y las nalgas desnudas adornadas con colas de caballo. El carruaje era descubierto, con dos asientos tapizados en terciopelo. Mi amo brindó su mano a la señora para que se apoyara al subir a ocupar su asiento, mientras un joven elegantemente

vestido me empujaba hacia delante para completar la tercera y última pareja del tiro, la que quedaba más próxima al vehículo.

«No, por favor –me dije como mil veces antes lo había hecho en el castillo–, no, os lo ruego...» Pero estaba convencido de que mi muda plegaria no sería oída. Estaba en poder de unos lugareños que volvían a colocarme la gruesa y larga embocadura, que tiraba firmemente hacia atrás de mi boca, con las riendas apoyadas sobre mis hombros. El grueso falo se afianzó en mi interior empujado una vez más hacia dentro, y sentí que me ponían un arnés de elaborada factura con finas correas que bajaban hasta una banda que me rodeaba las caderas y que al instante engancharon firmemente a la anilla del falo. Así era imposible expulsar aquella cosa. De hecho, estaba fuertemente apretada hacia dentro y atada a mí. Sentí un violento tirón, que casi me hizo perder el equilibrio, cuando sujetaron otro par de riendas a este mismo gancho, para dárselas a los que viajaban detrás, que ahora controlaban a la vez la embocadura y el falo desde su puesto de guía. Al mirar hacia delante vi que todos los esclavos estaban amarrados como yo, y que también eran príncipes. Las largas riendas que los maniobraban pasaban junto a mis muslos o sobre mis hombros. Ante mí, unas ajustadas anillas de cuero servían ingeniosamente para mantenerlos juntos, y probablemente se emplearían también a mi espalda. Pero entonces sentí que me doblaban los brazos hacia atrás y los ataban con fuertes y crueles tirones. Unas manos rudas, enguantadas, me engancharon diestramente unos pequeños pesos de cuero en los pezones, dándoles unos golpecitos para comprobar que colgaban firmemente. Eran como lágrimas de cuero, y por lo visto no tenían otro propósito que hacer que la degradación inexpresable del conjunto, tiro y carruaje, fuera aún más desgarradora.

Con la misma eficacia silenciosa, me ajustaron unas fuertes botas con herraduras, como las utilizadas en el castillo para las devastadoras carreras del sendero para caballos. El cuero me pareció frío en contacto con mis pantorrillas, y las herraduras me resultaron más pesadas.

Pero ninguna de las frenéticas carreras por el sendero, guiado por la pala de un jinete a caballo, había sido tan degradante como verme atado junto a estos otros corceles humanos. Cuando comprendí que habían concluido los preparativos y estaba arreglado como los otros esclavos de tiro y los que veía trotando por la concurrida calzada, un tirón elevó mi cabeza hacia arriba y sentí dos hirientes sacudidas de las riendas que hicieron que todo el tiro se pusiera en movimiento. Por el rabillo del ojo vi al esclavo situado a mi lado levantando las rodillas con el habitual paso marcado para marchar, así que lo imité, con el arnés tirando del falo encajado en mi ano al tiempo que el amo gritaba:

–Más rápido, Tristán, hacedlo mejor. Recordad la forma de marchar que os he enseñado –un grueso látigo alcanzó con un fuerte chasquido las ronchas de mis muslos y nalgas, mientras yo echaba a correr ciegamente junto a los otros.

No podíamos estar avanzando muy rápido pero a mí me parecía que íbamos a toda velocidad. Por delante divisaba el infinito cielo azul, los baluartes, los guías y ocupantes instalados en lo alto de los carruajes con los que

nos cruzábamos. De nuevo tuve aquella horripilante percepción de la realidad, de que éramos auténticos esclavos desnudos, nada de juguetes reales. Nos habíamos convertido en la parte más vulnerable y gimiente de aquel lugar tan vasto, fatídico y sobrecogedor, que hacía que el castillo pareciera un preparado monstruoso.

Ante mí, los príncipes hacían grandes esfuerzos bajo sus arneses, casi como si quisieran superarse unos a otros en velocidad. Sus traseros enrojecidos sacudían las largas y lisas colas de caballo, los músculos se marcaban en sus fuertes pantorrillas por encima del cuero ajustado de las botas, las herraduras resonaban sobre los adoquines. Yo gemía mientras las riendas tiraban brusca mente de mi cabeza hacia arriba y el látigo me golpeaba con fuerza la parte posterior de las rodillas.

Las lágrimas surcaban mi cara más copiosamente que nunca, así que casi era una bendición tener puesta la embocadura para llorar contra ella. Los pesos de cuero tiraban de mis pezones, chocaban contra mi pecho y provocaban escarceos de sensaciones por todo el cuerpo. Era consciente de mi desnudez, quizá como nunca antes la había percibido, como si los arneses, las riendas y la cola de caballo sirvieran únicamente para potenciarla.

Sentí tres tirones de las riendas. El grupo redujo el paso a un trote rítmico, como si conociera estas órdenes. Falto de aliento y con el rostro lleno de lágrimas, me adapté a la marcha casi con gratitud. El látigo alcanzó al príncipe que corría junto a mí y vi el modo en que arqueaba la espalda y levantaba aún más las rodillas, si esto era posible.

Por encima de la mezcolanza de sonidos de las herraduras, gemidos y gritos a viva voz de los otros corceles, podía oír las leves subidas y bajadas de la charla del amo y la señora. No distinguía las palabras, sólo el sonido inconfundible de una conversación.

—¡Arriba esa cabeza, Tristán! —ordenó el amo con severidad, y al instante experimenté el cruel tirón de la embocadura, acompañado de otra sacudida en la anilla que estaba colocada en mi ano, lo que me hizo gritar sonoramente detrás de la mordaza y correr más deprisa cuando la tensión se aflojó. El falo parecía haberse agrandado dentro de mí como si mi cuerpo existiera únicamente con el propósito de asir aquel artilugio.

No podía dejar de sollozar contra la mordaza e intentaba recuperar el aliento para dosificarlo mejor y aguantar la marcha del tiro. Pero de nuevo me llegaba la cadencia de la conversación, que me hacía sentirme totalmente abandonado.

Ni siquiera los azotes recibidos en el campamento tras el intento de fuga cuando me trasladaban al castillo me habían ultrajado ni rebajado tanto como este castigo. Cada vez que vislumbraba brevemente a los soldados apostados en las almenas superiores, que se apoyaban ociosamente sobre la piedra y señalaban tal o cual carruaje que pasaba, aumentaba la sensación de fragilidad en mi alma. Algo dentro de mí estaba siendo aniquilado por completo.

Doblamos una curva y la calzada se ensanchó. Al mismo tiempo, la aceleración de las herraduras y las ruedas girando a toda prisa se hacía cada vez más ruidosa. Tenía la impresión de que el falo me impulsaba, levantaba y me lanzaba hacia delante, mientras el largo y chasqueante látigo buscaba mis pantorrillas como si de un juego se tratara. Al parecer había recuperado el aliento; por suerte, mis fuerzas se habían renovado y las lágrimas que surcaban mi rostro, antes abrasadoras, me parecían frías contra la brisa.

Estábamos atravesando las murallas y salíamos del pueblo por una puerta diferente a la que habíamos utilizado por la mañana para entrar con la carreta de esclavos.

Ante mí divisé los terrenos de cultivo salpicados de casitas con techumbre de paja y pequeños huertos. La calzada por la que avanzábamos se volvió tierra revuelta, más suave bajo nuestros pies. Pero una nueva percepción aterradora se había apoderado de mí. Una cálida sensación se propagaba lentamente por mis testículos desnudos, alargaba y endurecía mi órgano que nunca languidecía.

Vi esclavos desnudos amarrados a arados o trabajando a cuatro patas entre el trigo. La sensación de completa desnudez se intensificó.

Otros corceles humanos que avanzaban precipitadamente, cruzándose con nosotros, evocaron en mí una agitación cada vez mayor. Yo tenía exactamente el mismo aspecto que ellos. Era uno más.

En aquel instante tomamos un pequeño camino y trotamos con brío en dirección a una gran casa solariega con muros de entramado y varias chimeneas que se elevaban desde su encumbrado tejado de pizarra. El látigo me azuzaba entonces sólo con leves azotes que me escocían y hacían vibrar mis músculos.

Una cruel sacudida de las riendas nos hizo detenernos. Mi cabeza retrocedió bruscamente y solté un grito incontenible que sonó completamente distorsionado a causa de la gruesa embocadura, y me encontré allí parado con los demás, jadeantes y temblorosos, mientras se asentaba el polvo del camino.

## LA GRANJA Y EL ESTABLO

*Tristán:*

En ese mismo instante se acercaron a nosotros varios esclavos y, por los crujidos del carruaje, supe que ayudaban al amo y a la señora a bajar.

Estos mismos esclavos, todos ellos hombres muy morenos, con el enmarañado pelo blanqueado y brillante por la acción del sol, comenzaron a retirarnos las guarniciones. Asimismo, me sacaron del trasero el inmenso falo, que dejaron atado al carruaje. Solté la cruel mordaza con un resoplido y sentí que me quedaba como un saco vacío, sin carga y sin voluntad.

Dos jóvenes vestidos con ropas sencillas llegaron hasta nosotros y con largas varas planas de madera me obligaron a mí y a los demás corceles

humanos a dirigirnos por un estrecho sendero que conducía a un edificio bajo que obviamente era una cuadra.

Nos forzaron de inmediato a doblarnos por la cintura, sobre un enorme travesaño de madera, de tal manera que comprimía nuestros penes, y nos apremiaron a morder unas anillas de cuero que colgaban de otra barra tan basta como la que teníamos ante nosotros. Tuve que estirarme para atraparla entre mis dientes, con el travesaño presionándome el vientre e hincándose en la carne.

Mis pies casi no tocaban el suelo cuando lo conseguí. Continuaba con los brazos enlazados a la espalda, así que no podía agarrarme. Pero no me caí. Mordí firmemente el blando cuero de la anilla, como los demás, y cuando el agua tibia salpicó mis doloridas piernas y espalda, me sentí tremendamente agradecido por ello.

Nunca había experimentado algo tan delicioso, pensé. Aunque cuando me secaron todo el cuerpo y aplicaron aceite sobre mis músculos sentí el éxtasis, pese a tener el cuello estirado de un modo tan tortuoso. Poco importaba que los bronceados esclavos de pelo enmarañado trabajaran con rudeza y rapidez, apretando los dedos con fuerza sobre las erupciones y heridas. Por todas partes se oían gruñidos y quejidos, de dolor y de placer, y al mismo tiempo del esfuerzo que suponía morder la anilla. Luego nos quitaron el calzado y también untaron de aceite mis ardientes pies, provocándome un hormigueo exquisito.

A continuación nos obligaron a levantarnos y nos guiaron hasta otro travesaño donde nos forzaron a encorvarnos de la misma forma sobre un abrevadero, para poder devorar con la lengua la comida allí dispuesta, como si fuéramos caballos.

Los esclavos comían con avidez. Yo me esforcé por sobreponerme a la intensa mortificación que me provocaba aquella visión. Pero enseguida me metieron la cara en el estofado. Era succulento y sabroso. Otra vez mis ojos se llenaron de lágrimas, pero lamí con el mismo descuido que los demás mientras uno de los criados me apartaba el cabello de la cara y lo acariciaba casi amorosamente.

Me di cuenta de que lo hacía del mismo modo que uno acaricia un hermoso caballo. De hecho, me daba palmaditas como si mi trasero fuera una grupa. Aquella mortificación volvía a propagarse vertiginosamente por todo mi ser. Mi verga estaba de nuevo comprimida contra el travesaño que la mantenía doblada hacia el suelo, y los testículos parecían despiadadamente pesados.

Cuando ya no pude comer más, me sostuvieron un cuenco de leche, apretándolo contra mi cara, para que bebiera a lametazos hasta que conseguí vaciarlo. Para cuando lo dejé limpio y bebí un poco de agua recién sacada de la fuente, la dolorosa fatiga de mis piernas se había desvanecido. Lo que sí sentía todavía era el escozor de las ronchas y esa sensación de tener las nalgas horrorosamente enormes, de color grana a causa de los latigazos y la impresión de que mi ano se abría anhelante, añorando el falo que lo había ensanchado.



Sin embargo, yo no era más que uno de los seis esclavos, y tenía los brazos ligados fuertemente a la espalda como los demás. Todos los corceles éramos iguales, ¿cómo iba a ser de otro modo?

Alguien me levantó la cabeza para meterme en la boca otra anilla de cuero blando, de la que colgaba una larga trailla del mismo material. Apreté los dientes y la sogá me obligó a levantarme y a apartarme del abrevadero. De igual modo forzaron a incorporarse a todos los corceles, que avanzaron apresuradamente, afanándose por seguir a un esclavo de piel morena que tiraba de las traillas en dirección al huerto.

Trotábamos deprisa, arrastrados por fuertes y humillantes estirones. Gemíamos y gruñíamos al tiempo que aplastábamos la hierba que se extendía bajo nuestros pies. Poco después los mozos nos desataron los brazos.

Me cogieron del pelo, me quitaron la anilla de la boca y, a empujones, me pusieron a cuatro patas. Las ramas de los árboles se desplegaban sobre nosotros formando una pantalla verde que nos protegía del sol. En ese instante vi a mi lado el precioso terciopelo borgoña del vestido de la señora.

Me cogió por el pelo, tal como había hecho el criado, y me levantó la cabeza de manera que durante un segundo pude mirarla directamente a la cara. Su pequeño rostro era sumamente pálido y sus ojos de un profundo gris, con el mismo centro oscuro que había visto en los ojos de mi amo. Bajé la vista de inmediato mientras el corazón martilleaba con fuerza, temeroso de haber dado motivos para merecer una reprimenda.

—¿Tenéis una boquita delicada, príncipe? —preguntó. Yo sabía que no debía hablar y, confundido por su pregunta, sacudí un poco la cabeza negativamente. A mi alrededor, los demás jacos estaban ocupados en alguna tarea aunque no podía ver con claridad qué estaban haciendo. La ama aplastó mi cara contra la hierba, y ante mí, vi una manzana verde bien madura—. Lo que hace una boca delicada es coger esta fruta firmemente entre los dientes y depositarla en el cesto, como los otros esclavos, sin dejar nunca el más mínimo rastro de su dentadura en ella —finalizó.

En cuanto me soltó el pelo, cogí la manzana y, buscando frenéticamente el cesto, me fui trotando para dejar la fruta en él. Los demás esclavos trabajaban con rapidez y yo me apresuré a imitar su ritmo. No sólo pude ver la falda de mi señora sino que entonces advertí también a mi dueño, que no estaba muy lejos de ella. Me afané desesperada mente por cumplir con mi obligación. Encontré otra manzana y luego otra más, y otra; si no encontraba ninguna me ponía nervioso, como loco.

Pero, de repente y totalmente por sorpresa, me introdujeron otro falo en el ano, sin ayuda de cremas. Me forzaron a seguir hacia delante a tal velocidad que estaba convencido de que guiaban el falo con una larga vara. Seguí apresuradamente a los otros y me adentré en el huerto, avanzando entre la hierba que provocaba picores en mi pene y testículos. Una vez más, me encontré con una manzana entre los dientes mientras el falo me perforaba las entrañas y me dirigía hacia el cesto donde debía depositarla. Al ver junto a mí unas botas gastadas sentí cierto alivio ya que, obviamente, esa persona no podía

ser mi amo ni mi señora. Intenté encontrar por mí mismo la siguiente manzana con la esperanza de que me retiraran aquel instrumento, pero la presión del artillero me lanzó hacia delante y no pude alcanzar el cesto con suficiente rapidez. El falo me llevaba de aquí para allá mientras yo amontonaba manzanas, hasta que el cesto estuvo completamente lleno. Todos los esclavos en tropel fueron enviados correteando hasta otro grupo de árboles; yo era el único al que guiaban con un falo. Al instante, la cara se me puso al rojo vivo pero, por mucho que me afanara, el instrumento me empujaba sin clemencia hacia delante. La hierba me torturaba el pene, las más tiernas partes interiores de los muslos e incluso mi garganta cada vez que recogía atropelladamente las manzanas. Pero nada podía detenerme en mi intento de seguir la marcha. Cuando atisbé las figuras del amo y la señora que se alejaban en dirección a la casa, sentí un rubor de gratitud: no iban a presenciar mi torpeza; luego, continué trabajando con ahínco.

Finalmente, todos los cestos estuvieron llenos. Buscamos en vano más manzanas. Me empujaron para que siguiera al pequeño grupo que se ponía de pie y empezaba a trotar de vuelta hacia las cuadras, con los brazos doblados a la espalda como si estuvieran maniatados. Pensé que el falo me dejaría entonces tranquilo, pero continuaba allí, punzándome y dirigiéndome, mientras yo me esforzaba por seguir el ritmo de los otros.

La visión de las cuadras me llenó de terror, aunque todavía no sabía bien por qué.

Entre azotes, nos hicieron entrar a una larga sala cuyo suelo cubierto de heno resultó agradable bajo mis pies. Luego cogieron a los otros esclavos, uno a uno, y los colocaron bajo una larga y gruesa viga situada a poco más de un metro por encima del suelo y más o menos a esa distancia de la pared que había detrás. A cada esclavo le ataban los brazos alrededor de la viga, con los codos pronunciadamente hacia fuera. Les echaban las piernas hacia atrás, muy separadas, lo que les mantenía por debajo de la viga, con la verga y los testículos expuestos de un modo doloroso. Todas las cabezas estaban inclinadas hacia el suelo bajo la viga, con el pelo caído y los rostros enrojecidos.

Esperé, tembloroso, a que me sometieran a la misma tortura. No me pasó por alto la rapidez con que habían dispuesto todo esto, con los cinco esclavos ligados en un visto y no visto, pero a mí me reservaban aparte. El temor me consumía cada vez con más intensidad.

A continuación, me forzaron a ponerme otra vez a cuatro patas y me condujeron ante el primero de los esclavos, el que había encabezado el grupo, un fornido rubio que se retorció y sacó las caderas al acercarme yo, esforzándose al parecer por lograr cierto alivio en aquella patética posición.

De inmediato comprendí lo que tendría que hacer, pero la perplejidad más absoluta me dejó paralizado. El grueso y reluciente miembro que tenía ante mi rostro intensificó mi propia apetencia. ¡Vaya tortura para mi propio órgano sería lamerlo! Sólo me quedaba esperar clemencia después de ver aquello. Pero en cuanto abrí la boca, el criado introdujo su falo.

—Primero los testículos —advirtió—, un buen repaso con la lengua. El príncipe gemía y meneaba las caderas hacia mí. Yo me apresuré a obedecer, con las nalgas oprimidas por el falo y con mi propio pene a punto de reventar. Mi lengua lamió la piel suave y salada levantando los testículos. Luego dejé que se escurrieran de mi boca para después lamerlos de prisa, intentando cubrirlos con mis labios mientras me intoxicaba del sabor a sal y a carne cálida.

El príncipe culebreaba, se retorció y flexionaba cuanto podía las musculadas piernas en el reducido espacio mientras yo chupaba. Abarqué con mi boca todo el escroto, lamiéndolo y mordisqueándolo. Incapaz de esperar más a llegar al pene, dejé los testículos y rodeé el miembro con mis labios, lanzándome hasta el nido de vello púbico en un furor de lametazos. Continué moviéndome adelante y atrás hasta que caí en la cuenta de que el príncipe impelía su propio ritmo. Así que lo único que hice fue mantener la cabeza quieta, con el falo ardiendo en mi ano, mientras la verga entraba y salía, escurriéndose entre mis labios, rozando mis dientes. Su grosor, humedad y la lisa punta que chocaba contra mi paladar aumentaban el delirio mientras mis caderas se sumaban impudicamente a la danza, subiendo y bajando mecánicamente al mismo ritmo. Pero cuando el esclavo se vació en mi garganta, no hubo ningún alivio para mi pene, que se agitaba en el aire vacío. Lo único que pude hacer fue tragar el fluido amargo y salado. Inmediatamente me apartaron y me acercaron un plato con vino para que lo lamiera. A continuación me obligaron a pasar al siguiente príncipe situado en la fila de espera, quien ya se debatía penosamente con un ritmo ineludible.

Cuando llegué al final de la hilera la mandíbula me dolía, y también la garganta. Mi verga no podía estar más erecta y ansiosa. En este instante me encontraba a merced del criado, y como mínimo esperaba de él un indicio de que experimentaría algún alivio a la tortura. Sin embargo, el mozo me ató de inmediato a la viga, me puso los brazos en torno a ésta y las piernas en la misma incómoda y degradante postura agachada bajo la madera. Ningún esclavo me satisfizo. Cuando el criado nos dejó a solas en la cuadra vacía, rompí a lloriquear con gemidos contenidos, mientras mis caderas se estiraban inútilmente hacia delante.

El establo se había quedado en silencio. Los otros debían de haberse quedado profundamente dormidos. El sol del atardecer se filtraba como la neblina a través de la puerta abierta. Soñé con el ansiado alivio en todas sus formas gloriosas; lord Stefan tendido en la hierba debajo de mí tiempo atrás cuando éramos amigos y amantes, antes de que ninguno de los dos hubiera llegado a este extraño reino; el delicioso sexo de Bella montado sobre mi pene; la delicada mano de mi señor tocando mi cuerpo.

Pero todo esto sólo sirvió para empeorar el tormento.

Luego, el esclavo que tenía junto a mí, empezó a hablarme en voz baja:

—Siempre es así —dijo somnoliento. El príncipe estiró el cuello y meneó la cabeza para que su cabello negro cayera suelto con más libertad. Yo podía ver tan sólo una parte de su rostro que, como el del resto de esclavos, destacaba por su belleza—. Obligan a uno a satisfacer a los demás —continuó—. Y cuando

hay un esclavo nuevo, siempre le toca a él. A veces hay otros motivos para la elección, pero el escogido siempre debe sufrir.

—Sí, ya veo —respondí desdichadamente. Parecía que volvía a quedarse dormido—. ¿Cómo se llama nuestra señora? —inquirí, pensando que tal vez lo supiera, ya que con toda seguridad éste no era su primer día en el establo.

—Se llama señora Julia, pero ella no es mi ama —susurró—. Ahora descansad. Lo necesitáis, pese a la incomodidad, creedme.

—Me llamo Tristán —dije—. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Dos años —contestó—. Yo me llamo Jerard. Intenté escaparme del castillo y estuve a punto de llegar a la frontera del reino vecino. Allí me hubiera encontrado a salvo, pero cuando estaba a tan sólo una hora, o menos, una pandilla de campesinos me persiguió y me atrapó. Jamás ayudan a fugarse a un esclavo. Y además yo les había robado ropas de su vivienda. Así que me desnuda ron a toda prisa, me ataron de pies y manos y me trajeron de regreso. Entonces me sentenciaron a tres años en el pueblo. La reina ni siquiera volvió a mirarme.

Di un respingo. ¡Tres años! ¡Y ya llevaba dos de vasallaje!

—Pero ¿de verdad hubierais estado a salvo si...?

—Sí, pero la gran dificultad está en llegar a la frontera.

—¿Y no teníais miedo de que vuestros padres...? ¿No os ordenaron que obedecierais cuando os enviaron con la reina?

—La reina me daba demasiado miedo —contestó—. Y, de todos modos, no hubiera vuelto a casa.

—¿Lo habéis intentado de nuevo desde entonces?

—No —se rió en voz baja—. Soy uno de los mejores corceles del pueblo. Me vendieron directamente a los establos públicos. Los acaudalados señores y señoras me alquilan a diario, aunque el amo Nicolás y la señora Julia son los que requieren mis servicios con más frecuencia. Aún espero la clemencia de su majestad, que me autoricen pronto a regresar al castillo pero, si no sucede así, no voy a llorar. Si no me obligaran cada día a correr sin descanso, probablemente estaría terriblemente angustiado. De vez en cuando me siento displicente y pataleo o forcejeo, pero una buena zurra hace maravillas. Mi amo sabe perfectamente cuándo me hace falta; aunque me porte muy bien, él lo sabe. Me complace formar parte del tiro de un hermoso carruaje como el de vuestro dueño. Me gustan los arneses y riendas nuevos y relucientes. Y además, vuestro señor, el cronista de la reina, sabe blandir la correa con fuerza. Ya os habréis percatado de que lo hace en serio. De vez en cuando se detiene y me frota el pelo, o me da un pellizco, y yo casi me corro allí mismo. Demuestra su autoridad sobre mi verga, la azota y luego se ríe de ello. Lo adoro. En una ocasión me hizo tirar a mí solo de un pequeño carro de dos ruedas con un cesto mientras él caminaba a mi lado. Detesto los carros pequeños, pero con vuestro amo, os lo digo en serio, casi pierdo la cabeza de orgullo. Fue fantástico.

—¿Por qué fue fantástico? —pregunté, atónito. Intentaba imaginarme al príncipe cautivo, con su larga cabellera negra, el pelo de la cola de caballo y la delgada y elegante figura de mi dueño caminando a su lado. Todo aquel

precioso pelo blanco al sol, el rostro enjuto y meditativo, aquellos ojos azules oscuros.

—No sé —respondió—. No me expreso bien con palabras. Siempre me enorgullece ir al trote. Pero en aquella ocasión estaba a solas con él. Salimos del pueblo para dar un paseo por el campo al anochecer. Todas las mujeres estaban fuera de las casas y le daban las buenas noches. También nos cruzamos con caballeros que regresaban tras la jornada de inspección de sus granjas para volver a sus viviendas en el pueblo.

»De vez en cuando, vuestro señor me cogía el pelo de la nuca y lo alisaba. Me había amarrado bien la rienda, muy arriba, para que mi cabeza quedara muy atrasada, y me propinaba frecuentes azotes en las pantorrillas sin que vinieran a cuento, sólo por gusto. Era una sensación sumamente estimulante, trotar por la calzada y oír el crujido de sus botas a mi lado. No me importaba si volvía a ver otra vez el castillo o no. O si alguna vez abandonaría el reino. Siempre solicita mis servicios, vuestro amo. A los otros corceles les aterroriza. Vuelven a las cuadras con las nalgas en carne viva y dicen que los azota el doble que cualquier otro señor, pero yo lo venero. Lo que hace lo hace bien. Y yo también. E igual pasará con vos ahora que es vuestro amo.

No sabía qué responder.

No añadió nada más después de aquello. Se quedó dormido enseguida y yo continué en la misma postura, muy quieto, con los muslos doloridos y el pene sometido al mismo padecimiento de antes, mientras pensaba en el breve relato de Jerard. Sus palabras me habían provocado escalofríos en todo el cuerpo, pero lo más grave era que entendía lo que decía.

Me atemorizaba, pero lo entendía.

Cuando nos liberaron y nos llevaron hasta el carruaje casi era de noche. Percibí la fascinación que me causaban el arnés, las abrazaderas para los pezones, las riendas, las ataduras y el falo mientras volvían a ajustármelos. Naturalmente, me hacían daño y me inspiraban miedo. Pero estaba pensando en las palabras de Jerard. Lo veía enjaezado delante de mí. Observé atentamente la manera en que sacudía la cabeza y golpeaba el suelo con los pies embutidos en sus botas, como si quisiera ajustarlas mejor. Luego miré fijamente hacia delante con los ojos abiertos, desconcertado, mientras me introducían el falo y apretaban las correas a conciencia, levantándome del suelo. Con una fuerte sacudida iniciamos un trote ligero por el camino que se alejaba de la casa solariega.

Cuando tomamos la calzada principal y ante nosotros aparecieron las oscuras almenas del pueblo, las lágrimas ya surcaban mi rostro. En los torreones norte y sur ardían antorchas. Debía de ser la hora del anochecer descrita por Jerard, ya que transitaban pocos carruajes por la calzada y, en las entradas a las granjas, las mujeres se inclinaban y saludaban con la mano a nuestro paso. De vez en cuando nos cruzaba algún hombre caminando solitario. Yo marchaba con todo el brío que podía, con la mandíbula dolorosamente erguida y el grueso y pesado falo latiendo ardientemente en mi interior.

La correa me azuzaba una y otra vez, pero no recibí ni una sola reprimenda. Justo antes de llegar a la casa de mi señor, recordé con un sobresalto lo que había mencionado Jerard acerca de que estuvo a punto de alcanzar el reino vecino. Quizá se equivocaba en lo referente a estar a salvo una vez allí. ¿Y qué sucedería con su padre? El mío me había ordenado que obedeciera, me había dicho que la reina era todopoderosa y que mi vasallaje me compensaría en sumo grado, que mejoraría enormemente en sabiduría. Intenté apartar aquellos pensamientos de mi mente. Yo nunca había pensado realmente en escapar. Era una idea demasiado complicada, demasiado espinosa en una situación a la que ya era duro adaptarse.

Estaba oscuro cuando nos detuvimos ante la puerta de la casa de mi amo. Me quitaron las botas y los arneses, todo menos el falo. A los demás corceles se los llevaron a latigazos hasta las cuadras públicas, tirando del carruaje vacío. Permanecí quieto pensando en las demás palabras de Jerard. Me intrigó también el extraño y ardiente escalofrío que recorrió todo mi cuerpo cuando la señora salió, me alzó el rostro y me pasó la mano por el cabello para retirármelo de la cara.

–Tranquilo, tranquilo –repitió con aquella tierna voz. Me secó la frente y las mejillas sudorosas con un suave pañuelo de lino blanco. La miré fijamente a los ojos y entonces ella me besó los labios; mi verga casi se puso a brincar con aquel beso que me dejó sin aliento.

La señora me extrajo el falo con tal rapidez que perdí el equilibrio. Volví a mirarla lleno de espanto. Entonces ella desapareció por el interior de la preciosa casita y yo me quedé temblando. Levanté la vista al encumbrado tejado y luego a la bella salpicadura de estrellas que cubría el firmamento, y me percaté de que me había quedado a solas con mi amo que, como siempre, tenía la gruesa correa en la mano.

Me dio media vuelta y me hizo marchar otra vez por la amplia calzada pavimentada en dirección al mercado.

## VELADA PARA SOLDADOS EN LA POSADA

Bella estuvo durmiendo varias horas. Se enteró vagamente de que el capitán tiraba de la cuerda de la campana. Él se había levantado y estaba vestido, pero aún no le había dado orden alguna.

Cuando por fin la princesa abrió los ojos, la figura del capitán se recortó sobre ella contra la luz mortecina de un fuego recién encendido en el hogar. Aún no se había atado el cinturón y, con un rápido movimiento, se lo quitó de la cintura y lo hizo chasquear a su costado. Bella no podía descifrar su expresión. Parecía cruel y distante pero aun así sus labios esbozaban una sonrisa. En cambio, las caderas de la muchacha le reconocieron de inmediato. Una suave descarga de fluidos avivó la profunda pasión que volvía asentir en su interior. Sin embargo, antes de que pudiera despabilar su languidez, el

capitán la había puesto a cuatro patas sobre el suelo. La empujaba hacia abajo por el cuello obligándola a separar mucho las piernas.

El rostro de Bella ya estaba encendido cuando la azotó entre las piernas y la correa le alcanzó el prominente pubis. De nuevo un fuerte trallazo en los labios púbicos obligó a Bella a besar las maderas del suelo, meneando las caderas arriba y abajo, en un gesto de sumisión. Los azotes se repitieron, más sutiles, castigando casi en una caricia los labios hinchados. La princesa derramó más lágrimas, soltó un grito sofocado que la dejó boquiabierta, y no dejaba de levantar las caderas, cada vez más arriba.

El capitán dio un paso adelante y con su gran mano desnuda cubrió las nalgas escocidas de Bella, haciéndolas girar lentamente.

Le cortó la respiración. Bella sintió cómo le alzaba las caderas, balanceándolas y bajándolas de nuevo. Un suave ruido rítmico surgía del pecho de la muchacha. Aún recordaba cuando el príncipe Alexi le contaba en el castillo que le habían obligado a menear las caderas de este modo atroz e ignominioso.

Los dedos del capitán seguían apretando fuertemente la carne de Bella, estrujándole las nalgas para juntarlas.

— ¡Moved esas caderas! — ordenó en voz baja.

La mano impulsó el trasero de Bella tan arriba que su frente chocó contra el suelo, los pechos palpitantes se aplastaron sobre la madera y soltó un gemido vibrante que surgió entre sofocos. En este instante no importaba lo que hubiera pensado y temido tiempo atrás en el castillo. Agitó el trasero en el aire y entonces el capitán retiró la mano. De nuevo, la correa le azuzó el sexo y, en una orgía violenta de movimiento, la princesa meneó las nalgas sin descanso como le habían ordenado.

Su cuerpo se relajó, casi alargándose. Si alguna vez había conocido otra postura diferente a ésta, lo cierto era que no podía recordarlo con claridad.

«Dueño y señor», suspiró ella, y la correa azotó el pequeño monte púbico, rozando con el cuero el cada vez más grueso clítoris. Bella meneaba su trasero con frenesí formando un círculo. Cuanto más fuerte la azotaba, más jugos fluían en ella, hasta que los casi irreconocibles gritos que surgían desde lo más profundo de su garganta le impidieron oír el sonido de la correa que se estrellaba contra sus lustrosos labios.

La zurra cesó por fin. Bella vio los zapatos del capitán y su mano que señalaba una escoba de mango corto que estaba apoyada junto a la chimenea de la habitación.

— A partir de hoy — dijo con gran calma —, no os volveré a decir que tenéis que barrer y restregar esta habitación, cambiar la cama y encender el fuego. Lo haréis cada mañana al levantaros. Y también ahora mismo, esta noche, para que aprendáis. Cuando terminéis, os lavarán a fondo en el patio de la posada para servir como es debido a la guarnición.

De inmediato, Bella se puso manos a la obra. Arrodillada, empezó a trabajar con movimientos rápidos y cuidadosos.

El capitán salió de la habitación y al cabo de unos momentos apareció el príncipe Roger con el recogedor, el cepillo y el cubo. Le enseñó cómo hacer estas pequeñas tareas, a cambiar la ropa de cama, preparar la leña para la chimenea y retirar las cenizas.

A Roger no le sorprendió que Bella se limitara a asentir con la cabeza sin hablarle. A ella ni se le ocurrió hablar con él.

El capitán había dicho «cada mañana». ¡Así que tenía intención de quedársela! Aunque fuera propiedad del Signo del León, su principal huésped, el capitán, la había escogido a ella.

La princesa no conseguía hacer las tareas lo suficientemente bien, aunque alisó la cama y sacó brillo a la mesa, procurando permanecer de rodillas en todo momento, levantándose únicamente cuando era necesario.

La puerta volvió a abrirse y la señora Lockley la cogió por el pelo. Bella sintió el tirón de pelo y la pala de madera que la guiaba escaleras abajo, pero se sosegó ilusionada al pensar en el capitán.

En cuestión de segundos se encontró de pie en el tosco barreño de madera del patio. La llama de las antorchas vacilaba a la entrada del mesón, al igual que junto al cobertizo. La señora Lockley restregaba la piel de Bella con rapidez y rudeza, lavó su escocida vagina con un chorro de vino mezclado con agua y luego cubrió de espuma las nalgas de la muchacha.

La mesonera no pronunció palabra mientras torcía a Bella a uno y otro lado, le doblaba las piernas para que se acuclillara y enjabonaba su vello púbico. Después la secó con bruscos movimientos.

Bella vio cómo lavaban a otros esclavos con igual rudeza, y oyó las chillonas y burlonas voces de la vulgar mujer del delantal y de otras dos recias muchachas del pueblo que estaban plenamente entregadas a su tarea, aunque de vez en cuando se detenían para propinar un azote en las nalgas de uno u otro esclavo sin motivo aparente. Pero lo único que Bella podía pensar era que pertenecía al capitán, y que iba a ver a la guarnición. Con toda seguridad, el capitán estaría allí, se decía. Las risotadas y el griterío que llegaban desde la posada la incitaban y la atormentaban al mismo tiempo.

Cuando Bella estuvo completamente seca y con el pelo cepillado, la señora Lockley apoyó un pie en el borde del barreño y echó a Bella sobre su rodilla. Le aplastó fuertemente los muslos con varios palazos y luego le propinó un empujón para que se pusiera a cuatro patas.

Bella luchó denodadamente por recuperar el equilibrio y el aliento.

Indiscutiblemente, resultaba insólito que no le hablaran, ni siquiera para darle órdenes severas e impacientes. Bella alzó la vista mientras la señora Lockley giraba en torno a ella hasta situarse a su lado. Por un instante, atisbó la sonrisa de la mesonera antes de que tuviera ocasión de recuperar su expresión habitual. Súbitamente, Bella sintió cómo le levantaba la cabeza con delicadeza, estirando su melena en toda la longitud, y se encontró el rostro de la señora Lockley justo encima de ella:



— Así que vos ibais a ser mi pequeña alborotadora... Éstas son las nalgas que iba a tener que cocer para el desayuno mucho más rato que las de los demás...

— Tal vez aún debierais hacerlo — susurró Bella sin querer ni pensarlo — ... Si es eso lo que os gusta para desayunar. — Un violento temblor se apoderó de ella en cuanto acabó la frase. ¡Oh, qué había hecho!

El rostro de la señora Lockley se iluminó con una expresión más que curiosa, y de sus labios se escapó una risa a duras penas reprimida.

— Os veré por la mañana, querida mía, con todos los demás. Cuando el capitán se haya marchado y el mesón esté tranquilo, sin nadie más que los otros esclavos, que estarán esperando en fila sus azotes matinales. Entonces os enseñaré a abrir la boca sin permiso. — Lo dijo con una efusividad inusual. Las mejillas de la señora Lockley habían cogido color; estaba tan guapa—. Y ahora, al trote — le ordenó con suavidad.

La gran sala de la posada estaba ya abarrotada de soldados y otros hombres que bebían.

El fuego crepitaba en la chimenea y una pieza de cordero giraba en el espetón. Varios esclavos, en pie y con las cabezas inclinadas, se precipitaban de puntillas para servir vino y cerveza en docenas de jarros de peltre. Allí donde Bella miraba, entre el gentío de bebedores vestidos de oscuro con pesadas botas de montar y espadas, veía el destello de traseros desnudos y relucientes vellos púbicos de esclavos que servían humeantes platos de comida, se inclinaban para enjugar el líquido vertido, se arrastraban a cuatro patas para fregar el suelo o correteaban para recoger una moneda que alguien había arrojado juguetonamente al suelo lleno de serrín.

Desde un rincón sombrío llegaba el rasgueo resonante y monótono de un laúd, el ritmo de una pandereta y los soplidos de una trompeta que interpretaban una lenta melodía. Pero la cancioncilla apenas se oía debido a las risotadas de los comensales. Los fragmentos interrumpidos de un coro arrancaban con entusiasmo pero se desvanecían enseguida. De todas partes llegaban las voces que ordenaban más comida y bebida, y las peticiones de más esclavas y esclavos guapos que acompañaran y entretuvieran a los soldados.

Bella no sabía dónde mirar. Por aquí un robusto oficial de la guardia con su reluciente cota de malla levantaba de un tirón a una princesa muy rubia y rosada y la colocaba de pie sobre la mesa.

La esclava, con las manos detrás de la cabeza, danzaba y brincaba aceleradamente, tal y como le indicaban, con el rostro sonrojado, los pechos rebotando y el pelo plateado volando en largos rizos de espirales perfectas alrededor de los hombros.

Sus ojos brillaban con una mezcla de temor y excitación patentes. Por allá, otra esclava de delicadas facciones era arrojada contra un tosco regazo y azotada mientras intentaba frenéticamente cubrirse la cara con las manos antes de que un espectador divertido se las apartara a un lado y se las estirara con regocijo.

Entre los toneles de las paredes había más esclavos desnudos, que permanecían en pie, con las piernas abiertas y las caderas adelantadas, por lo visto esperando que les llamaran. En una esquina de la estancia, un hermoso príncipe con espesos rizos rojos que le llegaban a los hombros estaba sentado con las piernas separadas sobre el regazo de un soldado gigantesco. Los labios de ambos se fundían en un beso mientras el soldado acariciaba el órgano erecto del príncipe. El príncipe pelirrojo chupaba la barba negra toscamente afeitada del soldado, tomaba su mandíbula con la boca y luego abría los labios para reanudar los besos. Se le juntaban las cejas a causa de la intensidad de su pasión, aunque estaba sentado, indefenso e inmóvil como si lo tuvieran allí atado, elevando el trasero al compás del movimiento de la rodilla del soldado, que pellizcaba el muslo del príncipe para que diera saltos. El esclavo rodeaba con el brazo izquierdo el cuello del soldado y hundía la mano derecha en la espesa cabellera del oficial, acariciándola lentamente.

Una princesa de negra melena forcejeaba en el suelo del rincón más alejado, tumbada boca arriba con las manos sujetas a los tobillos y las piernas separadas. Su larga melena barría el suelo mientras le vertían un jarro de cerveza sobre sus tiernas partes íntimas y los soldados se inclinaban juguetonamente para lamer el líquido que se escurría del vello rizado del pubis. De repente la pusieron boca abajo sobre las manos, con los pies levantados para que un soldado llenara de cerveza el sexo de la princesa hasta desbordarlo.

En aquel instante la señora Lockley tiraba de Bella para que cogiera en sus manos una jarra de cerveza y un plato de peltre con comida humeante. Luego le volvió la cara para que viera la figura distante del capitán. Estaba sentado en una concurrida mesa situada al otro lado de la gran estancia, de espaldas a la pared, con la pierna apoyada sobre el banco que tenía ante él y la mirada fija en Bella.

La princesa se esforzó por moverse deprisa de rodillas, con el torso erguido, sosteniendo el plato bien alto hasta llegar allí y quedarse arrodillada junto al capitán. Se estiró por encima del banco para depositar la comida sobre la mesa. El oficial, apoyado en un codo, acarició el pelo de Bella y observó su rostro como si estuvieran a solas, aunque a su alrededor los hombres reían, hablaban y cantaban. Su daga de oro destellaba a la luz de las velas, al igual que su cabello dorado, sus cejas y el escaso vello que un mal afeitado había olvidado sobre el labio superior. La inusual delicadeza de su mano, al apartar hacia atrás el cabello de Bella y alisarlo detrás de los hombros, provocó escalofríos en los brazos y la garganta de la princesa, así como un espasmo ineludible entre las piernas.

Casi sin querer, el cuerpo de Bella describió una imperceptible ondulación.

Al instante, la fuerte mano derecha del capitán la agarró por las muñecas, y levantándose del banco alzó a la muchacha del suelo, dejándola colgada por encima de él.

La princesa, desprevenida, primero palideció, y luego sintió que la sangre le inundaba el rostro.

Mientras el capitán la agitaba a uno y otro lado, los demás soldados se volvían para mirarla.

– A la salud de mis soldados, que han servido a la reina como se merece – dijo el capitán y de inmediato se oyó un fuerte pataleo acompañado de una salva de aplausos. ¿Quién va a ser el primero? – inquirió el capitán.

Bella sentía que sus labios púbicos se juntaban a causa de su creciente grosor, y una densa humedad fluía a través de su arruga púbica. Pero un silencioso acceso de terror invadió su alma y la dejó paralizada. ¿Qué va a sucederme?, se preguntó al tiempo que unas oscuras figuras que se aproximaban cada vez más la rodeaban. La robusta silueta de un hombre fornido se elevó ante ella. Los pulgares del forzado se hundieron suavemente en los tiernos sobacos de Bella para cogerla de las manos del capitán, agarrándola con fuerza. Los jadeos de Bella cesaron.

Otras manos guiaron las piernas de la princesa hasta colocarlas alrededor de la cintura del soldado. Bella sintió que con la nuca tocaba la pared que tenía detrás y levantó las manos para protegerse, con la mirada fija en el rostro del soldado que rápidamente se llevó la mano derecha a los pantalones para desabrochárselos.

El olor de cuadra, el aliento de cerveza, el aroma penetrante y delicioso de la piel bronceada por el sol y del cuero sin curtir emanaban de aquel hombre, cuyos ojos negros se estremecieron brevemente y se cerraron por un momento cuando hundió la verga en el cuerpo de Bella, ensanchando los dilatados labios de la muchacha, cuyas caderas golpeaban contra la pared con un ruido sordo y a un ritmo frenético.

Sí. Ahora. Sí. El miedo se disolvió dando paso a una emoción aún mayor y más difícil de expresar. Los pulgares del hombre se clavaban en los sobacos de la princesa mientras continuaban las acometidas. Alrededor de ellos, en la penumbra, Bella veía numerosos rostros cuyas miradas se centraban en ella, mientras el ruido de la posada se elevaba y descendía en violentas oleadas.

El pene descargó su caliente y anegador fluido dentro de ella, mientras su propio orgasmo se difundía por todo su cuerpo, cegándola, y de su boca abierta surgían gritos espasmódicos. Con el rostro encendido, desnuda, Bella experimentó su placer en medio de esta ordinaria taberna. La levantaron otra vez, vacía. Sintió que la arrodillaban sobre la mesa, y a continuación le separaban las piernas y le colocaban sus propias manos bajo los pechos.

Mientras una ávida boca succionaba su pezón, la princesa elevó el pecho arqueando la espalda y apartó tímidamente los ojos de los que la rodeaban. La hambrienta boca se nutrió seguidamente de su pecho derecho, aspirando intensamente mientras la lengua apuñalaba el diminuto y duro pezón.

Otra boca había tomado el pecho izquierdo.

Mientras ella se apretaba contra los labios que la chupaban y le daban un placer casi desmesurado, unas manos le separaron las piernas aún más, haciendo descender el sexo casi hasta dejarlo sobre la mesa.

Durante un instante volvió a invadirla aquel miedo irreprimible. Había manos sobre todo su cuerpo, mientras la sostenían por los brazos y le sujetaban a la fuerza las manos a la espalda. No podía liberarse de las bocas que succionaban con fuerza sus pechos. Alguien la obligó a levantar la cabeza y vio una sombra oscura que la cubría mientras se ponía a horcajadas sobre ella. La verga penetró en su boca, que se abría, y Bella se quedó mirando el vientre velludo situado sobre ella. Succionó el falo con toda su fuerza, con la misma intensidad con que las bocas le chupaban los pechos, y continuó gimiendo mientras el miedo se evaporaba una vez más.

Su vagina temblaba, los fluidos descendían por sus muslos separados y sufría violentas sacudidas de placer.

La verga que tenía en la boca la cautivaba, pero no le daba ninguna satisfacción. Absorbió el pene más y más hasta que su garganta se contrajo y la eyaculación salió disparada contra ella. Mientras, las bocas tiraban con delicadeza de sus pezones, trataban de morderlos, y sus labios púbicos se cerraban en vano capturando el vacío.

De pronto, algo tocó su clítoris palpitante y lo raspó a través de la gruesa película de humedad.

Algo se hundió entre sus ávidos labios púbicos.

Era el mango tosco y enjoyado de la daga... seguro que lo era... y la empaló.

Bella tuvo un orgasmo desenfrenado. Entre jadeos contenidos, levantaba cada vez más las caderas, y todas las imágenes, sonidos y aromas de la posada se disolvieron en su frenesí. El mango de la daga la sostenía, la empuñadura le maltrataba el pubis sin permitir que el orgasmo cesara, forzando un grito tras otro.

Pese a que la tendieron de espaldas sobre la mesa, la atormentaba, la obligaba a culebrear y retorcer las caderas. Apenas pudo ver el rostro del capitán por encima de ella, mientras se contorsionaba como un gato y el mango de la daga la mecía arriba y abajo, obligándola a golpear la mesa con las caderas.

Esta vez no iba a correrse tan pronto.

La estaban levantando. Sintió cómo la tendían sobre un barril de grandes dimensiones, con la espalda arqueada sobre la húmeda madera y su cabello desparramado sobre el suelo, podía oler la cerveza. En esa posición veía el mesón patas arriba, en una exhibición de colores. Otro pene entró en su boca mientras unas manos firmes aseguraban sus muslos contra la curva del tonel y una verga penetraba en su lubricada vagina. Bella había dejado de pesar, no había equilibrio. No veía nada aparte del oscuro escroto y la ropa desabrochada que tenía ante sus ojos. Entretanto, le palmoteaban los pechos y se los chupaban, agarrados por fuertes dedos que la sobaban. Bella buscó a tientas las nalgas del hombre que llenaba su boca y se aferró a él, guiando sus movimientos. Pero la otra verga la machacaba contra el barril, la taponaba, pulverizaba su clítoris mecánicamente con un ritmo diferente. Sintió en todos sus miembros la consumación abrasadora, como si no surgiera de su

entrepierna, mientras sus pechos se multiplicaban. Todo su cuerpo se convirtió en el orificio, el órgano.

La llevaban al patio y advirtió que sus brazos rodeaban unos hombros firmes y poderosos.

Un joven soldado de pelo castaño la transportaba sin dejar de besarla y hacerle carantoñas. Los hombres estaban sentados en grupos sobre el césped, riéndose a la luz de las antorchas, en torno a los esclavos a los que bañaban en los barreños. Su talante era tranquilo puesto que sus primeras y ardientes pasiones habían sido satisfechas.

Los soldados formaron un corro alrededor de Bella cuando la bajaron para meterle los pies en el agua caliente. Luego se arrodillaron, tomaron un odre lleno y echaron chorros de vino sobre el cuerpo de la muchacha, provocándole cosquilleos mientras la limpiaban. La lavaron con el cepillo y el trapo, entre juegos, y competían por besarla y por llenar su boca, lenta y cuidadosamente, del agrio y frío vino. Bella intentó recordar ese rostro, aquella risa, incluso la piel del que tenía el pene más grueso; todo fue en vano.

La tendieron sobre la hierba, bajo las higueras, y volvieron a poseerla. Su joven apresador, el soldado del cabello castaño, se nutrió de la boca de Bella como en una ensoñación, y luego la penetró a un ritmo más lento y suave. Ella estiró los brazos, palpó la piel desnuda de las nalgas del soldado y la tela de los pantalones a medio bajar.

Mientras tocaba el cinturón desatado, el tejido arrugado y el trasero medio desnudo, contrajo fuertemente su vagina contra la verga del muchacho de tal manera que él tuvo que soltar un grito sofocado por encima de ella, como si de un esclavo se tratara.

Transcurrieron varias horas.

Bella estaba sentada, medio dormida y echa un ovillo, sobre el regazo del capitán. La cabeza reposaba contra el pecho de él y los brazos le rodeaban el cuello. Como un león desperezándose, él se desentumeció bajo ella y su voz retumbó gravemente en su ancho pecho cuando se dirigió al soldado que tenía enfrente. Sin esfuerzo alguno, acunaba la cabeza de la princesa en su mano izquierda, cuyo brazo le parecía a Bella inmenso y poderoso.

La princesa abría los ojos sólo de vez en cuando para percibir la luminosidad humeante y deslumbradora de toda la taberna.

La sala estaba más tranquila y también más ordenada que antes. El capitán no cesaba de hablar.

Las palabras «princesa fugitiva» llegaron con claridad a oídos de Bella.

«Princesa fugitiva», pensó ella amodorrada.

No podían preocuparla tales cosas. Volvió a cerrar los ojos, acurrucándose contra el capitán que la estrujó con su brazo izquierdo.

«Cuán espléndido es él —pensó la princesa—. Con su tosca belleza.» Le encantaban los profundos pliegues de su rostro bronceado, el deseo reflejado en sus ojos. Le vino a la cabeza un curioso pensamiento. No le importaba de qué trataba la conversación de él más de lo que a él le importaba hablarle a ella.

Bella sonrió para sus adentros. Era su esclava desnuda y sobrecogida. Y él, su rudo y bestial capitán.

Pero sus pensamientos se trasladaron involuntariamente a Tristán. Se había declarado tan rebelde ante Tristán.

¿Qué habría sido de él? ¿Cómo le iría con Nicolás el Cronista? ¿Conseguiría enterarse alguna vez? Quizás el príncipe Roger pudiera darle alguna noticia. Tal vez el denso y pequeño mundo del pueblo tenía sus vías secretas de información. Tenía que enterarse de si Tristán se encontraba bien.

Sencillamente deseaba poder verle. Y, soñando con Tristán, la princesa se quedó dormida.

## UN MAGNÍFICO ESPECTÁCULO

*Tristán:*

Sin los horrorosos arneses del tiro me sentí aún más vulnerable. Mi desnudez me resultaba ofensiva mientras marchaba velozmente hacia el final de la carretera, esperando algún tirón de las riendas en cualquier momento, como si todavía las llevara puestas. A esta hora eran numerosos los carruajes, decorados con farolillos, que pasaban con estruendo junto a nosotros, con los esclavos trotando a toda prisa, con las cabezas tan altas como antes llevaba la mía. ¿Prefería estar como ellos? ¿O me gustaba más esta otra condición? ¡No lo sabía! Sólo era consciente de mi temor y deseo, y de un conocimiento absoluto de que mi atractivo amo Nicolás, mi estricto señor, más que muchos otros, caminaba a mi lado.

Más adelante, una brillante luz iluminaba abundantemente la carretera. Estábamos llegando al final del pueblo. Pero, sin detener la marcha, al doblar por el último de los elevados edificios que tenía a mi izquierda vi un espacio abierto que aunque no era el mercado estaba terriblemente abarrotado y alumbrado por abundantes antorchas y farolillos. Oí el vino en el aire y oí las ruidosas y embriagadas risas. Había parejas que bailaban agarradas y vendedores de vino con odres llenos sobre los hombros que se abrían camino entre la multitud ofreciendo copas a todos los asistentes.

Mi amo se detuvo de repente y dio una moneda a uno de estos expendedores. Luego sostuvo la copa ante mí para que lamiera el vino de ella. Me sonrojé hasta la raíz del cabello, pero pude apreciar las virtudes del vino y lo bebí ávidamente con todo el esmero que pude. Hacía rato que me ardía la garganta.

Cuando levanté la vista, aprecié con más claridad que aquel lugar era una especie de recinto para aplicar castigos. Con toda seguridad, era el sitio que el subastador había denominado el lugar de castigo público.

A un lado había una hilera de esclavos colocados en picotas, y otros estaban maniatados en el interior de unas tiendas lóbregamente iluminadas, cuya

entrada estaba vigilada por mozos que dejaban pasar, tras pagar una moneda, a los lugareños que iban y venían. Otros esclavos maniatados correteaban en círculo alrededor de un mayo, castigados por cuatro guardias que esgrimían palas.

Aquí y allá, un par de esclavos corrían a cuatro patas sobre el polvo para recoger algún objeto lanzado ante ellos, mientras jóvenes de ambos sexos les instaban a darse prisa, pues obviamente habían apostado dinero a favor de su esclavo favorito.

Más a la derecha, sostenidas contra las murallas, giraban lentamente unas ruedas gigantes con esclavos atados a ellas con las extremidades completamente estiradas, dando vueltas y más vueltas con sus inflamados muslos y nalgas convertidos en dianas contra las que el público lanzaba corazones de manzana, huesos de melocotón e incluso huevos crudos. Otros esclavos se movían a duras penas acuclillados tras sus amos, con el cuello sujeto a las rodillas por dos cortas cadenas de cuero, y los brazos estirados hacia delante aguantando dos grandes palos de los que colgaba un cesto lleno de manzanas dispuesto para la venta. Dos princesitas rosadas, de pechos voluminosos y brillantes de sudor, cabalgaban sobre caballos de madera con frenéticos gestos bamboleantes, y sus vaginas empaladas sobre falos de madera. Mientras yo observaba la escena atónito, ya que mi dueño me permitía caminar entonces con más lentitud y podía recorrer a su vez con la mirada la feria, una princesa alcanzó su descomunal y sobrecogedor clímax para deleite de la multitud, y recibió los aplausos que le dedicaban como vencedora de la prueba. La otra se llevó unos cuantos palazos, y fue castigada y reprendida por los que habían apostado por ella.

Pero la gran atracción se encontraba en la alta plataforma giratoria donde un esclavo era azotado con una larga pala rectangular de cuero. Al verlo, el corazón se me cayó a los pies y recordé que mi ama me había amenazado con llevarme a la plataforma giratoria.

Fue entonces cuando advertí que, poco a poco, me estaban conduciendo hacia allí. Nos abríamos paso a través del mar de ruidosos espectadores que se extendía unos quince metros alrededor de la alta plataforma. Observamos atentamente la fila de esclavos arrodillados con las manos detrás del cuello, que recibían la lluvia de imprecaciones de los presentes mientras esperaban en los escalones de madera su turno para subir al estrado y recibir su castigo.

Mientras yo miraba incrédulo, mi amo me dio un empujón para colocarme directamente al final de la cola y ocupar mi puesto. Un mozo apostado al pie de la escalera recibía monedas de los asistentes. Me obligaron a arrodillarme y fui incapaz de ocultar el miedo que me consumía. Las lágrimas me escocían los ojos y todo mi cuerpo se agitaba tembloroso. ¿Qué había hecho yo? Docenas de rostros redondos se habían vuelto hacia mí y alcancé a oír sus pullas:

—Vaya, ¿un esclavo del castillo que se cree demasiado bueno para la plataforma pública? Mirad qué cipote.

—¿No habrá sido un cipote malo?

– ¿Por qué van a azotarle, señor Nicolás?

– Por ser apuesto – contestó mi señor con un deje de humor negro.

La respuesta de mi dueño había provocado sonoras risotadas, y la luz de las antorchas hacía relucir las mejillas y ojos húmedos de la risa. Lleno de horror, dirigí la mirada hacia la escalera y la alta plataforma, pero apenas vi nada aparte de los escalones inferiores mientras me arrodillaba ante la cada vez más numerosa multitud que se amontonaba a nuestro alrededor. El esclavo situado ante mí se adelantó con gran esfuerzo cuando apresuraron a otro príncipe cautivo escaleras arriba. De algún lugar llegó el fuerte redoble de un tambor y repetidos gritos de la multitud. Yo me di la vuelta para mirar suplicante a mi amo y me arrojé al suelo para besar sus botas, mientras la muchedumbre me señalaba y se reía.

– Pobre príncipe desesperado – se mofaba un hombre –. ¿Echas de menos tu agradable baño perfumado del castillo?

– ¿Te azotaba la reina sobre sus rodillas?

– Mirad esa polla; a esa polla le hace falta un buen amo y una buena señora.

Noté una mano firme que me cogía por el pelo y me levantaba la cabeza. Vi entre lágrimas un apuesto rostro por encima de mí, afable pero no carente de severidad. Los ojos azules se entrecerraron muy lentamente, las oscuras pupilas parecieron expandirse mientras alzaba la mano derecha y el dedo índice se agitaba hacia delante y atrás y con los labios formaba silenciosamente la palabra «no». Me quedé sin aliento. Los ojos se le quedaron inmóviles, fríos como la piedra, y la mano izquierda me soltó. Volví a ocupar espontáneamente mi puesto en la fila y enlacé mis manos tras la nuca, de nuevo temblando y tragando saliva mientras la multitud profería unos exagerados «ooooh» y «aaaah» para expresar burlescamente su conmiseración.

– Esto sí que es un buen chico – me gritó un hombre al oído –. No querréis defraudar ahora a la multitud, ¿verdad que no? – sentí que su bota me tocaba el trasero –. Apuesto diez peniques a que nos ofrece el mejor espectáculo de esta noche.

– ¿Y quién va a determinar eso? – dijo otro.

– ¡Diez peniques a que mueve ese culo mejor que nadie!

Me pareció que transcurría toda una eternidad hasta que vi subir al siguiente esclavo, luego al siguiente y otro más. Yo fui el último. Avancé esforzadamente a cuatro patas sobre el polvo, empapado del sudor que chorreaba por todo mi cuerpo. Las rodillas me ardían y la cabeza me daba vueltas. Incluso en este momento creía que, de algún modo, iban a rescatarme. Mi amo sería misericordioso, cambiaría de idea, se daría cuenta de que no había hecho nada para merecer esto. Sencillamente, tenía que suceder, porque yo no era capaz de soportarlo.

La multitud se apretujaba y empujaba hacia delante. Se oyeron fuertes vítores cuando la princesa a la que estaban azotando sobre la plataforma



empezó a quejarse con agudos chillidos y a patalear con todas sus fuerzas sobre la plataforma.

Sentí una ineludible necesidad de levantarme y echar a correr pero no me moví. El rugido de la plaza pareció aumentar bruscamente con el siguiente redoble de tambores. Los palazos habían concluido. Era mi turno. Dos mozos me llevaron en volandas escaleras arriba mientras toda mi alma se rebelaba. Entonces oí la firme orden de mi amo:

– Sin grilletes.

Sin grilletes. Así que había existido esa posibilidad. Estuve a punto de iniciar un violento forcejeo. «Oh, por favor, por piedad, ponedme los grilletes.» Pero horrorizado, me encontré a mí mismo estirándome por propia voluntad para apoyar la mandíbula sobre el alto pilar de madera, separé las rodillas y enlacé las manos a la espalda mientras las rudas manos de los mozos se limitaban a guiarme.

Entonces me quedé solo. Ninguna mano me tocaba. Mis rodillas descansaban únicamente sobre unas muescas poco profundas talladas en la madera. Entre mí y los miles de pares de ojos no se interponía nada aparte del delgado poste sobre el que descansaba la mandíbula, mientras mi pecho y vientre se comprimían en espasmos incontenibles.

Habían hecho girar la plataforma a gran velocidad y entonces pude ver la gran figura del maestro de azotamientos, con el pelo enmarañado, remangado por encima de los codos y con la gigante pala en su desmesurada mano derecha mientras con la izquierda recogía una gran masa pringosa de crema color miel que sacó de un cubo de madera.

– ¡Ah, dejadme que lo adivine! – gritó –. ¡Se trata de un jovencito recién llegado del castillo que nunca ha sido apaleado aquí! Suave y sonrosado como un lechoncillo, a decir por su pelo rubio y esbeltas piernas. Y bien, ¿vais a ofrecer a estas buenas gentes un buen espectáculo, jovencito?

De nuevo hizo dar media vuelta a la plataforma y, con una palmotada, pegó la crema a mis nalgas. Aplicó el emplasto a conciencia mientras la muchedumbre le recordaba a gritos que iba a necesitar una buena cantidad. Los tambores resonaron con su espeluznante y profundo redoble. Ante mí podía ver a cientos de ansiosos lugareños vociferantes que se extendían por toda la plaza. También vi a los desgraciados que daban vueltas al mayo, a los esclavos colocados en la picota, que forcejeaban cada vez que les pellizcaban e importunaban, a los que estaban colgados boca abajo de un carrusel de hierro que giraba lentamente, del mismo modo en que me estaban moviendo a mí entonces, en aquel círculo implacable. Mis nalgas se calentaron, después parecieron hervir a fuego lento y luego sentí que se cocían bajo el espeso masaje de la crema. Casi percibía el modo en que relucían. Así que continué arrodillado libremente, ¡sin grilletes! De pronto mis ojos se quedaron tan deslumbrados por las antorchas que me vi obligado a parpadear.

– Ya me habéis oído, jovencito – resonó otra vez la retumbante voz del maestro de azotamientos. Volvía a tenerlo frente a mí, y él se secaba la mano en

su pringoso delantal. Entonces se estiró para cogerme la barbilla y me pellizcó las mejillas mientras agitaba mi cabeza hacia delante y atrás—.

—Ahora, ofreceréis un buen espectáculo a esta gente —dijo a voz en grito—. ¿Me oís, jovencito? ¿Y sabéis por qué vais a ofrecer un buen espectáculo? ¡Porque voy a zurrar este bonito trasero hasta que lo hagáis! —la multitud chilló con risas burlonas—. ¡Moveréis esas preciosas nalgas, joven esclavo, como no lo habíais hecho nunca! ¡Ésta es la plataforma pública!

Con un brusco golpe de pedal dio otra vuelta a la plataforma giratoria mientras la larga pala rectangular me azotaba ambas nalgas con un contundente estallido, obligándome a luchar frenéticamente por recuperar el equilibrio.

La multitud profirió un jovial rugido cuando volvieron a hacer girar la plataforma y me alcanzó un segundo golpe; y después otro giro y otro, y luego otro más. Apreté los dientes para amortiguar los gritos mientras el ardiente dolor se propagaba desde mis nalgas a través de mi verga. Oía las mofas: «Dale duro», «Zúrrale en serio», «Dale en ese trasero» y «Sacúdele la polla». Me percaté de que yo obedecía estas órdenes, no deliberadamente, sino movido por la desesperación. Cada vez que uno de los ensordecedores azotes me zarandeaba brutalmente, yo culebreaba e intentaba no salirme de mi sitio en la plataforma giratoria. Intentaba cerrar los ojos pero se abrían completamente con cada golpe, igual que mi boca, de la que brotaban gritos incontrolables. La pala me enviaba de un lado a otro, casi me derribaba para luego volver a enderezarme, pero aun así, con cada palazo notaba cómo se sacudía mi ávida verga hacia delante, palpitando de deseo, mientras el dolor centelleaba en mi cabeza como una explosión de fuego.

La miríada de matices y formas de la plaza se enmarañaba borrosamente. Mi cuerpo, atrapado en una serie vertiginosa de fuertes azotes, parecía volar, como si se desprendiese de sí mismo. Había dejado de intentar recuperar el equilibrio pero aun así la pala no me permitía escurrirme o caer; nunca había existido ese peligro. Estaba atrapado en la velocidad de las vueltas, cedía al calor y la fuerza de la pala para amortiguar su efecto, quejándome a voz en grito, mientras la multitud aplaudía, chillaba y vitoreaba.

Todas las imágenes del día se fundieron en mi cerebro: el extraño relato de Jerard, la ama al hacer penetrar el falo entre mis nalgas separadas; y aun así no podía pensar con claridad en nada, sólo sentía los palazos y oía a la muchedumbre carcajeante cuyos rugidos llegaban a mis oídos fluyendo como una marea hasta la plataforma giratoria.

—¡Que no paren esas caderas! —gritó el maestro de azotamientos. Y yo, sin pensarlo ni desearlo, obedecí, vencido por la fuerza de la orden y por el deseo del gentío. Castañeteando descontroladamente, oía los roncós y estridentes vítores, mientras la pala golpeaba primero el lado izquierdo y luego el derecho de mis nalgas, para caer a continuación ruidosamente sobre mis muslos y volver de nuevo al trasero.

Me encontraba perdido, como nunca antes lo había estado. Los gritos y las aclamaciones me purgaban tanto como las luces y el dolor. Ya no era más que

mis ronchas ardientes, mi carne hinchada y la dura vara de mi pene que se sacudía en vano mientras la multitud aullaba, la pala me alcanzaba ruidosamente una y otra vez y mis propios gritos casi ahogaban el sonido de sus golpes.

En el castillo no había sufrido nada que expiara mi alma de este modo. Nada me había cauterizado y vaciado de tal manera.

Me había sumergido en las profundidades del pueblo, y allí estaba, abandonado. De repente era un lujo, un lujo horrible, que tantas personas fueran testigos de este delirio de degradación. Si tenía que perder el orgullo, la voluntad, el alma, pues que se deleitaran en ello. Y también sentí que era natural que los cientos de personas que se arremolinaban en la plaza ni siquiera se percataran de todo ello.

Sí, en esto me había convertido, en esta masa desnuda e hinchada de genitales y músculos escocidos, en el corcel que tiraba del carruaje, el objeto sudoroso y lloroso, sometido al ridículo público.

Podrían complacerse en ello o ignorarlo, como prefirieran.

El maestro de azotamientos retrocedió unos pasos e hizo girar la plataforma una vez más. Mis nalgas hervían. Mi boca abierta se estremecía, sofocada por los gritos descontrolados que se atragantaban más ruidosamente que nunca.

—¡Poned esas manos entre las piernas y tapaos los testículos! —rugió mi torturador. Sin pensar, en un último gesto de envilecimiento, me encorvé obedientemente, con la barbilla todavía bien apoyada, y protegí mis testículos mientras el gentío pataleaba y se reía cada vez con más fuerza.

De repente vi que un aluvión de objetos volaban por los aires. Me estaban tirando manzanas a medio comer, mendrugos de pan, huevos frescos que se aplastaban quedamente al explotar las cáscaras contra mis nalgas, espalda y hombros. Sentí profundas punzadas en mis mejillas y en las plantas de mis pies desnudos, mientras con los ojos abiertos de par en par asistía en medio del griterío a mi propio espectáculo. Hasta mi pene fue alcanzado, lo que provocó penetrantes chillidos de satisfacción y más risotadas.

Seguidamente una lluvia de monedas comenzó a alcanzar las maderas del estrado. El maestro de azotamientos gritó:

—Más, sabéis que ha merecido la pena. ¡Más! ¡Pagad la zurra del esclavo y su dueño se dará más prisa en volver a traerlo! —Vi a un joven que me rodeaba formando un ansioso círculo para recoger el dinero. Lo colocó en un pequeño saco y lo ató con un cordel. Luego, levantándose la cabeza por el pelo, me introdujeron el saco y lo apretaron contra mis dientes. Yo jadeaba y gruñía de asombro. Sonaron aplausos por doquier y exclamaciones de «¡Buen chico!», así como preguntas guasonas sobre si me había gustado la paliza y si me gustaría recibir otra la noche siguiente.

Me alzaron bruscamente de la plataforma y me hicieron bajar a toda prisa por los escalones de madera.

Sin más ceremonias, me alejaron de la plataforma giratoria con sus brillantes antorchas. Con un empujón, caí de cuatro patas. A continuación, me condujeron a través de la multitud hasta que vi las botas de mi amo y, al alzar

la vista, descubrí su lánguida figura apoyada contra el mostrador de madera de un pequeño puesto de vino. Me observaba sin el menor atisbo de sonrisa, y no dijo nada. Tomó el pequeño saco de mi boca, lo sopesó en su mano derecha, se lo guardó y continuó observándome desde la altura.

Yo incliné la cabeza hasta apoyarla en el polvo del suelo y sentí que mis manos salían de debajo de mí. No podía moverme, aunque por suerte no recibí ninguna orden para hacerlo. El estruendo de la plaza se fundió en un único sonido que casi parecía silencio.

Enseguida noté las delicadas manos de mi amo, las manos de un caballero, que me levantaban. Vi ante mí un pequeño puesto para el aseo personal. Allí un hombre esperaba con un cepillo y un cubo de fregar. Fui conducido con absoluta firmeza y entregado a él. El hombre dejó la copa de vino que estaba bebiendo y cogió con gratitud una moneda de mi amo. Luego se estiró y, sin mediar palabra, me obligó a ponerme en cuclillas sobre el cubo humeante.

En cualquier otro momento, en los meses pasados, ser lavado en público, junto a la multitud indiferente, hubiera sido horrendo para mí. En estos instantes sólo era voluptuoso. Yo apenas era consciente del agua caliente que vertía sobre mis latentes erupciones, de cómo eliminaba la pegajosa yema de huevo y el polvo adherido a ella, ni tampoco de cómo empapaba mi verga y mis testículos, a los que aplicó un unguento con tanta rapidez que apenas alivió su penosa ansia.

El hombre también me lubricó el ano a fondo aunque apenas noté los dedos que entraban y salían; me parecía que aún sentía la forma del falo que me estiraba. Me frotó el pelo para secarlo y a continuación me peinó. También cepilló mi vello púbico e incluso peinó el vello entre mis hirvientes y temblorosas nalgas. Todo lo cual fue ejecutado con tal destreza y rapidez que en cuestión de instantes me encontré otra vez de rodillas ante mi amo, que me ordenó que le precediera hasta la carretera que transcurría entre las murallas.

## EL DORMITORIO DE NICOLÁS

*Tristán:*

Cuando llegamos a la calzada, mi amo me dijo que me incorporara y entonces me mandó «caminar». Sin vacilar, le besé ambas botas, a continuación me levanté mirando de frente a la carretera y obedecí. Coloqué las manos detrás del cuello, como cuando me ordenaban marchar. Pero, súbitamente, me estrechó en sus brazos, me dio media vuelta, puso sus manos en mis costados y me besó.

Por un momento me quedé tan perplejo que no supe reaccionar pero luego le devolví el beso, casi febrilmente. Abrí la boca para recibir su lengua y tuve que retirar las caderas para que mi pene no le rozara.

Me pareció que mi cuerpo perdía hasta el último resquicio de fuerza. El escaso vigor que me quedaba lo acaparaba mi órgano. Mi amo se apartó un

poco y chupó mi boca. Oí mis fuertes suspiros que reverberaban en las paredes. Levanté los brazos tentativamente y cuando lo abracé no hizo nada para evitarlo. Sentí el delicado terciopelo de su túnica y la suave seda de su cabello. Aquello casi era el éxtasis.

Mi miembro se agitó espasmódicamente, se alargó y todo el escozor de mi cuerpo palpitó con renovado ardor. Pero él me soltó, me dio media vuelta y me colocó otra vez las manos en el cuello.

—Podéis caminar despacio —me dijo, y rozó mi mejilla con sus labios. La mezcolanza de consternación y anhelo que bullía en mi interior era tan enorme que casi rompí a llorar una vez más. Por la avenida sólo circulaban unos pocos carruajes descubiertos, que al parecer daban paseos de placer; al llegar a la plaza dibujaban un amplio círculo y nos pasaban rápidamente en su trayecto de vuelta. Vi a los esclavos con brillantes arneses y pesadas campanillas de plata que tintineaban colgando de sus penes, y a una rica dama del pueblo con una capucha y esclavina de terciopelo rojo intenso que chasqueaba una larga correa plateada contra estos corceles. Se me ocurrió que mi amo debería hacerse con un carruaje como aquél y luego sonreí para mis adentros al darme cuenta de las ideas que me venían a la mente.

Aún seguía estremecido por el beso y continuaba absolutamente rendido por la sesión que había padecido sobre la plataforma pública. Cuando mi amo se ajustó a mi paso junto a mí, pensé que estaba soñando. Sentí el terciopelo de su manga rozándome la espalda y su mano tocándome el hombro. Estaba tan debilitado que tuve que obligarme a mí mismo a seguir adelante.

Su mano enroscada en torno a mi nuca provocó un hormigueo en todo mi cuerpo. El nudo que constreñía mi miembro se comprimió con un dolor persistente, pero estas sensaciones me deleitaron. Medio cerré los ojos, veía los farolillos y antorchas ante mí como si fueran pequeñas explosiones de luz. Nos habíamos alejado ya del alboroto de la plaza de castigos públicos y mi amo caminaba tan próximo a mí que sentía su túnica contra mi cadera y el cabello rozándome el hombro. Nuestras sombras brincaron por un instante ante nosotros al pasar junto a una puerta iluminada por una antorcha. Comprobé que casi teníamos la misma altura: un hombre desnudo y el otro elegantemente vestido y con una correa en la mano. Luego la oscuridad.

Habíamos llegado a su casa. Hizo girar la gran llave de hierro en la cerradura de la pesada puerta de roble y dijo en voz baja:

—De rodillas. Yo obedecí y entré en ese otro mundo del vestíbulo pulimentado y débilmente iluminado. Me moví a su lado hasta que se detuvo ante una puerta y luego entramos en una extraña y nueva alcoba.

Las velas estaban encendidas. Había un pequeño fuego en el hogar, quizá para secar la humedad de las paredes de piedra y, contra la pared, una cama descomunal de roble tallado, con un techo artesonado y tres lados incrustados de satén verde. En este cuarto también había libros, viejos pergaminos así como volúmenes encuadernados con cuero, un escritorio con plumas y, de nuevo,

más cuadros. Pero se trataba de una habitación mayor que la que había visto anteriormente, más sombría pero más confortable.

No me atrevía a abrigar esperanzas ni temores sobre lo que podría suceder aquí. Mi amo se estaba desnudando y, mientras yo observaba maravillado, se desprendió de todo lo que llevaba.

A continuación se volvió hacia mí y comprobé que su sexo estaba tan vivo y duro como el mío.

Era un poco más grueso pero no más largo, y tenía el vello púbico del mismo blanco puro que el pelo de la cabeza, que casi parecía etéreo a la luz de las lámparas de aceite.

Retiró la colcha verde que cubría la cama y me indicó que me metiera en ella.

Yo estaba tan aturdido que por un momento ni me moví, mirando atónito la espléndida tejeduría de las sábanas de lino. Antes de llegar al pueblo, había pasado tres noches y dos días en la burda empalizada del castillo. Una vez allí, había esperado dormir en algún rincón miserable, sobre maderas desnudas. Pero esto era lo menos importante. Aquí, la luz jugueteaba en el pecho de tensa musculatura, los brazos y el pene de mi amo, que parecía crecer mientras yo los contemplaba. Alcé la mirada directamente a sus ojos azul oscuro y me dirigí de rodillas a la cama para subirme a ella.

Mi señor se arrodilló a su vez sobre la colcha de cara a mí. Mi espalda daba a los almohadones y él me rodeó suavemente con sus brazos para volver a besarme. Los fuertes y audaces lametazos de su boca provocaron una enorme reacción en mí; no pude evitar derramar lágrimas que surcaron mis mejillas, ni un sollozo que me atragantó al intentar reprimirlo.

Me instó con delicadeza a retroceder y, con su mano izquierda, me levantó los testículos y el miembro erecto. Inmediatamente, yo me dejé caer para besarlos. Los recorrí con mi lengua como me habían enseñado a hacerlo con los corceles humanos del establo, abarcándolos con la boca y tironeándolos tiernamente con los dientes.

Luego tomé la verga entre mis labios y la estiré con fuerza, un poco sorprendido por su grosor.

No era más grande que el falo mayor que me habían introducido horas antes, pero el grosor debía de ser parecido. Entonces se me ocurrió la turbadora idea de que mi señor me había preparado para él; y sólo con pensar en él penetrándome de aquella forma me excité de un modo incontrolable. Relamí y chupé su miembro, lo saboreé pensando que se trataba de mi dueño y no de un esclavo; éste era el hombre que silenciosamente me había dado órdenes durante todo el día, me había subyugado y derrotado. Noté cómo poco a poco se separaban mis piernas, mi vientre se hundía hacia abajo y mis posaderas se levantaban con movimientos espontáneos mientras yo seguía lamiendo y gruñendo suavemente.

Casi estaba llorando cuando él me levantó el rostro y señaló un pequeño tarro que había sobre un estante en la pared artesonada. Me acerqué y lo abrí de

inmediato. La crema que había en su interior era espesa y absolutamente blanca. Luego señaló su pene e inmediatamente yo tomé un poco de crema entre mis dedos. Pero antes de aplicarla, besé la punta de su miembro y saboreé un vestigio de humedad. Mojó ligeramente la lengua en el pequeño agujero para recoger todo lo que quedaba del claro fluido.

Luego apliqué a conciencia la crema, frotando incluso los testículos, alisando el espeso y rizado vello blanco hasta que quedó reluciente. El falo estaba entonces de color rojo oscuro y pulsaba cimbreado.

Mi señor tendió sus manos hacia mí. Yo, vacilante, le unté los dedos con más crema. Él me indicó con un gesto que quería más y yo se la apliqué.

–Daos la vuelta –dijo, y así lo hice, con el corazón embalado. Noté la crema en mi ano. La aplicó profundamente y en buena cantidad, y luego sus manos me rodearon. Con la izquierda recogió mis testículos hacia arriba, unió la carne colgante a mi pene de tal manera que los testículos fueron impelidos hacia delante. Solté un breve y desesperado grito implorante cuando sentí que me penetraba lentamente.

No encontró resistencia. Fui alanceado otra vez, con igual ahínco que con el falo y, con fuertes y sonoras embestidas, sentí que se clavaba cada vez más. La mano que rodeaba mi verga enderezó el miembro hacia delante y sentí que con la mano derecha envolvía la punta y la crema se escurría en torno a la carne torturada. Luego apretó la mano e impulsó la verga arriba y abajo siguiendo el ritmo de las embestidas que me penetraban por detrás.

Mis sonoros gruñidos reverberaban por toda la habitación. Toda mi pasión contenida brotó a chorros.

Mis caderas se balanceaban violentamente adelante y atrás, y el miembro de mi amo me partía en dos mientras mi propio órgano disparaba sus fluidos con impetuosos regueros. Por un instante no vi nada. Aguanté los espasmos sumido en la oscuridad. Estaba enganchado desvalidamente de la verga que me sesgaba. Gradualmente, al final mismo de la oleada, sentí que mi miembro volvía a levantarse. Las manos lubricadas de mi amo lo animaban con mimos a erguirse de nuevo. Había estado atormentado durante demasiado tiempo como para quedar satisfecho tan fácilmente. No obstante, la recuperación era atroz. Casi gemí para ser liberado, pero mis quejas se parecían demasiado a suspiros de placer. Su mano me manipulaba con habilidad, su polla me colmaba sin cesar, y yo oía mis quejidos, los mismos gritos cortos, con la boca abierta, que había soltado bajo la pala del maestro de azotamientos en la plataforma giratoria. Sentí que mi miembro padecía los mismos espasmos que allí, y vi todas aquellas caras a mi alrededor. Pero sabía que estaba a solas en el dormitorio de mi señor y que yo era su esclavo; él no iba a dejarme marchar hasta que volviera a arrancar de mí otra tremenda explosión.

Sin embargo, mi pene no recordaba nada. Se deslizaba adelante y atrás entre sus experimentados dedos. Las embestidas que recibía por detrás eran cada vez más prolongadas, rápidas y bruscas.

Sentí que alcanzaba el clímax mientras sus caderas chocaban contra mi trasero escaldado y cuando él soltó un grave gemido de estremecimiento y descargó en mi interior con sacudidas incontrollables, sentí que mi pene estallaba de nuevo en la vaina apretada que formaba su mano, esta vez de un modo más lento, más profundo e incluso más devastador. Me desplomé hacia atrás contra él, con la cabeza caída sobre su hombro mientras las convulsiones de su verga seguían maltratando mi interior. No nos movimos durante un largo rato.

Luego, él me levantó y me empujó hacia los cojines. Yo me tendí y él se echó a mi lado. Él tenía la cara vuelta hacia el otro lado y yo observé amodorrado su hombro desnudo y el cabello blanco. Debería haberme quedado dormido irresistiblemente. Pero no lo hice.

Seguía pensando en que estaba a solas con él en este dormitorio y él aún no me había ordenado marcharme. Los acontecimientos de la jornada no se retiraban. Todo lo que me había sucedido continuaba omnipresente en mi mente. Mi lengua se trababa en mi boca como si quisiera empezar a hablar, y mis ojos permanecían abiertos.

Quizá pasó un cuarto de hora. Las velas creaban una agradable y débil luz dorada. Me incliné hacia delante y besé el hombro del amo. Él no me lo impidió. Le besé por detrás de la cintura y luego el trasero. Liso, sin erupciones ni marcas rojas, virginal, el trasero de un señor del pueblo, un lord o un soberano del castillo.

Sentí cómo se agitaba debajo de mí pero no dijo nada. Besé la hendidura entre sus nalgas y lancé la lengua hasta el círculo rosado del ano.

Noté cómo empezaba a moverse ligeramente. Separó las piernas muy despacio y yo abrí las nalgas un poco más. Lamí la pequeña boca rosa, saboreando el extraño amargor, y la mordisqueé.

Mi propia verga se hinchó bajo las sábanas.

Descendí lentamente por la cama y avancé con suavidad por encima de sus piernas, acurrucándome sobre él. Apreté el miembro contra sus piernas mientras lamía la pequeña boca rosa y clavaba mi lengua en ella.

Entonces le oí decir en voz baja:

—Podéis poseerme si lo deseáis. Experimenté el mismo asombro paralizador que cuando me dijo que me metiera en la cama. Sobé y besé sus sedosas nalgas y luego me incorporé apresuradamente para cubrir toda su longitud con mi cuerpo, apretando mi boca contra su nuca y deslizando mis manos por debajo de él. Encontré su falo ya erecto y lo sostuve en la mano izquierda mientras hacía entrar mi miembro en él.

Su ano era angosto, escabroso e indeciblemente delicioso.

Dio un pequeño respingo pero yo aún estaba bien lubricado y mi verga se deslizaba con facilidad adelante y atrás. Atenacé con ambas manos su órgano y tiré hacia arriba de él para que se arrodillara un poco con la cara aún apretada contra las almohadas. Entonces galopé con fuerza sobre él, golpeando con mi vientre sus suaves y limpias nalgas mientras le oía gemir, estirando su polla,



cada vez más erecta, hasta que le oí gritar a pleno pulmón y entonces descargué en su interior, al tiempo que su semen se derramaba sobre mis dedos.

Esta vez, cuando me tumbé supe que iba a dormir. Mis nalgas hervían bajo mi cuerpo y las ronchas me escocían detrás de las rodillas, pero estaba satisfecho, Alcé la vista al cielo de satén verde de la cama y perdí lentamente todo conocimiento. Noté que él nos cubría a los dos con la colcha y apagaba las velas, Entonces supe que su brazo estaba sobre mi pecho, y después ya no fui consciente de nada más, excepto de que me sumergía profundamente mientras el escozor de mis músculos y toda mi carne se convertían en una sensación exquisita.

## TRISTÁN DESCUBRE UN POCO MAS SU ALMA

*Tristán:*

Debía de ser media mañana cuando me despertó uno de los sirvientes, que rápidamente me sacó de la cama. El muchacho, demasiado joven para ser amo de un esclavo, parecía gozar con la tarea de ponerme el desayuno en una cacerola en el suelo de la cocina.

Luego me hizo salir apresuradamente a la calzada que daba a la parte posterior de la casa, donde se hallaban dos espléndidos corceles humanos colocados uno junto al otro, con las riendas enganchadas a un único arnés de unos dos metros de longitud aproximadamente. La guarnición se prolongaba tras ellos hasta llegar a otro muchacho que la sostenía y que ayudó rápidamente al primero a situarme en el tiro. Mi verga ya se había puesto firme pero, sin explicación aparente, me sentí paralizado, lo que obligó a los muchachos a manejarme con rudeza.

No había ningún carruaje en las proximidades de la casa, a excepción de los que pasaban con estruendo a todo galope y con el chasquido de los látigos. Las herraduras de las botas de los esclavos producían un sonido plateado, claro, mucho más ligero y rápido que el de los caballos de verdad, pensé, mientras mi pulso se aceleraba vertiginosamente.

Me habían colocado en solitario detrás del primer par del tiro. Con maestría y rapidez, ligaron las correas alrededor de mis testículos y mi pene, levantándolos hasta el miembro erecto para que quedaran guarecidos bajo él. No pude evitar retorcerme cada vez que las firmes manos apretaban las ligaduras. Me ataron las manos a la espalda y me colocaron un grueso cinturón alrededor de las caderas, con el pene erecto sujeto contra él.

Luego, introdujeron con ímpetu un falo en mi trasero, que a su vez quedó atado al cinturón con unas sogas que ascendían por detrás y pasaban entre las piernas por delante. Parecía estar mucho mejor ajustado que el día anterior pero no llevaba la cola de caballo; ni tampoco me pusieron botas, lo cual, cuando me di cuenta, me asustó más de lo concebible.

Notaba mis nalgas apretadas por las ligaduras de cuero que sostenían el falo, con lo que me sentí más expuesto y desnudo en esa parte. Al fin y al cabo, la cola de caballo había representado una forma de protección.

Pero experimenté verdadero pánico cuando me colocaron el arnés, que me metieron por la cabeza y los hombros. Los jaeces eran delgados, casi delicados, y estaban cuidadosamente bruñidos.

Uno de ellos me rodeaba la parte superior de la cabeza y bajaba por los lados, ramificándose para no cubrir las orejas y enganchándose en el cuello mediante un collar ancho y suelto. Otro jaez delgado bajaba sobre mi nariz y biseccionaba un tercero que me rodeaba la cabeza a la altura de la boca, donde mantenía sujeto un falo corto de inmenso grosor que habían metido a la fuerza entre mis labios sin darme tiempo a protestar. Este falo llenaba la boca, aunque no penetraba excesivamente, y yo mordía y chupaba su base casi sin poder controlarme. Aun así respiraba bastante bien, a pesar de que mi boca estaba estirada de un modo tan doloroso como mi ano. La sensación de estar dilatado y penetrado por ambos extremos me provocaba una desesperada turbación que me obligaba a gemir miserablemente. Cuando todo aquello quedó bien apretado y ajustado, me abrocharon el collar por la nuca y amarraron las riendas de los corceles anteriores a esa hebilla posterior del collar, pasándolas por encima de mis hombros. El resto de riendas que llegaban desde las caderas bien guarnecidas de los corceles delanteros iba enganchado a la hebilla del cinturón que me rodeaba el vientre.

Se trataba de un arnés sumamente ingenioso. La marcha de los corceles delanteros tirarían de mí hacia delante, impediría que me cayera e incluso que perdiera el equilibrio. Eran dos para aguantar mi peso y, por lo que veía, a decir de los gruesos músculos de las pantorrillas y los muslos, se trataba de corceles consumados.

Mientras esperaban, sacudían la cabeza como si les gustara el contacto con el cuero, en cambio a mí ya empezaban a saltarme las lágrimas. ¿Por qué no me enjaezaban también a mí al carro como a ellos? ¿Qué iban a hacerme? De pronto, ellos me parecieron resplandecientes y privilegiados, con sus brillantes colas de caballo y las cabezas erguidas. Yo, en cambio, me sentía amarrado como un prisionero de la peor calaña. Mis pies desnudos patearían pesadamente el suelo por detrás de la resonancia metálica de sus pies calzados con botas herradas. Me retorcí y di tirones, pero las correas estaban bien apretadas y los mozos, atareados en untar con aceite mis nalgas, ni me hicieron caso.

De repente la voz de mi amo me sobresaltó.

Lo vi aparecer por el rabillo del ojo, con una larga correa de cuero colgando de su cintura. Preguntó con voz suave a los muchachos si yo ya estaba listo, los mozos contestaron afirmativamente y uno me propinó un buen cachete con la palma abierta, mientras el otro apretaba aún más firmemente el falo en mi boca abierta. Solté un sollozo áspero y desesperado.

Mi señor se puso frente a mí. Llevaba un hermoso jubón de terciopelo color ciruela con unas caprichosas mangas abombadas. Cada centímetro de él estaba

tan exquisitamente ataviado como los príncipes del castillo. El recuerdo de la efusión de las relaciones de la noche anterior se apoderó de mí y me obligó a ahogar en silencio los gritos que pugnaban por salir de mi garganta. En su lugar surgieron de mí unos desesperados sonidos nada naturales.

Intenté contenerme pero a estas alturas estaba ya tan seriamente reprimido que parecía haber perdido toda capacidad de dominio. Traté de oponerme a las ligaduras y comprendí lo absolutamente indefenso que estaba. Aunque quisiera, no podría ni echarme al suelo ya que los fuertes corceles humanos me sostenían sin ningún esfuerzo.

Mi amo se acercó y me volvió la cabeza con brusquedad para besarme los párpados. La ternura de sus labios, la limpia fragancia de su piel y cabello, me recordaron toda la intimidad de la alcoba. Pero él era el amo. Siempre lo había sido, incluso cuando yo lo poseía y lo hacía gemir bajo mis embates. Mi pene se retorció y una nueva des carga de gemidos y sollozos se desató en mí. Distinguí en la mano de mi señor una larga y tiesa fusta que entonces puso a prueba sobre uno de los corceles. Más de medio metro de la misma era un mango rígido que se ahusaba formando una tira de igual longitud de cuero plano que sobresalía recta cuando no la chasqueaba contra las nalgas de los corceles.

Ordenó con voz clara:

– La habitual vuelta matinal por el pueblo.

Los caballos humanos arrancaron inmediatamente y yo les seguí la marcha a trompicones.

Mi amo caminaba a mi lado. Era exactamente como la noche anterior, cuando los dos habíamos recorrido esta misma calzada, sólo que ahora yo estaba preso por las monstruosas correas y los dos falos tan firmemente ajustados. Aterrorizado por la posibilidad de que tuviera que reprenderme, intenté marchar correctamente como me había enseñado.

El ritmo no era excesivamente rápido, pero el látigo plano jugueteaba con las erupciones de mi piel. Me golpeaba y acariciaba la parte inferior de las posaderas. Aunque mi dueño avanzaba en silencio, el par de jacas que me precedían doblaron una esquina como si conocieran el camino y en tramos en una amplia calleja que llevaba al centro del pueblo. Era la primera vez que podía ver la villa en un día normal, y me quedé asombrado.

Mandiles blancos, zuecos de madera, pantalones de cuero sin curtir, mangas remangadas y voces ruidosas y alegres. Había esclavos atareados por doquier. Vi a princesas desnudas fregando umbrales de puertas y los balcones de arriba, limpiando escaparates. Avisté príncipes con cestos en la espalda, que daban saltitos por delante de los látigos de sus señoras, tan deprisa como eran capaces y, a través de una puerta abierta, distinguí un grupo de traseros desnudos, enrojecidos, en torno a un enorme barreño para lavar la ropa.

Tras doblar un recodo, apareció una tienda de arneses con una princesa maniatada igual que yo, colgando de un letrero colocado encima de la puerta. Más adelante, pasamos junto a una taberna en la que vi una fila de esclavos situados sobre una rampa donde esperaban a ser castigados uno a uno sobre un

pequeño estrado, para distracción de docenas de parroquianos indiferentes. Al lado había una tienda de falos que exhibía en su portal tres príncipes agachados en cuclillas de cara a la pared con los traseros equipados con muestras de la mercancía.

Yo podría estar como ellos, pensé, en cuclillas bajo el tórrido y polvoriento sol mientras la gente paseaba. ¿Era aquello peor que trotar con la respiración entrecortada, la cabeza y las caderas estiradas inexorablemente hacia delante, la carne escocida reanimada constantemente por los sonoros y profundos azotes que venían desde detrás? Aunque no alcanzaba a ver bien a mi señor, con cada flagelación, lo recordaba como la noche anterior, y me quedaba atónito ante la facilidad con que me atormentaba. No es que hubiera soñado que fuera a detenerse por los abrazos del día anterior, pero que los intensificara de este modo... De repente, comprendí la profundidad pavorosa del concepto de sumisión que esperaba de mí.

Los corceles se abrían paso con orgullo entre la numerosa multitud, provocando que más de una cabeza se volviera entre los lugareños que se arremolinaban por doquier con cestas para comprar o junto a esclavos amarrados. Una y otra vez, los observadores desplazaban la vista de los corceles tan espléndidamente adiestrados al esclavo que se movía tras ellos. Yo esperaba miradas de desdén y me desilusionó encontrar simplemente un divertimento silencioso en sus rostros. Estas gentes estaban acostumbradas a encontrar allí donde miraban, para su deleite, algún delicioso pedazo de carne desnuda, castigado, enjaezado o colocado en alguna grotesca postura.

A medida que doblábamos una esquina tras otra, apresurándonos a través de estrechas callejuelas, me sentí mucho más perdido que en la plataforma giratoria.

Cada día me depararía sorpresas devastadoras, tendría un atroz derrotero. A pesar de que estos pensamientos me hacían lloriquear con más desesperación, hinchaban mi pene entre las ligaduras y me forzaban a marchar con más brío intentando esquivar la chasqueante fusta, todo ello dotaba a mi entorno de un extraño lustre. Sentí el impulso irreprimible de arrojarme a los pies de mi amo, decirle silenciosamente que entendía mi suerte, que lo comprendía con más claridad con cada una de las penosas pruebas, y que se lo agradecía desde lo más profundo de mi ser por estimar conveniente vencer mi resistencia de manera tan absoluta. ¿No había hablado él de aquello el día anterior, de que el nuevo esclavo cediera? ¿No había dicho que el falo era bueno para ello? El falo me hendía ampliamente otra vez, y el que me estiraba la boca hacía que mis gritos sonaran roncós e ingobernables.

Quizás él comprendiera mis sentimientos a través de los gritos. Si al menos se dignara a consolarme tan sólo con el roce de sus labios... Me di cuenta casi con un sobresalto de que ninguno de los rigores del castillo me había vuelto tan manso y servil.

Habíamos llegado a una gran plaza. Por todas partes se veían signos distintivos de posadas, calles de doble calzada y altas ventanas. Los mesones de

esta parte del pueblo eran suntuosos y elegantes, con las ventanas tan ornamentadas como las de una casa solariega. Mientras rodeábamos ampliamente el pozo situado en medio de la plaza, abriéndonos paso entre la multitud que se apartaba afablemente, descubrí con gran sorpresa al capitán de la guardia de la reina ganduleando tranquilamente ante la entrada de una de las posadas.

Se trataba, sin lugar a dudas, del capitán.

Recordaba su cabello rubio, la barba de dos días y aquellos melancólicos ojos verdes. No era fácil de olvidar. Fue él quien me trajo de mi tierra natal, me capturó cuando intentaba escaparme del campamento y me llevó de regreso al castillo, atado de manos y tobillos a un palo transportado entre dos de sus jinetes. Aún podía recordar aquel grueso falo que me empalaba y la sonrisa silenciosa con la que él ordenaba noche tras noche que me azotaran por el campamento, hasta que llegábamos al castillo. Tampoco había olvidado aquel extraño e inexplicable momento en el que nos separamos y nos miramos el uno al otro.

—Adiós, Tristán —había dicho con voz sumamente cordial. Yo le había besado la bota espontáneamente, en silencio y con la mirada aún fija en la suya.

Mi pene también lo reconoció. A medida que me llevaban cada vez más cerca de él, sentí un repentino terror de que me viera.

Me pareció una deshonra que sería incapaz de soportar. Por un instante, todas las extrañas normas del reino parecían justas e inmutables, y yo mientras tanto seguía atado, penitente, condenado al pueblo. El capitán se enteraría de que me habían expulsado del castillo para sufrir un trato más severo incluso que el que él me había concedido.

Pero él estaba mirando algo a través de la puerta abierta del Signo del León. Eché una ojeada al pequeño espectáculo. Una encantadora mujer con una vistosa falda roja y una blusa blanca con volantes azotaba diligentemente a su esclava, colocada sobre un mostrador de madera y el precioso rostro que se asomaba surcado de lágrimas no era otro que el de Bella. Forcejeaba y se retorció bajo la pala pero descubrí que no estaba atada, exactamente como yo la noche anterior en la plataforma pública.

Pasamos de largo, pero el capitán alzó la vista y, como si se tratara de una pesadilla, oí que mi amo hacía detener los corceles. Yo me quedé quieto, con el pene constreñido contra el cuero. Aquello era ineludible. Mi amo y el capitán se estaban saludando e intercambiaban comentarios jocosos.

El capitán admiró los corceles. Tiró con rudeza de la cola de caballo del que estaba a la derecha, levantó y acarició el lustroso pelo negro y luego pellizcó el muslo enrojecido del esclavo que sacudió la cabeza y transmitió un tiritón por los arneses.

El capitán se rió.

—¡Ah, ya veo que tiene buen humor! —dijo y se volvió al corcel con ambas manos, provocado al parecer por aquel gesto. Levantó la barbilla del esclavo y luego empujó el falo hacia arriba con varias sacudidas violentas hasta que el

caballo pataleó moviendo las piernas fogosamente. Luego recibió una suave palmada en el trasero y el corcel se apaciguó.

–Sabéis, Nicolás –dijo con aquella voz familiar y grave, capaz de provocar miedo con una sola sílaba–, le he dicho en varias ocasiones a su majestad que debería prescindir de sus caballos en los trayectos cortos y confiar en los corceles esclavos. Podríamos equipar un gran establo para ella con bastante rapidez y creo que disfrutaría enormemente. Pero lo considera un pasatiempo del pueblo y no lo toma verdaderamente en cuenta.

–Tiene un gusto muy particular, capitán –dijo mi amo–. Pero decidme, ¿habéis visto antes a este esclavo?

Para horror mío tiró de mi cabeza hacia atrás con las correas del arnés.

Sentí los ojos del capitán sobre mí pese a que yo no miraba. Podía imaginar mi boca cruelmente estirada, con las correas del arnés segándome la piel.

El capitán se acercó un poco más. Se quedó a poco más de un palmo de mí y entonces oí su grave voz que sonó aún más profunda.

–¡Tristán! –Su gran mano se cerró en torno a mi pene. Lo apretó con fuerza, cerró la punta de un pellizco y luego lo soltó, dejando un nudo de sensaciones en mí. Me acarició los testículos y pellizcó con la punta de los dedos la protección de piel que las ligaduras estiraban tan extremadamente.

Yo estaba como la grana, era incapaz de encontrar su mirada y mis dientes parecían querer acabar con el enorme falo, como si pudiera devorarlo. Sentía moverse mis mandíbulas y la lengua que lamía el cuero como si me viera forzado a hacerlo. El capitán pasó la mano por mi pecho y hombros.

Me vino a la mente una imagen relampagueante del campamento, en la que yo estaba atado a una gran cruz de madera en un círculo formado por más cruces, mientras los soldados se paseaban ociosos a mi alrededor, importunando y educando mi pene, y yo esperaba hora tras hora los latigazos de la noche; la sonrisa sigilosa del capitán cuando pasaba a grandes zancadas, su capa dorada echada sobre un hombro.

–De modo que es así como se llama –dijo mi amo con una voz que sonaba más joven y refinada que el profundo murmullo del capitán–, Tristán.

–Oírle pronunciar mi nombre aumentó mi tormento.

–Por supuesto que lo conozco –dijo el capitán. Su grande y misteriosa figura se desplazó un poco para dejar pasar a un grupo de mujeres jóvenes que reían y hablaban en voz alta. Lo traje al castillo hace tan sólo seis meses. Era uno de los esclavos más desmandados, se escapó y huyó por el bosque cuando le ordenaron desnudarse. Pero cuando lo puse de nuevo a los pies de su majestad estaba perfectamente domesticado. Se había con vertido en el capricho de dos de mis soldados, que se encargaban de fustigarlo a diario por todo el campamento. Cuando lo devolvimos al castillo, lo habían echado de menos más que a ningún otro esclavo que hubieran disciplinado antes. Me estremecí en silencio, reprimiendo todo sonido, aunque la mordaza, inexplicablemente, lo hacía aún más difícil.

—Una pasión —dijo la suave y retumbante voz—. No era la severidad de los latigazos lo que le hacía comer de mi mano sino el ritual diario.

Oh, qué ciertas eran sus palabras, pensé. El rostro me escocía. Aquella temible e inevitable sensación de desnudez descendió de nuevo sobre mí. Aún podía ver la tierra revuelta ante las tiendas del campamento, sentir las correas y oír los pasos y la conversación de los soldados que avanzaban conmigo. «Sólo una tienda más, Tristán.» O aquel saludo de todos los atardeceres, «Vamos, Tristán, es hora de nuestra pequeña excursión por el campamento; así, así, mirad esto Gareth, qué pronto aprende este jovencito. ¿Qué os dije yo, Geoffrey? Que en tres días podría prescindir de las manillas.» y la forma en que a continuación me daban de comer de sus manos, me limpiaban la boca casi con cariño, me daban palmaditas y me daban a beber cantidades excesivas de vino, antes de llevarme al bosque a la hora en que oscurecía. Recordaba sus penes, las discusiones sobre quién empezaba, y si era mejor por la boca o por el ano. A veces uno de ellos se ponía delante y el otro detrás, y por lo visto el capitán nunca estaba muy lejos, siempre observando sonriente. Así que me habían tomado cariño. No había sido cosa de mi imaginación, como tampoco lo era el afecto que yo sentía por ellos. Caí en la cuenta con una lenta e innegable comprensión.

—Era uno de los príncipes más espléndidos, de modales más exquisitos de todos —murmuró el capitán con aquella voz que parecía surgir de su pecho, no de su boca. De repente quise volver la cabeza y mirarlo, comprobar si seguía tan apuesto como entonces. La breve ojeada que le eché momentos antes había sido demasiado rápida—. Se lo entregaron a lord Stefan como esclavo personal, con la bendición de la reina. Me sorprende verlo aquí. —En ese momento su voz insinuaba cierto enfado—. Le dije a la reina que yo personalmente había vencido toda su resistencia, hasta domarlo. Me levantó la cabeza y la empujó a uno y otro lado. Comprendí, cada vez con más tensión, que durante todo este rato yo había guardado un silencio casi absoluto, esforzándome por no emitir ningún sonido en su presencia; pero entonces estaba a punto de rendirme, hasta que finalmente no pude controlarme. Solté un gemido grave, que al menos era mejor que llorar.

—¿Qué hicisteis? ¡Miradme! —inquirió— ¿Disgustasteis a la reina? Yo respondí negativamente con la cabeza pero sin mirarle a los ojos, todo mi cuerpo parecía hincharse bajo las guarniciones.

—¿Fue Stefan quien se disgustó?

Hice un gesto de asentimiento. Eché una rápida mirada a sus ojos y aparté al instante la vista, incapaz de soportarlo. Entre este hombre y yo existía un extraño vínculo. En cambio —esto era lo horrible de todo aquello—, no existía ningún vínculo entre Stefan y yo.

—Y había sido vuestro amante anteriormente, ¿no es cierto? —insistió el capitán, que se había acercado a hablarme al oído, aunque sabía que mi amo podía oírle a la perfección—. Años antes de que él viniera a vivir al reino.

Yo volví a asentir.

—¿Y esa humillación era más de lo que podíais soportar? —inquirió—  
¿Vos, que habíais aprendido a abrir el culo a los soldados rasos?

—¡No! —grité desde detrás de la mordaza sacudiendo la cabeza con  
violencia. Sentía martillazos en las sienas. La lenta e ineludible comprensión  
que se había iniciado momentos antes se tornaba cada vez más evidente.

La total frustración que sentía me hizo llorar.

Si al menos pudiera explicarme...

Pero el capitán agarró la pequeña anilla de plata del falo que me habían  
metido en la boca y empujó mi cabeza hacia atrás.

—¿O tal vez —preguntó— el problema era que vuestro antiguo amante no  
tenía suficiente carácter para dominaros?

Yo volví la vista y entonces lo miré directamente a los ojos. Si se puede  
decir que alguien era capaz de sonreír con aquella mordaza en la boca, yo  
sonreí. Me oí lanzar lentamente un suspiro y luego, a pesar de que él empujaba  
el falo con la mano, asentí con la cabeza.

Su rostro era claro y hermoso, tal y como lo recordaba. Vi su figura  
corpulenta y robusta al sol cuando cogió la fusta de la mano de mi amo.

Mientras ambos nos mirábamos a los ojos, empezó a fustigarme.

Sí, la comprensión fue completa en ese instante. Yo había deseado la  
degradación total que brindaba el pueblo. No podía soportar el amor de Stefan,  
su inseguridad, su incapacidad para dominarme. Lo despreciaba por toda su  
debilidad en nuestro vínculo predestinado.

Bella había comprendido mi verdadero propósito. Conocía mi alma mejor  
que yo mismo.

Esto era lo que me merecía. Además, era algo anhelado por mí; aquello era  
tan violento como el campamento de los soldados en el que mi dignidad, mi  
orgullo y mi persona habían sido vulnerados por completo.

Castigo, aquí, en esta plaza abarrotada de gente, bañada por la luz del sol,  
rodeado incluso por las muchachitas del pueblo y una mujer que estaba de pie  
ante la puerta de la posada con los brazos cruzados, y los sonoros chasquidos  
de la fusta; castigo era lo que me merecía, lo que ansiaba, pese a estar  
aterrorizado. En un momento de absoluta entrega, separé mis piernas, eché la  
cabeza hacia atrás y balanceé las caderas en un gesto que mostraba mi total  
aceptación de los azotes.

El capitán blandió la fusta plana con movimientos largos y oscilantes.

Mi cuerpo revivió con las punzadas y heridas que me provocó. Sin duda,  
mi amo entendía mi secreto. Después de este diálogo, no habría clemencia para  
mí cuando reanudara el recorrido, por mucho que yo suplicara más tarde con  
quejidos y gimoteos.

La zurra había concluido pero yo no me retiré de mi posición suplicante. El  
capitán devolvió la fusta a su dueño y de repente me acarició el rostro, al  
parecer impulsivamente, y me besó los párpados como había hecho mi amo.  
Este gesto desató el último nudo que quedaba aún en mí. Era la agonía de no  
poder besar sus pies, sus manos, sus labios.



De no poder inclinar mi cuerpo torturado hacia él. El capitán retrocedió unos pasos tendiendo su mano a mi señor. Vi cómo se abrazaban con bastante naturalidad, al parecer mi amo, con su elegancia y su constitución un poco más menuda, un espléndido cuchillo de plata tallado al lado de la corpulencia del capitán.

—Siempre sucede igual —comentó el capitán con una sonrisa, mirando a los ojos fríos e inteligentes de mi señor—. Entre un grupo de cien esclavos tímidos y ansiosos recién llegados para su purificación, están los que piden el castigo, los que necesitan los rigores, no para purgar sus faltas sino para refrenar sus apetitos ilimitados.

Sus palabras eran tan ciertas que yo lloriqueaba, del todo sobrecogido sólo de pensar en los incentivos que esto ofrecería a mis atormentadores.

«Pero, por favor —quería suplicar—, no sabemos lo que hacemos con nosotros mismos. Por favor, tened piedad.»

—La muchachita que tengo yo en el Signo del León, Bella, es igual —dijo el capitán—. Un alma hambrienta que fomenta en mí la pasión de forma peligrosa.

Bella. Por eso la observaba antes a través de la puerta de la posada. Así que él era su amo. Sentí un divino escarceo de celos y consuelo.

Los ojos de mi señor me perforaron. Los sollozos me sacudían con espasmos que se propagaban por mi pene y por las irritadas pantorrillas. Pero el capitán seguía a mi lado.

—Volveré a verte, joven amigo —me dijo en voz baja, pegado a mi mejilla. Saboreó con sus labios mi rostro y luego chupó con crueldad mis labios abiertos—. Claro está, con el permiso de vuestro gentil amo.

Cuando reanudamos el recorrido, yo caminaba inconsolable. Mi suave lloriqueo hacía volver la cabeza a los viandantes mientras continuábamos la marcha para salir de la plaza y posteriormente nos introducíamos por otras callejuelas, pasando junto a cientos de otros desgraciados.

¿Les habrían puesto en evidencia como a mí, tanto ante sí mismos como ante sus dueños y señoras?

Los azotes del capitán me habían dejado tan irritado que el menor golpecito de la fusta me hacía brincar de dolor, por lo que intenté no detener la marcha lo más mínimo, entre quejidos, corriendo detrás de los corceles que me arrastraban vigorosamente.

Pasamos por una calle estrecha en la que había esclavos de alquiler colgados de una pared, atados de pies y manos, con el reluciente vello púbico lubricado y los precios marcados en el yeso que tenían encima. En una pequeña tienda, una costurera desnuda ponía alfileres a un dobladillo, y en un pequeño espacio abierto un grupo de príncipes desnudos hacía girar una rueda. Por todas partes, príncipes y princesas se arrodillaban por igual con bandejas que ofrecían a la venta pasteles recién hechos, que sin duda procedían del horno de sus dueños o señoras y recibían humildemente las monedas de los compradores en los cestillos que colgaban de sus bocas.

La vida ordinaria del pueblo transcurría como si mi miseria no existiera, y continuaba sin tanta lamentación.

Una pobre princesa encadenada a una pared forcejeaba mientras tres muchachas del pueblo la toqueteaban ociosamente, entre risas, e importunaban su pubis.

Aunque no se apreciaba de ningún modo la ferocidad teatral del lugar de castigo público de la noche anterior, la vida cotidiana del pueblo imponía, era espeluznante.

En la entrada de una casa, una rolliza matrona sentada en un taburete azotaba sonora y furiosamente con su amplia mano a un príncipe desnudo que estaba apoyado en su rodilla. Una princesa que sujetaba con ambas manos una jarra de agua sobre su cabeza esperaba sumisamente a que su amo insertara entre sus rojos labios púbicos un gran falo, con una trailla sujeta al extremo, por medio de la cual obligaba a la muchacha a que le siguiera.

En ese momento nos encontrábamos en unas calles más tranquilas, donde habitaban hombres de posición y propietarios y, por lo tanto, pasábamos ante puertas resplandecientes con aldabas de bronce. Desde los altos puntales de hierro ubicados más arriba colgaban esclavos como si fueran motivos decorativos.

Un silencio descendió sobre nosotros, y el ruido de las herraduras de los corceles que resonaba por las paredes destacó de modo más penetrante, así como mi gimoteo, que cada vez oía con más claridad.

No podía imaginarme lo que me depararían los días siguientes. Todo parecía tan establecido, la población tan acostumbrada a nuestras quejas. Nuestra servidumbre sustentaba el lugar tanto como el alimento, la bebida y la luz del sol. Y yo sería conducido a través de todo aquello por una ola de deseo y entrega.

Había regresado de nuevo a la vivienda de mi amo. Mi casa. Cruzamos la entrada principal, tan ornada como las que habíamos visto por el camino, con grandes y costosas ventanas de vidrio emplomado, y doblamos por la pequeña calleja que llevaba a la calzada posterior de la casa, la que transcurría a lo largo de la muralla.

Me despojaron de las correas y falos con gran celeridad, se llevaron a los corceles y yo me desplomé en el suelo, cubriendo de besos los pies de mi amo. Besé el empeine de las botas de suave cuero, los tacones y los cordones. Mis sollozos agonizantes surgían cada vez con más emoción.

¿Qué era lo que rogaba? Sí, convertidme en vuestro abyecto esclavo, tened piedad. Pero tengo miedo, tengo miedo.

En un momento de demencia absoluta deseé que me llevara de nuevo al lugar de castigo público. Hubiera corrido con todas mis fuerzas hasta la plataforma giratoria.

Pero mi amo se limitó a dar media vuelta y entró en la casa. Yo lo seguí a cuatro patas, lamiendo y besando sus botas mientras caminábamos, y continué tras él por el pasillo hasta que me dejó en la pequeña cocina.

Los jóvenes criados me bañaron y me dieron de comer. En esta casa no había esclavos. Al parecer, yo era el único al que mantenían para el tormento. Tranquilamente, sin la menor explicación, me llevaron a un pequeño comedor. Con destreza y rapidez, me sostuvieron de pie contra una pared, me encadenaron formando una cruz con las piernas y los brazos abiertos, y así me dejaron. La habitación estaba reluciente y ordenada. Desde mi posición podía verla por entero. Era una estancia de una pequeña casa de pueblo, pero decorada con un lujo como nunca había conocido en el castillo en el que nací y me crié, ni tampoco en el castillo de la reina. Las vigas del bajo techo estaban pintadas y decoradas con flores. Volví a experimentar lo mismo que la primera vez que entré en la casa, me sentí enorme y vergonzosamente desnudo en ella, un verdadero esclavo atado en medio de estantes de reluciente peltre, sillas de roble de alto respaldo y una chimenea pulcramente limpia.

Las plantas de mis pies reposaban sobre el suelo encerado, lo que me permitía descansar el peso de mi cuerpo sobre ellos y reclinar me contra el yeso de la pared. Si mi pene durmiera, pensé, hubiera podido descansar.

Las doncellas iban y venían con sus escobas y fregasuelos, discutían sobre la cena, si asar la carne de vaca con vino blanco o negro, y si añadir la cebolla entonces o más tarde. No me prestaban atención excepto para tocarme suavemente al pasar, mientras seguían quitando el polvo con aspavientos e iban de aquí para allá.

Yo sonreía al escuchar su cháchara. Pero cuando empecé a amodorrarme, abrí los ojos y al encontrarme con el encantador rostro y la figura de mi ama de cabello oscuro me sobresalté.

Me tocó el pene y, al doblarlo hacia abajo, mi miembro cobró vida violentamente. La señora tenía en las manos varios pesos pequeños de cuero negro con abrazaderas, como los que yo había llevado el día anterior en los pezones, y, mientras las doncellas continuaban hablando detrás de una puerta cerrada, me los aplicó a la piel colgante del escroto. Di un respingo. No podía quedarme quieto, pues los pesos eran lo suficientemente pesados como para hacerme adquirir conciencia de cada centímetro de la sensible carne y del más leve movimiento de mis testículos; y al parecer era inevitable que se movieran sin cesar. Siguió colocándomelos concienzudamente, punzando la carne como el capitán había hecho antes con sus dedos.

Aunque yo me encogiera de dolor, ella no se inmutaba.

Luego colgó de la base de mi pene un pesado colgante, y cuando mi órgano se encorvó con el peso sentí la frialdad del hierro contra mis testículos. El contacto de esas cosas y sus movimientos eran recordatorios insoportables de mis abultados órganos y su degradante exposición.

La pequeña habitación se sumió en un ambiente más mortecino, pareció empequeñecer. La figura de mi ama apareció grande y amenazante ante mí. Apreté con fuerza los dientes para no suplicar y evitar que algún grito mortificante saliera de mi garganta, pero entonces volvió a invadirme la

sensación de derrota y rogué silenciosamente, con suspiros y suaves gemidos. Había sido un estúpido al pensar que me dejarían allí a solas.

—Los llevaréis puestos —me dijo— hasta que vuestro amo mande a buscaros. En el caso de que el peso de vuestro pene se caiga, sólo puede existir un motivo: que vuestro miembro se haya quedado flácido y haya soltado el grillete. En tal circunstancia, debéis saber que vuestro pene recibirá una azotaina, Tristán.

Asentí al ver que ella se mantenía expectante, pero no fui capaz de encontrar su mirada.

—¿Acaso necesitáis ahora esa azotaina? —me preguntó.

No fui tan tonto como para contestar. Si respondía que no, se reiría y lo tomaría como una impertinencia. Si respondía que sí, estaba seguro de que ella se violentaría y yo me llevaría una buena paliza.

Pero la señora ya había levantado una pequeña y delicada correa blanca que sacó de debajo de su delantal azul oscuro. Yo solté una serie de suspiros entrecortados pero ella me azotó el pene desde uno y otro lado, provocando en mí descargas de dolor que se propagaban por toda mi pelvis, mientras las caderas se levantaban en dirección a ella. Todos aquellos pesos pequeños tiraban de mí, como dedos que estiraran mi pene y mi piel. Mi miembro mostraba un color rojo púrpura, y sobresalía directamente hacia delante, como el asta de una bandera.

—Esto no es más que un ejemplo —dijo—.

Cada vez que piséis esta casa, debéis estar correctamente arreglado.

De nuevo asentí con un gesto. Incliné la cabeza y sentí mis lágrimas en las comisuras de los ojos. Ella me peinó con cuidado y delicadeza, me arregló los rizos con esmero por detrás de las orejas y los retiró de mi frente.

—Tengo que decir —susurró— que sois con diferencia el príncipe más hermoso del pueblo. Os advierto, jovencito, corréis el peligro de que os compren definitivamente. Pero no sé qué podéis hacer para evitarlo. Si os portáis mal, el pueblo será aún más necesario para enmendaros... y sacudir vuestras preciosas caderas de ese modo tan sumiso y encantador sólo os servirá para resultar más seductor. Posiblemente ya no hay esperanza para vos. Nicolás es suficientemente rico para compraros por tres años, si así lo desea. Me encantaría ver los músculos de esas pantorrillas después de tres años de tirar de mi carruaje, o después de los paseítos de Nicolás por el pueblo.

Yo había levantado la cabeza y observaba aquellos ojos azules. Seguro que ella podía detectar mi perplejidad. ¿Era posible que nos hicieran quedarnos aquí?

—Oh, él puede buscar alguna buena excusa para conservaros —explicó—. Que necesitáis la disciplina del pueblo, o quizá sólo baste con decir que por fin ha encontrado al esclavo que deseaba. No es un lord pero es el cronista de la reina. Yo sentía un ardor creciente en mi pecho, que palpitaba con la misma intensidad que el fuego que ardía lentamente en mi verga. Pero Stefan nunca... ¡Aunque quizá Nicolás gozara de más apoyo que Stefan!

«Por fin ha encontrado al esclavo que deseaba.» Las palabras se estrellaban en el interior de mi cabeza.

Mi señora me dejó a solas en la pequeña estancia con mis vertiginosos y sugestivos pensamientos y salió al estrecho y sombrío corredor. Desapareció escaleras arriba, con la falda borgoña reluciente que pude atisbar entre las sombras tan sólo por un instante.

### LA DISCIPLINA DE LA SEÑORA LOCKLEY

Bella casi había concluido las tareas matinales en el dormitorio del capitán cuando al percibir el débil sonido de pasos que se acercaban desde la escalera hacia la puerta del capitán recordó con repentino sobresalto su impertinencia con la señora Lockley. Sintió un repentino terror. Oh, ¿por qué había sido tan insolente? Toda su determinación para ser mala, una niña mala, la abandonó de inmediato.

La puerta se abrió y apareció la figura impertérrita de la señora Lockley, toda ella lino limpio y preciosas cintas azules, con una blusa tan escotada sobre sus altos pechos que Bella casi podía ver los pezones. El delicado rostro de la señora Lockley exhibía una sonrisa sumamente maliciosa cuando se dirigió hasta Bella.

La princesa dejó caer la escoba y se acurrucó en un rincón.

Una risa grave brotó de la mesonera e inmediatamente cogió a Bella por el pelo, enrollándolo en su mano izquierda, mientras con la derecha levantaba la escoba para atizarle el sexo con las punzantes pajas, obligando a la princesa a gritar mientras intentaba juntar las piernas con todas sus fuerzas.

—¡Mi pequeña esclava contestona! —exclamó, y Bella empezó a sollozar. Era imposible librarse para besar las botas de la señora Lockley. Tampoco se atrevía a hablar. Sólo podía pensar en Tristán cuando le decía que hacía falta mucho valor para ser malo a todas horas. La señora Lockley la obligó a adelantarse y ponerse a cuatro patas. Bella sintió la escoba entre sus piernas, que la conducía fuera de la pequeña alcoba.

—¡Bajad por esas escaleras! —dijo la señora en voz alta. La ferocidad de la mujer causaba estragos en el alma de Bella, que rompió a sollozar mientras se escurría hacia la escalera. Tuvo que ponerse de pie para descender las escaleras pero la escoba la impulsó virulentamente, precipitándose contra ella, raspándole las tiernas partes inferiores con una terrible picazón mientras la señora Lockley continuaba bajando sin despegarse de su espalda.

La posada estaba vacía y tranquila.

—He enviado a mis niños malos al establecimiento de castigos para que reciban su azote matutino y ¡así poder atenderos! —resonó la voz de la señora, que surgía entre sus mandíbulas apretadas—. Vamos a disfrutar de una buena sesión sobre cómo usar correctamente esa lengua, cuando así se os requiera. ¡Y ahora, a la cocina!

Bella se echó de nuevo a cuatro patas, desesperada por obedecer. Las furibundas órdenes le provocaban pánico. Nadie antes la había dirigido con tanta saña y desdén y para empeorar las cosas, su sexo ya rebosaba de sensaciones.

La luz del sol llenaba la gran estancia inmaculada, entraba a raudales por las dos puertas abiertas que daban al patio trasero, iluminando de pleno los finos y elaborados pucheros y sartenes de cobre que colgaban de elevados ganchos y bañando las puertas de hierro del horno insertado entre ladrillos en el gigante tajo rectangular que estaba situado en medio del suelo de baldosas, tan alto y grande como el mostrador exterior del bar en el que Bella había sido castigada la primera vez.

La señora Lockley la puso de pie y clavó la escoba con fuerza entre las piernas de Bella, de tal manera que las rígidas pajas la levantaron y obligaron a la muchacha a retroceder hasta chocar con el tajo.

Entonces la mesonera le alzó las piernas, con lo que Bella se quedó enseguida encaramada sobre la madera, que estaba cubierta por un fino tamiz de harina.

Lo que Bella esperaba era la pala. Estaba convencida de que sería peor que nunca. Lo sabía por el tono furioso de la voz que le daba órdenes. Pero la señora Lockley hizo que Bella se tumbara de espaldas, le llevó las manos a la nuca y las ató rápidamente al borde de la madera, tras lo cual mandó a la muchacha separar las piernas, con la advertencia de que, si no lo hacía, sería ella quien se las separaría.

Bella se abrió de piernas con esfuerzo.

La harina que cubría la lisa madera resultaba sumamente sedosa bajo su trasero. Pero la mesonera también le ató los tobillos a la madera, y su cuerpo quedó completamente estirado. Bella volvió a sentir pánico y forcejeó inútilmente sobre la lisa y rígida superficie al darse cuenta de que no podía soltarse.

En un arranque de suaves gritos apremiantes, intentó suplicar a la señora Lockley. Pero en el momento en que vio el rostro de la mesonera, que le sonría, la voz de Bella se extinguió en su garganta y se mordió el labio con fuerza al tiempo que miraba los luminosos ojos negros que bailaban con un atisbo de risa.

—¿No es verdad que a los soldados les gustan estos pechos? —preguntó la señora Lockley mientras estiraba ambas manos para pellizcar los pezones de Bella con el índice y el pulgar. ¡Contestadme!

—Sí, señora —se lamentó Bella. Su alma se estremeció ante la sensación de vulnerabilidad que le provocaban esos dedos, y la carne que rodeaba sus pezones se arrugó formando pequeños nudos.

Un agudo dolor la llevó a intentar cerrar las piernas, pero eso era del todo imposible.

—Señora, por favor, nunca volveré...

—¡Chist! —la señora Lockley sujetó firmemente la boca de Bella con la mano, obligándola a arquear la espalda, mientras sollozaba contra la palma de la mesonera. Oh, aún era peor estando atada, pues no conseguía estar quieta.

Pero se quedó mirando a la señora Lockley con los ojos como platos e intentó asentir, aunque la mano aún la agarraba por la boca.

– Los esclavos no tienen voz – dijo la señora –, hasta que el amo o la señora soliciten oírlos.

Entonces contestaréis con el debido respeto.

Soltó la boca de Bella.

– Sí, señora – respondió la princesa.

Los firmes dedos volvieron a sus pezones.

– Como iba diciendo – continuó la señora Lockley –, a los soldados les gustan estos pechos.

– ¡Sí, señora! – respondió Bella con voz trémula.

– Y esta avarienta boquita – bajó la mano y cerró con un pellizco los labios púbicos. El sexo de la muchacha rebosaba tanta humedad que ésta goteó por sus labios produciéndole una comezón.

– Sí, señora – repitió con voz entrecortada.

La señora Lockley sacó un cinto de cuero blanco y se lo mostró a Bella. Era como una lengua que se extendía desde su mano. Sujetando firmemente desde arriba el pecho izquierdo de Bella, apretujó la carne y la dejó caer pesadamente mientras la princesa sentía que el calor se difundía por su seno. No podía estarse quieta. La humedad de su entrepierna goteaba hasta la hendidura de sus nalgas. Su cuerpo estirado se ponía tenso en un intento inútil de bloquearse.

Los dedos de la mesonera estiraban y meneaban el pezón izquierdo de la esclava. Luego la lengua blanca del cinturón de cuero golpeó el pecho con una serie de azotes sonoros.

– ¡Oh! – jadeó Bella en voz alta, incapaz de contenerse. La zurra que la gran mano del capitán le había propinado en el pecho no era nada en comparación con esto. El deseo de liberarse y taparse ambos senos era irresistible ya la vez imposible. Sin embargo, su pecho hervía de sensibilidad como nunca antes lo había hecho, y forzaba a Bella a retorcer su cuerpo contra la madera sobre la que estaba tendida. La pequeña correa le alcanzó aún con más fuerza el pezón y la carne abultada.

Bella estaba enloquecida cuando la señora Lockley centró su atención en el pecho derecho, dejándolo caer y mortificándolo del mismo modo. Los gritos de la princesa eran cada vez más fuertes, el forcejeo más violento. El pezón estaba duro como una roca bajo el aluvión de azotes.

Bella cerró la boca herméticamente, aunque hubiera gritado a pleno pulmón: «No, no puedo soportarlo.» Los golpes se concentraban cada vez más seguidos. Todo el cuerpo de la princesa se convirtió en sus pechos torturados, mientras los azotes avivaban su deseo como si fuera la llama de una antorcha.

Bella volvía la cabeza de un lado a otro con tal impetuosidad que su cabello estaba desparramado sobre su rostro. Pero la señora Lockley le retiró el pelo hacia atrás y se inclinó para observar a Bella; la muchacha era incapaz de mirar a su ama.

– ¡Qué alborotada, y sin protección alguna! – exclamó la mesonera sobándole el pecho derecho. La mujer volvió a levantarlo rápidamente para continuar zurrándolo. Bella soltó un agudo y penetrante chillido pese a que

apretaba los dientes con fuerza. Los dedos del ama pellizcaban sus pezones, masajearon su carne. La excitación avanzaba estrepitosamente por todo su cuerpo y sus caderas se iban hacia arriba con repentinas y violentas convulsiones.

– Así es como hay que castigar a una niña mala – le dijo la mesonera.

– Sí, señora – corroboró Bella de inmediato con un sollozo.

Gracias a Dios los dedos se retiraron. Bella sintió sus pechos enormes, pesados, un derroche de dolor caliente y colosales sensaciones. Sus sollozos graves y roncós no salían de su garganta.

Aunque sí soltó un quejido cuando se percató de lo que le esperaba. Notó los dedos de la señora Lockley entre las piernas, que le separaban los labios púbicos pese a sus vanos esfuerzos por evitarlo. La princesa trataba de cerrar las piernas, golpeaba ruidosamente la madera con los talones y únicamente conseguía que las correas de cuero le cortaran la carne del empeine. Una vez más, perdió todo control y forcejeó violentamente envuelta en un torrente de lágrimas. Pero entonces la correa que la flagelaba pasó a azotar su clítoris.

Bella volvió a chillar ante la intensidad abrasadora de aquella mezcla de placer y dolor, mientras su clítoris parecía endurecerse como nunca antes, sin que la señora Lockley quisiera soltarlo.

Bella sentía la hinchazón de los labios, la humedad que rezumaba a chorros y los azotes que sonaban cada vez más húmedos. Su cabeza giraba frenéticamente de un lado a otro sobre la madera.

Lloraba cada vez con más fuerza mientras sus caderas se agitaban hacia arriba para encontrar la correa y todo su sexo estallaba por dentro en una explosión de fuego interior.

La correa se detuvo. Pero eso fue todavía peor, sentir el calor que ascendía, aquel hormigueo que era como una comezón, que de alguna manera debía encontrar la divina fricción. Bella respiraba entrecortadamente, con jadeos cortos e implorantes que seguían el compás de sus gemidos. A través de las lágrimas vio a la señora Lockley observándola.

– Entonces, ¿sois mi esclava impertinente? – le preguntó.

– Vuestra devota esclava – respondió Bella atragantada por los sollozos –, señora. Vuestra devota esclava – y se mordió el labio haciendo una mueca, suplicando haber dado la respuesta correcta.

Sus pechos y su sexo hervían de calor. Oyó los golpes de sus propias caderas contra la madera, aunque no era consciente de que las estaba moviendo. A través de sus lágrimas vio los bonitos ojos negros de su ama, el pelo oscuro con la caprichosa trenza que adornaba la coronilla de su cabeza y los pechos que se henchían con sumo encanto bajo la blusa de lino blanca como la nieve. Pero la señora sujetaba algo entre las manos. ¿De qué se trataba? Lo que fuera se estaba moviendo.

Bella distinguió un bonito y gran gato que la observaba con azules ojos almendrados, con esa mirada amplia e inquisitiva que tienen los felinos, mientras la lengua rosa se chupaba la negra nariz en un rápido gesto.

Una oleada de la más absoluta vergüenza se apoderó de Bella. Se retorció sobre la madera como una indefensa y sufrida criatura, sintiéndose incluso



inferior a aquella pequeña bestia orgullosa y desdeñosa que la escudriñaba con ojos centelleantes desde los brazos de la mesonera. Pero la señora se había agachado, aparentemente para coger algo.

Bella vio que volvía a incorporarse con una cantidad de espesa crema amarilla entre los dedos. La mesonera untó la crema en los pezones palpitantes de Bella y luego le mojó ligeramente la entrepierna hasta que goteó y se escurrió en pequeñas cantidades hacia la vagina.

— Es sólo mantequilla, cariño mío, mantequilla fresca —le dijo la mesonera—. Nada de ungüentos perfumados. —Y de pronto dejó caer el gato a cuatro patas sobre el tierno vientre y el pecho de Bella, que sintió las suaves patas almohadilladas del felino moviéndose por su pecho con una rapidez enloquecedora.

Bella se revolvió, tiró de las correas, pero la pequeña bestia había hundido la cabeza y devoraba su pezón con la áspera y pequeña lengua arenosa, consumiendo la mantequilla que lo cubría. Algún temor muy profundo, desconocido hasta entonces para ella, se reveló provocando forcejeos más descontrolados.

Entretanto, el pequeño monstruo indiferente, con su primorosa cara blanca, continuaba comiendo. El pezón de la princesa explotaba bajo los lametazos del gato. Todo el cuerpo de Bella se puso tenso, levantándose de la madera y volviendo a caer con golpes sordos, rítmicamente.

La señora Lockley alzó a la criatura para trasladarla al pecho derecho. Bella tiró con todas sus fuerzas de las correas, mientras sus sollozos surgían temblorosos, las pequeñas patas traseras se hundían suavemente en su vientre y el pelo suave del estómago del gato la rozaba mientras la lengua volvía a lamer y a limpiar completamente el pezón.

Bella apretó los dientes para no chillar «¡no!».

Cerró los ojos con fuerza otra vez. Cuando los volvió a abrir vio la cara con forma de corazón que se hundía con rápidos movimientos para que la lengua continuara lamiendo. La fuerza de la lengua arenosa empujaba el pezón adelante y atrás con una sensación sumamente exquisita, aterradora, que hacía gritar a Bella con más fuerza que la que nunca había mostrado bajo la pala.

Pero la señora Lockley levantó de nuevo al gato. Bella se meneaba de un lado a otro y apretaba los dientes con más fuerza para impedir que surgiera el «no» que no debía pronunciar. Sintió la piel y las orejas sedosas del gato entre sus piernas, y la lengua que se lanzaba como un relámpago a su clítoris dilatado.

«Oh, por favor, no, no», gritó en el santuario de su mente pese a que el placer se propagaba como un surtidor por todo su cuerpo mezclándose con la aversión que le inspiraba el pequeño felino peludo y su horroroso y estúpido festín. Las caderas de Bella se congelaron en el aire, unos centímetros por encima de la madera, mientras la boca y la nariz rodeadas de pelo se adentraban cada vez más en ella. Ya no sentía la lengua en el clítoris, sólo el enloquecedor frotar de la cabeza contra él, y eso no era suficiente, no era suficiente.

¡Oh, vaya monstruo!

Para total vergüenza y derrota, la propia Bella se esforzaba en apretar el pubis contra la criatura, intentando acercarse al pequeño cráneo y conseguir que le acariciara el clítoris con la presión más leve posible. Pero la lengua continuó bajando, lamió la base de la vagina y luego la hendidura entre las nalgas. El sexo de Bella anheló inútilmente el placer que se evaporaba para dejarla sumida en un tormento más agudo.

A Bella le rechinaban los dientes y sacudía la cabeza de un lado a otro a la vez que la lengua del felino chupaba su vello púbico y tomaba lo que buscaba, ignorando por completo el deseo que atormentaba a la princesa. Cuando ya pensaba que no podría soportarlo más, que se volvería loca, el gato volvió a levantarse y se quedó mirando a la muchacha desde los brazos de la señora Lockley, que sonreía con la misma dulzura que el gato, esa impresión daba, por encima de la víctima.

¡Bruja!, pensó Bella, pero no se atrevió a hablar. Cerró los ojos, con el sexo tembloroso del deseo que se había acumulado en ella como nunca antes lo había hecho.

La mesonera soltó el gato, que se alejó y desapareció de su vista. Bella notó que sus muñecas eran liberadas de las correas así como sus tobillos. Se quedó tendida, estremecida, haciendo acopio de toda su voluntad para resistir el deseo de cerrar las piernas, de darse la vuelta sobre la madera y acariciar sus pechos con una mano mientras con la otra tocaba su ardiente sexo para provocar una orgía de placer íntimo.

No habría tanta clemencia para ella.

—Poneos a cuatro patas —ordenó la señora Lockley—. Creo que por fin estáis preparada para la pala.

Bella bajó como pudo al suelo.

Todavía confusa, se dio media vuelta y se apresuró a seguir las pequeñas botas de la mujer que ya salían de la cocina con un resonante taconeo.

El movimiento de las piernas de Bella al arrastrarse por el suelo sólo servía para intensificar el ansia que padecía.

Cuando llegaron al mostrador de la sala principal del mesón, se encaramó a él sólo con oír el chasqueo de los dedos de la señora Lockley.

En la plaza, la gente iba y venía, y charlaba al borde del pozo. Llegaron las muchachas que ayudaban en el mesón, saludaron jovialmente a la señora Lockley y pasaron a la cocina.

Bella temblaba tumbada boca abajo sobre el mostrador. Sus gritos parecían tartamudeos. Su barbilla estaba apoyada en la madera y su trasero esperaba la pala.

—¿Recordaréis que os dije que para el desayuno tendríais las nalgas asadas? —preguntó la señora Lockley con aquella voz fría y carente de tono.

—¡Sí, ama! —respondió Bella entre sollozos.

—No quiero que me respondáis ahora. ¡Sólo que contestéis con la cabeza!

Bella asintió con furor, pese a tener la cabeza pegada a la madera.

Sus pechos escocidos eran puro calor contra la madera, y su sexo goteaba. La tensión era inaguantable.

–Estáis bien condimentada por vuestros propios jugos, ¿verdad que sí?  
–preguntó la mesonera.

Bella soltó un sonoro gemido quejumbroso, ya que no sabía cómo responder.

La señora Lockley sobó con energía sus nalgas, dejándolas caer pesadamente como había hecho anteriormente con los pechos.

Entonces llegaron los fuertes azotes de castigo. Bella botaba, culebreaba y gritaba con los dientes apretados como si nunca hubiera sabido lo que era la resistencia, la dignidad. Era capaz de hacer cualquier cosa con tal de complacer a esta ama aterradora, fría e intransigente; lo que fuera para hacerle saber que iba a ser buena, que no sería una chica mala, que se había equivocado. Tristán la había advertido. La azotaina continuaba, castigándola severamente.

–¿Está bastante caliente, está en su punto? –inquirió la mesonera que esgrimía la pala cada vez con más rapidez. Se detuvo y apoyó su fría palma sobre la piel llena de ampollas—. ¡Pues sí, creo que nuestra princesa ya está bien asada! Pero continuó azotando. Los sollozos de Bella surgían como si los extrajeran de ella con un purgante.

La idea de que tendría que esperar hasta el anochecer y a su capitán para que su sexo atormentado sintiera cierto alivio la hizo sollozar sumida en un desenfreno casi sensual.

Se acabó. Los estallidos todavía resonaban en sus oídos. Aún podía sentir la pala como en un sueño. Su sexo parecía una cámara hueca en la que todos los placeres que había conocido dejaban su eco sonoro y reverberante. Pasarían horas hasta que llegara el capitán, largas horas...

–Levantaos y poneos de rodillas –acababa de decirle la mesonera. ¿Por qué vacilaba?

Se dejó caer al suelo y apretó frenéticamente sus labios contra las botas de la señora Lockley.

Besó el extremo del calzado puntiagudo, los tobillos bien formados que aparecían por debajo de la delicada funda de cuero.

Bella notó las enaguas de la señora Lockley sobre su húmeda frente y los besos de la princesa se tornaron más fervientes.

–Ahora, limpiaréis esta posada de arriba abajo –ordenó la señora Lockley – y mientras lo hacéis seguiréis con las piernas bien separadas.

Bella asintió.

La señora Lockley se apartó y se encaminó a la entrada del mesón.

–¿Dónde están mis demás preciosidades? –murmuró malhumorada en voz baja—. En el establecimiento de castigos no acaban nunca. Bella estaba arrodillada observando la excelente figura de la señora Lockley que se recortaba a la luz de la entrada, su menuda cintura resaltada por el fajín blanco y el cinturón del mandil.

Bella respiró ruidosamente. «Tristán, teníais razón –pensó—. Es duro ser mala a todas horas.» y se limpió silenciosamente la nariz en el dorso de la mano.

El grande y provocador gato blanco volvió a hacer acto de presencia. Apareció silenciosamente, a tan sólo unos centímetros de Bella. Ésta se encogió

mordiéndose el labio y luego se tapó la cabeza con los brazos pues la señora Lockley continuaba apoyada ociosamente en la puerta del mesón mientras el gran gato peludo se acercaba cada vez más.

## CONVERSACIÓN CON EL PRÍNCIPE RICHARD

A última hora de la tarde, Bella estaba echada sobre la fresca hierba del patio junto con los demás esclavos.

La vara punzante de alguna de las muchachas de la cocina la importunaba de vez en cuando forzándola a separar las piernas. Sí, no debo juntar las piernas, pensó amodorrada.

El trabajo de la jornada la había dejado exhausta. Durante una hora estuvo encadenada a la pared de la cocina, cabeza abajo, porque se le habían caído al suelo un puñado de cucharillas de peltre. Luego, a cuatro patas, cargó los pesados cestos de la colada sobre su espalda hasta llevarlos a los tendederos de ropa donde tuvo que permanecer inmóvil de rodillas mientras, a su alrededor, las muchachas del pueblo colgaban las sábanas charlando alegremente. Había restregado, limpiado y lustrado, y cada muestra de torpeza o vacilación había sido castigada con una azotaina.

Finalmente, de rodillas y sin utilizar las manos, compartió la cena que sirvieron en una gran bandeja para todos los esclavos y agradeció en silencio el agua fresca de la fuente con que calmaron su sed.

Por fin había llegado la hora de dormir. Hacía ya más de una hora que medio dormitaba sobre el césped.

Pero, poco a poco, cayó en la cuenta de que no había nadie rondando por los alrededores. Estaba a solas con los esclavos que dormían, y frente a ella vio tumbado a un apuesto príncipe pelirrojo que la miraba con la mano en la mejilla.

Era el príncipe que había visto la noche anterior sentado sobre el regazo del soldado, besándolo. Él le sonrió y le lanzó un beso con la mano derecha.

—¿Qué os ha hecho la señora Lockley esta mañana? —susurró el esclavo.

Bella se sonrojó.

El príncipe estiró el brazo para cubrirle la mano.

—Tranquila, no pasa nada —le susurró.

Nos encanta ir al establecimiento de castigos le comentó, riéndose entre dientes.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó Bella. Era más guapo incluso que el príncipe Roger. En el castillo no había visto a ningún esclavo tan aristocrático. Los rasgos de su rostro eran fuertes, como los de Tristán, aunque su constitución era más menuda y juvenil.

—Me mandaron del castillo hace un año. Soy el príncipe Richard. Estuve allí seis meses, hasta que me declararon incorregible.

—Pero ¿por qué erais tan malo? —preguntó Bella—. ¿Lo hacíais intencionadamente?

—En absoluto —respondió—. Intentaba obedecer pero el pánico se apoderaba de mí y me escapaba corriendo a un rincón. A veces no podía realizar las tareas, debido a la vergüenza y la humillación que sentía. Era incapaz de dominarme, y apasionado, como vos. Cada vez que me tocaba una pala, un pene o la mano de alguna dama encantadora, se desataba en mí una exhibición mortificante de incontrolable placer. Pero no era capaz de obedecer, así que me vendieron en la subasta para que mi estancia durante todo un año aquí, en el pueblo, lograra disciplinarme.

—¿Y ahora? —preguntó Bella.

—He avanzado mucho —respondió él—. He aprendido. Y se lo debo a la señora Lockley. Si no hubiera sido por ella, no sé qué hubiera sido de mí. La señora Lockley me maniató y castigó, me enjaezó y sometió a una docena de trabajos forzados antes de esperar algo de mi voluntad. Una noche sí, otra no era azotado con la pala en el lugar de castigo publico o me hacían correr en circulo alrededor del mayo. Me llevaban a alguna de las tiendas públicas, donde me ataban y tenía que chupar todas las vergas que venían. Las jovencitas se burlaban de mí y me perseguían. Normalmente pasaba el día colgado debajo del signo del mesón y luego me ataban de pies y manos para recibir la tanda de azotes diarios. Sólo después de cuatro semanas completas, me desataron y me ordenaron encender el fuego y poner la mesa. Os aseguro que cubrí de besos las botas de la señora. Comía de la palma de su mano y lamía literalmente la comida de sus dedos.

Bella asintió lentamente. Le sorprendió que el príncipe hubiera tardado tanto tiempo.

—La adoro —continuó él—. Me estremece pensar qué hubiera sido de mí si me hubiera comprado alguien más indulgente.

—Sí —admitió Bella—. La sangre afluyó de nuevo a su rostro, y la notaba también en las nalgas.

—Nunca pensé que podría permanecer quieto sobre la barra del bar para recibir mis azotes matinales —explicaba él—. Nunca creí que llegaría a ir desatado por las calles del pueblo hasta el lugar de castigo público, o que ascendería los peldaños y me arrodillaría sobre la plataforma giratoria sin necesidad de llevar grilletes. O que podrían enviarme solo al cercano local de castigos al que hemos acudido esta mañana. Tampoco pensaba que sería capaz de dar placer a los soldados de la guarnición sin acobardarme o sin demostrar pánico al ser amarrado. Pero ahora puedo hacer todas esas cosas. Ya no hay nada que no pueda sobrellevar.

Hizo una pausa.

—Vos también habéis aprendido todas estas cosas —dijo a continuación—. Me di cuenta anoche y me he percatado hoy mismo. La señora Lockley os adora.

—¿De veras? —Bella experimentó un fuerte deseo que recorrió toda su pelvis—. Oh, debéis estar equivocado.

—No, no me equivoco. No es fácil que un esclavo llame la atención de la señora Lockley. Sin embargo, rara vez aparta la vista de vos cuando estáis cerca. El corazón de Bella se aceleraba silenciosamente en su pecho.

—Escuchad, tengo algo terrible que deciros —anunció el príncipe.

—No hace falta que me lo expliquéis. Ya lo sé —respondió Bella con voz susurrante—. Ahora que vuestro año en el pueblo llega a su fin, no podéis soportar la idea de regresar al castillo.

—Sí, precisamente —dijo—. No porque no sea capaz de obedecer y complacer. De eso estoy convencido. Pero... es diferente.

—Lo sé —dijo Bella. Su mente bullía de ideas.

De modo que su cruel dueña la quería, ¿era eso? ¿Y por qué aquello la satisfacía tanto? Cuando estaba en el castillo nunca le había importado verdaderamente si lady Juliana la adoraba o no, pero aquella perversa y orgullosa mesonera y el apuesto y remoto capitán de la guardia le llegaban al corazón de un modo singular.

—Necesito sufrir castigos duros —seguía explicando el príncipe Richard—. Necesito órdenes directas y saber cuál es mi lugar, sin vacilaciones. Ya no me complacen los tiernos arrumacos ni tanta adulación. Prefiero que me arrojen sobre la grupa del caballo del capitán y me lleven al campamento para acabar atado a la estaca y que se aprovechen de mí tal como han hecho hasta ahora.

Una fulgurante imagen centelleó en el pensamiento de la princesa.

—¿Os ha poseído el capitán de la guardia? —preguntó Bella con timidez.

—Oh, sí, por supuesto —contestó—. Pero no temáis. Anoche le vi y él también está absolutamente enamorado de vos. En lo que a príncipes se refiere, le gustan un poco más robustos que yo, aunque de vez en cuando... —sonrió.

—¿Y tenéis que regresar al castillo? —inquirió Bella.

—No sé. La señora Lockley disfruta del favor de la reina ya que buena parte de la guarnición de su majestad se aloja aquí. Mi señora podría quedarse conmigo, creo yo, si pagara el precio de mi compra. Soy de gran provecho para la posada. y cada vez que me envían al establecimiento de castigos, los clientes pagan por presenciar mi penitencia. En el local se reúne siempre gente, toman café, hablan, las mujeres cosen... y observan cómo zurren uno a uno a los esclavos. Y aunque el servicio lo pagan los dueños y las amas de los esclavos, los clientes pueden aportar, si lo desean, diez peniques para presenciar otra buena tanda de azotes.

Casi siempre que voy, me zurren tres veces, y ese dinero se reparte entre el local y mi señora. De modo que a estas alturas ya he recuperado con creces el precio pagado por mí en la subasta, y podría doblarlo si la señora Lockley me quisiera con ella.

—¡Oh, yo también tengo que hacer eso! —susurró Bella—. ¡Quizás haya sido demasiado obediente, demasiado pronto! —torció la boca llena de inquietud.

—No, no os preocupéis, eso no es cierto. Lo que debéis hacer es congraciaros con la señora Lockley. Y eso no se consigue siendo desobediente sino con buenas muestras de sumisión. Cuando acudáis al local de castigos, al que seguro iréis pronto porque nuestra ama no tiene tiempo para azotarnos a todos cada día como es debido, debéis ofrecer el mejor espectáculo posible, por muy duro que sea. En cierta manera, ese lugar resulta más duro que la plataforma pública.

—Pero ¿por qué? Vi la plataforma giratoria y me pareció atroz.

—El local para castigos es más íntimo, menos teatral —explicó el príncipe—. Siempre está muy concurrido. En un repecho de poca altura situado en la pared de la izquierda se alinean los esclavos, que esperan como yo he esperado esta mañana. Luego, en un pequeño estrado que apenas sobresale un metro por encima del suelo, se encuentran el encargado y su asistente, y las mesas de los clientes están pegadas al repecho y al escenario. El público se ríe y habla entre sí, no hace ni caso de gran parte de lo que pasa, y únicamente comenta algún hecho a la ligera.

»Pero si les gusta el esclavo, dejan de hablar y observan con atención. Se les puede ver por el rabillo del ojo, con los codos apoyados sobre el borde del escenario, y luego se oyen los gritos de "diez peniques" y vuelta a empezar. El encargado es un hombre grande y tosco. En cuanto llega vuestro turno, sois arrojado directamente sobre su rodilla. Lleva puesto un mandil de cuero y, antes de empezar, os embadurna con grasa, y lo cierto es que se agradece. Los azotes escuecen más pero, por otro lado, la grasa protege la piel, de veras. El mozo que le ayuda os sostiene la barbilla y espera el momento de sacaros fuera del escenario.

Entre ellos intercambian comentarios y risas. El encargado me estruja siempre con fuerza y me pregunta si estoy siendo buen chico. Lo hace del mismo modo en que le hablaría a un perro, con idéntica voz. Luego me coge bruscamente del pelo e importuna sin piedad mi pene, advirtiéndome que mantenga bien levantadas las caderas para que mi verga no se deshonre sobre su delantal.

»Recuerdo una mañana en la que un príncipe se corrió sobre el regazo del encargado. Y no he olvidado el castigo que se llevó. La zurra fue despiadada. Luego le hicieron andar en cuclillas por toda la taberna, obligándole a tocar con la punta de su verga todas las botas que había en el local para pedir perdón, siempre con las manos detrás de la nuca. Deberíais haberlo visto, adelantando y apartando sus caderas con grandes esfuerzos. A veces los parroquianos se compadecían de él y le despeinaban el pelo, aunque en la mayoría de casos no le prestaban la menor atención. Luego le obligaron a volver a casa en la misma dolorosa e ignominiosa postura, con la verga atada de tal manera que señalara directamente al suelo, pues para entonces ya volvía a estar lo suficientemente dura.

Oh, sí, al anochecer, el lugar de castigos, iluminado con velas y lleno de clientes bebiendo vino, puede llegar a ser peor que la plataforma giratoria.

Tengo que reconocer que en la plataforma nunca he llegado a perder toda la resistencia, ni quejarme y gemir pidiendo clemencia tanto como allí.

Bella permanecía callada, totalmente cautivada.

—Una noche en el local, —prosiguió el príncipe—, recuerdo que el público pagó para que me azotaran tres veces, además de la zurra que había ordenado mi señora. Pensaba que no tendría que soportar una cuarta paliza, que sería demasiado.

Yo estaba sollozando y aún había una buena hilera de esclavos esperando su turno. Pero aquella mano se acercó otra vez con el lubricante para frotar mis erupciones y arañazos y palmotearme la verga. De pronto, me encontré de nuevo cabalgando sobre aquella rodilla, ofreciendo un espectáculo aún mejor que los anteriores. Y, a diferencia de la plataforma pública, el saco de dinero para llevar a casa no os lo ponen en la boca sino que te lo introducen en el ano, perfectamente metido, con las cintas de cierre colgando por fuera. Aquella noche, tras las palizas, me obligaron a recorrer toda la taberna y pasar por cada una de las mesas para recaudar la propina, unas adicionales monedas de cobre que también me metieron a la fuerza en el ano hasta que estuve tan embutido como un pavo relleno listo para ser asado. La señora Lockley estuvo encantada con el dinero que gané.

Pero yo tenía las nalgas tan escocidas que cuando las tocó con los dedos me puse a gritar como un loco. Pensé que mostraría alguna compasión por mí, al menos por mi verga, pero no, la señora Lockley no es así. Aquella noche me entregó a los soldados, como siempre. Tuve que sentarme sobre innumerables regazos fastidiosos, con las posaderas irritadas. Me tocaron y atormentaron el miembro y lo palmotearon no sé cuantas veces antes de permitirme finalmente hundirlo en una ardiente princesita, e incluso en ese momento continuaron azotándome con un cinto para incitarme. Cuando me corrí, tampoco cesaron los golpes sino que continuaron igual que antes. La señora dijo que tenía una piel muy elástica, que muchos esclavos no hubieran podido aguantarlo, y desde entonces siempre se ha encargado de que reciba el máximo de azotes, como prometió hacer.

Bella estaba demasiado asombrada para decir palabra.

—¿Y a mí también me enviarán allí? —murmuró finalmente.

—Oh, desde luego. Al menos nos mandan para allá dos veces por semana, a todos nosotros.

Está muy cerca, callejuela arriba. Nos envían solos. Por algún motivo, eso siempre parece una de las partes más terribles del castigo. Pero cuando llegue el momento, no tengáis miedo. Recordad simplemente que si regresáis con un saquito de monedas en el trasero, haréis muy feliz a nuestra ama.

Bella apoyó la mejilla sobre la refrescante hierba. «No quiero regresar jamás al castillo —pensó—. No me importa lo duro que sea esto, ni lo aterrador que llegue a ser.» Miró al príncipe Richard.

—¿En alguna ocasión habéis pensado en escaparos? —quiso saber—. Me pregunto si los príncipes no piensan en eso.



—No —se rió—. Fue una princesa quien se escapó anoche, por cierto, y os diré un secreto. Aún no la han encontrado, pero no quieren que nadie se entere. Ahora volved a dormir. Esta noche el capitán estará de un humor terrible si no la han capturado para entonces. No pensaréis vos en escaparos, ¿no?

—No. —Bella sacudió la cabeza.

El príncipe se volvió hacia la puerta de la posada.

—Creo que ya llegan. Volved a dormir si podéis. Nos queda una hora más o menos.

## TIENDAS PÚBLICAS

*Tristán:*

Cuando empezó a anochecer, volví a convertirme en un corcel. Me sentía seguro con mis arreos y pensaba casi sardónicamente en la turbación de la noche anterior cuando la cola y la embocadura fueron testigos de humillaciones tan impensables. Llegamos a la casa solariega antes de oscurecer y, una vez en el interior, me escogieron para que hiciera de escabel para mi amo durante horas, agachado debajo de la mesa del comedor.

La conversación entre los comensales se prolongó largo rato. Allí había más gente, ricos granjeros y comerciantes de la ciudad que hablaban de las cosechas, el clima, el precio de los esclavos, y del hecho innegable de que el pueblo necesitaba más, no sólo los excelentes, preciosos y a menudo temperamentales siervos del castillo. Hacían falta tributos inferiores, esclavos corpulentos, hijos e hijas de nobles poco poderosos de territorios insignificantes, vasallos de su majestad a los que ella no necesitara ver. De vez en cuando esclavos como éstos llegaban directamente a la subasta del mercado. Entonces, ¿por qué razón no podía haber más?

Mi señor se mantuvo silencioso la mayor parte del tiempo. Comencé a vivir y respirar a la espera del sonido de su voz. Y al oír esta última sugerencia de uno de los presentes, preguntó secamente:

—¿Y quién estaría dispuesto a pedir eso a su majestad?

Yo escuchaba cada palabra, entresacaba significados, no tanto conocimientos que antes ignoraba sino una percepción acrecentada de mi humilde condición. Les oí contar historias sobre esclavos desobedientes, castigos, acontecimientos ordinarios que para ellos eran graciosos. Era como si ninguno de los esclavos que servían la mesa o hacían de escabeles, como yo mismo, tuviera oídos o juicio, ni que hiciera falta dedicarles la menor consideración.

Finalmente, llegó la hora de retirarse.

Con el pene a punto de reventar, ocupé mi lugar en el tiro para llevar el carruaje de regreso a la casa del pueblo. Al reunirme con los otros corceles me pregunté si habrían sido satisfechos como era habitual en la cuadra.

Cuando llegamos al pueblo despidieron a los demás caballos humanos y mi ama comenzó a fustigarme durante el corto trayecto que nos separaba del lugar de castigo público, que recorrí descalzo en la oscuridad.

Empecé a llorar, agotado y desesperado, tanto por el esfuerzo del día como por la necesidad anhelante que atormentaba mi pelvis. Mi señora manejaba la correa con más vigor que mi dueño. Me fastidiaba cruelmente darme cuenta de que era ella quien venía detrás de mí, con su precioso vestido, y que su manita era la que me guiaba. El día parecía infinitamente más largo que el anterior y cualquier impresión previa que me hubiera hecho creer que era capaz de acoger con beneplácito la plataforma pública se evaporó. Sentí un temor irrefrenable, un miedo peor que el de la noche pasada. Entonces sabía lo que era ser azotado allí arriba. El cariño demostrado por el amo después de la dura prueba parecía un absurdo arranque de fantasía.

Pero aquella noche no me tocaba sufrir ni el concurrido mayo ni la tan brillantemente iluminada plataforma giratoria.

Fui conducido a través de la multitud que circulaba por doquier y me metieron en una de las pequeñas tiendas situada detrás de las picotas. Mi señora pagó diez peniques en la entrada y a continuación me arrastró tras ella hasta las sombras del interior.

Allí, una princesa desnuda, con largas y relucientes trenzas de color cobre, estaba acucillada sobre una banqueta, con las rodillas muy separadas, los tobillos atados y las manos amarradas al poste de la tienda por encima de ella. Al oírnos entrar, agitó las caderas desesperadamente, pero tenía los ojos tapados con una venda de seda roja.

Cuando vi el suave, dulce y húmedo sexo que relucía con la luz de las antorchas de la plaza, pensé que no sería capaz de controlarme más. Incliné la cabeza preguntándome qué tormento conocería entonces, pero mi señora me dijo con suma dulzura que me levantara.

— He pagado diez peniques para que la poseas, Tristán — dijo.

Apenas podía creer lo que oía. Me volví para besarle los zapatos, pero ella se limitó a reírse y a repetirme que me pusiera en pie y gozara de la muchacha como prefiriera.

Procedí a obedecer pero de repente me detuve con la cabeza aún inclinada frente al ávido sexo femenino que estaba delante de mí. Me percaté de que mi señora permanecía muy cerca observando, y que incluso me acariciaba el pelo. Comprendí que iba a ser observado, aún más, estudiado.

Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo, y cuando me resigné a ello, un nuevo ingrediente potenció mi excitación. Mi verga se oscurecía como nunca y fluctuaba rápidamente como si intentara tirar de mí hacia delante.

— Lentamente, si lo deseáis — dijo mi señora — Es suficientemente bonita como para jugar con ella un rato.

Asentí. La princesa tenía una boca exquisita de rojos labios temblorosos que soltaban grititos, sofocados por la aprensión y la expectación. Sólo Bella, arrodillada en su lugar allí en la tienda, la hubiera superado.

Besé a la princesa casi con violencia y mis manos se aferraron a sus voluminosos pechos, masajeándolos y haciéndolos botar. La muchacha se sumió en un paroxismo de anhelo. Chupó mi boca con sus labios, su cuerpo se tensó hacia delante y yo bajé la cabeza para lamer sus pechos, primero uno y luego otro, mientras ella gritaba y balanceaba las caderas desenfrenadamente. Parecía excesivo esperar más a penetrarla.

Sin embargo, le di la vuelta, recorrí sus primorosas nalgas con mis manos y al pellizcar sus ronchas, verdaderamente pequeñas, soltó un encantador gemido de invitación y arqueó la espalda para enseñarme desde detrás su tierno sexo enrojecido, forzando la cuerda que sostenía con sus manos por encima del cuerpo.

Así era como quería poseerla, desde detrás, perforando su vagina hacia arriba, levantándola. Cuando la penetré, su apretado sexo pareció casi demasiado pequeño. Soltó fuertes gritos sofocados mientras yo me abría camino con fuerza a través de sus ardientes y húmedas profundidades.

Sus gritos sonaban desesperados. La penetraba adecuadamente, aunque mi verga no tocaba su pequeño clítoris. Yo lo sabía, pero no tenía intención de decepcionarla. Estiré la mano por debajo de su cuerpo y encontré aquel pequeño nódulo bajo el capuchón de piel húmeda. Separé los rollizos labios con cierta rudeza y cuando pellizqué el clítoris soltó un penetrante grito de agradecimiento, sin dejar de balancear hacia atrás sus delicadas nalguitas, apretándolas contra mí.

Mi señora se acercó un poco más. Su amplia falda de vuelo rozó mi pierna y luego noté su mano debajo de mi barbilla. Sentí una intensa agonía al percatarme de que me observaba e iba a ver mi rostro enrojecido en el momento del clímax.

Pero era mi sino. Justo en medio del placer, se apoderó de mí un intenso alborozo. Al sentir la mano de mi ama en las nalgas, embestí contra la joven princesa aún con más fuerza, bajo su atenta mirada, y acaricié el húmedo clítoris con una presión y ritmo impetuosos.

Mi miembro explotó y con los dientes apretados y el rostro al rojo vivo mis caderas continuaron fluctuando irremediablemente. El éxtasis arrancó un gruñido largo y grave de mi pecho. La Señora sostenía mi cabeza en sus manos, y mi respiración surgía con fuertes jadeos de alivio, mientras la princesa gritaba con el mismo delirio.

Me incliné hacia delante para abrazar aquel cuerpo menudo y cálido y apoyé la cabeza contra la suya, volviéndome para mirar a mi señora. Entonces sentí sus dedos tranquilizadores sobre mi cabello, y su mirada fija en mí. Tenía una expresión extraña, reflexiva, casi penetrante, con la cabeza un poco ladeada, con gesto meditativo, como si ponderara alguna conclusión. Posó su mano sobre mi hombro para hacerme saber que debía permanecer quieto, abrazando a la princesa, y me azotó las nalgas con el cinto mientras yo continuaba mirándola. Cerré los ojos pero el sufrimiento que me provocó la

correa hizo que volviera a abrirlos de inmediato. Entre nosotros se produjo un momento de extraña intensidad.

Yo no podía hablar pero, si acaso decía algo en silencio, mis palabras eran: «Sois mi señora, mi propietaria. Y no apartaré la vista hasta que me lo ordenéis. Contemplaré lo que sois y lo que hacéis.» Ella pareció oírlo y quedó fascinada.

Dio unos pasos hacia atrás y me permitió permanecer echado el suficiente rato para recuperar las fuerzas. Besé el cuello de la joven princesa.

Luego, vacilante, me arrodillé para besar los pies de mi señora y el extremo de la correa que colgaba de su mano.

La princesa no había sido suficiente para mí.

Mi pene volvía a ponerse erecto. Podría haber poseído a todos los esclavos que ofrecían su sexo en cada una de las tiendas. En un instante de desesperación tuve la tentación de besar otra vez los zapatos de mi señora y agitar las caderas para comunicárselo. Pero la completa vulgaridad del gesto me sobrepasaba, y ella tal vez se hubiera limitado a reírse y a fustigarme otra vez. No, tenía que esperar a que mi ama manifestara su deseo. Me parecía que en aquellos dos días aún no había fallado, fallado de verdad, en nada. Y no tenía ninguna intención de fallar tampoco en este momento.

Mi señora me mandó salir a la plaza con las habituales caricias de la correa. Su encantadora y menuda mano me indicó que me dirigiera a los puestos de aseo.

Mientras nos acercábamos, eché una ojeada en dirección a la plataforma pública, medio asustado por si este gesto daba alguna idea a mi ama, pero incapaz de dejar de mirar. La víctima era una princesa de piel aceitunada a la que no conocía, cuyo pelo negro estaba amontonado en lo alto de la cabeza y su largo cuerpo, de volúmenes sensuales y libre de grilletes, no paraba de brincar bajo la crepitante pala. Tenía un aspecto espléndido: los oscuros ojos entrecerrados y humedecidos, y la boca abierta incapaz de contener los gritos. Parecía absolutamente entregada. La multitud bailaba y daba alaridos, alentándola a seguir. Antes de que llegáramos al puesto de aseo, vi cómo arrojaban una lluvia de monedas sobre la princesa, igual que a mí la noche anterior.

Mientras me lavaban, le tocó el turno a uno de los esclavos más apuestos que jamás hubiera visto, el príncipe Dimitri, del castillo. Las mejillas me ardieron de vergüenza ajena al verlo atado por las rodillas y el cuello, con las manos ligadas a la espalda, mientras la multitud se mofaba de él. El príncipe sollozaba tras la mordaza de cuero, azuzado por la pala.

Pero mi ama me había descubierto mirando a la plataforma giratoria y yo bajé la vista y sentí una punzada de pánico.

Así la mantuve mientras emprendía la marcha de regreso a casa a lo largo de la calzada posterior que llevaba hasta la mansión.

«Seguro que me tocará dormir en algún sombrío rincón de la casa — pensé —, atado y quizás incluso amordazado. Es tarde, tengo el pene tieso como una vara de hierro y lo más probable es que mi señor esté dormido.»

Pero mi ama me instaba a continuar por el pasillo. Vi luz debajo de la puerta. Llamó y me miró sonriente:

– Adiós, Tristán – susurró, y antes de dejarme allí jugueteó un instante con un pequeño mechón de mi cabello.

## LAS INCLINACIONES DE LA SEÑORA LOCKLEY

Estaba casi oscuro cuando Bella se despertó.

Todavía había luz en el cielo, aunque ya se veían un puñado de diminutas estrellas. La señora Lockley, sin duda vestida para la velada de aquella noche, de rojo y con bordados en las abombadas mangas, estaba sentada sobre la hierba con la falda extendida a su alrededor formando un vistoso círculo. Tenía la pala de madera sujeta al cinto de su delantal, medio enterrada entre los volantes de lino blanco. Chasqueó los dedos para que los esclavos, que empezaban a despertarse, acudieran a ella. Una vez reunidos en corro a su alrededor, de rodillas y con las escocidas nalgas apoyadas en los talones, la señora Lockley sostuvo con sus dedos pedazos de fruta fresca, melocotones y manzanas, y los acercó amablemente a las bocas de sus esclavos.

– Buena chica – dijo al tiempo que acariciaba la barbilla de una encantadora princesa de cabello castaño a la que introducía un pedazo de manzana pelada en su ansiosa boca. Luego pellizcó su pezón con delicadeza.

Bella se ruborizó, pero los otros esclavos no mostraron la más mínima sorpresa ante esta muestra de repentino afecto.

Cuando la señora Lockley se quedó mirando directamente a Bella, la princesa, sin excesiva confianza, inclinó la cabeza hacia delante para recibir su pedazo de jugosa fruta y se estremeció al sentir la caricia de los dedos de la mesonera sobre los irritados pezones. Un repentino aluvión de sensaciones confusas le recordó cada detalle de la severa experiencia que había padecido en la cocina.

Volvió a ruborizarse, casi con vergüenza, y dirigió una tímida ojeada al príncipe Richard, que miraba impaciente a su dueña.

El bello rostro de la señora Lockley estaba sereno, su melena negra formaba una profunda sombra detrás de sus hombros. Al besar al príncipe Richard, las bocas abiertas de ambos se acoplaron, y ella procedió a acariciar su pene erecto y a mecer sus testículos. La breve historia del príncipe se había infiltrado en los sueños de Bella mientras ésta dormía tumbada en la hierba. La princesa no pudo evitar sentir una puñalada de celos y excitación al contemplar la escena. La actitud del príncipe era casi alegre. Sus ojos verdes estaban llenos de buen humor y su boca alargada, casi sensual, resplandecía con la humedad del trozo de melocotón que su dueña le introducía lentamente en la boca.

Bella no sabía con exactitud por qué su corazón latía con tal violencia.

La señora Lockley jugueteó del mismo modo con todos los esclavos. Hizo carantoñas entre las piernas a una rubia princesa hasta que ésta se retorció

como el gato blanco de la cocina y luego la obligó a abrir la boca para atrapar las uvas que le arrojaba. Besó al príncipe Roger más dilatadamente incluso que a Richard, tirando mientras tanto de los oscuros rizos púbicos que rodeaban su miembro y examinando sus testículos, lo que provocó en él un rubor tan profundo como el de Bella.

Luego la mesonera se sentó como si tratara de pensar. Bella tuvo entonces la impresión de que los esclavos intentaban atraer la atención de su ama de distintas formas sutiles. La princesa de pelo castaño incluso llegó a encorvarse y besar la punta del zapato de la señora Lockley que asomaba debajo de las enaguas de volantes blancos.

Pero una de las muchachas de la cocina se acercaba en ese momento con una gran fuente plana que depositó sobre la hierba. En cuanto la señora Lockley hizo chasquear sus dedos, todo el mundo empezó a sorber a lametazos el delicioso vino tinto de aquel recipiente. Bella nunca había saboreado algo tan dulce y exquisito.

Al vino siguió un denso caldo con pedazos de carne tierna fuertemente condimentados.

Luego, los esclavos volvieron a reunirse en corro. La señora Lockley señaló al príncipe Richard y a Bella y les indicó la puerta de la posada.

Los otros les dirigieron miradas penetrantes, llenas de hostilidad. «Pero ¿qué es lo que sucede? », se preguntó Bella. Richard avanzó a cuatro patas, todo lo rápido que pudo, aunque sin perder en ningún instante su ágil porte. Bella lo siguió pero se sintió torpe en comparación con él.

La señora Lockley encabezó la ascensión por los estrechos escalones que subían por detrás de la chimenea y seguidamente recorrió el pasillo, pasó de largo ante la puerta del cuarto del capitán y siguió andando hasta otro dormitorio.

En cuanto se cerró la puerta y la señora encendió las velas, Bella se percató de que se trataba de la alcoba de una mujer. La cama artesonada estaba guarnecida con coquetos bordados de lino y de los colgadores de la pared pendían vestidos de mujer. También había un gran espejo colocado encima del hogar.

Richard besó los pies de su señora y alzó la vista hacia ella.

—Sí, podéis quitármelas —dijo, y mientras el príncipe empezaba a desatarle las botas, la señora Lockley se soltó el corpiño y se lo pasó a Bella ordenándole que lo doblara cuidadosamente y lo dejara sobre la mesa. Ante la visión de la blusa suelta de su ama, sin la contención del pequeño jubón y la marca de los lazos que aún estrujaban el lino arrugado, dentro de Bella se desató una tempestad. Los pechos le dolían como si aún la estuvieran azotando sobre el tajo de la cocina. Bella ejecutó la orden de rodillas, doblando el tejido con manos temblorosas.

Cuando se dio media vuelta, la señora Lockley se había quitado también la blanca blusa de volantes. La visión de sus pechos era asombrosa.

Desató la pala de madera de su falda y luego se la desabrochó, sacándosela por los pies. A continuación cayeron las enaguas, que Bella recogió, con el

rostro encendido por un nuevo sonrojo al vislumbrar el suave y rizado vello negro del pubis y los grandes pechos con oscuros y duros pezones apuntando hacia arriba.

Bella dobló las enaguas, las dejó sobre la mesa y se volvió tímidamente. La señora Lockley, desnuda y probablemente tan hermosa como una esclava, con el pelo suelto como un velo negro que le cubría la espalda, indicó con un gesto a sus dos esclavos que se acercaran a ella.

La mesonera estiró la mano para alcanzar la cabeza de Bella y la atrajo lentamente hacia sí. La respiración de la muchacha surgía ronca y ansiosa.

Su vista estaba fija en el triángulo de pelo que tenía ante ella, bajo el cual apenas eran visibles los labios de color rosado oscuro. Había visto cientos de princesas desnudas, en todas las posiciones, pero aun así, la contemplación de esta señora desprovista de ropas la deslumbraba.

El rostro de Bella estaba empapado. Apretó espontáneamente la boca contra el brillante vello y los labios púbicos que despuntaban en el centro, pero no pudo evitar retraerse, como si se acercara a unas brasas ardiendo, y se llevó las manos a su enrojecido rostro, con gesto de incertidumbre.

Luego se aproximó al sexo de su señora con la boca abierta, sintió los espesos rizos pegados a su cara y los labios púbicos tan suaves y flexibles como nunca había sentido antes otros.

La señora Lockley adelantó las caderas y cogió las manos de Bella para llevarlas a su cintura, de modo que, de pronto, la muchacha tuvo a la mesonera entre sus brazos. Los pechos de Bella palpitaban violentamente, como si fueran a reventar por los pezones, y su propio sexo sufría convulsiones incontenibles. La princesa abrió ampliamente la boca, pasó la lengua bajo el grueso abombamiento de pliegues rojos y la introdujo súbitamente entre los labios púbicos para saborear los fluidos almizcleños, salados. Con un profundo suspiro, abrazó a la señora Lockley, con fuerza. Bella era vagamente consciente de que Richard se había puesto de pie detrás de la mujer y deslizaba los brazos bajo la mesonera para sostenerla. Las manos de Richard, posadas sobre los pechos de su ama, apretaban sus pezones.

Pero Bella estaba perdida en lo que tenía delante. La cálida seda del vello, los rollizos labios mojados, la humedad que rezumaba hasta su lengua, provocaron el frenesí en la muchacha.

Los suaves suspiros que llegaban de la mujer, aquellos jadeos de indefensión, encendieron una nueva chispa en Bella. Empezó a lamer como una loca, lanzando puñaladas con la lengua, como si la deliciosa carne salada fuera su único alimento.

Atrapó el duro y redondo clítoris con la punta de la lengua y lo chupó con toda la presión que podía ejercer, bajo el húmedo vello que tapaba su boca y nariz, empapándolas de la dulce fragancia almizcleña, mientras jadeaba aún con más fuerza que su ama. El diminuto tamaño del nódulo le impedía parar; era tan diferente a una verga y no obstante tan parecido al pene, aquella pequeña almendra que Bella sabía que era la fuente del arrebató de la mesonera. La princesa, entregada únicamente a aquel rapto, chupó, lamió y

mordisqueó hasta que la señora se quedó con las piernas separadas, gimiendo intensamente y moviendo las caderas con rápidas fluctuaciones. Todas las imágenes de la tortura en la cocina pasaron como un rayo por la mente de Bella aquélla era la mujer que le había golpeado los pechos y devoró la vulva cada vez con más vigor, casi mordiéndola, sorbiendo y ahondando en el sexo con la lengua y balanceando sus propias caderas al compás del movimiento. Finalmente, la señora Lockley gritó a pleno pulmón y sus caderas se congelaron en el aire a la vez que todo su cuerpo se paralizó.

—¡No! ¡Más, no! —casi chilló la señora. Agarró la cabeza de Bella, luego la soltó poco a poco y volvió a hundirse en los brazos del príncipe con la respiración entrecortada.

Bella se echó hacia atrás para sentarse de nuevo sobre sus talones. Cerró los ojos e intentó no esperar ninguna satisfacción, no imaginarse otra vez el pubis oscuro y reluciente, ni pensar en su succulento sabor. Pero no podía evitar tocarse el paladar con la lengua, una y otra vez, como si aún estuviera lamiendo a la señora Lockley.

Finalmente, la mesonera se puso en pie y se dio la vuelta para rodear a Richard con los brazos.

Lo besó y se restregó contra él agitando las caderas.

A Bella le resultaba doloroso observar pero no podía apartar la vista de las dos figuras que se elevaban sobre ella. Richard tenía el rojo pelo caído sobre la frente y con su musculoso brazo acercaba hacia él la estrecha espalda de la mesonera.

Pero entonces la mujer se volvió y, cogiendo a Bella por la mano, la acercó a la cama.

—Poneos de rodillas sobre la cama y quedaos de cara a la pared —ordenó, con las mejillas encendidas de un exquisito color—. Y separad bien esa preciosidad de piernas —añadió—. A estas alturas no tendría que hacer falta que os dijeran esto.

Bella obedeció al instante y se desplazó a rastras hasta quedarse de cara a la pared en el otro extremo de la cama, como le habían ordenado. Sentía una pasión tan feroz que le resultaba imposible detener sus caderas. Una vez más, las imágenes de las torturas que había sufrido en la cocina aparecieron como un rayo en su mente: aquel rostro sonriente y la pequeña lengua blanca de la correa que descargaba sus golpes sobre su pezón.

«Oh, perverso amor —pensó—, cuántos componentes inexpresables encierra.»

Pero la señora Lockley se estaba tumbando sobre la cama, colocada entre las piernas estiradas de Bella, con el rostro vuelto hacia arriba. Entrelazó los muslos de su esclava con los brazos e hizo que Bella descendiera hasta quedarse a horcajadas encima de ella.

Bella fijó la vista en los ojos de la mesonera mientras estiraba las piernas para separarlas aún más, hasta que su sexo quedó justo sobre el rostro de la señora Lockley. De pronto, la boca roja que veía debajo le inspiró tanto miedo como la del gato blanco de la cocina. Los ojos, grandes y vidriosos, eran como los del gato.



«Va a devorarme — pensó—. ¡Me va a comer viva!» Entretanto, su sexo se abría con silenciosas y voraces convulsiones.

Richard, desde detrás, sostuvo a Bella con sus manos y tomó sus irritados pechos igual que había cogido los de la señora Lockley. Al mismo tiempo, la princesa notó un fuerte impacto en la estructura de la cama y vio que la señora Lockley se ponía rígida y cerraba los ojos.

Richard había penetrado a su ama. El príncipe estaba de pie junto a la cama, entre las piernas separadas de la mesonera, y Bella sentía las convulsiones del rápido e impactante ritmo.

Pero la ardiente y delicada lengua de la señora Lockley había arremetido inmediatamente contra Bella. Chupaba con lametazos largos y pronunciados sus labios púbicos, obligándola a jadear ante la increíble dulzura de la penetrante sensación.

Bella dio un brinco. Temía a aquella lengua mojada, a pesar del vehemente deseo que sentía.

Los dientes de la señora Lockley habían atrapado su clítoris y lo mordisqueaban, chupándolo y lamiéndolo con un ardor que la asombró. La lengua la perforaba y la llenaba, y los dientes la corroían.

Richard aguantaba todo el peso de Bella en sus brazos, alargados y poderosos, mientras con sus embestidas sacudía la cama con un ritmo continuo y acompasado. «¡Oh, sabe cómo hacerlo!», se dijo la muchacha, aunque pronto perdió el hilo de sus pensamientos. Respiraba con exhalaciones prolongadas y graves, mientras las manos de Richard masajearan sus doloridos pechos y, por debajo, el rostro de la mujer continuaba metido en su vagina, invadiéndola con la lengua y adhiriendo los labios a su boca inferior para chuparla en una orgía de lametazos que hizo que un orgasmo abrasador se propagara por todo su cuerpo.

El clímax se dispersó en oleadas radiantes que casi la obligaron a postrarse, mientras las contundentes embestidas del príncipe continuaban cada vez más rápidas. La señora Lockley gemía contra el pubis de Bella y Richard, desde detrás, soltaba los mismos gritos profundos y guturales.

Bella se quedó colgando entre los fuertes brazos, totalmente extenuada.

Cuando quedó liberada, cayó lánguidamente a un lado y permaneció echada durante largo rato acurrucada al lado de su señora. Richard también se había desplomado formando un bulto sobre la cama. Bella estaba tumbada, medio dormida. Oía los sonidos indistintos del piso inferior, las voces que llegaban del bar, los gritos ocasionales de la plaza, los sonidos de la noche que descendía sobre el pueblo.

Cuando la princesa abrió los ojos, Richard estaba de rodillas, atando los lazos del delantal de su ama, mientras la señora Lockley acariciaba el largo pelo oscuro de su esclavo.

En cuanto el ama chasqueó los dedos para indicar a Bella que se levantara, la muchacha bajó apresuradamente de la cama y alisó rápidamente la colcha.

Se volvió y alzó la vista hacia su señora. Richard también se había arrodillado ante el delantal blanco como la nieve de su dueña, Bella ocupó su lugar junto a él y la mesonera les sonrió.

Durante unos instantes observó a sus dos esclavos, luego estiró la mano y estrechó el sexo de Bella. Dejó allí su cálida mano hasta que poco a poco, los labios púbicos aumentaron de tamaño, y la penetrante palpitación volvió a comenzar. Con la otra mano, la mesonera despertó la verga del príncipe, le pellizcó la punta y apretó juguetonamente, con suavidad, los testículos, al tiempo que le susurraba:

– Venid aquí, joven, nada de descansar.

El príncipe soltó un débil gemido, pero su miembro era obediente. Los cálidos dedos de la mujer también comprobaron la humedad de los labios congestionados de Bella.

– Veis, esta buena muchachita ya está preparada para el servicio.

Entonces alzó las barbillas de ambos y les sonrió. Bella sintió náuseas y debilidad. Había perdido toda resistencia.

Se quedó mirando fija y sumisamente los encantadores ojos oscuros de su señora. «Y por la mañana me azotará con la pala, sobre la barra del bar pensó Bella, como hace con los demás.» Pero la debilidad aumentaba todavía más. La breve historia de Richard se disolvía en ella con una claridad sensacional: el local de castigos, la plataforma giratoria. El pueblo llameaba en su mente. Se sentía afligida y ofuscada, incapaz de discernir si era buena o mala, o quizás ambas cosas.

– Levantaos – dijo la señora en voz baja con tono suave – y marchad a toda prisa. Ya está oscuro y aún no os habéis lavado.

Bella se levantó, al igual que el príncipe, y soltó un grito al notar que la pala de madera alcanzaba sus nalgas con un chasquido.

– Las rodillas altas – dijo en un amable susurro –. Jovencito – otro chasquido –, ¿me oís?

Les azotó con fiereza mientras se apresuraban escalones abajo. Bella estaba temblando, con el rostro enrojecido, estremecida por la pasión que la inflamaba de nuevo. Ambos fueron conducidos hasta el patio donde ya estaba listo el barreño de madera en el que iban a lavarles las muchachas de la cocina, quienes rápidamente se pusieron manos a la obra ejerciendo rudos restregones con el cepillo y frotándolos después con la toalla.

## SECRETOS EN LA ALCOBA INTERIOR

*Tristán:*

Cuando entré, el dormitorio de mi señor estaba inmaculado, como la noche anterior. La cama forrada de satén verde resplandecía a la luz de las velas.

Al ver a mi amo sentado al escritorio, con la pluma en la mano, atravesé el suelo de roble pulimentado lo más silenciosamente que pude y besé sus botas, no de un modo respetuoso, como hice antes, sino con gran cariño.

Temí que fuera a detenerme mientras yo lamía sus tobillos y me atrevía luego incluso a besar el cuero liso que enfundaba sus pantorrillas, pero no fue así. Ni siquiera parecía percatarse de mi presencia.

Me dolía el pene. La princesita de la tienda pública no había sido más que el entremés, y el mero acto de entrar en la habitación de mi dueño intensificó mi hambre. Pero, como me había sucedido antes, no me atreví a rogar con ningún tipo de movimiento vulgar o suplicante. Por nada del mundo hubiera contrariado a mi señor.

Lancé miradas furtivas hacia arriba, en dirección a su rostro concentrado y envuelto de pelo blanco que brillaba tenuemente. Entonces él se volvió, me miró y yo aparté tímidamente la vista, aunque tuve que hacer un gran esfuerzo para conseguirlo.

— ¿Os han lavado bien? — preguntó.

Asentí y volví a besarle las botas.

— Subíos al lecho y sentaos al pie de la cama, en la esquina más próxima a la pared — ordenó.

Yo estaba embelesado. Intenté controlarme.

Al sentir la colcha de satén contra las erupciones de mi piel me pareció tan calmante como el hielo.

Los dos días de azotes constantes habían conseguido que incluso la contracción de un único músculo produjera interminables reverberaciones de dolor.

Supe que mi amo se estaba desvistiendo, aunque no me atreví a mirar. Luego apagó todas las velas excepto las de la cabecera de la cama, donde había también una botella de vino junto a dos copas de metal con joyas incrustadas.

Pensé que debía de ser el hombre más rico del pueblo para disfrutar de tanto lujo. Y sentí el más puro orgullo que pueda experimentar un esclavo por tener un amo tan rico. Cualquier atisbo del príncipe que fui en mi propia tierra había desaparecido de mi mente.

Mi amo se encaramó a la cama y se acomodó contra los almohadones, con una rodilla levantada y el brazo izquierdo apoyado en ella. Se estiró para llenar las dos copas y luego me tendió una a mí.

Yo estaba desconcertado. ¿Acaso quería que bebiera de la copa igual que él? La cogí de inmediato y me recosté hacia atrás con la copa entre las manos. Entonces miré a mi dueño sin ningún pudor; no me había ordenado no hacerlo. Vi su tórax duro y delgado, con fragmentos de vello blanco rizado alrededor de los pezones, y mi mirada descendió por el centro del pecho hasta su vientre, que captaba con primor la luz de las velas. Su pene no estaba tan duro como el mío y quise remediarlo.

– Podéis beber el vino igual que yo – dijo como si me leyera el pensamiento. Completamente atónito, bebí como un hombre por primera vez en medio año y al hacerlo sentí cierta torpeza.

Tragué demasiada cantidad y me vi obligado a detenerme. Pero era un borgoña de crianza como no recordaba haber degustado.

– Tristán dijo mi amo en tono amistoso.

Le miré directamente a los ojos y bajé lentamente la copa.

– Ahora hablaréis para contestarme – dijo.

Mi asombro era indescriptible.

– Sí, amo – repuse en voz baja.

– ¿Me odiasteis anoche cuando hice que os azotaran en la plataforma giratoria? – preguntó.

Me sobresalté.

Dio otro trago de vino sin apartar la vista de mí. De pronto parecía siniestro, aunque yo no sabía por qué.

– No, amo – susurré.

– Más alto – me indicó –. No os oigo.

– No, amo – respondí. Me ruboricé con más intensidad que nunca. No hacía ninguna falta que me recordara la plataforma giratoria. En realidad no había dejado de pensar en ella en ningún instante.

– Además de «amo», también me podéis llamar «señor» – dijo –. Me gustan ambos. ¿Odiasteis a Julia cuando os dilató el ano con el falo de la cola de caballo?

– No, señor – contesté. El rubor ardía cada vez más en mi rostro.

– ¿Me odiasteis cuando os enganché al tiro con el resto de corceles y os obligué a arrastrar el carruaje hasta la casa solariega? No me refiero a hoy, que tan bien os habéis comportado, sino a ayer cuando observasteis horrorizado los arneses.

– No, señor – protesté.

– Entonces, ¿qué fue lo que sentisteis cuando sucedieron todas esas cosas?

Yo estaba demasiado estupefacto para poder responder.

– ¿Qué quería hoy de vos cuando os até tras otro par de corceles, cuando taponé vuestra boca y vuestro ano y os hice marchar con los pies descalzos?

– Sumisión – dije con la boca seca. Mi voz no me resultaba nada familiar.

– Y... ¿con más precisión?

– Que... que marchara con brío. Que recorriera el pueblo... de aquella manera... – yo estaba temblando. Quise sostener la copa con la otra mano intentando que pareciera un gesto despreocupado.

– ¿De que manera? – insistió.

– Enjaezado, amordazado.

– ¿Sí...?

– Atravesado por un falo y descalzo – tragué saliva pero sin apartar la mirada de él.

– ¿Y qué es lo que quiero de vos ahora? – preguntó.

Tuve que reflexionar por un momento.

– No sé. Yo... Que conteste a vuestras preguntas.

– Exactamente. Así que las contestaréis, completamente –añadió en tono amable, levantando ligeramente las cejas– y con pasajes profundamente descriptivos, sin ocultar nada y sin engatusamientos. Me daréis respuestas largas. De hecho, prolongaréis las respuestas hasta que yo planteo otra pregunta

Se estiró para alcanzar la botella y me llenó la copa.

– Bebed todo el vino que os apetezca –dijo–, hay de sobras.

– Gracias, señor –murmuré yo, con la vista fija en la copa.

– ¡Eso está un poco mejor! –dijo tomando nota de mi respuesta–. Ahora, volvamos a empezar. Cuando visteis por primera vez el tiro de corceles y os disteis cuenta de que ibais a formar parte de él, ¿qué se cruzó por vuestra mente? Permitidme que os recuerde: llevabais un grueso falo en el trasero con una buena cola de caballo sujeta a él. Luego estaban las botas y el arnés. Os estáis sonrojando. ¿Qué pensasteis?

– Que no podría soportarlo –expliqué, sin atreverme a hacer una pausa, con voz trémula. Que no podían obligarme a aquello. Que no lo conseguiría, que fallaría de algún modo. Que no podían enjaezarme a un carruaje y obligarme a tirar de él como un animal. Y la cola, parecía un adorno espantoso, un estigma. –Me ardía el rostro. Sorbí el vino pero él continuaba en silencio, lo cual quería decir que yo tenía que seguir con la respuesta–. Creo que fue mejor cuando apretaron los arneses y no pude escapar.

– Pero no hicisteis ningún movimiento para escaparos antes de esto. Cuando os llevé a casa azotándoos por la calle con la correa, estaba yo solo con vos, y entonces tampoco intentasteis salir corriendo, ni siquiera cuando los rufianes del pueblo os fustigaron.

– Oh, ¿de qué hubiera servido correr? –pregunté consternado–. ¡Me han enseñado a no echarme a correr! Sólo hubiera servido para atarme con cuerdas a cualquier sitio y golpearme, tal vez para azotarme la verga –me detuve al oír mis propias palabras–. O quizá, sólo me hubieran atrapado para enjaezarme de nuevo y volver a trotar arrastrado por los otros caballos. La mortificación hubiera sido mayor porque todos estarían al corriente de mi miedo, sabrían que había perdido el control y que me encontraba allí a la fuerza –bebí de la copa y me aparté el pelo de los ojos.

No, ya que había que hacerlo, era mejor someterse; era algo ineludible, o sea que tenía que aceptarlo.

Durante un segundo cerré los ojos con fuerza.

La vehemencia y el torrente de mis palabras me tenían asombrado.

– Pero también os habían enseñado a someteros a lord Stefan y sin embargo no lo hicisteis –replicó mi dueño.

– ¡Lo intenté! –exploté–. Pero lord Stefan...

– ¿Sí...?

– El capitán lo describió correctamente –balbucí. Mi voz sonaba frágil entonces. Las palabras brotaban con demasiada precipitación–. Antes había

sido mi amante y en vez de usar nuestra relación íntima a su favor, como amo, permitió que ésta lo debilitara.

–Qué exposición tan interesante. ¿Habló él con vos como estoy haciendo yo ahora mismo?

–¡No! ¡Nadie lo ha hecho nunca! –me reí breve y secamente—. Es decir, nunca me han permitido responder. Él me daba órdenes como cualquier noble del castillo. Me mandaba ceremoniosamente pero no podía disimular su terrible estado de turbación. No se puede expresar con palabras la excitación que le provocaba verme con una erección y sometién dome a sus deseos, pero aun así no era capaz de aguantarlo. Creo, bueno, a veces creo que si el destino hubiera invertido nuestras posiciones, tal vez yo le hubiera enseñado a hacerlo.

Mi amo se rió, con una risa espontánea y relajada. Bebió de su copa. Tenía el rostro animado y un poco más afable.

Mi alma intuyó una terrible sensación de peligro mientras lo miraba.

–Probablemente tengáis mucha razón –comentó—. A veces los mejores esclavos esconden a los mejores señores. Pero posiblemente nunca tendréis oportunidad de demostrarlo. Esta tarde hablé de vos con el capitán. He hecho todo tipo de indagaciones. Cuando erais libre, años atrás, superabais a lord Stefan en todos los aspectos, ¿no es cierto? Mejor jinete, mejor espadachín, arquero. Y él os amaba y os admiraba.

–Yo intenté destacar como esclavo suyo –continué—. Sufría jornadas interminables de humillaciones extremas. El sendero para caballos, y los demás juegos de la noche de fiesta en los jardines de su majestad. En algunas ocasiones me convertía en el juguete de la reina; lord Gregory, el señor de los esclavos, me inspiraba el más hondo temor. Pero nunca complací a lord Stefan porque él mismo no sabía cómo quería que lo complacieran. No sabía llevar el mando. Eran siempre otros nobles los que atraían mi atención.

Las palabras se me atascaron en la garganta.

¿Por qué tenía que contar estos secretos? ¿Por qué tenía que sacarlo todo a la luz y ampliar las revelaciones que ya había hecho el capitán? Sin embargo, mi dueño seguía sin abrir la boca. De nuevo reinaba aquel silencio, y era yo quien debía llenarlo.

–No dejo de pensar en el campamento de soldados –continué, con el silencio palpitando en mis oídos—. No sentía ningún amor por lord Stefan.

–Miré a los ojos de mi amo. El azul no era más que un matiz de azul, los oscuros centros parecían enormes, casi fulgurantes.

»Uno tiene que amar a sus señores –dije—.

Incluso los esclavos de las casas más humildes del pueblo pueden llegar a amar a sus rudos y trabajadores amos, ¿o no? , como yo amaba... a los soldados del campamento que me azotaban a diario.

Como amé por un momento...

–¿Sí? –inquirió.

– Como incluso amé al maestro de azotes la otra noche en la plataforma giratoria. Aquella mano que me levantaba la barbilla, que apretaba mis mejillas, aquella sonrisa amenazadora sobre mí. El poder de aquel grueso brazo...

Yo temblaba tanto como la noche pasada.

Pero aquel silencio continuaba...

– Incluso aquellos rufianes, como vos los habéis llamado, que me azotaron en la calle bajo vuestra mirada – dije alejándome de la imagen de la plataforma giratoria – tenían su forma de ruin encanto.

El rubor de antes no era nada comparado con el que sentía ahora. Me refresqué con el vino y aclaré la voz, pero el silencio volvía a dilatarse mientras bebía.

Levanté la mano izquierda para protegerme los ojos.

– Bajad la mano – dijo él – y decidme qué sentisteis antes de iniciar la marcha, cuando estuvisteis enjaezado correctamente.

La palabra «Correctamente» me perturbó.

– Era lo que yo necesitaba – repuse. Intentaba dejar de mirarlo, sin conseguirlo. Él tenía los ojos muy abiertos y su rostro a la luz de la vela era casi demasiado perfecto para ser el de un hombre, demasiado delicado. Sentí que un nudo se soltaba en mi pecho, se desataba –. Ya que..., bueno, ya que tenía que ser un esclavo, eso era lo que necesitaba. Y esta noche, cuando he vuelto a hacerlo, lo he hecho con orgullo. Sentía una vergüenza extrema. El rostro me palpitaba.

– ¡Me gustó! – susurré –. Es decir, esta noche, cuando fuimos a la casa solariega, me gustó.

La temprana carrera descalzo por el pueblo me había enseñado que uno puede sentir orgullo por trotar enjaezado de ese modo, en vez del otro. Y quería satisfaceros. Me complací en satisfaceros.

Apuré la copa y la bajé. Me sirvió más vino, y volvió a dejar la botella sobre la mesilla sin apartar la vista.

Experimenté una sensación de caída libre. Me estaba abriendo con mis propias confesiones como antes me habían abierto los falos.

– Pero quizás ésa no sea toda la verdad – seguí confesando, mirándolo con atención –. Aunque no hubiera dado ese paseo descalzo por el pueblo, seguramente me habrían gustado de todos modos las guarniciones del tiro. Y tal vez, a pesar de todo el dolor y miseria del paseo descalzo por el pueblo, me gustó porque vos me conducíais y vos me observabais. Sentí lástima por los esclavos que encontré a mi paso, a los que nadie parecía mirar.

– En el pueblo siempre hay alguien mirando – repuso él –. Si os amarro a una pared en la calle, y lo haré, siempre habrá quienes adviertan vuestra presencia. Los rufianes del pueblo vendrán a atormentaros otra vez, agradecidos de encontrar un esclavo desatendido al que poder torturar sin pagar por ello. Os azotarán y en menos de media hora os dejarán en carne viva. Cuando un esclavo se queda solo siempre se entera alguien, y viene a castigarlo. Y, como habéis dicho, es una forma de ruin encanto. Para un esclavo

bien adaptado, la más ordinaria fregona o el más miserable deshollinador pueden tener un encanto demoledor si se dejan absorber por la disciplina.

«Absorber», repetí en mi mente. La palabra era perfecta.

Se me empañó la vista. Empecé a subir de nuevo la mano para protegerme la cara pero al darme cuenta la bajé.

– Así que lo necesitabais – dijo él –. Necesitabais estar bien enjaezado, con la embocadura y las herraduras, y arreado con firmeza.

Hice un gesto de asentimiento. Tenía la voz tan velada que no podía hablar.

– ¿Y queríais complacerme? – dijo –. ¿Por qué?

– ¡No lo sé!

– ¡Sí lo sabéis!

– Porque... sois mi señor, mi dueño. Sois mi única esperanza.

– ¿Esperanza de qué? ¿De recibir el máximo castigo?

– No lo sé.

– ¡Sí lo sabéis!

– Mi única esperanza de un amor profundo, de entregarme perdidamente a alguien, no simplemente de perderme en todas esas batallas por romper mi resistencia y rehacerme, sino de perderme ante alguien de una crueldad sublime, de una excelencia sublime a la hora de imponerse.

Alguien que, de algún modo, sea capaz de ver, entre el fuego vivo de mi sufrimiento, la profundidad de la sumisión, y de amarme también. Era admitir demasiado. Me detuve, abrumado y seguro de no poder seguir hablando.

Pero continué, lentamente.

– Podría haber amado a muchos amos y señoras, quizá, pero vos estáis dotado de una belleza misteriosa que me debilita y me cautiva. Ilumináis los castigos. No..., no lo entiendo.

– ¿Qué sentisteis cuando os percatasteis de que os encontrabais en la fila de la plataforma giratoria, ¿cuando me implorasteis con todos aquellos besos en las botas y la multitud se rió de vos? Aquellas palabras me hirieron. Aquello también era demasiado real para recordarlo. Tragué con fuerza.

– Sentí pánico. Lloré, por ser castigado tan pronto y de esa manera después de haberme esforzado con tanto esmero. Pensé que no podía ser castigado para espectáculo de una multitud de gente vulgar; y vaya multitud, todos estaban allí para presidir mi penitencia. Cuando me recriminasteis por suplicar, sentí... sentí tal vergüenza que creí que no podría superarlo. Recordaba que no había hecho nada para recibir ese castigo. Me lo había ganado por el hecho de estar aquí, por ser lo que soy. Luego sentí remordimientos por haberos implorado. No volveré a hacerlo. Lo juro.

– ¿Y después? – preguntó él –. ¿Cuando os llevaron sobre el estrado y os subieron a la plataforma sin grilletes? ¿Aprendisteis algo de aquello?

– Sí, muchísimo – solté otra risita grave y ronca, no más de una sílaba –. Fue devastador.

– Primero, cuando dijisteis al guardia que no utilizara grilletes conmigo, experimenté ese miedo terrible a perder el control.



– Pero ¿por qué? ¿Qué habría sucedido si hubierais forcejeado?

– Que me habrían atado a la plataforma. Esta noche he visto a un esclavo atado de ese modo.

Anoche, sencillamente, asumí que sucedería de ese modo, y hubiera opuesto resistencia con todo mi cuerpo, igual que el príncipe de esta noche, debatiéndome salvajemente, despedazado por el terror, inundado y luego vaciado por el pánico.

Hice una pausa. Era absorbente, sí, me había sumergido en ello.

– Pero permanecí quieto – dije –. Y cuando me di cuenta ya no intentaba zafarme bajo los golpes. Me liberé de toda tensión. Experimenté ese alborozo tan singular. Me ofrecían a la muchedumbre y yo me sometía a ello. Acumulé en mí todo el frenesí de la multitud, y la multitud aumentaba el castigo con su disfrute. Yo pertenecía a la multitud, a cientos y cientos de amos y señoras.

Me rendía a su lascivia. No retenía nada, no me resistía en absoluto.

Me detuve. Él asentía lentamente con la cabeza, sin hablar. El calor pulsaba silenciosamente en mis sienes. Tragué el vino pensando en mis propias palabras.

– Fue igual, en pequeña escala – continué –, cuando el capitán me azotó. Él me castigaba por haber fallado después de su adiestramiento. Pero también me estaba poniendo a prueba, para ver si estaba diciendo la verdad en lo referente a Stefan, para confirmar si lo que necesitaba era subyugación. Intentaba desenmascaramme. En realidad, decía: «yo os voy a enseñar, ya veremos si podéis soportarlo.» y yo me ofrecí a su fusta, o al menos eso pareció. Nunca pensé, ni en el campamento ni siquiera en el castillo, bajo la mirada de los nobles y las damas, que podría danzar de ese modo bajo el látigo de un soldado en una plaza de pueblo llena de viandantes, a plena luz del día. Los soldados disciplinaron mi pene, me adiestraron, pero nunca lograron eso de mí. Pese a que me aterroriza lo que queda por venir y temo incluso los arneses de corcel, ahora siento que me entrego a todos los castigos en vez de intentar vencerlos con orgullo como en el castillo. Estoy volviendo mi interior hacia fuera. Pertenezco al capitán, y a vos, a todos los que observáis. Me estoy convirtiendo en mis castigos.

El se movió silenciosamente hacia mí, cogió la copa y la dejó a un lado. Luego me tomó entre sus brazos y me besó.

Abrí la boca ampliamente y respondí con avidez, pero él me puso de rodillas y se inclinó para llevar su boca a mi pene y envolverme las nalgas con los brazos. Lamió toda la longitud de mi miembro de un modo casi salvaje, cubriéndolo con la ardorosa presión húmeda de su lengua, mientras con los dedos me separaba las nalgas y me abría el ano. Su cabeza continuaba moviéndose adelante y atrás, absorbía toda mi verga, los labios se apretaban en torno a ella y luego la soltaban para rodear la punta con la lengua. Después reanudó los rápidos y casi enloquecidos lametazos, mientras sus dedos dilataban completamente mi ano. Por un momento se me aclaró la mente y susurré:

—No puedo contenerme.

Pero cuando él siguió todavía con más fuerza, con lametones más violentos, sujeté firmemente con ambas manos su cabeza y vertí el potente chorro en él.

Aquella succión que parecía querer vaciarme me hizo gritar con ritmo entrecortado, a ráfagas.

Cuando ya no pude aguantar más e intenté liberarme suavemente de su cabeza, él se incorporó y me echó boca abajo sobre la cama, levantó y separó mis muslos de un empujón y me aplastó contra las sábanas con las palma de la mano sobre el trasero, para echarse después sobre mi e introducirme el pene con fuerza. Debajo de él, yo parecía una rana. Los músculos de mis muslos ardieron con aquel delicioso dolor. Su peso me comprimía contra la cama. Su boca se abría ligeramente sobre mi nuca. Luego engancho mis rodillas retorcidas con sus manos para forzarlas a elevarse aún más.

Mi verga, exhausta, palpitaba doblada bajo mi cuerpo.

Mis nalgas se agitaban con ligeras convulsiones y la tensión me hacía gemir. Pero su miembro, que estaba atravesando mi trasero completamente abierto, parecía un instrumento inhumano. Me agrandaba, se apropiaba de mi núcleo, me vaciaba.

Eyaculé de nuevo con una serie de chorros repentinos. Era incapaz de permanecer pegado a la cama. Continué brincando debajo de él, y él me penetró aún más, hasta que soltó ruidosamente el gemido grave del clímax.

Me quedé tumbado jadeando, sin atreverme a destrabar mis piernas dobladas y aplastadas. Luego noté que él me bajaba las rodillas y se echaba a mi lado. Me obligó a volverme de cara a él y en ese intenso y exaltado momento de agotamiento, comenzó a besarme.

Intenté desprenderme de la languidez del sueño. Mi verga suplicaba un momento de respiro, pero él había acercado de nuevo su mano a mi pelvis. Me estaba levantando, me obligaba a arrodillarme, y dirigía mis manos hasta un mango de madera que había encima de nuestras cabezas colgado del techo artesonado de la cama. Mientras tanto, palmoteaba mi miembro con las manos y se sentaba con las piernas cruzadas ante mí.

Observé cómo mi pene se congestionaba por los golpes, con un placer cada vez más lento, pleno y atroz. Gemí en voz alta y, sin poder dominarme, me retorcí para escapar. Pero él tiró de mí hacia delante, me envolvió los testículos con la mano izquierda, pegándolos a mi verga y, con la otra mano, continuó con los crueles cachetes.

Mi cuerpo estaba en el caballete de torturas. Y también mi mente. En ese instante me di cuenta, mientras él me pellizcaba la punta del miembro, de que tenía la intención de conseguirlo una vez más, aunque tuviera que utilizar todas las tretas que fueran necesarias. La pellizcó, la acarició con sus dedos envolventes y luego la chupó con la lengua, dejándome completamente frenético. Tomó el lubricante del tarro que había usado la noche anterior y se embadurnó la mano derecha. Acercó los dedos a mi verga y la apretó como si fuera a acabar con ella. Yo gruñía con los dientes apretados, balanceaba las

caderas y, luego, una vez más, mi pene descargó hacia delante, con violentos y repetidos chorros. Me quedé colgado del mango de madera, ofuscado y verdaderamente vacío.

Aún había una vela encendida.

Al abrir los ojos, no supe cuánto tiempo había pasado. Pero debía de ser temprano. Los carruajes aún rodaban por la calzada al otro lado de la ventana.

Caí en la cuenta de que mi amo ya se había vestido y andaba de un lado a otro con las manos entrelazadas detrás de la espalda y el pelo enmarañado. Llevaba el jubón de terciopelo azul y la camisa blanca de lino, de largas mangas abombadas, ambos desabrochados. De tanto en tanto giraba sobre sus talones, se detenía bruscamente, se mesaba el pelo y luego continuaba recorriendo la habitación a paso regular.

Cuando me incorporé sobre el codo, temiendo que me ordenara marcharme, indicó con un gesto la copa y dijo:

– Podéis beber si os petece.

Levanté la copa de inmediato y me recosté contra el artesonado de la cama, observándole.

Mi señor continuaba recorriendo el cuarto de un lado a otro, luego se volvió y, con la mirada fija en mí, dijo:

– ¡Estoy enamorado de vos! – Se acercó un poco más para escudriñar mi mirada –. ¡Enamorado de vos! No simplemente por el placer de castigaros, que por supuesto es lo que voy a seguir haciendo, o por vuestro servilismo, que adoro y deseo vehementemente, también. Estoy enamorado de vos, de vuestra alma secreta, que es tan vulnerable como vuestra carne enrojecida por la correa, y de toda la fuerza que acumuláis bajo nuestro ejercicio conjunto del poder.

Yo me había quedado sin habla. Únicamente era capaz de mirarlo, perdido en la vehemencia de su voz y la mirada de sus ojos. Pero mi alma se reanimó de golpe.

Se apartó de la cama y, lanzándome miradas penetrantes, continuó paseando arriba y abajo por la habitación.

– Desde que la reina comenzó a importar esclavos desnudos para el placer – dijo mirando la alfombra que tenía bajo los pies –, siempre me ha desconcertado qué es lo que lleva a un príncipe fuerte, de ilustre cuna, a obedecer con una sumisión tan absoluta. Me he devanado los sesos para comprenderlo. – Hizo una pausa y luego continuó con los brazos en jarras, levantando las manos de vez en cuando con naturalidad.

– Todos los que han contestado en el pasado me han dado respuestas tímidas, avergonzadas. Vos habéis hablado de corazón y he comprendido que aceptáis vuestra esclavitud con la misma facilidad que ellos. Por supuesto, la reina me ha explicado que todos los esclavos pasan un examen antes de su selección. Sólo escogen los más aptos y hermosos.

Me miró. No me había percatado antes de que había pasado un examen. Pero inmediatamente recordé a los emisarios de la reina con los que tuve que reunirme en una estancia del castillo de mi padre. Recordé que me ordenaron

quitarme la ropa y me habían tocado y observado mientras yo me quedaba quieto permitiendo que aquellos dedos sondeadores actuaran. Yo no había exhibido ninguna pasión repentina pero quizá sus ejercitadas miradas habían visto más de lo que yo mismo era capaz de ver. También me habían friccionado la carne y luego me interrogaron y estudiaron mi rostro mientras yo intentaba contestar con repentino sonrojo.

—Son raras las ocasiones, si se dan, en las que un esclavo se escapa —continuó mi dueño—. Y la mayoría de los que huyen lo hace con el deseo de ser atrapados. Eso es obvio. Lo que les motiva es la provocación; su incentivo es el aburrimiento.

Los pocos fugitivos que se toman la molestia de robar alguna ropa a sus señores culminan la huida con éxito.

—Pero ¿la reina no monta en cólera contra los reinos de origen de los evadidos? —pregunté—.

Mi propio padre me advirtió de que la reina era todopoderosa y temible, que no era posible negarse a su petición de ofrecer tributos de esclavitud.

—Tonterías —replicó él—. La reina no va a enviar a la guerra a sus ejércitos por un esclavo desnudo. Lo único que sucede es que el esclavo llega a su país natal deshonorado. Sus padres reciben la petición de devolverlo y, si no lo hacen, el esclavo no obtiene ni un penique de su nada despreciable retribución. Eso es todo. Se quedan sin la paga. Por supuesto, a menudo los padres se avergüenzan de que su retoño se haya comportado como un blandengue y un inconstante. Una vez en casa, los hermanos y hermanas que ya han prestado vasallaje se muestran agraviados por el desertor. Pero ¿qué es eso para un joven y fuerte príncipe a quien el servicio le parece intolerable?

Se detuvo y me miró fijamente.

—Ayer hubo una fuga —dijo—. Fue una princesa y, por lo visto, a estas horas casi han abandonado la búsqueda. No han podido atraparla ni los campesinos leales ni en ningún otro pueblo. Ha llegado al reino vecino del rey Lysius, donde los esclavos siempre pueden cruzar la frontera sin riesgo.

¡Así que lo que había contado el esclavo corcel Jerard era cierto! Me senté, pasmado, pensando en el poco efecto que tenían aquellas palabras sobre mí. Mi mente estaba sumida en un caos.

Mi señor reanudó el recorrido por la habitación, lentamente, ensimismado en sus pensamientos.

—Por supuesto, hay esclavos que jamás se arriesgarían a correr ese peligro —añadió de repente—. No pueden soportar la idea de los pelotones de persecución, la captura, la humillación pública y otros castigos incluso peores. Una y otra vez, se estimula su pasión, se alimenta, se estimula otra vez y se alimenta de tal manera que ya no pueden distinguir el castigo del placer. Eso es lo que quiere la reina. Y lo más probable es que estos esclavos no puedan aguantar la idea de llegar a su casa e intentar convencer a un padre o una madre ignorantes de que el vasallaje en la corte de su majestad ha sido insoportable. ¿Cómo describir lo que les han hecho? ¿Cómo explicar que

aguantaron tanto, o el placer que despertó inevitablemente en ellos? No obstante, ¿por qué lo aceptan con tan buena disposición? ¿Por qué hacen tal esfuerzo por complacer? ¿Por qué están tan embelesados con la visión de la reina y las de sus amos y señoras?

La cabeza me daba vueltas. Y no era el vino el causante.

—Pero vos habéis arrojado mucha luz sobre los misterios de la mente del esclavo —continuó, mirándome otra vez, con el rostro serio, simple y hermoso a la luz de las velas—. Me habéis enseñado que para un esclavo de verdad, los rigores del castillo y del pueblo se convierten en una gran aventura. En el verdadero esclavo hay algo innegable que le hace adorar a los que ostentan incuestionablemente el poder. Ansía la perfección incluso en su estado de esclavo, y ésta para un esclavo desnudo consiste en rendirse a los castigos más extremos. El esclavo espiritualiza estas órdenes, no importa cuán crudas y dolorosas sean. Y todos los tormentos del pueblo, más incluso que las humillaciones decorosas del castillo, van cayendo vertiginosamente uno sobre otro en una corriente de excitación. Se acercó a la cama, y creo que detectó el temor en mi rostro cuando alcé la vista.

—¿Y quién entiende el poder y lo venera más que los que lo han poseído? —inquirió—. Vos que lo habéis poseído lo entendisteis cuando os arrodillasteis a los pies de lord Stefan.

Me levanté y me cogió en sus brazos.

—Tristán —susurró—, mi hermoso Tristán.

Aunque nos habíamos depurado de todo placer, nos besamos febrilmente, abrazándonos con fuerza uno al otro, desbordantes de afecto.

—Pero, hay más —le susurré al oído mientras me besaba casi con ansiedad—. En esta pendiente descendente, es el señor quien crea el orden, el amo es quien saca al esclavo del caos de abusos que le absorbe. Lo disciplina, lo refina, y continúa estimulándolo de manera que los castigos aleatorios nunca podrían brindar. Es el señor, no los castigos, quienes lo perfeccionan.

—Entonces, no lo absorbe, sino que lo envuelve —dijo, besándome con calma.

—Nos encontramos perdidos, una vez tras otra —dije yo— y sólo nuestro amo nos puede rescatar.

—Pero incluso sin ese amor único y omnipotente —insistió—, estáis atrapados en una matriz de atención y placer implacables.

—Sí —convine. Asentí mientras le besaba la garganta y los labios—. Pero es glorioso —susurré yo—. Si uno adora a su amo, el misterio queda intensificado gracias a esa figura irresistible que ocupa su centro.

Nuestro abrazo era rudo y dulce a la vez, no parecía posible superar tanta pasión.

Muy lentamente, con suavidad, retrocedió.

—Levantaos —ordenó—. Sólo es medianoche y hace un cálido aire primaveral en el exterior. Me apetece dar un paseo por el campo.

## BAJO LAS ESTRELLAS

*Tristán:*

Se desabrochó los pantalones para meterse la camisa por dentro, ató las lazadas y luego se anudó el jubón. Yo me apresuré a atarle las botas, pero él no hizo ningún gesto de agradecimiento, sólo me indicó que volviera a levantarme y lo siguiera.

En cuestión de momentos estábamos en la calle. El aire nocturno era cálido y caminamos silenciosamente por el entramado de callejuelas, hacia el oeste, fuera del pueblo.

Yo iba a su lado con las manos enlazadas a la espalda y, cada vez que nos cruzábamos con otras figuras oscuras, la mayoría de ellas señores solitarios acompañados por un único esclavo que marchaba a solas, bajaba la vista, ya que parecía más respetuoso.

Había muchas luces encendidas en las apiñadas casas de pequeñas ventanas y encumbrados tejados. Al doblar por una amplia calle, vi a lo lejos, hacia el este, las luces del mercado y oí el clamor de la multitud congregada en el lugar de castigo público.

La sola visión del perfil de mi amo en la oscuridad, la apagada luminosidad de su cabello, me excitaba. Mi consumida verga estaba lista de nuevo para volver a la vida. Un toque, incluso una orden, lo hubieran conseguido. Aquel estado de disposición, en la oscuridad, estimulaba todos mis sentidos.

En cuanto llegamos a la plaza de los mesones, de repente, una gran cantidad de luces brillantes nos iluminaron. Las antorchas fulguraban por debajo del elevado letrero pintado del Signo del León y a través de la puerta abierta del local nos llegaba el clamor de un numeroso gentío.

Seguí a mi amo hasta el umbral de la puerta.

Cuando entró hizo un gesto para que me pusiera de rodillas y esperara allí. Me apoyé sobre mis talones y recorrí el lugar con la vista. Por todos lados había hombres que reían, hablaban y bebían de sus jarras. Mi amo se había acercado al mostrador para comprar un odre entero de vino que ya sostenía en sus manos mientras conversaba con la hermosa mujer de cabello oscuro y falda roja que aquella mañana había visto castigando a Bella.

Luego, en lo alto de la pared, detrás del mostrador, descubrí a Bella. Estaba atada, con las manos amarradas por encima de la cabeza, el hermoso pelo dorado caído tras los hombros y las piernas colocadas a horcajadas encima de un barril inmenso sobre el que descansaba con los ojos cerrados, sumida al parecer en un agradable sueño, con su voluptuosa boca rosada medio abierta. A uno y otro lado había más esclavos, todos ellos amodorrados como si estuvieran profundamente fatigados, en una actitud de resignación desesperanzada.

Oh, si Bella y yo pudiéramos pasar a solas por lo menos un momento. Si pudiera hablar con ella y explicarle lo que había aprendido y los sentimientos que se habían despertado en mí.

Pero mi amo había vuelto y, tras ordenarme que me levantara, inició la marcha para salir de la plaza. No tardamos en encontrarnos en las puertas occidentales del pueblo y en cosa de nada andábamos por el camino que llevaba a la casa solariega.

Me rodeó con el brazo y me ofreció el odre.

La sensación de tranquilidad era agradable bajo la alta bóveda de las estrellas. Únicamente nos pasó un carruaje durante el paseo, como una visión a la luz de la luna.

Se trataba de un tiro de doce princesas que trotaba con brío ante el elegante coche. Aquellas preciosidades iban enjaezadas en fila de a tres, con correas de cuero blanco como la nieve, y el carruaje estaba bañado en oro. Para mi asombro, la que conducía el carruaje junto a un hombre alto era mi señora Julia, y ambos saludaron a mi amo al pasar junto a nosotros.

—Éste es el alcalde del pueblo — me indicó mi señor con voz pausada.

Torcimos antes de alcanzar la casa solariega pero yo ya intuía que nos encontrábamos en las tierras de mi dueño. Caminamos sobre la hierba, entre los frutales, en dirección a las cercanas colinas cubiertas por un denso bosque.

No sabía cuánto rato habíamos caminado, quizás una hora. Finalmente nos acomodamos en una alta ladera a medio camino de la cumbre de la colina, con el valle a nuestros pies. Estábamos en un claro lo bastante grande como para encender un fuego y recostarnos sobre la hierba, con los altos árboles meciéndose sobre nosotros.

Mi señor se ocupó del fuego hasta que ardió con suficiente llama. Luego se tumbó de espaldas.

Yo estaba sentado con las piernas cruzadas, contemplando las torres y edificios altos del pueblo.

Desde nuestra posición alcanzaba a ver el fulgor brillante del lugar de castigo público. El vino me estaba dejando adormilado y mi amo se había estirado con las manos en la nuca y los ojos completamente abiertos, fijos en el cielo azul oscuro iluminado por la luz de la luna y en la gran extensión de las constelaciones, que brillaban sobre nosotros.

—Nunca he querido a ningún esclavo como a vos — dijo con calma.

Intenté dominarme. Durante un momento, quise oír únicamente mi corazón en la quietud de la noche. Pero me apresuré a preguntar:

—¿Me compraréis a la reina para que me quede en el pueblo?

—¿Sabéis lo que decís? —replicó él—. No habéis aguantado aquí más que dos días.

—¿Serviría de algo que os suplicara de rodillas, que besara vuestras botas y que me postrara?

—No es preciso —contestó—. A finales de semana iré a ver a la reina para presentarle mi informe habitual de las actividades de invierno del pueblo. Tan seguro como me llamo Nicolás que haré una oferta a la reina para compraros, para quedarme con vos definitivamente y defenderé mi petición con todo empeño.

– Pero lord Stefan...

– Dejad a lord Stefan para mí. Voy a haceros una predicción sobre lord Stefan: cada año, la noche del solsticio de verano tiene lugar un extraño ritual. Todos los habitantes del pueblo que desean convertirse en esclavos durante los siguientes doce meses se presentan a un examen en privado. Con este motivo, se instalan tiendas en las que desnudan a los lugareños que quieren ser esclavos para realizarles una exploración cuidadosa y minuciosa. Lo mismo sucede entre los nobles y damas del castillo. Nadie está del todo seguro de quién se ha ofrecido a pasar el examen.

Pero a medianoche, el día del solsticio de verano, tanto en el castillo como desde lo alto del estrado del mercado del pueblo, se anuncian los nombres de todos los que han sido aceptados. Naturalmente, sólo son una pequeña proporción del total que se ha presentado, los más hermosos, los de aspecto más aristocrático, los más fuertes.

Cada vez que se anuncia un nombre a gritos desde el estrado, la multitud se vuelve a buscar al elegido; aquí todo el mundo se conoce, como es natural, y el nuevo esclavo es encontrado de inmediato para subirlo a toda prisa a la plataforma, donde lo desnudan. Sin duda hay escenas de terror, arrepentimiento y un miedo nada despreciable en el momento en que se cumple su deseo de un modo tan violento, despojados de toda la ropa y con el pelo suelto, mientras la multitud disfruta tanto como en la subasta. Los príncipes y princesas esclavos, y especialmente los que han recibido algún castigo del nuevo esclavo del pueblo, gritan de júbilo para manifestar su aprobación.

»Luego envían al castillo a las víctimas del pueblo, donde servirán en las tareas más humildes durante un año glorioso, casi como los príncipes y princesas.

»Y en el pueblo recibimos a los nobles y damas del castillo que se han ofrecido de forma similar, a los que sus iguales han desnudado en los jardines del placer del castillo. A veces son tan pocos que no llegan más que tres. No podéis imaginar la excitación que se vive esa noche cuando los traen para la subasta. Nobles y damas son llevados a la plataforma de subastas, y los precios alcanzan cantidades desorbitadas. El alcalde casi siempre compra uno, pues cada año tiene que renunciar de mala gana a la adquisición del año anterior. A veces mi hermana, Julia, compra otro. Una vez llegaron hasta cinco, el año pasado tuvimos tan sólo dos, y de vez en cuando hay que conformarse con uno. El capitán de la guardia me ha dicho que este año todo el mundo apuesta a que entre el grupo de exiliados del castillo estará lord Stefan.

Yo estaba demasiado encandilado y sorprendido para contestar.

– Por lo que habéis dicho, lord Stefan no sabe imponerse, y la reina está al corriente de ello. Si se ofrece, será elegido.

Me reí para mis adentros.

– ¡No se puede ni imaginar lo que le espera! – comenté con toda tranquilidad. Sacudí la cabeza. Y volví a reírme en voz baja, intentando reprimirme.



Nicolás volvió la cabeza para sonreírme.

– Pronto seréis mío, mío para tres, quizá cuatro años –y cuando se incorporó y se apoyó en el codo yo me tendí a su lado y lo abracé. Sentía renacer la pasión en mí pero él me ordenaba estar tranquilo, así que permanecí quieto, intentando obedecer, con la cabeza apoyada sobre su pecho y su mano sobre mi frente.

Después de un largo intervalo, pregunté:

– Amo, ¿se otorga alguna vez una petición a un esclavo?

– Casi nunca –susurró–, porque a un esclavo nunca se le permite pedir. Pero hacedlo. Permitiré al menos eso.

– ¿Sería posible que me enterara de cómo le va a otra esclava, si es obediente y resignada o si la castigan por rebelde?

– ¿Por qué?

– Vine en el carro con la esclava del príncipe de la Corona. Se llama Bella. Era muy fogosa. En el castillo causaba sensación por sus pasiones e incapacidad para ocultar incluso las emociones más momentáneas. Cuando bajábamos en la carreta me hizo la misma pregunta que vos: ¿Por qué obedecemos? Ahora está en el Signo del León. Es la esclava que mencionó ayer el capitán junto al pozo después de que me azotara. ¿Hay alguna manera de enterarse si ha descubierto la misma aceptación que yo? Sólo preguntar, quizá... Sentí su mano que tiraba con ternura de mi pelo y los labios que me besaban la frente. Habló en voz baja:

– Si queréis, os permitiré verla mañana y podréis preguntárselo vos mismo.

– ¡Amo! –estaba demasiado agradecido y maravillado para expresar lo que sentía con otras palabras. Permitted que le besara los labios. Luego me atreví a besarle las mejillas e incluso los párpados.

Me dedicó la más sutil de las sonrisas y me recostó de nuevo sobre su pecho.

– Ya sabéis que os espera un arduo y duro día antes de que la podáis ver –advirtió.

– Sí, señor –respondí.

– Y ahora, a dormir –dijo–. Mañana tenéis mucho trabajo en los huertos de la granja antes de volver al pueblo. Luego, enjaezado a una carretilla con un buen cesto lleno de fruta, tendréis que tirar de él de vuelta a la casa del pueblo, y quiero acabar para el mediodía, para que os castiguen con la plaza abarrotada de público en la plataforma giratoria.

Durante un momento, se apoderó de mí una pequeña oleada de pánico. Me apreté a él un poco más y sentí que sus labios me rozaban con ternura la frente.

Luego se separó con suavidad y se puso boca abajo para dormir, con el rostro a un lado y el brazo izquierdo enrollado debajo del cuerpo.

– Pasaréis la tarde en las cuadras públicas para ser alquilado como corcel –dijo–. Trotaréis por el camino para corceles de las cuadras, enjaezado y preparado, y espero oír que mostrasteis tanto brío que os alquilaron de inmediato.

Mire su elegante silueta bajo la luz de la luna

El blanco reluciente de sus mangas, la forma perfecta de sus pantorrillas enfundadas en el cuero flexible. Le pertenecía. Le pertenecía por completo.

– Sí, amo – respondí con un susurro.

Me puse de rodillas y me doblé en silencio sobre él para besarle la mano derecha que reposaba sobre la hierba.

– Gracias, amo.

– Por la noche hablaré con el capitán para que nos envíen a Bella – añadió.

Debía de haber pasado una hora.

El fuego se había extinguido.

Él estaba profundamente dormido, podía detectarlo por su respiración. No llevaba armas, ni siquiera una daga escondida bajo la ropa. Yo sabía que podía subyugarlo con facilidad. Él no tenía ni mi peso ni mi fuerza; además, seis meses en el castillo habían tonificado mis músculos. Podría haberle quitado las ropas, dejarlo atado y amordazado y emprender la huida hacia la tierra del rey Lysius. Incluso llevaba dinero en los bolsillos.

Pero, con toda seguridad, él ya había tenido en cuenta todo esto antes de que saliéramos del pueblo.

O bien me ponía a prueba o estaba tan seguro de mí que ni siquiera se le pasaba por la imaginación. Allí echado y despierto, en la oscuridad, yo tenía que aprender por mí mismo lo que él ya sabía. ¿Sería capaz de escaparme entonces, que tenía la oportunidad?

La decisión no fue difícil. Pero cada vez que me decía a mí mismo que, por supuesto, no iba a hacerlo, me encontraba pensando en ello. Escapar, volver a casa, enfrentarme a mi padre, decirle que desenmascarara a la reina, o ir a otra tierra en busca de aventura. Supongo que no hubiera sido un ser humano si al menos no hubiera considerado la posibilidad de hacerlo.

También imaginé que me atrapaban los campesinos. Que me llevaban de regreso al castillo, atado y desnudo, sobre la silla del capitán de la guardia, para recibir alguna penitencia indescriptible por lo que había hecho, y perder tal vez para siempre a mi señor.

Pensé en otras posibilidades. Las consideré exhaustivamente y luego me di media vuelta y me arrimé a mi amo. Deslicé el brazo con suavidad en torno a su cintura y apreté el rostro contra el terciopelo de su jubón. Tenía que dormir un poco.

Al fin y al cabo, había mucho que hacer por la mañana. Casi podía ver a la multitud que rodeaba la plataforma giratoria al mediodía.

En algún momento antes del amanecer, me desperté.

Creí haber oído algún ruido en el bosque.

Pero al escuchar con más atención, tumbado en la oscuridad, percibí únicamente el murmullo habitual de las criaturas de la noche. Nada perturbaba su paz. Miré hacia el pueblo que dormía allá a lo lejos, bajo abombadas nubes luminosas, y creí detectar alguna alteración en su aspecto. Las puertas estaban cerradas. Pero quizá siempre estaban cerradas a esta hora. No era problema mío. Seguro que por la mañana estarían abiertas.

Me puse boca abajo y me acurruqué otra vez junto a mi amo.

## REVELACIONES Y MISTERIOS

En cuanto bañaron a Bella, con su larga melena limpia y seca, la señora Lockley la llevó a palazos a través de la concurrida posada hasta salir bajo el letrero del Signo del León iluminado por la luz de las antorchas. Una vez allí le indicó que permaneciera sobre los adoquines.

La plaza también estaba repleta de gente: hombres jóvenes que entraban y salían en tropel de los diversos mesones, la mayoría de los comerciantes del pueblo y unos pocos soldados. La señora Lockley alisó el cabello de Bella, le ahuecó rudamente los rizos de la entrepierna y le dijo que se irguiera y sacara pecho como era debido.

Casi al instante Bella oyó un caballo que se aproximaba y, al mirar a la derecha hacia el extremo más alejado de la plaza, vio las puertas abiertas del pueblo, la forma de la campiña oscura bajo el cielo más claro y la figura negra de un alto soldado que se aproximaba a caballo.

Los cascos repicaban sobre las piedras y resonaban en los muros mientras la montura avanzaba pesadamente en dirección al Signo del León, hasta que el jinete tiró bruscamente de las riendas al llegar a su altura y se detuvo.

Como había esperado y soñado Bella, era el capitán, con su pelo reluciente como una capa de oro a la luz de las antorchas.

La señora Lockley dio un empujoncito a Bella para alejarla de la puerta de la posada y el capitán obligó a su caballo a rodear lentamente a la muchacha, que permanecía de pie, con la vista baja sobre sus pechos cimbreados, movidos por aquel violento y delicioso latir de su corazón.

La enorme espada del capitán centelleaba a la luz de las antorchas y el manto de terciopelo caía tras él formando una sombra de un color rosa oscuro. A Bella se le cortó la respiración cuando vio la brillante y lustrosa bota del oficial y el costado poderoso del animal que pasaba de nuevo ante ella. Luego, cuando el caballo se acercó peligrosamente, casi obligándola a retroceder, sintió que el brazo del capitán la cogía y la levantaba por los aires para posarla sobre el caballo, de cara a él, con las piernas desnudas rodeándole la cintura, mientras ella le arrojaba los brazos alrededor del cuello para agarrarse con fuerza.

El caballo se encabritó y partió aceleradamente. Salió de la plaza por las puertas de la muralla y continuó corriendo por la carretera que atravesaba los campos de cultivo.

Bella se movía arriba y abajo con las sacudidas, y su sexo se abría contra el frío latón de la hebilla del cinturón del capitán. Sus senos se apretaban contra el pecho de él, y su cabeza caía hacia delante, apoyada contra su fuerte hombro. Casitas y campos pasaban volando ante ella bajo la mortecina luna creciente, y luego divisó el perfil oscuro de una elegante casa solariega.

El caballo penetró en la oscuridad más densa del bosque y continuó trotando mientras el cielo se esfumaba sobre sus cabezas, la brisa levantaba el

pelo de Bella y la mano del capitán la abrazaba. Finalmente, divisaron unas luces, el resplandor vacilante de las hogueras de un campamento.

El capitán aminoró la marcha. Se aproximaron a un pequeño círculo formado por cuatro tiendas blancas como la nieve donde Bella vislumbró a una veintena de hombres reunidos en torno al gran fuego encendido en el centro del círculo.

El capitán desmontó y dejó a Bella postrada de rodillas junto a sus talones. Ella se quedó allí, agazapada, sin atreverse a levantar la vista hacia los soldados. Los altos árboles se elevaban sobre el campamento, delineados por el parpadeo espectral de la hoguera.

Bella se emocionó ante la espeluznante oscilación de la luz, aunque esto le provocó un profundo terror.

Luego, para su consternación, vio una tosca cruz de madera clavada en el suelo frente al fuego, con un corto y grueso falo que se erguía desde el punto de unión de los dos maderos. La cruz no alcanzaba la altura de un hombre. La pieza transversal estaba clavada a la parte delantera del otro madero, desde donde sobresalta el falo hacia arriba y hacia delante formando un leve ángulo.

Bella sintió un nudo en la garganta al mirar fijamente la cruz bajo la tétrica e inconstante luz del fuego y rápidamente bajó la vista en dirección a la bota del capitán.

— Bien, ¿han vuelto ya los patrulleros? — le preguntaba el capitán a uno de sus hombres. Bella vio los pies del soldado plantados ante ella—. Y vosotros, ¿no habéis tenido suerte?

— Han regresado todos menos uno, señor — dijo el hombre— y hemos tenido suerte pero no como esperábamos. La princesa no aparece por ningún lado. Es posible que haya alcanzado la frontera.

El capitán soltó una imprecación de disgusto.

— Pero a éste — dijo el hombre— lo cazamos al anochecer en el bosque, al otro lado de la montaña.

Tímidamente, Bella alzó la vista y distinguió a un príncipe desnudo, alto y fornido, al que empujaron hacia la luz del fuego. Tenía el cuerpo lleno de polvo y los testículos atados a su pene erecto con un par de pesos de hierro que colgaban de las correas.

La alargada y amplia maraña de pelo castaño estaba llena de trozos de hojas y tierra. Sus piernas y su imponente torso exudaban poderío. Era uno de los esclavos más grandes que había visto jamás. Y miraba directamente al capitán con unos ojos marrones que mostraban una mezcla de temor resentido y excitación.

— Laurent — dijo el capitán en voz baja—. El castillo aún no ha avisado de su desaparición.

— No, señor. Ha recibido dos azotainas; tiene las nalgas en carne viva. Los hombres también lo han castigado. Creí que era lo que queríais, nada de dejarlo tranquilo. Pero esperamos vuestra orden para copular con él.

El capitán asintió con un gesto. Estaba estudiando al esclavo con evidente enfado.

— El esclavo personal de lady Elvira — dijo.

El soldado que sujetaba al príncipe por los brazos tiró de su cabellera hacia atrás y la luz alcanzó el rostro del evadido, cuyos ojos se entrecerraron sin dejar de mantener la mirada fija en el capitán.

—¿Cuándo os escapasteis? —preguntó el capitán. Dio dos largas zancadas hacia el príncipe y le retorció la cabeza hacia atrás con más crueldad aún. Bella veía claramente a ambos hombres recortados contra la luz del fuego. El príncipe era más grande que el capitán y su cuerpo temblaba bajo la mirada escudriñadora de éste.

—Perdonadme señor —susurró el esclavo—.

Ha sido a última hora de hoy cuando he escapado. Perdonadme.

—¿No habéis ido muy lejos, eh, mi guapo príncipe? —preguntó el capitán. Luego se volvió al oficial—: ¿Así que los hombres se han divertido con él?

—Dos y tres veces cada uno, señor. Le han hecho correr y lo han flagelado a conciencia. Está listo.

El capitán sacudió la cabeza lentamente y cogió al esclavo por el brazo.

El corazón de Bella se estremeció. Continuaba arrodillada en el suelo e intentaba mantener las piernas separadas y disimular las miradas furtivas que lanzaba al príncipe

—¿Planeasteis esta intentona con la princesa Lynette? —inquirió el capitán empujando al esclavo hacia la cruz.

—No, señor, lo juro —respondió el príncipe tropezando—. Ni siquiera sabía que se hubiera escapado. —Mantén las manos enlazadas tras la nuca pese a que estaba a punto de caerse. Bella lo vio entonces de espaldas por primera vez, era una perfecta malla de marcas de color rosado y erupciones blancas que bajaban hasta sus tobillos.

Cuando le dieron la vuelta para que se quedara de espaldas a la cruz, su pene se convulsionó bajo las ataduras. Era enorme y rojo, con la punta húmeda. Su rostro estaba cada vez más ruborizado.

Un excitado murmullo surgió de la compañía.

Bella percibió el movimiento de los hombres que se agitaban en las sombras, detrás de la luz del fuego, como si se acercaran un poco más, acechándolo.

El capitán indicó a sus hombres que levantaran al príncipe.

Bella sintió un nudo en su seca garganta. Los soldados levantaron al esclavo y tiraron de sus piernas, separándolas a ambos lados. Luego lo colocaron sobre el falo de madera.

La víctima soltó un gruñido ronco, y los soldados mostraron su satisfacción con un vítores apagado.

El príncipe gruñía cada vez con más fuerza mientras le doblaban las piernas completamente hacia atrás, separadas, para atárselas al madero transversal. Aquello provocó un fuerte dolor en los muslos de Bella sólo de mirar al príncipe que estaba totalmente inmovilizado sobre la cruz, con las escocidas nalgas contra la madera que tenía debajo y el falo bien introducido en su interior.

Pero aquello aún no había acabado. Mientras ataban los brazos del príncipe detrás de la cruz, le inclinaron la cabeza completamente hacia atrás, aplastándola sobre lo más alto del madero vertical, y la ataron con un largo

cinto de cuero que sujetaron cubriendo su boca abierta y que luego amarraron a la madera por detrás de las orejas, mientras él mantenía la vista desamparada y fija en el cielo. Bella vio el reluciente pelo enmarañado del cautivo que caía por su espalda, y su garganta, que se ondulaba con silenciosas boqueadas.

Peor aún era la exhibición de su sexo hinchado. Cuando le rompieron las traillas que sujetaban la verga, se sacudió y tembló, tirando del peso que colgaba de él. Bella sintió otra vez que su propio sexo se contraía y encogía.

Los hombres estaban alrededor de la cruz mientras el capitán inspeccionaba el trabajo. El cuerpo del príncipe se estremecía de pies a cabeza, tenso sobre la cruz, y el peso de hierro oscilaba colgado de su pene tumefacto. Bella vio que incluso las nalgas se alzaban y se contraían sobre el grueso falo de madera.

La figura completa no superaba la altura de un hombre bajo, y el capitán, que permanecía a su lado, miraba despectivamente al príncipe. Le retiró el pelo de los ojos con brusquedad. Entonces Bella alcanzó a ver el movimiento de los párpados y la boca del príncipe que se esforzaba por cerrarse aunque la amplia tira de cuero la obligaba a permanecer abierta.

—Mañana —dijo el capitán—, tal como estáis ahora, os subirán al carro para conducirlos por los campos hasta el pueblo. Los soldados marcharán delante y detrás al son del redoble de tambores para atraer la atención del público. Y haré saber a la reina que habéis sido capturado. Quizá solicite veros, aunque tal vez no. Si lo hace, viajaréis del mismo modo hasta el castillo, donde os colocarán en el jardín, expuesto hasta que ella tome una decisión. Si decide no veros, quedaréis sentenciado a pasar el resto de vuestra vida en el pueblo, sin posibilidad de recurso. Haré que os azoten por las calles, y luego os subastarán. Y ahora, os azotaré yo personalmente.

La compañía vitoreó una vez más.

El capitán cogió la correa de cuero que llevaba en la cintura, retrocedió para ganar espacio suficiente y comenzó a azotarlo. No era una correa demasiado pesada ni muy ancha, pero Bella dio un respingo y se cubrió la cara con las manos, escudriñando entre los dedos para ver cómo descendía la plana tralla sobre la parte interior de los muslos del príncipe, lo que provocó quejidos y gruñidos inmediatos.

El capitán golpeaba con fuerza, no perdonaba ni un centímetro de sus piernas. La correa alcanzaba los costados de las pantorrillas, espinillas y tobillos. Golpeaba incluso las plantas de los pies y luego el vientre desnudo del príncipe. La carne torneada temblaba y palpitaba mientras la víctima gemía contra la mordaza, con el rostro surcado de lágrimas y sus ojos abiertos con la vista fija en el cielo.

Todo su cuerpo parecía vibrar atado a la cruz.

Las nalgas subían y bajaban con espasmos y dejaban al descubierto la base del falo.

Cuando todo su cuerpo quedó convertido en una mancha oscura de color rosa, desde el vello púbico hasta los tobillos, y su pecho y su estómago quedaron cubiertos por un enrejado de marcas hinchadas del mismo color, el capitán se adelantó hasta plantarse junto a la cruz y, con tan sólo un palmo de correa fustigó la rolliza verga del esclavo. El príncipe se ponía tenso y se agitaba

con rápidos movimientos ascendentes y descendentes, con el peso del hierro colgado de su miembro, que cada vez era más enorme y casi de color púrpura.

Luego, el capitán se detuvo. Miró desde su altura a los ojos del esclavo y volvió a apoyar la mano en su frente.

—No ha estado tan mal esa zurra, ¿eh, Laurent? —preguntó. El pecho del príncipe se hinchía, con evidente dificultad para respirar. Los hombres se reían en voz baja. Pero tengo que decir que volveréis a recibir otra igual al amanecer y otra más al mediodía y también con el crepúsculo.

Sonó otra explosión de risas. El príncipe suspiró profundamente y las lágrimas le cayeron por las mejillas.

—Espero que la reina os entregue a mí —añadió en voz baja el capitán.

Chasqueó los dedos para que Bella le siguiera al interior de la tienda. Cuando la muchacha se disponía a entrar arrastrándose a cuatro patas hacia la cálida luz que llenaba el espacio bajo la lona blanca, un oficial la adelantó apresuradamente.

—No quiero ver a nadie ahora —le dijo el capitán al oficial.

Bella se hizo a un lado con gesto de sumisión.

—Capitán —dijo el oficial, bajando la voz—.

—No sé si esto podrá esperar. La última patrulla acaba de llegar hace un momento mientras azotabais al fugitivo.

—¿Sí?

—Bien, no han encontrado a la princesa pero juran haber visto jinetes esta noche en el bosque.

El capitán, que se había sentado frente a un pequeño escritorio con los codos apoyados en la mesa, alzó la vista.

—¿Qué? —exclamó con incredulidad.

—Señor, juran que los han visto y oído. Un grupo numeroso, según dicen.

—El soldado se acercó un poco más a la mesa.

A través de la puerta, Bella vio las manos del príncipe cautivo que se retorcían bajo las cuerdas en la parte posterior de la cruz y la agitación de sus nalgas que no dejaban de moverse, como si no pudiera asimilar su castigo.

—Señor —añadió el oficial—, el patrullero está casi seguro de que se trataba de incursores enemigos.

—Pero no se habrán atrevido a volver tan pronto. —El capitán hizo un ademán de desdén. Y menos con luna llena. No puedo creerlo.

—Pero, señor, sólo está en cuarto creciente, y el último ataque sorpresa fue hace dos años. El centinela dice que también ha oído algo cerca del campamento hace un momento.

—¿Habéis doblado la guardia?

Sí, señor, la he doblado al instante.

Los ojos del capitán se entrecerraron. Ladeó la cabeza.

—Señor, guiaban los caballos por el bosque, según dicen los soldados, sin luz y sin hacer ruido.

¡Tienen que ser ellos!

El capitán reflexionó.

—De acuerdo, levantad el campamento. Subid al fugitivo al carro y dirigíos al pueblo. Enviad mensajeros para que doblen la guardia en los torreones. Pero

no quiero que cunda la alarma en el pueblo. Probablemente no será nada. Hizo una pausa, obviamente considerando la situación. No tiene ningún sentido rastrear la costa esta noche – añadió.

– Sí, señor.

– Casi es imposible rastrear todas esas enseñas incluso a la luz del día. Pero saldremos mañana.

Cuando el oficial se retiró, el capitán se puso en pie de mala gana. Chasqueó los dedos para que Bella se acercara a él y, después de darle un apresurado beso, la cargó sobre su hombro.

– No hay tiempo para vos esta noche, hermosa, al menos no aquí – dijo y le estrujó la cadera mientras se la llevaba.

Era medianoche cuando regresaron a la posada cabalgando muy adelantados al resto del grupo.

Bella pensaba en todo lo que había oído y visto, estimulada a su pesar por el sufrimiento de Laurent. Se moría de ganas de contar al príncipe Roger o a Richard lo que había oído sobre los extraños jinetes nocturnos y quería preguntarles qué significaba todo aquello.

Pero no tuvo ocasión.

Nada más entrar en el alegre alboroto del bar, el capitán la entregó a los soldados instalados en la mesa más próxima a la puerta. Y antes de que pudiera darse cuenta, se encontró sentada y abierta de piernas sobre el regazo de un encantador y musculoso joven de cabello cobrizo; sus caderas rebotaban sobre una atrayente verga de gran grosor mientras un par de manos friccionaban los pezones desde detrás.

Transcurrían las horas y el capitán mantenía la mirada atenta sobre ella, aunque a menudo participaba en alguna acalorada conversación con sus soldados. Las idas y venidas de los numerosos hombres se sucedían apresuradamente.

Cuando a Bella le entró sueño, el capitán la recogió para llevársela. La subió a lo alto de un tonel situado, contra la pared, y allí se quedó sentada, con el sexo comprimido contra la áspera madera y las manos atadas por encima de la cabeza. Cuando volvió la cabeza a un lado para dormir, su visión estaba empañada y el gentío brillaba tenuemente a sus pies.

Bella pensó una y otra vez en los fugitivos. ¿Quién era la princesa Lynette que había alcanzado la frontera? ¿La misma alta princesa rubia que años antes había atormentado a su querido príncipe Alexi durante la pequeña demostración circense que realizó para la corte del castillo? ¿Y dónde estaría ahora? ¿Vestida y a salvo en otro reino?

Tendría que envidiarla, pensó, pero no podía. Ni siquiera era capaz de pensar en ello con la suficiente concentración. Su mente regresaba una y otra vez, sin temor ni prejuicio, sin pensar siquiera, a la magnífica imagen del príncipe Laurent montado sobre la cruz, con su imponente torso palpitante bajo los golpes de la correa y las nalgas cabalgando sobre el falo de madera.

Se quedó dormida.

Sí, al parecer, algún momento antes de la mañana había visto a Tristán. Pero debió de ser un sueño. El hermoso Tristán, de rodillas ante la puerta de la



posada, estaba observándola. El cabello dorado le caía casi hasta los hombros y sus grandes ojos azul violeta la contemplaban con absoluto cariño.

Tenía muchas ganas de hablar con él y contarle la extraña satisfacción que sentía. Pero luego, la visión de Tristán se desvaneció, tal y como había llegado. Debía de haberlo soñado.

A través de sus sueños le llegó la voz de la señora Lockley que hablaba en voz baja con el capitán.

—Lo siento por esa pobre princesa —dijo— si es que están ahí fuera. Pero tan pronto, casi no puedo creer que se atrevan a intentarlo.

—Lo sé —respondió el capitán—. Pero pueden venir en cualquier momento y caer sobre las granjas y las casas solariegas y largarse antes de que el pueblo se entere. Eso es lo que hicieron hace dos años. Por eso he doblado la guardia, y vigilaremos hasta que la situación esté despejada.

Bella abrió los ojos, pero ellos se habían apartado del tonel y no pudo oírlos.

## PROCESIÓN PENITENCIAL

Cuando Bella se despertó ya era última hora de la tarde y estaba sola en la cama del capitán.

Desde la plaza llegaba un sonoro clamor acompañado del lento y estremecedor redoble de un tambor. A pesar de la alarma que provocó en su alma, pensó en las tareas que debía hacer. Se incorporó invadida por el pánico.

Por el príncipe Roger la calmó de inmediato con un sutil ademán.

—El capitán ha dicho que durmáis hasta tarde —le explicó. Aunque tenía la escoba en la mano, estaba mirando por la ventana.

—¿Qué sucede? —preguntó Bella. Sentía la reverberación del tambor en el pecho. El ritmo ininterrumpido la llenaba de temor. Al comprobar que no había nadie más en la habitación se levantó y se acercó al príncipe Roger.

—Tan sólo se trata del príncipe fugitivo, Laurent —explicó. Rodeó a Bella con el brazo y la acercó a los gruesos cristales de la ventana—. Lo están paseando en carro por el pueblo.

Bella apretó la frente contra el cristal. Abajo, entre la multitudinaria y disgregada muchedumbre de lugareños, vio una enorme carreta de dos ruedas, tirada por esclavos en vez de caballos, con sus embocaduras y arreos, que rodeaba el pozo.

El rostro enrojecido del príncipe Laurent, atado a la cruz con las piernas estiradas y su prominente sexo más endurecido que nunca, alzó la vista y miró fijamente a Bella. La princesa vio aquellos inmensos y al parecer serenos ojos, la boca temblorosa detrás de la gruesa tira de cuero que mantenía la cabeza sujeta a lo alto del madero, y las piernas amarradas, estremecidas por el movimiento irregular de la carreta.

Desde esta nueva perspectiva, la imagen del príncipe maniatado cautivó a la muchacha con más intensidad que la noche anterior. Observó la lenta

progresión de la carreta y escrutó la expresión singular del rostro del príncipe, totalmente exenta de pánico. El griterío de la multitud era tan estridente como el de la subasta. Mientras la carreta rodeaba el pozo y reemprendía la marcha en dirección al Signo del León, Bella apreció a la víctima completamente de frente. Dio un respingo al comprobar las erupciones de la piel y las marcas enrojecidas que cubrían la zona interior de las piernas, el pecho y el vientre. Ya había recibido dos palizas más, y le habían prometido otra.

Pero otra visión aún más inquietante captó su atención; uno de los seis esclavos enjaezados a la carreta era Tristán. En ese momento pasaban otra vez justo bajo la posada y no cabía la menor duda de que se trataba de él, con la espesa melena dorada brillando tenuemente al sol y la cabeza estirada hacia atrás por la embocadura que llevaba entre los dientes, mientras marcaba el paso levantando las rodillas. De la hendidura de su atractivo trasero brotaba una cola de caballo de pelo negro, liso y brillante. No hacía falta que nadie le explicara cómo se mantenía en su sitio. Adivinó el falo que le habían introducido.

Bella se cubrió el rostro con las manos pero, entre sus piernas, notó aquella conocida secreción, el primer clarín de los tormentos y éxtasis del día.

—No os aflijáis, tontina —dijo el príncipe Roger—. El príncipe fugitivo se lo merece. Además, el castigo no ha hecho más que empezar. La reina se ha negado a verlo y lo ha sentenciado a cuatro años en el pueblo.

Bella estaba pensando en Tristán. Imaginó su verga dentro de ella y experimentó una fascinación demencial al verlo allí atado, tirando de la carreta y, sobre todo, con aquella pasmosa cola de caballo que colgaba de su ano. La visión la confundió y le provocó un sentimiento de culpa, como si le hubiera traicionado.

—Bien, tal vez eso es lo que deseaba el fugitivo —dijo Bella con un suspiro, refiriéndose a Laurent—. No obstante, anoche se había arrepentido suficientemente.

—O quizás es lo que creía que deseaba —añadió Roger—. Ahora tendrá que sufrir en la plataforma giratoria, luego lo pasearán una vez más por la plaza, para volver a la plataforma giratoria antes de que lo entreguen al capitán.

La procesión seguía dando vueltas alrededor del pozo sin que el tambor dejara de sonar, crispando los nervios de Bella. Otra vez veía a Tristán marchando casi orgulloso a la cabeza del tiro. La visión de sus genitales, los pesos que colgaban de sus pezones y su hermoso rostro levantado por la embocadura de cuero provocó un pequeño torrente de pasión en su interior.

—Normalmente los soldados abren y cierran la marcha —le explicó el príncipe Roger, que volvió a coger la escoba—. Me pregunto dónde estarán hoy.

«Buscando invasores ocultos», pensó ella, aunque no dijo nada. Estaba a solas con Roger y podía preguntarle sobre esas cosas, pero la procesión la había dejado demasiado hechizada.

—Tenéis que bajar al patio y descansar sobre la hierba —le dijo el príncipe.

—¿Otra vez?

—El capitán no os hará trabajar hoy, y por la noche os va a alquilar a Nicolás, el cronista de la reina.

—¡El amo de Tristán! —exclamó Bella en un susurro—. ¿Ha requerido mi presencia?

—Ha pagado por vos con buenas monedas del reino —añadió Roger, que había reanudado su tarea—. Bajad ahora —le recordó.

Con el corazón desbocado, Bella observó el lento avance de la procesión que tomaba la amplia calleja en dirección al otro extremo del pueblo.

## TRISTÁN Y BELLA

Bella no podía esperar a que fuera de noche.

Las horas se le hacían interminables mientras la bañaban, peinaban y embadurnaban completamente con aceites, aunque sin tanto miramiento como en el castillo. Por supuesto, cabía la posibilidad de que no pudiera ver a Tristán aquella noche. ¡Pero iba a ir al lugar donde vivía! No podía dominar su emoción.

Finalmente, llegó la noche.

El príncipe Richard, el «buen chico», pensó Bella con una sonrisa, recibió órdenes de llevarla a casa de Nicolás, el cronista.

El mesón estaba curiosamente vacío aunque, por lo demás, todo parecía normal bajo el cada vez más oscuro crepúsculo. Las luces vacilaban en las pequeñas y bonitas ventanas que se sucedían a lo largo de las estrechas callejuelas. El aire primaveral era fragante y dulce. El príncipe Richard le permitía marchar con cierta lentitud, únicamente le indicaba de vez en cuando que mostrara más brío, pues si no ambos se llevarían una zurra. Él caminaba tras Bella con la correa en la mano, y la azotaba alguna que otra vez.

A través de las bajas ventanas, Bella vio esposas y maridos sentados a las mesas y esclavos desnudos que se levantaban con movimientos apresurados de su posición arrodillada para dejar fuentes o jarras ante sus señores.

Los esclavos amarrados a las paredes gemían mientras se retorcían con inútiles movimientos ascendentes y descendentes.

—Algo ha cambiado —dijo Bella en voz alta cuando entraron en una calle más ancha llena de elegantes casas, casi todas con su esclavo maniatado, colgado de algún puntal de hierro en la fachada.

Algunos de ellos estaban fuertemente amordazados y amarrados, otros simplemente permanecían quietos en una actitud de absoluta sumisión.

—No hay soldados —susurró Richard—. Por favor, guardad silencio. A vos no os corresponde hablar. Vamos a acabar los dos en el establecimiento de castigo.

—Pero, ¿dónde están? —preguntó Bella.

—¿Queréis recibir una azotaina? —la amenazó el príncipe—. Han salido a rastrear la costa y el bosque en busca de algún supuesto destacamento incursor. No sé qué quiere decir eso exactamente pero no se os ocurra abrir la boca. Es secreto.

Ya habían llegado ante la puerta de la casa de Nicolás. Richard la dejó allí. Una doncella la recibió y le ordenó que se pusiera a cuatro patas. Excitada por la expectación, Bella fue conducida a través de una elegante casita y por un estrecho corredor lateral.

Abrieron una puerta ante ella y la doncella le ordenó que entrara, cerró la puerta y la dejó allí.

Bella casi no pudo creer lo que veía cuando al alzar la vista descubrió a Tristán ante ella. El príncipe alzó los brazos y la levantó del suelo. A su lado estaba la alta figura de su amo, Nicolás, a quien Bella recordaba de la subasta.

El rostro de la muchacha se puso como la grana al mirar al hombre ya que ella y Tristán se estaban abrazando de pie en medio de la habitación.

—Calmaos, princesa —dijo con voz casi acariciadora—. Podéis estar con mi esclavo cuanto queráis, y mientras permanezcáis en los confines de esta habitación, seréis libres de gozar a vuestras anchas. Regresaréis a vuestra servidumbre habitual cuando abandonéis mi casa.

—Oh, mi señor —susurró Bella y se dejó caer de rodillas para besarle las botas.

El cronista de la reina permitió aquella cortesía y a continuación los dejó a solas. Bella se levantó y voló a los brazos de Tristán, cuya boca abierta empezó a devorar los besos de ella con voracidad.

—Dulce tesoro, preciosa mía —decía Tristán, que recorría con sus labios la garganta y el rostro de la muchacha mientras empujaba su miembro contra el vientre desnudo de ella.

A la luz mortecina de las velas, el cuerpo del príncipe parecía casi pulido y su pelo relucía radiante. Bella alzó la vista para mirar aquellos ojos de un azul violáceo y seguidamente se puso de puntillas para montarse sobre el miembro del príncipe, como había hecho en el carretón de esclavos.

Enlazó los brazos alrededor del cuello de Tristán y acomodó el sexo sobre la verga erecta. Sintió que el cuerpo de su compañero sellaba el suyo. Tristán se dejó caer lentamente sobre la colcha de satén verde de la pequeña cama artesonada de roble y, tumbándose sobre los almohadones, echó la cabeza hacia atrás mientras ella cabalgaba sobre él.

El príncipe levantaba los pechos de Bella con las manos, le pellizcaba los pezones para que continuaran palpitando mientras ella sacudía y saltaba sobre su miembro, para luego caer con todo su peso y comérselo a besos.

Tristán gemía y su rostro estaba cada vez más rojo. Bella sintió la erupción de él bajo su cuerpo y se corrió al mismo tiempo, ralentizando las sacudidas hasta quedarse inmóvil, con las piernas estiradas, temblando levemente con las últimas convulsiones de placer.

Permanecieron abrazados, tumbados uno junto al otro, y él le apartó cuidadosamente el pelo de la cara.

—Mi querida Bella —le susurró entre besos.

—Tristán, ¿por qué nos deja hacer esto vuestro amo? —preguntó. Se encontraba en un dulce estado de modorra, y en realidad no le importaba.

Sobre la mesilla que había junto a la cama ardían varias velas. La llama se abultaba y borraba los objetos de la habitación excepto la superficie dorada de un gran espejo.

—Es un hombre lleno de misterios y secretos, de una extraña intensidad —dijo Tristán—. Hará exactamente lo que le plazca y ahora le apetece permitirme que os vea; mañana, probablemente, le apetece azotarme por todo el pueblo y posiblemente creará que una cosa acrecentará el tormento de la otra.

El recuerdo de Tristán enjaezado y con la cola de caballo volvió de inmediato a la mente de Bella.

—Os he visto en la procesión —susurró, y de pronto se sonrojó.

—¿Tan terrible parecía? —le respondió intentando consolarla con más besos. En las mejillas de él apareció también un débil rubor que en un rostro tan varonil resultaba irresistible.

Estaba estupefacta.

—¿A vos no os pareció terrible? —preguntó la princesa.

De lo profundo del pecho de Tristán surgió una risa grave. La muchacha tiró del vello dorado que ascendía formando rizos desde el miembro hasta el vientre.

—Sí, querida mía —respondió—. ¡Era deliciosamente terrible!

Bella se rió mientras lo miraba fijamente y volvió a besarle con pasión. Se acomodó sobre él para mordisquearle y besarle los pezones.

—Me excitó verlo —confesó la muchacha con una voz gutural extraña en ella—. Únicamente rezaba para que, de alguna manera, os resignarais...

—Estoy más que resignado, amor mío —dijo, besando la frente de la rubia cabeza mientras continuaba tumbado y recibía los mordiscos cariñosos de la muchacha. Bella se montó sobre el muslo izquierdo de Tristán y apretó su sexo contra él. El príncipe jadeaba mientras ella le mordía un pezón y le pellizcaba el otro con leves tirones.

Luego la echó de espaldas sobre las sábanas y le abrió la boca con la lengua una vez más.

—Pero, decidme —insistió ella. Detuvo su beso por un momento mientras la verga le rozaba el monte de Venus tirando suavemente a contrapelo de su espeso vello rizado, debíais... —bajó la voz hasta convertirla en un murmullo—. ¿Cómo podíais...? Los arneses, la embocadura y la cola de caballo... ¿Cómo habéis llegado a esto, a tal aceptación? —No hacía falta que él le dijera que estaba resignado; era evidente, se notaba, lo había visto durante la procesión. Pero lo recordaba en la carreta cuando bajaban del castillo y Bella intuyó el miedo que él sentía entonces y que su orgullo impedía revelar con libertad.

—He encontrado a mi amo, el que me hace estar en armonía con todos los castigos —explicó Tristán—. Pero, por si os interesa —empezó otra vez a besarla y a abrir sus labios púbicos con el pene, que también le presionaba el clítoris—, era y siempre será la mortificación más absoluta.

Bella alzó las caderas para recibirlo. Se balancearon al unísono, Tristán se elevó sobre ella y la contempló apoyado sobre los brazos, que soportaban como pilares sus poderosos hombros. Ella levantó la cabeza para besarle los pezones, mientras le pellizcaba y separaba las nalgas. Palpó las duras y deliciosas

heridas, que midió y comprimió mientras se acercaba al labio sedoso y arrugado del ano. Los movimientos de Tristán se hicieron cada vez más rápidos, bruscos y agitados mientras ella continuaba con sus sondeos. De pronto, Bella estiró el brazo hasta la mesilla contigua y cogió una de las gruesas velas de cera de su soporte de plata, apagó la llama y apretó la punta fundida con los dedos. Entonces se la hundió, introduciéndola con firmeza en el ano. Tristán cerró los ojos con fuerza. El propio sexo de Bella se convirtió en una tensa vaina pegada al miembro de él y el clítoris se endureció. Estaba a punto de explotar, y, mientras hacía girar la vela como una manivela, Bella gritó cuando sintió el ardiente fluido de Tristán que se derramaba en su interior.

Se quedaron quietos, tumbados, con la vela a un lado. Bella se preguntaba sobre lo que había hecho, pero Tristán se limitaba a besarla.

El príncipe se levantó, sirvió un vaso de vino y lo acercó a los labios de Bella. La muchacha, perpleja, lo cogió y lo bebió como hubiera hecho una dama, admirada ante aquella curiosa sensación.

—Pero, decidme, ¿cómo os ha ido en el pueblo, Bella? —preguntó Tristán—. ¿Habéis sido rebelde? Contadme.

La muchacha sacudió la cabeza.

—He caído en manos de un amo y una señora duros y perversos —se rió solapadamente.

Describió los castigos de la señora Lockley en la cocina, la forma en que actuaba el capitán con ella y las noches que pasaba con los soldados, prolongándose en describir la belleza física de sus dos verdugos.

Tristán la escuchaba con expresión grave. Bella le habló del fugitivo, del príncipe Laurent.

—Ahora sé que si alguna vez me escapo será con la idea de que me atrapen, de que me castiguen igual que a él y de pasar toda mi vida en el pueblo —dijo—. Tristán, ¿pensáis que soy horrible por desear eso? Preferiría escaparme antes que volver al castillo.

—Pero si os escapáis quizás os aparten del capitán y de la señora Lockley —replicó— él y tal vez os vendan a otra persona para hacer trabajos y servicios más duros.

—Eso no importa —dijo—. En realidad no son los amos quienes consiguen mi armonía con el castigo, por usar vuestras mismas palabras; simplemente es la dureza, la frialdad y la inexorabilidad. Quiero sentirme abatida, perdida entre los castigos. Adoro al capitán y a la señora pero en el pueblo probablemente habrá otros amos más duros.

—Ah, me sorprendéis —dijo él ofreciéndole más vino—. Yo estoy tan absolutamente enamorado de Nicolás que no puedo oponerme a él.

Tristán explicó entonces las cosas que le habían sucedido, cómo él y Nicolás habían hecho el amor y conversado, su paseo por la colina.

—La segunda vez que he pasado por la plataforma pública, hoy al mediodía —explicó—, me he sentido extasiado. No he dejado de sentir miedo en ningún momento. Mientras me subían por los escalones, ha sido peor que la primera vez, porque ya sabía lo que iba a suceder. Pero he visto todo el lugar de castigo público con más claridad a la intensa luz del sol que a la de las

antorchas, y no me refiero a ver con más precisión las cosas. He comprendido el gran esquema del que formaba parte y, mientras sufría el contundente castigo, mi alma cedió y se abrió por completo. Ahora, toda mi existencia, sea en la plataforma giratoria, en el arnés o en brazos de mi amo, es una súplica por ser utilizado como se usa el calor del fuego, por disolverme en la voluntad de los demás. La voluntad de mi amo es mi guía y, a través de él, me entrego a todos los que son testigos de mi presencia o me desean. Bella permanecía observándolo en silencio.

—Entonces habéis entregado vuestra alma —le dijo—. Se la habéis entregado a vuestro amo. Yo no he hecho eso, Tristán. Mi alma sigue perteneciéndome. Es lo único que puede poseer un esclavo, y no estoy dispuesta a entregarla. Entrego todo mi cuerpo al capitán, a los soldados y a la señora Lockley. Pero en el fondo de mi alma, sigo pensando que no pertenezco a nadie. No dejé el castillo para buscar el amor que no había encontrado allí. Lo abandoné para que unos dueños más severos e indiferentes me sacudieran y doblegaran.

—¿Y vos sois indiferente a ellos? —preguntó Tristán.

—Me interesan tanto como yo a ellos —contestó tras reflexionar—. Ni más ni menos. Pero, tal vez mi alma cambie con el tiempo. Quizá sea porque aún no he conocido a Nicolás, el cronista. Entonces Bella pensó en el príncipe de la Corona. Le hizo sonreír.

Lady Juliana la asustaba y molestaba. El capitán la emocionaba, agotaba y sorprendía. La señora Lockley le gustaba en secreto, por el terror que le inspiraba. Pero hasta ahí llegaban las cosas. No les amaba. Eso era el pueblo para ella, junto con la gloria y la excitación de pertenecer a un gran «esquema», según decía Tristán.

—Somos dos esclavos diferentes —dijo ella incorporándose para coger el vino y dar largos tragos—, y ambos somos felices.

—¡Me gustaría entenderlos! —susurró él—. ¿No anheláis ser amada y que el dolor se mezcle con la ternura?

—No hace falta que me entendáis, amor mío y sí que hay ternura. —Pero hizo una pausa para imaginarse el trato íntimo que existía entre Tristán y Nicolás.

—Mi amo me descubrirá nuevas revelaciones —dijo Tristán.

—Mi destino también tendrá su propio impulso —le respondió ella—. Cuando hoy he visto al pobre príncipe Laurent castigado, le he envidiado. Él no tenía ningún dueño amoroso que lo guiara.

Tristán contuvo el aliento sin dejar de observar a la muchacha.

—Sois una esclava magnífica —admitió—. Quizá sepáis más que yo.

—No, en cierta forma soy una esclava más simple. Vuestro destino se asocia a una mayor renuncia. —Bella se apoyó sobre su codo y besó a Tristán. Los labios del príncipe estaban teñidos de rojo a causa del vino y tenía los ojos inusualmente grandes y vidriosos. No se podía negar que su aspecto era espléndido. A Bella se le ocurrieron ideas dementes, se imaginó atándolo ella misma al arnés...

—No debemos perdernos el uno al otro, pase lo que pase —dijo él—. Aprovechemos los momentos furtivos que se nos presenten para contarnos confidencias. No siempre nos lo permitirán...

Con un amo tan loco como el vuestro quizá dispongamos de muchas, muchísimas oportunidades —replicó Bella.

Tristán sonrió. Pero de pronto su mirada se empañó, como si algún pensamiento lo distrajera.

Se quedó escuchando.

—¿Qué sucede?

—No hay nadie en la calle —respondió—. El silencio es absoluto. A estas horas siempre pasan carros por esta calzada.

—Todas las puertas están cerradas —explicó Bella— y los soldados se han ido.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé, corren muchos rumores sobre rastreos de la costa en busca de invasores.

En ese instante, el príncipe le pareció tan hermoso que deseó amarlo de nuevo. Se incorporó sobre la cama, se sentó sobre los talones y observó el pene de Tristán, que cobraba vida una vez más; luego contempló su propio reflejo en el distante espejo. Le encantaba contemplar la visión de los dos juntos en el espejo. Mientras miraba, distinguió otra figura espectral. Vio a un hombre de pelo blanco, con los brazos cruzados, ¡que la estaba observando!

Soltó un chillido. Tristán se sentó con la mirada fija hacia delante. Pero ella ya había comprendido lo que sucedía. El espejo era de doble sentido, uno de esos antiguos trucos de los que había oído hablar cuando era niña. El amo de Tristán había estado observándoles todo el rato. Su oscuro rostro tenía una nitidez asombrosa, el pelo blanco casi relucía, las cejas estaban fruncidas con un mohín de seriedad.

Tristán esbozó una trémula sonrisa. Una extraña sensación de desnudez debilitó a Bella.

Pero el amo se había desvanecido tras el lóbrego espejo. Luego, la puerta de la habitación se abrió.

El elegante hombre con mangas de terciopelo abombadas se acercó a la cama y cogió a Bella por los hombros para volverla hacia él.

—Repetidme lo que habéis dicho, todo cuanto habéis oído sobre los soldados y esos invasores.

Bella se ruborizó.

—¡Por favor, no se lo digáis al capitán! —suplicó. El cronista asintió y Bella procedió a contar inmediatamente cuanto sabía.

Nicolás permaneció quieto durante un momento, pensando.

—Venid —dijo, y levantó a la muchacha de la cama—. Debo llevar inmediatamente a Bella de regreso al mesón.

—¿Puedo ir yo, por favor, amo? —preguntó Tristán.

Pero el amo Nicolás estaba distraído. No pareció oír la pregunta.

Se dio media vuelta y, con un gesto, les ordenó que lo siguieran. Los dos esclavos caminaron a toda prisa por el pasillo y salieron por la puerta posterior



de la casa. El amo Nicolás les indicó que esperaran mientras él se encaminaba hacia las almenas.

Desde la muralla, miró durante un largo momento de un extremo a otro del gran muro. El silencio empezó a amilanar a Bella.

—Esto es una locura —susurró cuando regresó—. Parece que hayan dejado el pueblo sin defensa alguna.

—El capitán cree que primero atacarán las granjas y las casas solariegas, fuera de las murallas —dijo Bella— y seguro que hay alguna guardia apostada.

El amo Nicolás sacudió la cabeza con gesto de desaprobación. Luego cerró la puerta de la casa.

—Pero, señor —dijo Tristán—, ¿quiénes son estos incursores? —Su semblante estaba serio, y sus maneras no eran en absoluto las de un esclavo.

—Eso ahora no tiene la menor importancia —espetó Nicolás con firmeza mientras emprendía la marcha delante de ellos—. Llevaremos a Bella de vuelta con su señora. Vamos, rápido.

## DESASTRE

Nicolás encabezaba la marcha a buen paso a través del laberinto de callejuelas y permitía que Tristán y Bella caminaran juntos tras él. El príncipe rodeaba a la muchacha con el brazo, la besaba y la acariciaba. El pueblo, a estas altas horas de la noche, parecía muy tranquilo. Sus habitantes no eran conscientes del peligro.

De pronto, cuando ya llegaban a la plaza de los mesones, se oyó muy a lo lejos un terrible alboroto, agudos chillidos y el estruendo provocado por el choque de madera contra madera, el sonido inconfundible de un gigantesco ariete. Inmediatamente comenzaron a tañer las campanas de todas las torres del pueblo y las puertas de todas las casas se abrieron.

—Corred, deprisa —ordenó Nicolás volviéndose para tenderles la mano.

Por todas partes aparecía gente alborotada y dando gritos. Las contraventanas se cerraban de golpe y los hombres corrían a buscar a sus esclavos maniatados. A través de la puerta débilmente iluminada de la taberna del establecimiento de castigo, príncipes y princesas desnudos salían corriendo, disparados como flechas.

Bella y Tristán corrían a toda prisa en dirección a la plaza cuando oyeron el sonido del gran ariete que despedazaba la puerta de la muralla.

Más allá de la plaza, Bella vio ampliarse el cielo nocturno justo cuando las puertas orientales de la ciudad cedían mientras el aire se llenaba de ruidosos gritos y aullidos pronunciados en una lengua extranjera.

—¡Batida de esclavos! —El grito se oyó desde todas direcciones.

Tristán cogió a Bella en brazos y siguió corriendo sobre los adoquines en dirección a la posada junto a Nicolás. Una turbamulta de jinetes tocados con turbantes entró con un gran estruendo en la plaza. Bella soltó un grito aterrador

al descubrir que las puertas y ventanas de todas las posadas ya estaban cerradas a cal y canto.

Por encima de ella vio a un jinete de rostro moreno y vestimenta ondeante, cuyo alfanje relució en su costado cuando avanzaba amenazadora mente sobre ella. Tristán intentó esquivar el caballo, pero un brazo poderoso agarró a Bella y arrojó al suelo a Tristán, que cayó bajo los cascos del caballo encabritado. Jinete y caballo dieron media vuelta, llevándose a Bella sobre la silla.

La princesa esclava gritaba sin parar. Se retorció bajo la poderosa mano que la sujetaba y levantaba la cabeza para ver a Tristán y Nicolás, que corrían hacia ella. Pero otro jinete de piel oscura había aparecido como un rayo, y luego otro. Tras una veloz secuencia en la que sólo se percibían extremidades blancas agitándose, Bella vio a Tristán sostenido entre dos jinetes y a Nicolás arrojado por el suelo, rodando .para apartarse de los peligrosos cascos de los caballos y cubriéndose la cabeza con los brazos para protegerse. Luego Tristán fue lanzado sobre el caballo de uno de los jinetes con la ayuda del otro.

Clamorosos gritos llenaban el aire, chillidos penetrantes y estremecedores como Bella nunca había oído antes. El secuestrador detuvo el caballo para rodear los hombros de la muchacha con un lazo que apretó y aseguró a la silla sin que ella, entre sollozos y lamentos, dejara de patear furiosa e inútilmente. El caballo continuó galopando para salir de la plaza y alcanzar las puertas del pueblo.

Los jinetes ocupaban todo el pueblo. Pasaban precipitadamente con sus prendas flotando al viento, y los traseros de esclavos desnudos agitándose desamparadamente en el aire.

En cuestión de segundos estaban cabalgando por un camino llano desde el que el tañido de las campanas del pueblo se hacía cada vez más distante.

Continuaron avanzando a través de la noche, cruzando sembrados, irrumpiendo sobre arroyos y sotos, blandiendo los grandes y relucientes alfanjes en el aire para atajar el follaje que se interponía en su camino.

Bella no era capaz de decir cuán numeroso era el grupo que parecía prolongarse sin fin por detrás de su jinete. Aquellos gritos moderados, pronunciados en una lengua extranjera, llenaban sus oídos, junto con los sollozos y gemidos de los príncipes y princesas capturados.

El destacamento continuó avanzando por las colinas a la misma velocidad desesperada, ascendiendo por peligrosos senderos y bajando por valles arbolados. Luego galoparon a través de un elevado desfiladero que parecía un túnel sin final.

Finalmente, Bella detectó el olor a mar y, al levantar la cabeza, descubrió ante sí el débil resplandor uniforme del agua a la luz de la luna, y la sombra de un gran buque anclado en una ensenada, sin una sola luz que indicara su siniestra presencia.

Entre frenéticos jadeos, mientras los caballos descendían hacia la orilla y atravesaban las profundas olas, Bella se desvaneció.

## MERCANCÍA EXÓTICA

Cuando Bella se despertó estaba tumbada y sumida en un fuerte sopor. Permaneció quieta, casi incapaz de abrir los ojos, y entonces percibió el pesado balanceo del barco, una sensación que había conocido sólo en sueños cuando todavía era una muchacha y vivía en el castillo de su padre.

Aterrorizada, intentó incorporarse y, de repente, la silueta de un rostro de piel aceitunada apareció sobre ella.

La observaban un par de ojos negros como el azabache, de exquisita forma almendrada, enmarcados en un semblante joven y casi perfecto. Una rizada cabellera negra completaba aquella imagen casi angelical. También vio un dedo que le acuciaba a mantener el más absoluto silencio. Quien le hacía este gesto era un joven alto que estaba de pie ante ella, ataviado con una reluciente túnica de seda dorada atada con un cinturón plateado sobre unos livianos pantalones largos del mismo tejido.

Luego él la cogió por las manos con unos dedos oscuros y extraordinariamente suaves, la ayudó a sentarse y, al ver que ella obedecía, sonrió, asintiendo vigorosamente con la cabeza. A continuación le acarició el cabello y gesticuló efusivamente para comunicarle que la encontraba hermosa.

Bella abrió la boca para hablar, pero el encantador muchacho le colocó inmediatamente un dedo sobre los labios. El rostro del joven reflejó un gran temor y sus cejas se fruncieron mientras meneaba la cabeza. Bella guardó silencio.

El joven metió la mano entre sus prendas y de un bolsillo sacó un peine alargado con el que ordenó el cabello de la princesa. Bella bajó la vista, aún amodorrada, y descubrió que la habían lavado y perfumado. Sentía cierta embriaguez. Habían untado todo su cuerpo con algún aroma dulzón que no le era desconocido. Su piel resplandecía. La habían embadurnado con un pigmento dorado y fragante. ¡La fragancia era canela! Qué agradable, pensó Bella. Notó el sabor de bayas frescas en sus labios. ¡Pero tenía tanto sueño! Casi no podía mantener los ojos abiertos. Por todos lados, a su alrededor, varios príncipes y princesas dormían en ese mismo pequeño cuarto, débilmente iluminado. ¡Y allí estaba Tristán! Con una perezosa oleada de excitación intentó acercarse a él, pero el asistente de piel oscura se lo impidió con una gracia felina. Sus gestos urgentes y las expresiones de su rostro hicieron saber a Bella que debía permanecer muy quieta y ser buena. Con un mohín exagerado y moviendo el dedo, la regañó. Luego echó una ojeada al dormido príncipe Tristán y, con la misma ternura exquisita, aquel joven acarició el sexo desnudo de Bella dándole una palmadita, mientras él asentía sonriendo.

Bella estaba demasiado cansada para hacer otra cosa que observar la escena llena de admiración.

Todos los esclavos estaban perfumados y embadurnados con perfume. Parecían esculturas doradas sobre sus lechos de satén.

El muchacho peinó la melena de Bella con tal cuidado que la princesa no sintió el menor tirón ni enredo. Le cogió el rostro entre las manos y lo acunó como si se tratara de un objeto precioso.

Luego volvió a acariciarle el sexo del mismo modo amoroso, con palmaditas, y esta vez lo despertó y sonrió alegremente a Bella con el pulgar pegado a los labios de ésta como si quisiera decirle:

«Sed buena, pequeña.»

De pronto aparecieron más ángeles. Media docena de esbeltos jóvenes de piel aceitunada y con las mismas sonrisas corteses se acercaron a Bella, le levantaron los brazos por encima de la cabeza, obligándola a juntar los dedos, la pusieron en pie y la tumbaron para llevársela. Notó aquellos dedos sedosos sosteniéndola por los codos hasta levantarla y, mirando vagamente los bajos techos de madera, sintió que la subían por una escalera hasta otra habitación donde resonaba la charla de voces extranjeras.

Por encima de ella, vio un tejido brillante diestramente adornado con colgaduras y formado por una franja de color rojo intenso que estaba cubierta de pequeños e intrincados pedazos de oro y cristal. Percibió también un intenso aroma a incienso.

De pronto la instalaron sobre un almohadón de satén mucho más grande y mullido, estirándole los brazos por encima de la cabeza hasta donde llegaban sus dedos.

Hizo un mínimo ruido que provocó el pánico en sus angelicales capturadores, quienes una vez más se llevaron sus dedos a los labios mientras sacudían la cabeza como señal de advertencia ominosa.

Entonces se retiraron y Bella descubrió ante sí un círculo de rostros masculinos, con las cabezas envueltas en turbantes de seda de brillantes colores y las manos enojadas. Todos ellos gesticulaban mientras hablaban entre sí, al parecer discutían y regateaban.

Alguien le levantó la cabeza, la cogió del pelo y la examinó con dedos cuidadosos, pellizcándole suavemente los pechos antes de palmotearlos. Otras manos le separaron las piernas y, con idéntico esmero y unos modales casi delicados, unos dedos abrieron los labios púbicos e hicieron girar el clítoris como si se tratara de un cascabel o una uva, mientras a su alrededor continuaba la animada conversación. Bella intentaba mantenerse quieta, observaba los rostros barbudos, las rápidas miradas negras mientras las manos seguían examinándola como si tuviera un objeto sumamente valioso y muy frágil.

Pero la vagina bien enseñada de la muchacha se contrajo, segregó sus fluidos y los dedos recogieron la humedad que brotaba del interior de su cuerpo. Le azotaron los pechos otra vez y gimió, aunque tuvo la precaución de no abrir la boca.

Cerró los ojos mientras le sondeaban incluso los oídos y el ombligo, y le examinaban los pies y los dedos.

Cuando le separaron los labios y le abrieron la boca se sobresaltó y dejó escapar un suspiro. Parpadeó, y de nuevo sintió un fuerte sopor. La estaban volviendo boca abajo. Las voces parecían hablar más fuerte, mientras media docena de manos le apretaban las ronchas y la intrincada maraña de marcas rosadas que con toda seguridad le cubría las nalgas. Por supuesto, iban a abrirle el ano. Entonces se debatió un poco, cerrando de nuevo los ojos con la mejilla apoyada sobre el delicioso satén. Unos pocos cachetes hicieron que se espabilara de nuevo.

Cuando volvieron a ponerla boca arriba vio los gestos de beneplácito. El hombre situado en el centro, a su derecha, le sonrió y palmeó su sexo en señal de aprobación. Luego, los muchachos angelicales la levantaron otra vez.

«He pasado algún tipo de examen», pensó.

Pero estaba más desconcertada que asustada. Se sentía sedada, casi incapaz de recordar sus propios pensamientos. El placer reverberaba zumbando en su cabeza como el eco de una cuerda de laúd al ser pulsada.

La habitación a la que la llevaron en esta ocasión era diferente.

¡Qué cosa tan extraña y maravillosa! La ocupaban seis largas jaulas de oro. En el extremo de cada una había un gancho del que colgaba una pala dorada, delicadamente esmaltada, con el largo mango entretejido con hilo de seda. El colchón que había en el interior de cada jaula estaba forrado de satén celeste. Mientras la introducían en uno de estos recintos se percató de que el lecho estaba cubierto de pétalos de rosa, que desprendían un penetrante perfume. La jaula era lo suficientemente alta como para sentarse, si es que era capaz de recuperar el vigor. Sería mejor dormir, como le indicaban los asistentes. Por supuesto, comprendió el motivo de que le ajustaran una preciosísima malla dorada sobre la vagina, con la que fajaron el húmedo clítoris y los labios púbicos. Luego le sujetaron la prenda alrededor de los muslos y caderas con delicadas cadenas doradas. No podía tocarse el sexo. No, no debía hacerlo. Nunca se lo habían permitido, ni en el castillo ni en el pueblo.

La puerta de su aposento se cerró con un tintineo y la llave giró en la cerradura. Bella, bañada en un calor sumamente sensual, dejó caer los párpados de nuevo.

Más tarde, en algún momento, abrió los ojos, aunque no podía moverse en absoluto. Vio que introducían a Tristán en la jaula que se prolongaba formando un ángulo desde los pies de la suya; aquellos encantadores hombres eran hombres, no muchachos, tan pequeños y delicados daban palmaditas a los testículos y el miembro de Tristán con sus oscuros y lánguidos dedos. Le ajustaron a su vez una de aquellas preciosas mallas de protección, y ¡qué grande era! Luego vislumbró por un instante el rostro de Tristán, totalmente relajado, dormido e incomparablemente hermoso.

## OTRA VUELTA DE TUERCA

*Tristán:*

Vi que Bella se debatía en sueños, pero no se despertó.

Yo estaba sentado en mi jaula, totalmente concentrado, con las piernas cruzadas y los ojos fijos en el techo de la sala.

Media hora antes, un barco nos había hecho señales para que nos detuviéramos, estaba seguro de ello. Habíamos echado el ancla y alguien que hablaba nuestra lengua subió a bordo.

No fui capaz de entender las palabras, aunque identifiqué la familiaridad de su tono e inflexión.

Cuanto más escuchaba la conversación, más convencido estaba que no había ningún intérprete.

Tenía que tratarse de un hombre de la reina, que a su vez conocía el idioma de los piratas.

Bella se incorporó por fin. Se estiró como un gatito y al reparar en el pequeño triángulo de metal que tenía entre las piernas, pareció recordarlo todo. Se movió con gestos inusualmente lentos, se apartó el largo pelo liso y se aclaró la vista, parpadeando ante la única linterna que colgaba del bajo techo. Luego me descubrió:

–Tristán –susurró. Se sentó y se agarró a las barras de la jaula.

–¡Chist! –Señalé el techo de madera. En un susurro apresurado le expliqué lo del barco que había abarloado y el hombre que había subido a bordo.

–Estaba segura de que nos alejábamos de la costa –dijo ella.

En la jaula situada debajo de Bella, el príncipe Laurent, el pobre fugitivo, continuaba durmiendo, y en la de arriba dormía el príncipe Dimitri, un esclavo del castillo que habían mandado al pueblo el mismo día que a nosotros.

–Pero ¿quién ha venido a bordo? –preguntó Bella entre susurros.

–¡No habléis, Bella! –le volví a advertir.

Pero no servía de nada. Yo no conseguía descifrar lo que estaba sucediendo, excepto que pasaba algo que creaba tensión.

La expresión del rostro de Bella era de lo más inocente, la loción coloreada de oro resaltaba seductoramente cada detalle de sus formas. Parecía más menuda, redonda y más próxima a la perfección. Acurrucada en la jaula, semejaba una exótica criatura importada de una tierra lejana cuyo destino fuera embellecer un jardín de placer. De hecho, todos debíamos de parecerlo.

–¡Quizás haya alguna posibilidad de que nos rescaten! –exclamó Bella llena de inquietud.

–No sé –respondí. ¿Por qué no había ningún soldado? ¿Por qué se oía sólo aquella única voz? No podía asustarla diciéndole que entonces éramos cautivos de verdad, en vez de valiosos tributos protegidos por la reina.

Laurent estaba volviendo por fin en sí y se incorporó lentamente a causa de las heridas que cubrían todo su cuerpo. Su aspecto, con el ungüento dorado, era tan espléndido como el de Bella. De hecho, constituía un espectáculo verdaderamente singular: todas aquellas magulladuras y cardenales resaltados por el color dorado hasta convertirlos casi en algo puramente ornamental. Tal vez nuestras propias erupciones y cardenales no habían sido otra cosa que puros ornamentos. El cabello, que cuando estaba en la cruz de castigo se veía tan descuidado, aparecía arreglado y formaba espléndidos rizos castaño oscuro. Parpadeó varias veces al dirigir la vista hacia mí, intentando despertar del sueño narcotizado.

Le puse rápidamente al corriente de lo que estaba sucediendo y señalé el techo. Los tres nos quedamos escuchando aquella voz, aunque no creo que ninguno de ellos la oyera con más claridad que yo.

Laurent sacudió la cabeza y se recostó.

— ¡Vaya aventura! — dijo lentamente, casi con indiferencia.

Bella sonrió sin querer al oír sus palabras y lo miró tímidamente. Yo estaba demasiado furioso para hablar. Me sentía impotente.

— Callad — advertí. Me arrodillé y me aferré a los barrotes. Alguien viene. — A través de la bodega llegaba una vibración sorda.

La puerta se abrió y dos de los muchachos vestidos de seda que se habían ocupado de nosotros entraron en la habitación. Traían unas pequeñas lámparas de cobre con forma de barquitos.

Entre los dos jóvenes se encontraba un noble alto, de cabello gris y edad avanzada, vestido con jubón y polainas, con la espada a un lado y la daga sujeta al grueso cinturón de cuero. Recorrió con la vista la habitación, casi enfurecido.

El más alto de los dos muchachos transmitió al noble un torrente de palabras extranjeras expresadas en voz baja y él asintió mientras señalaba con expresión de enfado:

— Tristán y Bella — exclamó adelantándose y caminando por la habitación —, y también Laurent.

En ese momento, los muchachos de piel aceitunada mostraron inmediatamente su desconcierto. Apartaron la vista y dejaron al noble a solas. Al salir, los esclavos cerraron la puerta tras ellos.

— Me lo temía — dijo el lord de pelo gris —. Y Elena, Rosalynd y Dimitri. Los mejores esclavos del castillo. Estos ladrones tienen buen ojo. Liberaron a los demás en la costa en cuanto seleccionaron los buenos botines.

— ¿Qué va a sucedernos, milord? — quise saber. Estaba claro que su actitud era de exasperación.

— Eso, mi querido Tristán está en manos de vuestro amo, el sultán — respondió el lord.

Bella soltó un grito sofocado.

Sentí que mi rostro se endurecía. La rabia me inundó y me silenció por un momento en que miré fijamente al noble.

— Milord — pregunté con voz temblorosa de furor —, ¿ni siquiera vais a intentar salvarnos?

En mi imaginación apareció la figura de mi señor, Nicolás, arrojado sobre las piedras de la plaza, mientras el caballo nos llevaba lejos sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Pero eso no representaba ni la mitad de mis inquietudes. ¿Qué nos deparaba el futuro?

— He hecho todo lo que está en mis manos — respondió el noble acercándose a mi jaula —.

— He exigido una enorme compensación por cada uno de vosotros, pero el sultán está dispuesto a pagar lo que sea por esclavos de la reina con buenas curvas, piel suave y que estén bien adiestrados; aunque también es cierto que le gusta su oro como a cualquiera. En el plazo de dos años os devolverá bien alimentados, en buen estado de salud y sin mancillar, o perderá para siempre de vista su oro. Creedme, príncipe, se ha hecho cientos de veces anteriormente.

Si no hubiera interceptado su embarcación, sus emisarios y los nuestros también se hubieran entrevistado. No quiere enfrentamientos con su majestad. No corréis peligro.

— ¡Peligro! — protesté. Vamos de camino a una tierra extranjera donde...

— Silencio, Tristán — ordenó el noble con firmeza—. Fue el sultán quien inspiró en nuestra reina la pasión por las víctimas del placer. Fue él quien envió los primeros esclavos a la reina y le explicó los cuidados con que había que tratarlos.

— No sufriréis ningún daño grave. Aunque, naturalmente... naturalmente...

— Naturalmente, ¿qué? — exigí saber.

— Seréis más abyecto — prosiguió el lord con un leve encogimiento de hombros que denotaba inquietud, como si no pudiera explicarlo del todo—. En el palacio del sultán ocuparéis una posición muy inferior. Por supuesto, seréis los juguetes de vuestros amos, pero juguetes muy preciados. A partir de ahora no os tratarán como seres inteligentes sino que os adiestrarán como si fueseis valiosos animales. Por Dios, jamás habléis ni mostréis otra cosa que el más simple de los entendimientos.

— Milord — interrumpí.

— Como veis — continuó él — los ayudantes ni siquiera permanecen en la habitación si alguien os habla como seres racionales. Les parece demasiado incongruente e impropio. Se retiran por no presenciar la desagradable visión de un esclavo al que se trata como... — como a un ser humano susurró Bella.

Le temblaba el labio inferior y apretaba con fuerza sus pequeños puños en torno a las barras, pero no lloraba.

— Sí, exactamente, princesa.

— Milord — entonces yo ya estaba furioso—. ¡Vuestro deber es rescatarnos, estamos bajo la protección de su majestad! ¡Esto vulnera todo pacto!

— Inaceptable, querido príncipe. En la complejidad de los intercambios entre grandes potencias deben sacrificarse ciertas cosas. Os enviaron a servir, y es lo que haréis en el palacio del sultán.

No dudéis en ningún momento de que vuestros nuevos señores os guardarán como un tesoro.

Aunque el sultán tenga muchos esclavos de su propia tierra, los príncipes y princesas cautivos son para él una especie de lujo especial, una gran curiosidad.

Me sentía demasiado indignado y frustrado para seguir hablando. Era inútil. Nada de lo que dijera iba a cambiar la situación. Estaba preso como una criatura salvaje y mi mente se quedó bloqueada en un miserable silencio.

— He hecho cuanto he podido — dijo el lord retrocediendo unos pasos para dirigirse también a los demás esclavos.

Dimitri se había despertado y permanecía apoyado en el codo, escuchando atentamente.

— Me ordenaron que obtuviera una disculpa por el ataque — continuó el lord — y una elevada compensación. He conseguido más oro del que esperaba.



—Se acercó a la puerta y apoyó la mano en el picaporte—. Dos años, príncipe, no es tanto.

Cuando regreséis, vuestro conocimiento y experiencia tendrá un valor incalculable en el castillo.

—¡Mi amo! —exclamé de pronto—. Nicolás, el cronista de la reina, decidme al menos si sufrió algún daño durante el ataque.

—Está vivo y, con toda probabilidad, enfrascado en su trabajo, preparando para su majestad el relato escrito del ataque. Se lamenta amargamente por vos. Pero no se puede hacer nada. Ahora debo dejaros. Sed valientes y listos, listos sobre todo para fingir que no sois listos, que no sois más que un abyecto montón de pasión siempre dispuesto a manifestarla.

Salió a toda prisa.

Nos quedamos en silencio, oyendo los distantes gritos de los marineros en cubierta. Luego sentimos el perezoso oleaje mientras la otra embarcación se alejaba de nosotros.

Al instante, el gigantesco barco volvió a moverse, cada vez más deprisa, como si navegara a toda vela, y yo volví a repantigarme contra los fríos barrotes dorados, con la mirada fija y perdida.

—No estéis triste, querido mío —dijo Bella, que me observaba. La larga melena le cubría los pechos y la luz se reflejaba en los mórbidos miembros—. Continuamos en el mismo torbellino.

Me volví y me tumbé boca abajo, pese al incómodo metal que tenía entre las piernas, hundí la cabeza en mis brazos y, durante largo rato, lloré en silencio.

Finalmente, cuando mis lágrimas se secaron, oí de nuevo la voz de Bella.

—Ya sé que estáis pensando en vuestro amo —me dijo con cariño—. Pero, Tristán, recordad vuestras propias palabras.

Suspiré contra mi brazo.

—Recordádmelas, Bella —le requerí con mucha calma.

—Que toda vuestra existencia no era más que una súplica por disolveros en la voluntad de los demás y así sigue siendo, Tristán. Estamos profundizando cada vez más, todos nosotros, en esa disolución.

—Sí, Bella —asentí quedamente.

—No es más que otra vuelta de tuerca —continuó—. Ahora entendemos más sutilmente lo que hemos sabido desde que nos hicieron prisioneros.

—Sí, Bella, que pertenecemos a otros.

Volví la cabeza para mirarla. Si intentáramos tocarnos, la posición de las jaulas únicamente nos permitiría rozarnos las puntas de los dedos, así que era mejor mirar simplemente su encantador rostro y sus sensuales brazos mientras permanecía allí, agarrada tranquilamente a los barrotes.

—Es cierto —añadí yo—. Tenéis razón. —Sentí cómo se me comprimía el pecho y de nuevo aquel familiar reconocimiento de mi impotencia, no como príncipe, sino como esclavo, totalmente dependiente de los caprichos de nuevos y desconocidos amos.

Al observar el rostro de Bella, aprecié el despertar de la curiosidad que ardía en sus ojos. No sabíamos qué tormentos o qué éxtasis nos aguardaban.

Dimitri se había dado media vuelta y estaba profundamente dormido, al igual que Laurent, tumbado en la jaula de abajo.

Bella se estiró otra vez como un gato y allí se quedó, tendida sobre el colchón de seda.

La puerta se abrió y entraron los jóvenes asistentes vestidos de seda; eran seis, al parecer uno para cada esclavo. Se aproximaron a las jaulas y, tras abrir los cerrojos, nos ofrecieron una bebida caliente y aromática que, con toda seguridad, con tendría otra placentera sustancia narcótica.

## CAUTIVERIO SENSUAL

Cuando Bella se despertó ya era de noche. Se volvió hacia abajo y vio las estrellas a través de un diminuto ventanuco enrejado. La gran embarcación rechinaba y zumbaba surcando las olas.

Pero, antes de que sus sueños se disiparan, notó que la levantaban, la sacaban de la jaula y la colocaban otra vez sobre un almohadón gigante, esta vez encima de una larga mesa.

Varias velas estaban ardiendo, Bella olió el perfume a incienso y, a lo lejos, oyó una música vibrante e intensa.

Los encantadores jóvenes se habían colocado alrededor de la princesa y le frotaban la piel con el dorado unguento, sonriéndola mientras trabajaban. Le estiraron los brazos hacia arriba y guiaron sus dedos para que se agarrara otra vez al borde del cojín. Con un pincel y el destellante pigmento dorado colorearon cuidadosamente los pezones.

Bella estaba demasiado consternada para emitir el menor sonido. Permaneció inmóvil para que le pintaran los labios y luego, los suaves pelos del pincel perfilaron diestramente sus ojos con el polvo dorado que los asistentes esparcieron a continuación por las pestañas. Le mostraron unos grandes pendientes enjorjados y soltó un gritito sofocado al sentir que le perforaban los lóbulos, pero sus sonrientes y silenciosos secuestradores se apresuraron a acallarla y consolarla. Los pendientes se quedaron colgando de las pequeñas y abrasadoras heridas pero el dolor se desvaneció al sentir que le apartaban las piernas y sostenían por encima de ella un cuenco con relucientes y apetitosas frutas. Le quitaron la diminuta malla del pubis y unos tiernos dedos le dieron unas palmaditas y le acariciaron el sexo hasta que despertó. Luego, Bella se quedó mirando el mismo rostro encantador de piel aceitunada que la había saludado la primera vez. El que debía de ser su asistente cogió la fruta del cuenco — dátiles, trozos de melón y melocotón, pequeñas peras, bayas rojas — para mojar cada pieza en una taza de plata con miel.

Cuando le separaron las piernas, Bella se percató de que iban a introducir la fruta con miel dentro de su cuerpo. Su sexo bien adiestrado presionó irresistiblemente mientras los dedos sedosos metían profundamente el melón, luego la siguiente pieza y la otra, provocando ardores y suspiros cada vez más intensos.

La princesa no podía contener los gemidos, pero sus secuestradores parecían aprobarlo. No cesaban de asentir con la cabeza y sus sonrisas eran cada vez más radiantes. Estaba llena de fruta, y sentía cómo surgía abultada de su interior. En ese momento le estaban mostrando el resplandeciente racimo de uvas que iban a colocarle entre las piernas. Luego le colgaron un encantador ramito de flores blancas sobre la cara, le abrieron la boca y el ramito quedó ajustado entre sus dientes, con sus céreos pétalos aleteando levemente contra las mejillas y la barbilla.

Bella intentó no morder el tallo y se limitó a sostenerlo firmemente. A continuación le embadurnaron las axilas con una espesa capa de miel y le incrustaron algo redondo, quizás un dátil, en el ombligo. Le rodearon las muñecas con brazaletes y también le ajustaron unas pesadas tobilleras. El cuerpo de Bella ondeaba casi irresistiblemente sobre la almohada a medida que aumentaba en ella la tensión. Aquellos rostros sonrientes la seducían.

También experimentó un intenso miedo al verse transformada lentamente en un simple objeto de lujo.

Pronto la dejaron a solas con la severa advertencia de que permaneciera quieta y en silencio.

La princesa oyó que se estaban haciendo otros preparativos apresuradamente por la habitación, y más suspiros. Casi podía distinguir el ritmo de otro corazón que latía ansiosamente cerca de ella.

Finalmente, sus capturadores volvieron a aparecer en su campo de visión.

Sujetando el abultado almohadón, la levantaron como si fuera un tesoro, y cuando la música sonó con más fuerza la llevaron escaleras arriba, mientras las paredes de su sexo se aferraban al enorme relleno de frutas y miel y los jugos goteaban desde su interior. La pintura dorada se secó sobre los pezones provocándole una peculiar tensión en la piel. Todo su cuerpo estaba sometido a nuevos estímulos.

La habían llevado a una gran cámara iluminada con una luz suave y trémula. El olor del incienso era embriagador. El aire transportaba la pulsación rítmica de panderetas, el rasgueo de arpas y las agudas notas metálicas de otros instrumentos. Sobre su cabeza, los cientos de pequeños fragmentos reflectantes, cuentas centelleantes e intrincados diseños dorados del tejido que colgaba del techo cobraron vida.

La instalaron en el suelo y cuando volvió la cabeza desamparadamente, pudo vislumbrar a los músicos a su izquierda, en un extremo, y justo a su lado, a la derecha, a sus nuevos amos.

Sentados con las piernas cruzadas mientras degustaban un abundante banquete de delicioso aroma, y vestidos con prendas y turbantes de seda con

complejos bordados, le lanzaban ojeadas de vez en cuando mientras hablaban entre ellos con voces rápidas y poco audibles.

La princesa se tumbó sobre el gran cojín agarrándose con fuerza a los extremos, con las piernas bien abiertas como le habían inculcado en el pueblo y en el castillo. Sus silenciosos y temerosos asistentes se retiraron de nuevo a las sombras, no sin antes advertirla e implorarle con gestos y miradas lastimosas que guardara silencio. Permanecieron cerca de ella para vigilarla, pasando desapercibidos para los que allí comían tan opíparamente.

«Ah, ¿qué es este extraño mundo en el que he renacido?», pensó Bella mientras la fruta se hinchaba contra la estrechez de su enardecida vagina.

Sintió que sus caderas se alzaban por encima de la seda y los pendientes palpitaban en sus orejas. La conversación continuaba con una fluidez natural y de vez en cuando uno de los señores tocado con turbante le sonreía antes de volver a charlar con los demás.

Pero había aparecido otra figura. Algo atisbó por el rabillo del ojo, a la izquierda, y Bella vio que se trataba de Tristán.

Lo traían a cuatro patas, guiado por una larga cadena sujeta a un collar con joyas incrustadas.

También estaba lustrado con la loción dorada, y sus pezones cubiertos de oro. La espesa mata de vello púbico estaba salpicada de pequeñas joyas centelleantes y el miembro erecto relucía bajo el fino ungüento dorado. Tenía las orejas perforadas, no con pendientes colgantes sino con un rubí en cada lóbulo. Llevaba el cabello peinado con raya en medio, exquisitamente cepillado con polvo de oro. La pintura dorada perfilaba sus ojos, espesaba sus pestañas y definía la asombrosa perfección de su boca. Los ojos azules ardían con un resplandor iridiscente.

Sus labios se movieron levemente para dibujar una media sonrisa mientras lo conducían hacia ella. No parecía estar triste ni asustado sino más bien perdido en su deseo de cumplir lo que le ordenaba el encantador ángel moreno que lo guiaba.

Cuando el muchacho de piel oscura lo llevó sobre Bella y le empujó la cabeza hacia la axila izquierda de la muchacha para que tocara la miel con el rostro, Tristán se puso a lamerla.

Bella suspiró al sentir la intensa presión húmeda de la lengua en la curva de la axila. Sus ojos se agrandaron mientras él la limpiaba del líquido, produciéndole cosquillas en la cara con el pelo, y luego empezaba a nutrirse de la axila derecha con la misma avidez.

Parecía un dios extranjero encorvado sobre ella: su rostro pintado, sus poderosos brazos y aquellos hombros pulimentados hasta conseguir un lustre magnífico parecían recién salidos de lo más profundo de sus más inconfesables sueños.

El ágil guía de dedos largos obligó a Tristán, con un tirón de la frágil cadena de oro, a descender por el cuerpo de la princesa y tomar con su reluciente boca el dátil almibarado del ombligo.

Las caderas y el vientre de Bella se alzaron con acentuados movimientos al sentir el contacto de los labios y los dientes de Tristán. Un gemido surgió de su interior, y las flores que sostenía en la boca temblaron contra sus mejillas. Como a través de una bruma, la princesa vio sonreír a los ayudantes, que asentían con beneplácito y la inducían a continuar con ademanes de ánimo.

Tristán se arrodilló entre sus piernas. Esta vez no fue necesario que el asistente le guiara la cabeza. Con un gesto casi salvaje, el príncipe esclavo mordisqueó el relleno de fruta, y la suave presión de las mandíbulas contra el pubis de la princesa casi la hicieron enloquecer.

Tras consumir las uvas, la boca de Tristán se comprimió contra los labios púbicos de Bella para atrapar con los dientes los gruesos pedazos de melón.

Ella se retorció y se agarraba con fuerza al almohadón mientras alzaba las caderas sin control.

La boca de Tristán se adentraba cada vez más por sus profundidades, mordisqueando y lamiendo el clítoris mientras extraía más trozos de fruta. En un frenesí de movimientos ondulantes, Bella forcejeó para ofrecer la fruta a su compañero.

La conversación que antes llenaba la habitación se había desvanecido. La música sonaba grave y rítmica, casi obsesiva, acompañada por los gemidos de la princesa que se convirtieron en jadeos vociferantes mientras los jóvenes asistentes rebosaban de alegría y los observaban orgullosos desde sus puestos.

Las mandíbulas de Tristán trabajaban con eficacia sobre ella, vaciándola. En ese instante succionaba los jugos que rezumaban por su entrepierna, y la lengua volvía incesantemente sobre su clítoris con amplios y lentos lametones.

Bella sabía que su cara estaba al rojo vivo. Los pezones eran dos pequeñas almendras doloridas. Su cuerpo serpenteaba con tal violencia que las nalgas se levantaban del cojín.

Pero, con un angustiado gemido de decepción, vio que levantaban la cabeza de Tristán tirando de la pequeña cadena. Bella sollozó quedamente.

Por suerte todavía no había acabado. Los asistentes obligaron a Tristán a desplazarse hacia arriba y, diestramente, le urgieron a darse media vuelta y a colocarse de nuevo encima de ella. Luego su verga descendió sobre los labios de la muchacha mientras la boca de él se abrió completamente para cubrir el pubis. La princesa levantó la cabeza para lamer el miembro, intentando atraparlo firmemente entre sus labios, y de pronto lo capturó y tiró de él hacia abajo mientras alzaba los hombros.

Lo chupó febrilmente, hasta la base. El dulce sabor a miel y canela se entremezcló con el caliente aroma salado de la carne de Tristán. Bella movía rápidamente las caderas sobre el cojín y, encima de ella, el príncipe lamía el diminuto nódulo escondido en su entrepierna. Tristán llevó su boca hasta que atrapó los gruesos y palpitantes labios púbicos con los dientes y a continuación lamió la miel que exprimía de ellos.

Bella, entre gruñidos que parecían casi lloros, chupaba el miembro del príncipe con la cabeza echada hacia atrás, contrayendo la boca al ritmo de los

espasmos que Tristán provocaba al lamerle el clítoris y el monte púbico con una fuerza repentinamente violenta. Cuando el ardiente y deslumbrante orgasmo inundó todo su cuerpo, provocando fuertes y gimientes suspiros, la princesa sintió la eyaculación de él desbordándose en su interior.

Forcejearon, entrelazados, mientras a su alrededor, en la concurrida tienda, reinaba el silencio.

Bella no veía nada. Ningún pensamiento habitaba en su mente. Sintió que Tristán se apartaba suavemente, y oyó de nuevo el grave retumbar de voces. Supo que levantaban de nuevo el cojín y la transportaban.

Estaban bajando por las escaleras. En la habitación de las jaulas percibió a su alrededor unos excitados cuchicheos. Los angelicales asistentes se reían y hablaban en susurros mientras depositaban el almohadón sobre una mesa baja.

Luego ayudaron a Bella a arrodillarse y la muchacha vio a Tristán que a su vez se arrodillaba delante de ella. El príncipe le rodeó el cuello con los brazos y alguien guió los brazos de Bella alrededor de la cintura del príncipe. La muchacha sintió las piernas de Tristán pegadas a las suyas. La mano de su compañero sostenía el rostro de ella contra el suyo mientras Bella seguía contemplando a los muchachos angelicales que cada vez se aproximaban más, les acariciaban, les besaban todo el cuerpo.

Bella distinguió en la penumbra los rostros delicados y serenos de los demás príncipes y princesas que observaban la escena desde sus jaulas.

Pero los encantadores capturadores habían cogido las palas pintadas que colgaban de las jaulas de ambos príncipes e hicieron destellar estos exquisitos instrumentos bajo la luz para que Bella pudiera apreciar los intrincados adornos de volutas y flores y las cintas de color azul claro que ondeaban colgando de los mangos.

Con cuidado, echaron hacia atrás la cabeza de Bella, le plantaron la pala ante la cara y se la llevaron hasta los labios para que la besara. Tristán, arrodillado ante ella, hizo lo mismo. Sus labios formaron aquella misma media sonrisa cuando retiraron la pala. Luego se quedó mirándola.

Tristán se agarró a Bella con fuerza cuando llegaron los primeros azotes; era evidente que intentaba contener con su cuerpo el impacto de los golpes mientras ella gemía y se retorció bajo la pala tal y como le había enseñado la señora Lockley. De todos los rincones llegaban las risas desenfadas de los presentes. Tristán besaba el pelo de la muchacha y friccionaba febrilmente su carne con las manos mientras ella se apretaba cada vez más, con los senos aplastados contra su pecho, las manos extendidas sobre su espalda, las cimbreantes nalgas inundadas de un cálido hormigueo y las antiguas erupciones convertidas en pequeños nudos bajo los golpes de la pala. Tristán no podía mantenerse quieto. Sus gemidos provenían de lo más profundo de su pecho. La verga se erguía entre las piernas de ella y la dilatada punta húmeda se deslizaba suavemente en su interior. Las rodillas de la muchacha se separaron del cojín y su boca encontró la de Tristán, mientras los jubilosos

secuestradores redoblaban el ímpetu de los azotes y unas manos ansiosas unían cada vez con mayor presión los cuerpos de los dos esclavos.

